

OBRAS
DE
VÍCTOR BALAGUER
LOS TROVADORES

SEGUNDA EDICIÓN

TOMO II



MADRID
IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1882

8554

LOS TROVADORES



VÍCTOR BALAGUER

LOS TROVADORES

SEGUNDA EDICIÓN



TOMO SEGUNDO



MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1883

BERNARDO DE AURIAC.

Escasas noticias se tienen de este trovador, y aún he podido completar las pocas que [dan Raynouard, Millot y otros, gracias á las pesquisas laboriosas que recientemente llevó á cabo mi sabio amigo M. Gabriel Azais, de Beziers, el cual con celo extraordinario ha buscado, recogido y ordenado todo cuanto podía interesar y ser pertinente á los trovadores nacidos en Beziers ó en sus contornos.

En algunos manuscritos se llama á Bernardo de Auriac *maese*, *maestro* y también *messir* ó *messire*, pudiendo hacer sospechar este último título que fuese clérigo, pues era el que á éstos se daba. Alguna de sus poesías galantes hace, sin embargo, muy dudosa esta versión.

La denominación de *maestro de Beziers*, que se le da en los manuscritos provenzales, permite hacer creer que era un título honorífico como el de experto y maestro en el arte de trovar.

Bernardo de Auriac, por lo que parece, era de Beziers, oriundo acaso del castillo de Auriac, en la diócesis de Tolosa, y floreció á fines del siglo XIII, lo cual está perfectamente demostrado por sus propias poesías.

Sólo cuatro de éstas han cruzado los siglos para llegar hasta nosotros.

La primera va dirigida á un Guillermo Fabre, al parecer rico ciudadano de Narbona, y poeta también, pues existen de él dos composiciones de tan escaso mérito como la misma que le dedica Bernardo de Auriac.

Pertenece ya esta poesía á la decadencia del arte. El

autor ensalza á Fabre como un hombre hidalgo, liberal y cortés, y juega puerilmente con su apellido, del cual dice que, quitándole la *r*, quedará *fa bé* (en castellano *hace bien*), lo cual sería propio, añade, pues pone todo su esmero en hacer bien.

Qui de Fabre volgueis ostar
la quarta letra fora bo,
qu' adoncs lo pogratz apellar
En Guillen Fa-bé per razó;
quar el fa bé, qu' al res far no sabria,
et en be far a més tot son falan,
pros es e larcs, cortés, e non dic tan
que vers no fos, si dos tans en dizia.

Poco vale también su segunda poesía.

El trovador comienza diciendo que haría de buen grado una canción si tuviese bastante saber é ingenio para componer buenas palabras con un aire nuevo. En seguida compara el saber á un tesoro, el cual viene á ser inútil cuando se esconde y no se gasta; y como no quiere ser avaro, compone su canción para dar empleo á su talento.

Entra en seguida en materia y presenta á sus lectores un enigma que está persuadido que no han de adivinar. En efecto, se trata de descubrir el nombre de su dama que sólo él conoce, que á nadie ha dicho ni dirá jamás á nadie.

La composición termina por un deseo que parecería, por cierto, bien inocente y pueril, si en él no se pudiera ver un picaresco equívoco.

Su deseo es simplemente el de jugar una partida de ajedrez con su dama, y hacer jaque mate.

Algo mejor, de más pureza de sentimientos, de más rica versificación, de más levantado vuelo es su tercera poesía, que merece ciertamente especial mención.

Está dedicada á la Virgen, y el trovador ofrece su canto, en que apura los encomios, á la dulce dama del paraíso (*la doussa donna del paradís*), que así la llama.

Pero su composición digna de recuerdo es el *serventesio* que escribió en contestación á otro del rey D. Pedro de

Aragón, *serventesio* notable, más aún que por su mérito, por la ocasión y circunstancias en que fué escrito.

D. Pedro de Aragón *el Grande* había sido llamado por los sicilianos á ocupar el trono de Sicilia, después de aquellas tan sangrientas como famosas vísperas que tan conocidas son en la historia. El Papa excomulgó á D. Pedro y dió la investidura del reino de Aragón á Carlos de Valois, hijo del rey de Francia Felipe *el Atrevido*. Los franceses, creyendo que era cosa llana apoderarse de la *Corona de Aragón*, vinieron con poderoso ejército, llegando hasta Gerona, cuya ciudad tomaron momentáneamente, pero hubieron de regresar á su patria más de prisa de lo que habían venido, empujados por las valerosas huestes de D. Pedro.

Cuando á fines de 1284 ó principios de 85 preparaban los franceses su expedición, D. Pedro de Aragón, que figura en el número de los trovadores, escribió una vigorosa y notable poesía desafiando el poder de Francia, valido de su derecho. A esta poesía (vide artículo *Pedro de Aragón*), contestaron el conde de Foix y Bernardo de Auriac, cada uno con otra, escritas ambas en el mismo metro y valiéndose de iguales consonantes, pero sosteniendo la causa contraria á D. Pedro.

La del conde de Foix puede leerse en su artículo correspondiente.

He aquí la de Bernardo de Auriac, que contra la general tradición de los trovadores, era tan ardiente francés como adictos á la casa y á la causa de Aragón habían sido sus antecesores y eran aún sus contemporáneos.

«Nuestro rey (Felipe *el Atrevido*), en honor sin par, da al viento su gonfalon, por lo cual veremos caminar las flores por mar y por tierra. Y me sabe bien, pues ahora han de ver los aragoneses quién son los franceses, y los catalanes poco corteses verán las flores, flores de honrada semilla, y oirán decir por Aragón *oil* y *nenil* en lugar de *oc* y *no* (*si* y *no* en francés, en lugar de *si* y *no* en catalán).

»Y aquel que anhela coger y romper las flores, me parece que no sabe quiénes son los jardineros que para guar-

darlas convocan á tan altos varones, pues son tales los tres jardineros que cada uno de ellos es rey más poderoso que el de Barcelona ¹, y con ellos están Dios, la fé y la creencia. Les pido que cuando estén allende el monte Canigó, no dejen en pié torre, palacio ni casa.

»Catalanes, no os desagrade que el rey francés vaya á visitaros cubierto con bellos arneses, pues quiere saber cómo os portáis y absolveros con lanza y con bordón, que harto tiempo há ya que estáis excomulgados.

Nostre reys qu' es d' onor ses par
 vol desplegar
 son gornfanó,
 don veyrem per terra e per mar
 las flors anar:
 e sap mi bo,
 qu' aras sabran Aragonés
 qui son Francés;
 e 'ls Catalas estregz cortés
 veyran las flors, flors d'onrada semensa,
 et auzirán dire per Aragó
 OIL e NENIL en luec d' oc e de no.
 E qui vol culhir ni trencar
 las flors, be 'm par
 nosap quals so
 di ortolá que, per gardar,
 fan ajustar
 tan ric baró,
 quar li ortolá son tals tres.
 Que quascus es
 reys plus ricx qu' el Barsalonés;
 e Dieus e fes es ab lur e crezensa;
 donc quan seran outra Moncanegó,
 no y laysson tor, ni palays, ni mayzó.
 Catalá no 'us desplassa ges
 si 'l rei francés
 vos vai vezer ab bel arnés
 qu' apenre vol de votra captenensa,
 et absolver ab lansa et ab bordó,
 quar trop estaitz en l' escomunió.

¹ Alude al rey de Francia Felipe *el Atrevido*, y á sus hijos Carlos de Valois, que se titulaba rey de Aragón, y al rey de Navarra.

BERNARDO ARNALDO DE MONTCUC.

Pocas noticias existen de este trovador, y sólo dos poesías notables suyas han llegado hasta nosotros; siendo la una tan original y rara, que acaso no existe otra parecida.

Fué señor del castillo de Montcuc, muy valiente caballero á lo que parece, y adicto al conde Ramón V de Tolosa, de cuya corte formó parte. Vivió á mediados del siglo XII.

Sabido es que Enrique II de Inglaterra, después de su casamiento con Leonor de Aquitania, tuvo pretensiones al condado de Tolosa y llegó á sitiar esta ciudad en 1159. Luis *el Joven* acudió con sus franceses en auxilio del conde y obligó al inglés á levantar el sitio.

Este es el asunto que da motivo á la poesía de Bernardo Arnaldo. Parece querer ser esta composición un serventesio, pero no lo es en realidad. La sátira y la política se encuentran en ella mezcladas al amor y á la galantería. Obsérvese que la primera mitad de cada estrofa se dedica al pensamiento político, y la segunda mitad al pensamiento amoroso. Parecen dos composiciones en una, y quedan, en efecto, dos poesías de carácter distinto, cortando cada estrofa por la mitad y uniendo los fragmentos.

«Ahora que los rosales están sin flor ni simiente, y que los barones se disponen á la caza, pláceme escribir un serventesio, pues me agradan las reyertas de esos enemigos de toda virtud y de toda honra. — El amor esparce su alegría en mi alma, tanto como los hermosos días de Mayo. Conservaré, pues, mi gozo, á pesar de tantos motivos de tristeza.

»Veremos avanzar del lado de Balaguier ¹ la numerosa caballería del orgulloso rey que se vanagloria de ser el primero en todo. Le veremos en la comarca de Carcasona, pero los franceses no le tienen miedo. — Más lo tengo yo de vos, señora, pues los deseos que excitan los encantos de vuestra encantadora persona, se mezclan á todos los temores por vuestro rigor inspirados.

»Más caso hago yo de un corcel ensillado y armado, de un escudo, de una lanza y de una guerra cercana, que de los aires altaneros que se da un príncipe cuando accede á la paz sacrificando parte de sus derechos y de sus tierras. — Por lo que á vos toca, beldad á quien adoro, vos, á quien he de poseer ó he de morir en la demanda, de tal manera me cautiva vuestra hermosura que prefiero vuestro desdén al amor de otra.

»Pláceme ver arqueros junto al muro y caer destrozadas las murallas al empuje de los arietes, como me place ver grandes huestes extendidas por el campo. — Pero ya quisiera yo que el rey de Inglaterra supiese combatir como yo sé amar ¡oh, bella dama! y como sé esperar y languidecer de amor mirando vuestra encantadora imagen.

»Por rebajado que esté (el monarca inglés) adquiriría mucha gloria si tuviese valor para ponerse al frente de su hueste y arremetiera contra el conde (de Tolosa) al grito de *¡Guiena!* ². Pero nadie cree en su buena fé, que es muy dudosa. — No así la mía, señora, pues cada día soy más ciego amante de vuestra beldad. ¿Qué será de mí si mi buena fé no alcanza á conmoveros?»

Tal es la extraña y original poesía que se conoce de Bernardo Arnaldo de Montcuc.

Para que los lectores puedan tener una idea de la indole rítmica de esta composición, traduzco en verso la penúltima estrofa de ella, tal como he sabido y me ha sido posible hacerlo, conservando el mismo metro, las mismas sílabas de cada verso, la misma estructura, la

¹ Castillo de este nombre, cerca de Tolosa.

² Grito de guerra de los monarcas ingleses cuando luchaban por sus dominios en Francia

misma intercalación de consonantes, es decir, de rimas masculinas y femeninas, como llamaban y llaman aún los provenzales á los consonantes breves ó agudos, en lo cual ponían especial cuidado y privilegiada atención.

Ruego que no se atienda á la traducción, mala como verso, sino á la estructura de la poesía, de que intento dar una idea:

Me complace ver
 arqueros con mallas,
 y á trozos caer
 gigantes murallas:
 veo con placer
 de hueste guerrera
 desplegar la flor.
 ¡Así el rey supiera
 luchar con honor,
 como amar
 y esperar
 sabrá siempre y honrar
 á la que ha de adorar,
 vuestro amante trovador
 que muere de amor!

He aquí ahora íntegro el original, para que pueda juzgarse con crítica:

Er can li rozier
 so ses flor ni grana,
 e 'l ric menuzier
 an cassa per sana,
 m' es pres cossirier,
 tant me platz lor tenza,
 de far sirventés;
 car en vil tenensa
 an tot ben pretz mes:
 E car may
 me ten gay
 amors, que non fay
 el bel temps de may,
 eras sois gais, cuy que pes,
 tals joi m' es promes.

Mant caval corsier
 veirem ves Tarzana,
 devas Balaguier,
 del pros rey que 's vana
 c' a pretz sobrier;
 veurá ses falhensa
 lai en Carcassés;

VÍCTOR BALAGUER

mas ges gran temensa
 non an li Françaés:
 mas ieu n' ai
 de vos sai,
 dona, que m' esglai
 le desir qu' ieu n' ai
 del vostre bel cors cortéz
 complitz de totz bes.

Selh armat destrier,
 ausberc, lansa plana,
 e bon branc d' assier,
 e guerra propdana,
 pretz may que lebrier
 ni brava pervensa,
 ni patz en c' om es
 mermatz de tenensa,
 baissatz e sotz mes:
 e car sai
 pretz verai
 en vos cui aurai,
 dona, o 'n morrai
 pretz may car m' es eu defés
 que s' altra m' agués.

Be 'm plazo l' arquier
 pres la barbacana
 cant trazo 'l peirier
 e 'l mur dezavana
 e per mant verdier
 creis la ost e gensa;
 e voigra 'l plagués
 aital captenensa
 lai al rey Englés,
 com mi plai
 can retrai
 com avetz ab jai
 dona, joven sai
 e de beutatz pretz conqués
 que no us en falh res.

Et agra entier
 pretz cui quecx so ana,
 s'ab aital mestier
 crides sai: Guiana!
 e ferá 'l premier
 l' onrat coms Valensa;
 cas sos sagell es
 de tan breu legensa
 qu' ieu non o dic ges;
 mas dirai
 qu' ab glai

amor ai:
 dona, que farai
 si ab vos no 'm val mercés
 o ma bona fes?
 Senhor gai
 e verai
 que 's sap de tos plai
 onrar, qu' ieu o sai
 de Tolza ó d' Aganés
 malgrat dels Fransés.

Diez cree que esta poesía se refiere á la guerra de los albigenses, y que fué escrita por los años de 1213. Si esto fuese cierto, tendríamos que colocar á Bernardo Arnaldo de Montcuc en la época de los condes Ramón VI y VII de Tolosa y no en la del V. Pero no parece que esta composición se refiera á la cruzada, sino á la guerra del inglés. Es, sin embargo, de observar que Napoleón Peyrat, en su *Historia de los albigenses*, cita al poeta que nos ocupa como uno de los caballeros que se retiraron á la fortaleza de Montsegur después del desastre de Muret. Pudiera ser en todo caso un hijo del poeta, del mismo nombre que su padre, y acaso trovador como él.

No hay ninguna duda, en efecto, que un Bernardo de Montcuc estuvo en la batalla de Muret, peleando al lado de su señor el conde de Tolosa, yéndose á refugiar en los estados del conde de Foix, perdida aquella jornada y siguiendo luego adicto á la causa del joven conde. Pudiera ser, como queda dicho, un hijo de aquél, y no sería de extrañar que fuera del hijo, y no del padre, la otra poesía de que voy á dar cuenta, y que en los manuscritos figura como de Bernardo Arnaldo de Montcuc.

Esta segunda poesía es la que realmente parece escrita en la época de la guerra de los albigenses.

Es un bello canto de guerra, un *serventesio* político, como tantos otros de los trovadores de aquel tiempo para levantar el espíritu y el entusiasmo del país á favor de la causa patria.

Debió escribirse poco antes de la batalla de Muret, cuando el gran movimiento nacional de Provenza en pro de Ramon VI, ó quizá también después, cuando, perdido

el país, se presentó á recobrarlo Ramón VII, volviendo de la emigración al frente de sus nobles proscritos y de sus más entusiastas partidarios.

Es el de Bernardo Arnaldo de Montcuc un verdadero canto tirteano, escrito con la precisión, con la fe, con el sentimiento, con la grandeza, con la gallardía con que escribía los suyos el gran Tirteo. Es el canto de un valiente dirigido á los valientes. Llega á rivalizar con los *serventesios* de Beltrán de Born en sus buenos tiempos, y acaso los sobrepuja por la sobriedad de su forma y de sus ideas.

Basta esta sola poesía para dar á conocer un poeta, pero un gran poeta. Basta ella sola para dar á conocer á un hombre, pero á un hombre superior, bravo en el campo de batalla, cuerdo y prudente en el consejo.

Léase con detenimiento esta composición, de la que sólo puedo dar una ligera idea con mi pálida traducción, y se convendrá conmigo en que bastan estas cinco sencillas estrofas para revelarnos un poeta, un guerrero y un hombre de gobierno ó de Estado, como diríamos ahora. Tirteo, antes que Bernardo Arnaldo de Montcuc, pudo decir en parecidos términos y animando á las huestes para el combate: *una vida sin gloria no vale lo que una muerte con honra*. Puede haberlo dicho también, después de Bernardo Arnaldo, en iguales ó parecidas frases, un gran lírico francés y un gran lírico italiano; pero nadie como el poeta provenzal ha sabido unir, mezclar y fundir, dentro del molde de un canto bélico, las ideas de guerra y desastre á las de prudencia y sensatez en la gobernación del Estado. No es el exterminio, no es el incendio, no es la matanza, como en los *serventesios* de Beltrán de Born, lo que se predica en el de Bernardo Arnaldo de Montcuc: es la guerra santa y necesaria para libertar á la patria esclava y fundar un país de un gobierno libre, previsor, honrado y justo. Parece un canto de amor más que de guerra.

Dice así:

«¡Nunca ví llegar tan gentil primavera! Acompañada llega de solaz y de cantos, acompañada de guerra y de tumulto, acompañada de emociones y de espanto, acom-

pañada de gran tropel de caballos y de gran sentimiento de patria conservación. Muchos que hoy sólo se ocupan en discretear y dormirse, empuñarán un arma para la defensa común.

» Pláceme ver á pastores y boyeros dispersarse aturdidos sin saber á dónde dirigirse. Pláceme también ver á ricos barones prodigar sus tesoros y alzar sus estandartes. Muchos que parecían no tener corazón mostrarán ahora tenerlo, y aldeanos que vivían miserablemente montarán ahora á caballo. Es una guerra justa y de aquellas en que puede gozarse, pues que es la que emprende un señor para libertar á sus vasallos.

» En nadie encuentra uno nunca tanto amor ni tanta fé, según mi opinión, como en los suyos propios. Nunca engañan éstos ni faltan, como no se les engañe ó se les falte. Al señor que oprime y tiraniza no se le debe guardar fé ni homenaje; pero al señor que sabe gobernar bien á los suyos, puede con ellos conservar y adquirir.

» No hay en el mundo tesoros ni riquezas que no tenga yo por viles, si con malas artes se adquieren. Llega la muerte para todos, pero los malos y cobardes no la reciben como los buenos y los valerosos. Una vida sin gloria no vale lo que una muerte con honra. Nada en el mundo vale lo que el honor y la prez. Loco es quien sólo sabe hacerse despreciar, pero sabio quien consigue que le honren y le estimen.

» Yo ruego al noble conde de Tolosa, mi señor, que advierta quiénes le faltan y recuerde á los que le son fieles, para que valga á los que le valen y honrados sean los que bien le sirvan, pues el sabio dijo: quien ser amado quiera, ame sin falsedad, y sepa escoger bien á sus amigos quien quiera humillar y hundir á sus contrarios.»

He aquí ahora el original de esta poesía, tal como la copié de un manuscrito de Tolosa:

Ancmais tant gent no vi venir pascor
que 'l ve garnitz de solás e de chan,
e ve garnitz de guerra e de mazan,
e ve garnitz d' esmay e de paor, -

e ve garnitz de gran cavalleria,
e ve garnitz d' una gran manentia:
que tal so pro cosselhar e dormir
qu' ara vey gent bras levat acculhir.

Bel m' es quan vey que boyer e pastor
van si marrits que 'l no sap pas on van;
e bel quan vei que 'l ric baró metran
so d'on eran avar et guillador.
Qu' ara darà tal que cor non avia,
e montará pagés qu' aunir solia;
que gran guerra, quart hom no hi pot gaudir,
fai mal senhor ves los sieus afranquir.

Ab nulha gent no trob hom tant d' amor
ni tan de fe, según lo mieu semblan,
com ab los sieus, que ja no failhiran
en nulha re, sol qu' hom no falha lor.
Mas à senhor que 'ls sieus forsa e gualhia,
no pot hom fe portar ne senhoria;
mas ab los sieus, qui los sab gen bailhir,
pot hom lo sieu gardar e conquerir.

El mon non ha tresors ni gran ricor
que si aunits, saphats qu' en prets un guan,
qu' aitan tost mor, mas non ho sabon tan
avols com bos; et vida ses valor
prest mens que mort, e prets mais tota via
honor e prets qu' aunida manentia;
car selh es folh que se fa escarnir
e savis selh que se fa gen grazir.

Al pros coms de Tolosa, mon senhor,
preg que 'l membre qui 'l val ni qui 'l tem dan;
et que valha á selhs que valgut l' an
et sian ric per lui bon servidor:
que 'l savis dits: que selh qui be volria
esser amats, amés be ses bausia,
car qui be vol baissar e frevolhir
sos enemics, bos amics deu causir.

En el tratado de paz que en 1229 hizo el conde Ramón VII con el rey de Francia, se estipuló entre otras cosas, que serían arrasadas las murallas de treinta fortalezas sin que jamás volvieren á levantarse. Una de estas treinta fortalezas fué la de Montcuc, cerca de Montauban. Era ésta el castillo, la casa señorial del trovador Bernardo Arnaldo, y tal fué el pago que obtuvo su patriótico canto.

BERNARDO DE LA BARDA.

Otros le llaman Bernardo de la Barthe, confundiéndole con un obispo de este nombre, que lo era de Auch, y que fué depuesto por los legados del Papa cuando la guerra de los albigenses. De esta opinión es Millot, y sus conjeturas parecen sólidamente fundadas por un *serventesio*, el único conocido de este poeta, en que se habla de Ramón VI, conde de Tolosa, y se alude á la humillante absolución que recibió en Saint-Gilles, en que no augura bien de la paz, porque de una mala paz sólo resultan daños, y en que, finalmente, muestra sentimientos de equidad y moderación, muy propios de un prelado.

Fácil pudo ser el error de Millot, ya que existe la coincidencia de que un Bernardo de la Barthe, arzobispo de Auch, fué depuesto por los legados del Papa en los primeros tiempos de la cruzada, bajo pretexto de que su conducta no era regular y relajaba la disciplina en su diócesis.

Sin embargo de esta circunstancia de época, de nombre y casi de apellido, que fácilmente puede inducir á equivocación, tengo para mí que el trovador Bernardo de la Barda nada tiene de común con el prelado Bernardo de la Barthe. Me apoyo en los manuscritos y libros que he estudiado y en las notas que, resultado de mis estudios, me sirven hoy para escribir esta obra.

Hallo que en la defensa de Tolosa, cuando el regreso de los dos condes hubo tenido lugar, figuraba un Bernardo de la Barda, á quien se llama también trovador en los manuscritos, el cual era un caballero de la comarca de Nebouzan, cuyo castillo señorial, ó por mejor decir sus rui-

nas, existen todavía en una cima vecina de Luchón. Hallo asimismo que este Bernardo de la Barda, después de haber seguido fielmente á su señor Ramón VII de Tolosa en su buena y mala fortuna, se separó de él, cuando el tratado de paz con Francia, y fué á unirse al grupo de guerreros decididos que se refugiaron en el castillo de Montsegur, donde por largo tiempo tuvieron enarbolada su bandera, conservando el culto de la patria romana, y desafiando todo el poder de la Iglesia y de la Francia.

Este debe ser indudablemente, y no el obispo de Auch, el autor del canto de la paz, de que luego se dará cuenta.

Hay que señalar á Bernardo de la Barda una plaza de guerrero, al propio tiempo que de trovador. Fué uno de los defensores de Tolosa, uno de los que más servicios prestaron y más mérito contrajeron en la defensa de aquella ciudad infortunada. Allí estaba, como aguerrido capitán, en aquellas murallas, el día en que la piedra, de que nos habla la *Canción de la cruzada*, fué á destrozar el cráneo de Simón de Montfort. Hubo de tomar parte en los públicos regocijos y en el entusiasmo general por la muerte de aquel caudillo, y tal vez, después de haber concurrido como capitán á la defensa y salvación de la plaza, contribuyó también como poeta á consagrar la victoria y el triunfo por medio de alguno de aquellos patrióticos que en aquellos momentos brotaron de entre la multitud y enardecieron al pueblo, al precipitarse alegre y tumultuoso por todas partes, para repetir y cantar á coro:

Montfort es mort,
es mort, es mort!
¡Viva Tolosa,
ciutat gloriosa
e poderosa!

Tornatz son lo paratje e l' honor.
Montfort es mort,
es mort, es mort!

Sólo una poesía, sin embargo, se conserva de Bernardo de la Barda. Es el canto de paz, de que voy á ocuparme. Fué escrito, según todo parece indicar, por los años

de 1228 y 1229, cuando el conde Ramón VII negociaba el tratado de paz con el rey de Francia. El trovador expresa las vagas ansiedades que perturbaban los ánimos, por medio del siguiente canto profético, compuesto sin duda para interpretar el sentimiento popular, que desconfiaba de aquella paz y no veía en ella sino la humillación del conde de Tolosa, el engrandecimiento de la Francia, la ruina de Provenza y la deslealtad futura del monarca francés.

Dice así:

«Ni las hojas ni las flores, ni el verano ni el invierno, son los que despiertan mi deseo de cantar, pues sólo canto por oír decir al pueblo que se aguarda la paz, de la cual deben nacer grandes bienes. ¡Dios mío! ¡Qué fausto suceso el de la paz del duque, conde y marqués con el clero y con Francia!

» ¡Bendita paz, si es buena, firme y segura; si es paz de amistad que á todos satisfaga; si es paz hecha por hombres honrados y leales; si es paz que permita ser amada sin rencor! Pláceme buena paz si es duradera, pero no me place la forzada, que mala paz produce más desdichas que bienes.

» En corte de rey debe existir la rectitud, y en la iglesia clemencia, piedad y perdón sincero de mortal error, según palabras de la Santa Escritura. Y un rey debe guardar moderación, pues quien no la guarda, mal príncipe es y merece ser desdichado.

» El rey debe amar y honrar lo que es, y cuanto mejor sea, más debe merecer, que será más honrado cuanto más honre. Debe guardar de todo extravío su corte, que rey guardador de su prez, debe creer á los virtuosos, á los cortesés, á los más honrados y á los más dignos.»

Foilha ni flor, ni temps caud ni fredura
no 'm fa cantar ni 'm merma mon talen,
mais alor cant quan aug dir á la gen
que patz li deu venir que hen s' augura.

Dieus! Tota bona aventura
de patz del ducs, comte et marqués.
et patz de clerics et de francés!

Patz sitot s' bona et ferma et segura;
 patz d' amiatat qu' a tot estion gen;
 patz qu' a feita pros home leialmen;
 patz que posc om ben amar ses rancura.

Bona patz mi platz quan dura,
 et patz forsada no 'm plats ges:
 d' avols patz ven mais maís que bes.

En cort de rey deu hom trobar drechura
 et en gleisa mercé et causimen
 et franc perdó de mortal failhimen,
 segon lo dits de la Santa Escritura.

Et rey deu guardar mesura,
 car qui no 'l garda rey peits es
 loc fora que dan l' en vengués.

Rey deu amar et honrar sa natura,
 et el melhor deu fer melhoramen,
 de mais d' honor e de mais d' honramen,
 et deu gardar sa cort de desmesura.

Et rey sa de bon pretz cura
 deu creire als valens, als cortés,
 als plus honrats et miels après.

Realizada aquella paz, que un trovador llamó la paz de la muerte, Bernardo de la Barda abandonó el servicio del conde de Tolosa, y es fama que se retiró al castillo de Montsegur, en uno de los altos picachos de los Pirineos, donde se habían refugiado Ramón de Perelhá y otros capitanes de la causa provenzal, que no quisieron pactar con el francés, prefiriendo esperar mejores tiempos, enarbolada la bandera de la libertad y fieles sacerdotes del culto de la patria.

En Montsegur permanecieron por espacio de algunos años, hasta que un día, duramente sitiados, y vencidos, más que por el valor por la traición, hubieron de entregarse á sus enemigos, que se gozaron en levantar una grande hoguera al pié del pico que les sirviera de refugio y fortaleza, entregando más de doscientas víctimas á las llamas.

Una de estas víctimas debió ser Bernardo de la Barda, el aguerrido capitán de la patria, el noble defensor de Tolosa, el profético cantor de la paz de la muerte.

BERNARDO DE ROVENHAC.

Este trovador, á quien algunos llaman Bernardo de Rovenás, es esencialmente político, y por cierto no muy adicto á la casa de Aragón, pues se le ve atacar cruelmente en varias ocasiones al rey D. Jaime *el Conquistador*, en cuyos tiempos vivía, por no haber vengado á su padre. Bernardo de Rovenhac perteneció al número de aquellos trovadores, espíritus fieros, independientes y libres, que permanecieron fieles á la causa vencida en los campos de Muret, sin querer nunca transigir con los vencedores.

Nada se sabe de Rovenhac, cuya biografía no está en las *Vidas de los trovadores*. Sólo por los *serventesios* que de él han llegado hasta nosotros, se conoce y apreciarse puede su genio político y su carácter rebelde al yugo de los franceses.

En el *serventesio* que á continuación transcribo, y que debió ser escrito antes de 1241, según cálculo muy fundado de Milá, demuestra su prevención contra Francia. Reprocha al rey de Inglaterra (Enrique III), el que se deje despojar sin decir nada por el rey de Francia, que le retiene Turena, Anjou, Normandía y Bretaña. Dice que el rey de Aragón Jaime I justifica por su vida descansada y ociosa su nombre de Jaime (*Fac me*, es decir, *me yazgo*, *me echo*), pues que no defiende sus tierras contra los que se las toman, satisfecho con vengarse en los sarracenos de la deshonra que en otras partes sufre. Añade que no estimará á este monarca hasta que haya vengado á su padre, muerto en la batalla de Muret, y recobrado sus dominios, que el rey de Francia quiere dar á su hermano, el conde Alfon-

so. Concluye, finalmente, dirigiéndose al conde de Tolosa, á quien recuerda la pérdida de Beaucaire, que se vió obligado á ceder á San Luis.

He aquí íntegro este notable y amargo *serventesio*:

«Ya nada quiero, ni dón ni favor; nada quiero conservar de los ricos cuyo mérito consiste sólo en ser falsos, pues trato de echarles en cara sus hechos viles y menguados, y no quiero por lo mismo que mi *serventesio* sea aplaudido entre los cobardes indolentes, pobres de corazón, aunque en haber poderosos.

»Deseo que me escuche el rey inglés, pues su demasiado temor hace que mengüe su prez ya mermada, y no le acomoda defender á los suyos, antes bien, es tan débil y apocado que parece estar durmiendo, mientras que el rey de Francia se le apodera de Tours y Anjou, y Normandía y Bretaña.

»En cuanto al rey de Aragón, sin duda de ninguna clase, responde bien á su nombre de Jaime, pues sólo piensa en yacer; y mientras le despojan de sus tierras, es tan débil y flojo que no opone la menor contradicción, vengándose sólo en los sarracenos felones del oprobio y daño que recibe por este lado del Lemosín.

»Hasta que vengue á su padre no valdrá lo que debe, y esté persuadido de que nada le he de decir que grato pueda serle mientras no encienda el fuego y comiencen á darse grandes golpes. Después de esto será cuando gane en prez, si despoja al rey de Francia de lo que le ha arrebatado y quiere D. Alfonso heredar en feudo.

»Conde de Tolosa, mucho debe doleros la pérdida de la renta que solíais percibir de Beaucaire. La empresa tendrá vergonzoso término si aplazáis demasiado la demanda vos y el rey vuestro aliado, si en seguida no vemos levantar tiendas, flotar estandartes, hundirse muros y caer altas torres.

»Ricos hombres poco precavidos, todo el mundo ve y dice lo mal que os portáis. Nada os diría yo, si os viera decididos y valientes, pero no os temo hasta el punto de guardar silencio.»

Ja no vuelh do ni esmenda
ni grat retener
dels rics ab lur fals saber,
qu' en cor ay que los reprene
dels vils fatz mal yssemitz;
e no vuelh sia grazitz

mos sirventés entr' el flacs nualhós,
paupres de cor et d' aver poderós.

Rey anglés prec que entenda,
quar fa dechazer
son pauc pretz per trop temer,
quar no 'l play qu' els sieus defenda,
qu' ans es tan flacs e marrítz
que par sia adurmitz,
qu' elh reys fransés li tolh en plas perdós
Tors et Angieus e Normans e Bretós.

Rey d' Aragó, ses contenda,
deu ben nom aver
Jacme, quar trop vol jacer;
e qui que sa terra's prenda,
el es tan flacs e chاوزitz
que sol res no y contradítz;
e car ven lay als sarracis fellós
l' anta e 'l dan que pren sai vas Limós.

Ja tro son payre car venda
no pot trop valer,
ni 's cug qu' ieu 'l diga plazer
tro foc n' abran e n' essenda
e 'n sian grans colps ferítz;
pueys er de bon pretz complítz,
s' al rey francés merma sas tenerós,
quar el sieu feu vol heritat 'N-Anfós.

Coms de Toloza, la renda
que soletz tener
de Belcaire us deu doler;
s' al deman faitz lonj' atenda
vos e 'l reys que 'us es plevítz;
l' enprendemen n' er aunítz,
s' ar no vezem tendas e pabalhós,
e murs fondre, e cazer autas tors.

Rics homes mal issernítz,
en vei hom vostreçs mals dítz
e laisseraus, s' ie' us vis ardítz ni pros,
mas no 'us tem tan que ja m' en lays per vos.

Más terrible y fuerte es aún por su cruel sarcasmo y por su fina ironía, otro *serventesio* de Rovenhac.

Fué escrito algunos años más tarde que el primero, cuando el rey de Francia San Luis se hallaba en Palestina. El poeta sigue fiel á su odio contra los franceses, y ve

con dolor que éstos se hayan apoderado de la Provenza, hundiéndose la nacionalidad catalano-provenzal del Mediodía.

Dos predecesores de San Luis, Felipe Augusto y Luis VII, habían tomado, el primero la Normandía á los ingleses, el segundo unido á sus dominios los de Tolosa y Carcasona. San Luis partió para su primera cruzada, y cualquiera empresa militar contra sus dominios de Francia hubiera podido tener lugar durante su ausencia, pues no tenían más defensa que una bula del Papa conminando con la excomunión á quien quier que entrase con armas en tierras pertenecientes á los cruzados.

Bernardo de Rovenhac, con una delicada y fina ironía, tan delicada y fina que no ha faltado quien al traducir el *serventesio* lo tomara por elogio, dice que los reyes de Inglaterra y de Aragón han tomado á empeño no caer sobre las tierras del rey que está en Siria. *Nuestro Señor deberá tenérselo en cuenta*, añade con toda intención.

El *serventesio* de Rovenhac, por lo demás, es también incisivo contra D. Jaime *el Conquistador*, á quien el trovador no puede perdonar que haya abandonado la causa por la cual murió su padre.

Véase ahora esta poesía vigorosa por su estilo, intencionada por su fondo, notable por su bella forma y robusta versificación:

«Háme movido el deseo de hacer un *serventesio*, ricos hombres cobardes, y en verdad que no sé qué deciros, pues ni sería justa la alabanza ni la crítica tampoco, y poco vale un *serventesio* que alaba cuando debe reprender; pero, aún cuando os parezca locura, más me place reprenderos diciendo verdad, que elogiaros mintiendo.

»Ambos reyes, el de Aragón y el de los ingleses, quieren llevar á cabo una empresa, la de no devastar tierra alguna y no dañar al que les dañó, antes bien, hacerle merced y cortesía, pues al rey que conquista Siria le dejan poseer en paz sus feudos. Nuestro Señor se lo tendrá en cuenta.

»Vergüenza me da el que una gente conquistada nos ten-

ga á todos conquistados y vencidos, é igual vergüenza debieran sentir el rey aragonés y el rey que pierde Normandía; pero se pagan de tal compañía que jamás cumplen su deber, y sin embargo, nunca se les presentó mejor ocasión.

»Y pues D. Jaime pasa porque sus burgueses en Montpellier le nieguen la deuda tornesa (derecho de peaje), y no se venga del oprobio que de esto le resulta, jamás se le retraiga el Carcasés, pues de los mismos vasallos suyos no se defendería. Y bastante hace con tal que logre estar en paz; que paz no tiene señor alguno, por poderoso que sea, cuando mira con indiferencia su oprobio.

»Nada que alabar tengo cuando veo maltrecho el valor, y no llamo esto paz, sino mala guerra. Nunca lo tendré por paz, mejor debiera llamarse gozo de labriego, y gozo también de los ricos que pierden cada día su prez, y no debe pesarles de ello mucho, pues poco pierden y poco debe dolerles, ya que de poco no se puede quitar mucho.

»El rey D. Alfonso (el de Castilla) ha dejado la codicia para los otros reyes, pues poco cuida de las ganancias, y se ha reservado para él la largueza. Mal haría quien por esto le censurase. Yo os digo que obra villanamente el que escoge y toma lo mejor, pero él de ningún modo falta á lo debido, pues ha tomado lo que los demás no quieren.

»Ricos infelices, si yo tuviese motivo para ensalzarlos lo haría; pero no creáis ganarme mintiendo, pues ni quiero vuestra amistad ni vuestros dones.»

D' un sirventés m' es grans voluntatz preza,
rics homes flacs, e no sai que'us dissés,
qua ja lauzor no y auria ben meza
ni'us aus blasmar, e val pauc sirventés
que laua quan blasmar deuria;
però si tot vos par folia
a me platz mais que'us blasme dizen ver
que si menten vos dizia plazer.

Amdós los reis an una cauz' empreza
selh d' Aragó et aisselh dels Englés,
que no sia per elhs terra defeza
ni fasson mal ad home qu' el lur fes
e fan mercé e cortezia,
quar al rei que conquer Suria

laisson en patz lor fiens del tot tener;
Nostre Sénher lor en deu grat saber.

Vergonha'm prem, quant una gens conqueza
nos ten aissi totz vencutz e conqués
e deur' ésser aitals vergonha preza
quom a mi pren al rey aragonés
et al rey que pert Normandía;
mas prézan aital companhia
que ja nulh temps no fasson lur dever,
et anc non vitz autre tan ben tener.

E pus no pren en la leuda torneza
qu' a Mounpessier li tòllon siey borzés,
ni no y's venja de l' anta que y a preza,
ya no 'lh sia mais retragz Carcassés,
pos als sieus eys no's defendria,
assatz fa sol qu' en patz estia;
patz non a ges sénher ab gran poder,
quan sas antas torna a non chaler.

Ges trop lauzar, quan valors es mal meza,
non apel patz, quar mala guerra es;
ni ja per me non er per patz enteza,
mielhs deuria aver nom gauch de pagés
e dels rics que perdon tot dia
pretz, e ja fort greu no lur sia,
quar pauc pérdon e pauc lur deu doler
quar ges de pauc non pot nom trop mover.

Lo Reys 'N-Anfós a laissat cobezeza
als autres reís, qu' a sos ops non vol ges
et a sa part elh a preza largueza,
mal a partit qui reptar l' en volgués;
e dic vos que'm par vilania
qui partís e qui 'l mielhs se tria,
mas ges per tan non a fag non dever
quar a pres lo qu' els no vólon aver.

Rics malastrucs, s' ieu vos sabia
lauzor, volontier la'us diria;
mas no 'us pessetz menten mi alezer,
que vostre grat no vucelh ni vostre aver.

No debe extrañarse que en esta poesía, como en muchas otras de la misma época, se ataque á D. Jaime *el Conquistador*, que fué, sin embargo, uno de los más nobles, valerosos y más cumplidos monarcas que tuvo la casa de Aragón.

Debe tenerse en cuenta que D. Jaime siguió una política distinta de la tradicional de su familia. En lugar de extender sus dominios por el Mediodía de Francia, se consagró á luchar contra los enemigos de la España cristiana, y esto no era del gusto de los trovadores que residían en

la Galia meridional. Éstos, fieles á la causa de la independencia catalano-provenzal, ayudaban al país en su resistencia á aceptar el yugo de los franceses, y hubieran deseado ver á D. Jaime seguir las huellas de su padre, el vencido de Muret. No debe, pues, extrañarse que los trovadores esencialmente políticos, los periodistas de la época, combatan sin piedad la política de D. Jaime.

Existe un tercer *serventesio* de Bernardo de Rovenhac, en que también ataca á la casa de Aragón, pero es difícil fijar la época de la poesía. Millot no habla de esta composición, sin duda desconocida para él. Milá, al contrario, se fija mucho en ella y la cree, no sé si con acierto, relativa á la insurrección de algunos barones de Cataluña, por causa de bandos, contra el rey D. Jaime, en las mocedades de éste.

La primera estrofa de este *serventesio* es notable, por lo levantada, y promete lo que luego no se halla, pues la composición va decayendo en lugar de ir ganando.

«Nada encuentro más bello que ver por vergeles y prados tiendas y pabellones, y caballeros armados, y ver talar huertos, viñas y trigos, y conducir máquinas y derrocar murallas, y oír trompas y lamentos de los heridos á quienes mal de su grado se retira del campó. Más me agrada esto que la paz ó que una tregua de la cual se sale engañado.»

Bel m' es quan vey pels vergiers e pels pratz
 tendas e traps, e vey cavals armatz,
 e vey talar ortz e vinhas e blatz,
 e vey guienhs traire, e murs enderrocatz,
 et aug trompas e gran colps dels nafratz,
 e mal lur grat meto 'ls en las postatz:
 aital guerra m' agrada mais que patz,
 non tals treguas ont hom si' enganatz.

El trovador añade que esto último lo dice por el infante de Aragón, al cual acusa de no guardar las treguas á que se compromete, y de haber dado muerte á su barón Ramón Guillermo.

El *serventesio* está dedicado al vizconde de Cardona, á quien parece animar para la lucha y las civiles contiendas.

Ya he dicho que Milá fija como época de esta poesía los comienzos del reinado de D. Jaime, pero también pudiera referirse á más cercanos tiempos, al período de la historia de D. Jaime en que muchos barones coaligados, teniendo á su cabeza al vizconde de Cardona, se pusieron enfrente de *el Conquistador*. A mí me parece más aceptable esta presunción.

El hablar, no del rey, sino del *infante de Aragón*, puede hacer suponer que se trata de D. Jaime cuando era joven, pero más fácil es que se refiera á uno de los infantes hijos de D. Jaime.

No se puede calcular quién sea ese Ramón Guillermo, muerto por el infante de Aragón. Un hijo de D. Jaime, el que luego le sucedió en el trono, D. Pedro, hizo en unas revueltas ahogar á un hermano suyo, el infante Fernan Sanchez, y mando también matar á alguno de los nobles que, con Fernan Sanchez, se habían sublevado contra el rey su padre. ¿No podría la composición referirse á estos hechos? Apunto la idea que otros con más estudio y más conocimientos podrán tomar en cuenta.

BERNARDO SICART DE MARJEVOLS.

He aquí un trovador á quien ha bastado una sola poesía para figurar entre los primeros y más célebres.

De lucha en lucha, de combate en combate, de catástrofe en catástrofe, se había ido hasta aquella paz firmada por el conde Ramón VII de Tolosa, y que un trovador hubo de llamar la paz de la muerte.

Todo parecía haber concluido ya. El Mediodía se inclinaba ante el extranjero vencedor, la Francia y la Iglesia, repartiéndose el país conquistado, dominaba en todas partes. El sentimiento nacional palpitaba, sin embargo, vivo todavía, pero en los bosques, en las cavernas, en las montañas, en las comarcas extranjeras.

La Inquisición terminaba con llamas la obra comenzada con la espada, y los barones adictos á la causa provenzal, y los poetas cantores del amor de la patria, vencidos en las ciudades y en los castillos, se refugiaban en las selvas para ser bandoleros, subían á los picos de las más elevadas montañas para desde allí pedir justicia al cielo enseñándole la bandera nacional, ó se apartaban de la patria esclava para ir á buscar á tierras extranjeras lo que la suya les negaba.

Los vencidos vinieron á formar como tres grandes grupos de resistencia á la Francia invasora y á la Inquisición triunfante.

El primero fué á acampar y establecerse en el pico de Nora, en la montaña negra, teniendo por centro la fortaleza de Saint Amand, siendo quizá por esto, por haber dado asilo á los poetas errantes, por lo que aquella villa conserva aún en su escudo el arpa romana. Se ignora quién fué el jefe de la montaña negra.

El segundo grupo se estableció en los Pirineos, al pié del Thabor, teniendo por centro el castillo de Montsegur. De este grupo formaban parte capitanes ilustres, barones renombrados, prelados albigenses, damas de la más alta nobleza arrojadas de sus opulentas moradas. Allí estaban, con Ramón de Perelhá, los barones de Mirepoix, los de Belissen, los de Venzenac, los de Castellverdu, el bastardo de Foix y muchos otros.

El tercer grupo, por fin, con el joven vizconde de Carcasona, atravesó los Pirineos y penetró en España, yendo á buscar un refugio junto al ilustre mancebo, hijo de la víctima de Muret, que acababa de subir al trono de Aragón. Los proscritos que penetraron en España se dividieron, yéndose unos á la corte del rey, otros al condado de Urgel, otros al de Pallars, otros, en fin, los más, á los estados de Castellbó, donde supo acogerles con cariñosa amistad la hija de esta noble casa catalana, aquella entusiasta Ermesinda que, enlazada al conde de Foix, había sido el ángel protector de los albigenses en su condado, y la compañera inseparable de su esposo.

Con este último grupo iba un joven trovador de noble corazón y de alta inteligencia, á quien el cielo parecía querer conservar para que, por medio de un vigoroso *serventesio*, se encargara de legar á la posteridad el anatema lanzado en nombre de la inteligencia contra la fuerza. Se llamaba Bernardo Sicart de Marjevol, era del Gavaudán, y había puesto su pluma y su espada al servicio de la causa provenzal.

En la corte del ilustre monarca, á quien la posteridad debía dar el nombre de *el Conquistador*, y dedicada al augusto príncipe de la casa de Aragón, escribió Bernardo Sicart de Marjevol su poesía, que es verdaderamente el eco de los dolores de toda una nacionalidad destruida por la fuerza brutal, y que, sin embargo, se reconoce superior á sus nuevos dueños.

Aun cuando no tuviera Bernardo Sicart más poesía que ésta, y realmente es la única que de él se conoce, bastaba ella sola para darle un nombre.

El trovador tuvo la feliz idea de escoger para su sentida composición el mismo metro, y en parte las mismas rimas, de una poesía célebre de Guillermo de Cabestany, comenzando casi con el mismo verso.

Dice así:

«Con gran tristeza escribo este mi doliente serventesio. ¡Dios mío! ¡Quién puede decir ni saber el tormento que sufro cuando doy libre curso á mis pensamientos! ¡No me es posible expresar la ira que siento, el dolor que me devora cuando veo turbado el siglo, corrompida la ley, rotos los juramentos y la fé, como si cada uno tratara de superar en maldad al otro, matándolo y destruyéndolo todo sin razón ni derecho!

»Paso los días consumido por la ira, y las noches suspirando, ya sea que vele ó que duerma. Do quiera que me vuelva oigo á la gente cortés llamar humildemente *sire* á los franceses á quienes se dirigen. El francés es acogido en todas partes porque con él va la fortuna. Es su único derecho. ¡Ay, Tolosa y Provenza, tierra de Agen, Beziers y Carcasona, quién os ha visto y quién os ve!

»Caballería, hospicios, castillos, órdenes, cualesquiera que sean, todo está desbaratado y caído. Por la audacia se sube á las mayores grandezas, por la simonía se acumulan los mayores tesoros. Nadie es admitido como no tenga grandes riquezas ó vastas heredades. Suyas son la abundancia y la prosperidad, y el engaño y la traición son su regla.

»Mucho pudiera decirse del clero y mucho más pudiera yo decir. Abierto tenéis el camino y debiérais enseñárnoslo, que buen galardón tiene quien bien guía, pero no veo que tengáis más virtudes que la avaricia, la maldad y la codicia. Dios no me valga si no es verdad lo que digo ¹.

»Así como el pájaro de los bosques canta en medio de la tempestad, así yo debo cantar también. La nobleza degenera, las razas decaen y se falsean, y va creciendo la maldad, y los barones, á la vez traidores y vendidos, llevan

¹ No estoy enteramente seguro de haber traducido fielmente esta estrofa. Compárese con el original.

detrás las virtudes y el deshonor por delante. Ricos cobardes y malvados, debéis al crimen vuestra herencia.

»Sea por vos honrado, rey de Aragón, si os place.»

Ab greu cossire
 fau sirventés cozen.
 ¡Dieus! ¡Qui pot dire
 ni saber lo turmen
 qu' ieu, quan m' albire,
 suy en greu pessamen!
 Non puese scrire
 l' ira ni 'l marrimen;
 qu' el segle torbat vey,
 e corrompon la ley
 e sagramen e fey,
 qu' usquecx pessa que vensa
 son par ab malvolensa,
 e d' auçir lor e sey,
 ses razon e ses drey.

Tot jorn m'azire
 et ai aziramen,
 la nueg sospire
 e velhan e dormen:
 ves on que 'm vire,
 aug la corteza gen
 que eridon *Cyfe*
 al frances humilmen:
 merce an li Francey,
 ab que veio'l conrey,
 que autre dreg no y vey.
 Ail Tolosa e Proensa
 e la terra d' Agensa,
 Bezers e Carcassey
 quo vos vi e quo us vey!

Cavallairia,
 hospitals ni maizós,
 ordes que sja
 no m'es plazens ni bos;
 ab gran bauzia
 los truep et orgulhós,
 ab simonia,
 ab grans possessiós;
 ja non er apellatz
 qui non a grans rictatz
 o bonas heretatz;
 aquelhs an l'aondansa
 e la gran benanansa;
 enjans e traciós
 es lor cofessiós.

Franca clerçia
gran ben dey dir de vos,
e s'ieu podia
diria'n per un dos;
gen tenetz via
et ensenhatz la nos;
mas qui ben guia
n'aura bos gazardôs;
res no vey que us laissatz,
tan quan podetz donatz,
non autz cobeytatz,
sofretz greu malanansa
e vistetz ses coinhdansa;
miels valha Dieus a nos
qu'ieu no dic ver de vos!

Si quo'l salvatges
per lag temps mov son chan,
es mos coratges
qu'ieu chante derenan;
e quar paratges
si vai aderrairan,
e bos linhatges
decazen e falsan,
e creys la malvestatz,
e'ls barôs rebuzatz,
bauzadors e bauzatz
valor menon derreira
e deshonor primeyra,
avols rieux e malvatz
es de mal heretatz.
Rey d'Aragó, si us platz,
per vos serai honratz,

BERNARDO DE VENTADORN.

I.

No es maravella s' ieu chan
 mielhs de nulh autre chantador;
 quar plus trai mos cors ves amor,
 e mielhs sui faitz á son coman.
 Cors e cor, e saben e sen,
 e fors' e poder hi ay mes;
 si 'm tira ves amor lo frés
 que á nulh' outra part no m' aten.

«No es maravilla que yo cante mejor que ningún otro trovador, puesto que tengo mi corazón más inclinado al amor y más dócil á sus leyes. Alma y cuerpo, ingenio y saber, todo yo lo pongo en juego, que el amor me atrae por completo y á ninguna otra deidad presto homenaje.»

Estos versos de Bernardo de Ventadorn dicen lo que él pensaba de sí propio, y, cosa rara, lo mismo ha pensado la posteridad. Es quizá la vez primera que ésta confirma el juicio de un poeta sobre sí mismo.

Bernardo de Ventadorn sabía que era el mejor trovador de su tiempo, y no tiene reparo en decirlo él mismo, lisa y llanamente, sin falsa modestia, como la cosa más natural del mundo.

Creía que la sola ocupación del trovador y su único y predilecto objeto era el amor, y lo dice también sin circunloquios ni rodeos, con entera y abierta ingenuidad.

«No hay canción buena si no parte del corazón, dice; y partir no puede del corazón más que cuando arde éste en la llama de un amor profundo y sincero. Si mis cantos son

perfectos, es porque todo en mí pertenece al amor, mi boca, mis ojos, mi corazón, mi ingenio.»

En joi d' amor ai e enten
la bocca 'ls huels, el cor, el sen.

Es en efecto Bernardo de Ventadorn, y así lo ha reconocido la posteridad, el trovador por excelencia, tipo de los trovadores galantes, como Beltrán de Born lo fué de los políticos.

Su nombre, preconizado por el Petrarca en su *Triunfo del amor*, ha llegado hasta nuestros tiempos envuelto en una aureola de honor y de gloria.

En alas de su talento, Bernardo de Ventadorn supo elevarse desde las más bajas esferas, desde la más ínfima clase de la sociedad, hasta las altas regiones, morada de opulentos príncipes y de ilustres damas, para ser el amigo y consejero de los unos, el favorito y el amante de las otras. Es que, aún cuando el pueblo no fuese nada ni nada tampoco representase entonces, los talentos poéticos suplían á la nobleza y á los títulos en aquellas provincias meridionales tan llenas de luz y armonía, y en aquella sociedad tan entusiasta y amante del esplendor, del mérito y de la gracia.

Las felices disposiciones de Bernardo, la vivacidad de su espíritu, la brillantez de su imaginación le hicieron distinguir desde sus primeros años. Niño aún, componía versos, y los cantaba con tan dulce voz y acompañando su canto de tan graciosos gestos, que bien se conocía que había de llegar un tiempo para él de gloria y de fortuna.

Y así fué. Llegó á ser uno de los primeros, si no el primer trovador de su tiempo, que á todos hubo de superar por la novedad de su ingenio, la gracia seductora de sus versos, la belleza de sus imágenes, la ingenuidad de su estilo, la originalidad de sus pensamientos y la asombrosa facilidad de su versificación.

Llegaron á tan alto grado la estima en que se tenía á este trovador, su celebridad y su fama, que no más tarde de medio siglo después de su muerte, á mediados del XIII,

en un tratado latino de retórica, compuesto por un autor llamado *Buoncompagno*, profesor de gramática ó de elocuencia en Bolonia, el nombre de Bernardo de Ventadorn sirve para significar un poeta, como se cita el de Cicerón ó Demóstenes para significar un orador.

Bernardo fué llamado el de Ventadorn, que luego le quedó como apellido, por haber nacido en el castillo de Ventadorn (Ventadour, como le llaman hoy los franceses), que se levantaba en la comarca del Limosín, y cuyos señores mantenían corte rivalizando en fausto con el de los más poderosos príncipes, según es de ver por las crónicas del tiempo.

Su nacimiento no pudo ser más oscuro, puesto que fué hijo de uno de los servidores de más inferior categoría, del criado que tenía á su cargo encender el horno donde se cocía el pan. Queda ya dicho que, desde niño, por sus gracias y vivacidad, hubo de llamar la atención de los señores del castillo, vizcondes de Ventadorn, que no tardaron en tomarle como paje. Desde sus primeros años, pues, comenzaron á serle familiares los salones de los magnates, en donde bien puede decirse que se educó y creció. Se sabe que tenía una figura gallarda é interesante, un carácter amable, un ingenio extraordinario; sabía trovar y cantar admirablemente, era galán, decididor, cortés, y simpático á cuantos le veían y hablaban.

No es, pues, de extrañar que con todas estas cualidades su señor el vizconde Ebles de Ventadorn (IV de este nombre), se prendara de él y le alentara y protegiera, colmándole de favor y honores. Era el vizconde Ebles gran trovador y muy amigo de aquel Guillermo de Poitiers duque de Aquitania, que figura también como el primero de los trovadores de nombre conocido. Ebles fué, según parece, el que enseñó el arte de trovar á Bernardo, que en sus composiciones se jacta de haber pertenecido á su escuela y haberle tenido por maestro. Grandes debieron ser la intimidad y afecto que reinaba entre el señor y el vasallo, el protector y el protegido, el maestro y el discípulo, puesto que Bernardo era considerado por los servido-

res del castillo como de la familia del vizconde, viéndole crecer cada día en privanza y en poder. Era el favorito de Ebles, compartía con él sus estudios, le acompañaba en sus partidas de caza y de justa, tomaba parte en todos sus placeres y en todas sus penas, era su amigo y era su privado.

Parecía aquella intimidad destinada á seguir eternamente, y así tal vez hubiera sido, á no mediar de repente el amor de una mujer.

Viudo era de su primera esposa el vizconde Ebles y avanzado ya en edad, cuando decidió casarse con Inés de Montluzó, joven y hermosa damisela de diez y ocho años, que gozaba de gran fama en toda la comarca por su gentileza y donosura.

Efectuado el enlace, Bernardo fué destinado á las órdenes de la joven vizcondesa, sin que acertara Ebles á comprender el peligro que existía en poner la estopa junto al fuego.

Así fué como el joven y apasionado trovador entró á servir á aquella cuya desdicha debía labrar con sus amores, á aquella que era *molt gentil donna e gaia*, según el manuscrito provenzal, *y más bella que rosa en capullo y más blanca que nieve de noche de Navidad*, según las frases mismas que se leen en las poesías del trovador.

En estas poesías mismas está escrita, hasta el punto de poderla seguir en todos sus detalles, la historia de los amores de Bernardo y de Inés de Montluzó.

II.

La vizcondesa gustaba mucho de las canciones de Bernardo, según dice la biografía provenzal, así como de su amable trato.

Este fué el primer paso del amor que se encendió en aquellos dos jóvenes corazones. No tardó en ser la bella vizcondesa el objeto único de las canciones del trovador.

Al principio, el poeta no se atreve á mucho, apenas se

da cuenta de su pasión, y si lo hace es para en seguida ocultarla.

«No puedo, dice, esconder lo que en mi alma pasa; pero, al menos, fingiendo risas y cantos, lo ocultaré á los que me observan.»

Y en efecto, el corazón del poeta, que necesita expansión, rebosa entonces en cantos á la primavera, á los prados llenos de flores, á los bosques oscuros donde canta el ruiseñor, á los cielos espléndidos bañados en luz de sol, á las noches silenciosas y tranquilas llenas de armonías, á todo lo que inspira amor, deleite y ventura.

A esta época de su vida pertenecen muchas de sus más bellas y pintorescas canciones.

No tarda, sin embargo, á abrirse paso el amor por entre ellas.

«Así como una rama se doblega al soplo del viento que la inclina hacia donde quiere, así yo obedezco á la que me cautiva, pronto siempre á hacer cuanto me mande.»

Aissi com lo rams se pleia
la o 'l vens lo va menan,
eu vas celui que 'm guerreia
per far totz jors son coman.

Aun cuando el invierno avance con su aridez y sus nieves, al poeta le parecen sus días como los más hermosos de la primavera y los campos verdes y purpureados por el sol, si el amor alegra su corazón. En este caso, dice, la nieve es una flor blanca y bermeja y el invierno no es sino la primavera.

Prats me sembla vert e vermeilh
issament com lo temps de mai,
si 'm ten fin amor coint e gai.
Neu fin' es flor blanc' e vermeilha
e l' iverns chalen de maia...

«Y el invierno calendas de Mayo,» traducido este último verso al pié de la letra.

Llega ya, en fin, para el poeta el momento de atreverse á más, de confesar que ama.

«De buena fé, con pureza y con lealtad, yo amo á la

más bella y á la más noble. Mi corazón se cansa á fuerza de suspirar, y á fuerza de llorar se escaldan mis ojos. La amo demasiado, pues que es sólo para mi daño; pero ¿qué puedo contra la violencia del amor?

«El amor abrió en mi corazón una herida tan agradable, que, en medio de mi mal, experimento sensaciones deliciosas, espiro de dolor cien veces al día, y otras tantas renazco á la alegría y á la vida. Mi mal es tan dulce, que lo prefiero al mayor de los bienes, y puesto que tantos goces tiene el sufrimiento, ¡cuán dulces no han de ser los placeres después de la pena!»

Aquest amor me fier tan gen...

Ya en aquella época sus cantos habían dado gran renombre á Bernardo. Sus poesías circulaban por los castillos y por las cortes, con agradables elogios para el autor, á cuyos oídos llegaban los ecos de su celebridad y fama.

«¿Por qué admirarse, dice entonces, del éxito que mis cantos obtienen por el mundo? Las buenas canciones nacen todas del corazón, y ¿quién puede animar el corazón si no es el amor? El júbilo que produce el amor penetra hasta lo íntimo de mi alma, y de ella pasa á mis cantares para embellecerlos. El que mejor ama es también el que mejor canta.»

El poeta se halla todavía en el caso de amar sin atreverse á tener esperanza, y vuelve sobre una idea ya emitida en otra canción, pero presentándola con menos fuerza y colorido:

«Cierto es que yo no conozco el amor más que por sus inquietudes y tormentos, pero quiera el cielo que ame siempre, aunque no sea amado.»

La idea es bella, tan bella que ha tenido célebres imitadores ¹, pero Bernardo no insiste en mantenerla. Al contrario, cree llegado ya el caso de que su ardiente y constante amor obtenga una recompensa.

«Así que veo á mi amada, una especie de terror se apo-

1 Juan Jacobo Rousseau.

dera de mí. Se turba mi mirada, palidece mi rostro; tiemblo como hoja que el viento mueve; no tengo ni el juicio de un niño; de tal modo su presencia me perturba. ¡Ah! El que tanto ama y tan tiernamente se somete, merece que con él se tenga alguna generosidad.»

Quand ieu la vei be m' es parven...

En otra poesía exclama:

«Mientras que los años tienen sus variaciones regulares y que una estación sigue á la otra, yo sigo invariable y constante en el mismo estado, suspirando siempre, no siendo nunca oído. ¿De qué sirve el amor cuando no es recíproco? No cantaré más... Me alejaré... Pero no, mi constancia acabará por conmover á aquella de quien quiero huir. Si obtengo esta dicha, experimentaré entonces lo que dice la Biblia: *en buena ventura, un día vale ciento.*»

«Su vasallo soy, dice en otra composición, y su amigo, pronto á servirla en todo, y otro favor no le pido que una mirada de sus bellos ojos, pues su mirada me es gran consuelo cuando sufro.»

Mi dons soi hom et amics a servire,
e non l' enquier nulh autras amistatz
mas qu' a selat los sieus belz huelhs me vire,
que gran be 'm fai l' esguartz quan soi iratz.

El amor le embarga por completo. No ve ni piensa en otra cosa, y esto le hace exclamar preceptivamente y en versos que quedarán siempre:

«No vive, ha muerto el que no experimenta la dulce sensación del amor. No amar es no existir.»

Entonces es también cuando dice, valiéndose de un pensamiento que no es enteramente nuevo, pero que sabe presentar bajo una forma originalísima y seductora:

«¡Ay de mí! Yo muero bajo la impresión de mis penas de amor; pero me son tan gratas, que sólo de ellas me ocupo. De tal manera me embargan, que un ladrón pudiera apoderarse de mí sin que me apercibiera de ello.

«Señora, dice con sentido arranque en una de sus más bellas poesías, ¿qué importa que mis ojos os pierdan de vista? Mi corazón os ve.»

Esta idea la expresa también en otra composición, aunque menos sintéticamente:

«El mensaje más agradable que de ella puedo recibir es mi propio pensamiento, que me retrata su dulce imagen.»

III.

Siguiendo en el examen de sus poesías, no tarda en verse llegar para Bernardo los momentos álgidos de la fiebre del amor. Pronto se le ve atravesar por aquella crisis próxima á la desesperación y á la locura en que no queda otro camino que la fuga ó la muerte, si el objeto querido permanece mudo, indiferente y frío ante la explosión de un amor cada día más acentuado y violento. Sus poesías pintan el estado de su alma en aquellos momentos, la inquietud que le aqueja, las vacilaciones á que se entrega, los sentimientos que le mueven y dominan según las circunstancias, la situación en que se halla, los temores que abriga ó las esperanzas que le alientan.

Unas veces se exhorta á la perseverancia con el ejemplo del agua que, cayendo gota á gota, acaba por agujerear la piedra, ejemplo tomado evidentemente de Virgilio; otras veces se entrega á la desesperación, habla de ingratitudes y quiere abandonar para siempre un lugar en el que no saben distinguir el amor verdadero del falso: tan pronto se queja de la inconstancia y caprichos de las mujeres, como se permite tener celos y acusa á los que galantean á las damas por vanidad sólo y fingiendo un amor que no sienten, en perjuicio de los que aman de todo corazón y de todas veras.

«¡Oh Dios! exclama, ¿por qué no hiciste que hubiera una señal para distinguir al amante leal del falso? Los aduldadores y los engañadores debieran llevar un cuerno en la frente.»

Ay Dieus! ara fosson trian
li fals drut e 'l fin amador,
que l' lauzengier ó 'l trichador
portesson corn el fron denan.

Aunque no recompensados, sus amores debieron llamar la atención y dar comienzo á murmuraciones entre la sociedad que concurría al castillo de Ventadorn, pues que se ve al poeta lamentarse en estos términos:

«¡Oh Dios! ¡qué dulce sería el amor de dos amigos si pudiera conseguirse que no fuese profanado el secreto de sus relaciones!»

¡Ay Dieus! quant bona fora amor
de dos amics, s' esser pogués,
que ja us d' aquels enuiós
lor amistatz non conegués!

Tanta constancia y tanta porfía al lado de tanto amor y tanto sentimiento, debían acabar forzosamente por coronar los esfuerzos del apasionado trovador. Llegó por fin el momento en que la vizcondesa acabó por ser sensible á la pasión que había inspirado. El mérito de su trovador le hizo olvidar la oscuridad de su cuna para no ver más que el esplendor de su talento. Aceptóle al fin por su caballero, y el venturoso Bernardo se apresura á jurarle fidelidad eterna como á la soberana de su vida:

«¡Oh noble dama, vuestro soy y seré siempre! Esclavo adicto á vuestros mandatos, soy vuestro servidor y vuestro vasallo. A vos me entrego en cuerpo y alma, que habéis sido mi primer amor y también seréis el último.»

Domna, vost' hom sui e serai...

Estas relaciones caballerescas y misteriosas inspiran al trovador una multitud de poesías encantadoras en que celebra á su dama como la mujer del universo más bella y digna de homenaje, pero jamás la cita sino con los fingidos nombres de *Bel Vezet*, *Dolz Esgar* y *Fis Fois*, costumbre generalmente establecida entre los trovadores.

Los accidentes naturales de la sociedad y de la vida, los detalles más insignificantes y comunes, las fiestas en que

su amada brilla, la soledad en que á veces se encierra, una palabra, un gesto, una sonrisa, todo es objeto de inspiración para el enamorado Bernardo, todo viene á ser tema de sus poesías.

«Muchas veces, dice en una de ellas, cuando la veo figurar en medio de una ilustre sociedad, me arriesgo á poner dudas acerca de las brillantes cualidades de mi amada, tendiendo con mis palabras á rebajarla. Por medio de esta prueba peligrosa inquiero el parecer de todos, y juzgo si son ciertos los elogios que se le prodigan, y si en efecto se concede á su raro mérito la estimación de que goza: pero siempre que he hecho esta prueba, sean cuales fueran los términos en que me han contestado, siempre he visto hacer justicia al mérito de mi dama. Entonces crecen y son más ardientes los deseos, y más peligroso el mal de amor.»

Soven la vau entre 'ls melhors blasman...

La impaciencia del deseo va aumentando á medida que toma vuelo el amor, recompensado por sus primeros y más preciados favores. El poeta se arriesga ya á decir:

«Quisiera encontrarla sola y dormida, ó bien aparentando estarlo; y entonces me atrevería á robarle un dulce beso, uno solo, ya que no alcanzo á obtenerlo con mis súplicas. ¡Oh dama demasiado severa, os lo pido en nombre de la bondad divina, ceded á tanto amor! Nuestros corazones pudieran entenderse con el auxilio de signos misteriosos, y ya que no cedamos á la audacia, cedamos al menos al disimulo.»

Ben la volgra sola trobar...

El éxito corona por fin la porfía del trovador, triunfando las exigencias que éste se halla ya en el caso de tener.

Un día, hallándose sentado á los piés de la vizcondesa Inés, á la sombra de un pino, recibe de ella un beso.

«Entonces, dice él mismo, no sé lo que por mí pasó: no ví ni oí nada, y estando en el rigor del invierno, me creí trasportado al mes de Mayo.»

Recordando á Ovidio, como antes había recordado á

Virgilio, lo cual prueba en Bernardo cierta enseñanza clásica, compara el beso que recibió con la lanza de Peleo, capaz ella sola de curar las heridas que causaba.

«Estaba yo bien lejos de creer que un beso de aquella boca sonriente fuera tan traidor que pudiese darme la muerte, como otro beso no viniera á cerrar la herida. Por esto comparo aquel beso á la lanza de Peleo, cuya herida era incurable si por ella misma no se volvía á ser herido.»

Ja sa bella bocca rizens
non cugei baizan me traís,
mas un douz baizar m' aucís;
e s' ab autre no m' es quirens,
atressí n' es per semblansa
cum fo de Peleus la lansa,
que de son colp non podí' hom guerir
si per eis loc no s' en fezéz ferir.

El beso de la vizcondesa de Ventadorn fué tan fatal para el pobre poeta como el de la condesa de Burlatz lo había sido para aquel otro trovador llamado Arnaldo de Marveil.

Bernardo no debía alcanzar más premio. Tocaba ya al fin de su favor, de su amor y de su privanza. Su reserva y discreción le habían garantido hasta entonces de la maledicencia, ya que el objeto de sus amores y de sus canciones no era nombrado en ninguna de éstas, ni siquiera en la que habla del beso recibido. Hasta entonces los nombres fingidos y los lamentos de un amor no recompensado, habían podido hacer el misterio impenetrable, pues que, aún cuando se revelara, nadie sabía á ciencia cierta quién era la dama oculta bajo los nombres convenidos de *Bel Vezzer*, *Fins foi* y *Belh Esguart*; pero ya fuese que el éxito alcanzado hiciera á Bernardo más atrevido y ciego en su pasión, ya que la violación de un primer deber arrastrara la de otros, lo cierto es que cometió la imprudencia de nombrar á la vizcondesa, ó de señalarla con tales detalles, que era imposible equivocarla con otra.

«La dama del mundo á quien más amo, aquella á quien adoro con una ternura que nada iguala, no permanece ya

sorda á mis ruegos. Se digna por fin acogerlos, su oído escucha mis cantos, su corazón los guarda, sus ojos y sus labios me contestan...»

Selha del mon qu' ieu plus vuelh...

No hubo de ser sin grandes precauciones la indiscreta confianza del trovador, puesto que la poesía causa de la desgracia de los dos amantes, es oscura y confusa, sin aquella claridad constantemente seguida por Bernardo en todas sus obras, pero fué bastante á despertar los recelos, ya sin duda solevantados del vizconde Ebles.

Cierto día que el vizconde asistía á un espléndido banquete en el castillo y corte de uno de sus principales vecinos, oyó cantar á uno de los juglares, después del convite, la canción de Bernardo *Selha del mon*, que se había extendido ya y hecho célebre por todas las cortes donde se gustaba de los cantos provenzales y singularmente de los de Bernardo de Ventadorn, considerado entonces como el más diestro y dulce de los trovadores. Por vez primera entonces hubo de comprender el vizconde que en aquel canto se trataba de su mujer. Debieron decírselo voces secretas de su corazón, sospechas ya adquiridas y de nuevo despertadas con un verso ó una frase, tal vez las sonrisas que pudo ver dibujarse en algunos labios, ó palabras de los concurrentes indiscretamente pronunciadas y cogidas por él al vuelo.

Lo cierto es que al volver de su expedición el vizconde, estalló la tempestad en el castillo y abrióse profundo abismo á los piés de los amantes.

No parece, sin embargo, que Bernardo fuese el objeto inmediato de las iras del vizconde. Inés sola, la pobre vizcondesa, la menos culpable acaso, hubo de serlo. La dama fué estrechamente encerrada, guardada á vista, y objeto de los duros y malos tratos del esposo ofendido. Todo el resentimiento del vizconde cayó sobre ella.

Existe una poesía de Bernardo que debe ser de aquella época y que bien pudiera dirigirse á la vizcondesa. En ella se exhorta á una dama, á quien supone no ver, á ven-

garse de un marido celoso que la maltrata de palabra y de obra. «Si el celoso hiere vuestro cuerpo, la dice, que vuestro corazón al menos resista á la tiranía.»

Víctima la vizcondesa de los celos de su marido, encerrada primero en sus habitaciones, aunque luego hubo de serlo en prisión más dura, tuvo medio de hacer decir á su amante que se alejara del castillo y del país. Parece que el trovador tomó este mensaje por una prueba de ingratitud y de infidelidad; pero queriendo dar á su dama una muestra de obediencia, y considerando tal vez que su ausencia mejoraría su suerte, se alejó del castillo de Ventadorn y de su comarca, dispuesto á correr el mundo, cantando las penas y desgracias del amor, como antes había cantado sus esperanzas y sus goces.

El infortunado trovador, al alejarse de aquellos sitios donde *deja su corazón en prenda á la dama que ha de amar mientras viva*, se despide en una poesía de sus amigos, á quienes desea *el buen día que él no tiene*.

Bernardo, al principio, no se alejó mucho de la comarca donde sufría los rigores de un esposo ultrajado la pobre víctima de su amor, y parece que tenía ocasión de enviar á ésta apasionados mensajes y dulces cantos para animarla y darle consuelo en medio de su aflicción.

A esta época de su vida se refiere aquella su sentida y dulce poesía:

Quan la douz' aura venta
de ves vostre pais,
m' es vejaire qu' ieu senta
odor de paradís,
per amor de la genta
ver cui ieu sui aclis.

«Cuando llega la dulce brisa del lado de vuestro país, me parece que aspiro perfumes de paraíso, por el amor de aquella gentil dama de quien soy esclavo.»

En otra composición, que debe suponerse escrita poco después de su salida del castillo de Ventadorn, cuando aún creía en la eternidad de su amor, cuando todavía llevaba impresa en el alma la imagen de una dama que no debía tardar en ser borrada por otra, Bernardo dice, con

la libertad de pensamiento tan característica en aquellos poetas libre pensadores del Mediodía:

«Dios hubo de maravillarse sin duda, cuando consentí en separarme de mi dama, y hubo también de amarme más al ver que tenía fuerza y resolución para dejarla. Es que Dios sabe bien que si llegaba á perderla, nunca más volvería yo á encontrar la dicha y ni él mismo tendría entonces poder para consolarme.

Ben se 'n deu Dieus meravelhar...

Algo, más humano y mortal, debía, sin embargo, consolar al poeta.

Mensajes reiterados y repetidos de la pobre Inés de Montluzó obligaron á Bernardo á alejarse definitivamente de aquellas comarcas. Descubrió el vizconde que iban y venían mensajes, y la infeliz vizcondesa encontróse entonces más expuesta que nunca á sus iras y á sus enojos, sin que ya de nada le sirviera el alejamiento de su amante, que se decidió por fin á abandonar aquellos lugares, poco creído sin duda de que dejaba tras de él la desolación y la muerte.

En efecto, mientras Bernardo se alejaba del sitio de su infancia y del teatro de sus amores, la infeliz Inés, destinada á ser víctima de la pasión y de los cantos del trovador, trocaba el arresto de su cámara por la prisión estrecha y dura de la torre, donde en el castillo de Ventadorn eran guardados los prisioneros de más importancia y cuenta. Llamábanla la *Torre maldita*, á causa de las ejecuciones y horrores que en ella habían tenido lugar en diversos tiempos, y á esta torre fué conducida Inés de Montluzó, sin que su airado esposo volviera jamás á ocuparse de ella ni á mentarla, dejando que allí languideciera y acabara su miserable vida.

IV.

Era aquella la época de más esplendor para los trovadores, algunos de los cuales viajaban ostentosamente co-

mo príncipes, con gran séquito de juglares y sirvientes, hallando en todas partes generosa hospitalidad, despertando en todas simpatías, recibiendo en todas muestras señaladas de protección y de favor. Bernardo, joven, entusiasta, de espíritu aventurero, con un nombre ya formado y célebre, comprendió que no podría faltarle asilo en aquel siglo de entusiasmo por la poesía galante, y, al verse obligado á salir del Limosín, se decidió á recorrer las principales cortes en busca de fortuna, de mayor renombre y de mayor gloria.

Atraía entonces la atención y las miradas de todos, y era una de las más visitadas y concurridas la corte que, unas veces en Poitiers, otras en sus pintorescos castillos de La Reole y de Marmande, á orillas del Garona, presidía una mujer, célebre por su cuna, por su belleza, por su galantería y por su fausto. Era Leonor de Aquitania, nieta del más antiguo de los trovadores, esposa que había sido del rey Luis de Francia, repudiada por éste, y casada en segundas nupcias con el duque de Normandía, después rey de Inglaterra bajo el nombre de Enrique II.

Esta fué la corte á la que se dirigió Bernardo, fugitivo de Ventadorn. Ya en ella le había precedido su nombre, y es fama que gustaba mucho de sus poesías Leonor de Aquitania. Esta princesa, bien conocida por sus galanteorías, su libertad de costumbres y sus ruidosas aventuras, madre que fué del rey de Inglaterra Ricardo, *Corazón de león*, á quien vemos figurar también entre los trovadores, era hermosa, joven aún, y apasionada por la poesía provenzal, cuando llegó á su corte Bernardo, entonces el más célebre entre los trovadores, y también el más enamorado, pues que la historia de sus amores con Inés se había extendido por todas partes y en todas se sabía que una mujer joven y bella se hallaba en aquellos momentos cautiva por su amor, esperando quizá una muerte segura entre los hierros de su carcel.

Con la aureola de su mérito, de su fama, de su gallarda presencia y de sus infortunados amores, se presentó Bernardo de Ventadorn ante Leonor de Aquitania, que le aco-

gió de tal manera, con tanto agrado y cariño, colmándole en seguida de favores y distinciones tales, que no tardaron en murmurar de ello los cortesanos maldicientes. Y algo de verdad debía haber en el fondo de aquellas murmuraciones, pues que se veía á la primera entusiasmarse con los cantos de Bernardo, otorgarle un alto y distinguido puesto en su corte para tenerle siempre á su lado, y concederle todos los favores que le era permitido á una dama conceder á su caballero, entre otros, el honor de asistir por la noche á su cámara, al proceder sus doncellas á su tocado nocturno.

Y más hizo aún la princesa. Nombró á Bernardo su maestro y quiso que le enseñara el arte de trovar, dedicándose á escribir bellas y tiernas canciones, que ella misma, según parece, ponía en música.

El maestro no pudo resistir sin duda á tanta seducción ni á tantos hechizos, y cayó un día á los piés de su discípula, rompiendo sus antiguos juramentos, infiel á sus primeros amores, y olvidado de la infeliz que por él agonizaba en las oscuras mazmorras de la *Torre maldita*.

La historia vela con el misterio del secreto lo que pasó entre el poeta y la que, después de ser reina de Francia, iba á serlo de Inglaterra; pero todo induce á creer que, más afortunado de lo que lo fuera en los primeros, hubo de serlo en sus nuevos amores.

Mi *Conhort*, es decir, mi consuelo, llamaba Bernardo á Leonor en sus apasionados cantos, como había llamado su *Belh Vezor* á la infortunada Inés. Al principio se manifestó tímido también. En una canción que dedica á la princesa, se pinta abrasado de amor por una dama, á quien no se atreve á declararse por temor de que rechace sus votos indignos de ella; pero si la timidez le impide declarar sus sentimientos, su debilidad no le permite dominarlos.

«Más prefiero, dice en otro canto, morir de los tormentos que sufro, que aliviar mi pecho por una confesión temeraria. Verdad es que ella me ha permitido pedirle un dón; pero tendría que pedírselo de tan alto precio, que ni un rey debiera arriesgarse á demandarlo.»

No se sabe qué dón sería éste, ni si, por fin, el poeta se decidió á pedirlo y ella á concederlo; pero bien pudiera hacérselo creer así el ver en otra poesía que Bernardo se dirige ya á la princesa con una familiaridad desusada y con una libertad de pensamiento y una franqueza de forma que dan á comprender perfectamente el estado de aquellas relaciones.

«Por Dios, señora, exclama el poeta, ocupémonos más de nuestro amor, que el tiempo pasa, y en sus alas se lleva lo mejor del nuestro.»

Llegó el día en que la duquesa de Aquitania tuvo que ir á reunirse con su esposo, coronado rey de Inglaterra. La partida de Leonor dejó afligido y maltrecho al poeta, que emplea entonces su tiempo en suspirar por ella, en recordarla y en dirigirla tiernas y enamoradas canciones.

En una, después de evocar el recuerdo de su dama, que está ya en Inglaterra, y de felicitarse por la elección gloriosa que ha hecho del objeto de sus amores, dice:

«¡Ojalá me fuera dado cruzar los aires como la golondrina, y llevar cada noche mi corazón á los piés de aquella á quien ofrezco de lejos mis canciones!»

Por medio de una *endressa* á Hugo, su amigo, ó mejor quizá su juglar, le ruega que recite estos versos á la *reina de Normandía*:

«Alejado de la que amo, me ocupo sólo de su imagen grabada en el fondo de mi corazón. Todas las mañanas el ruiseñor me despierta cantando sus amores, y me recuerda los míos. Así es que prefiero tan dulces pensamientos al placer de dormir.»

Por otra *endressa* (endereza ó dedicatoria) encarga á su mensajero que pase la mar con su canción y anuncie á su dama que pronto irá á visitarla.

«Será, dice, antes del próximo invierno, si es que obtengo el permiso del rey de Inglaterra y duque de Normandía, por cuyo servicio soy á la vez inglés y normando.»

Todo parece indicar que Bernardo llenó sus deseos y cumplió su promesa, pasando á Inglaterra y á la corte de los Plantagenets. Así se deduce de sus propias poesías,

únicos documentos que pudieron servirme de guía para tomar este bosquejo de su vida, de sus obras y de sus amores; pero no me ha sido dable averiguar ni la época de su viaje, ni el tiempo que residió en la corte de la reina Leonor, ni lo que en ella acaecerle pudo.

De la corte de Inglaterra, habiendo roto quizá con su dama de la cual no se ve que vuelva á ocuparse, regresó Bernardo á Provenza, yendo á pedir un asilo al *buen conde* Ramón V de Tolosa, gran protector de los trovadores. Allí supo que su primera dama la vizcondesa de Ventadorn había desaparecido, muerta según rumores en la cárcel de la *Torre maldita*, donde la encerrara su esposo, y que éste se había retirado al monasterio de Monte Cassino, tomando el hábito y abandonando el mundo.

Conmovido por el trágico fin de aquella que por vez primera hizo latir de amor su corazón, Bernardo sintió renacer el apagado cariño por su antigua dama y brotar también en su alma el torcedor de punzante remordimiento. Así se le ve llorar su pérdida en varias composiciones llenas de la más tierna sensibilidad y de una delicadeza tan exquisita, que asombra cuando se recuerda el siglo en que se escribieron y el estado de barbarie en que á la sazón estaba Europa sumida.

No parece, sin embargo, que el trovador, objeto de especiales atenciones y singulares favores en la corte espléndida del conde de Tolosa, perseverase por mucho tiempo en sus ideas de melancolía y dolor. Las poesías de su última época señalan un cambio completo en sus ideas y costumbres.

Bernardo abandona sus ideas lúgubres, y se deja llevar por las corrientes de la corte galante, teatro de intrigas y aventuras amorosas en que vivía. Ya en este camino, se entrega á la disipación y á la locura, y sus composiciones de aquel tiempo le acusan de cierta libertad é inmoralidad de costumbres que, á no ser propias de la sociedad de entonces, serían en el poeta altamente reprobables.

Dirige una poesía á cierta dama pidiéndole su amor, y para el caso de que no pueda concederle éste por entero,

se ofrece á partirlo con otro amante. En otra poesía, dirigida acaso á la misma dama, dice, que vengado de su perfidia por la inconstancia del nuevo amante elegido por ella, está decidido á abandonarla, con tanto más motivo cuanto que *la esperanza bretona degradada á un señor, haciéndole degenerar en escudero*. Esta expresión de la *esperanza bretona*, familiar entre los trovadores, era una esperanza vana, ilusoria, la esperanza que los bretones tenían en el regreso de su fabuloso rey Arturo.

Entre las composiciones más notables de Bernardo de Ventadorn, hay una *tensión* que merece citarse y traducirse. Hablan en ella Bernardo y Peirols, otro poeta célebre de la época. Es una verdadera joya literaria, una poesía que por su belleza, su estilo, su concisión, su elegancia y su sentimiento, pudiera pasar como obra del mejor poeta moderno.

Dice así:

«*Peirols*.—¿Cómo puedes resistir á la voz del ruiseñor que te invita á *trovar*?

»*Bernardo*.—Prefiero dormir. El amor es una locura de que ya curé.»

A su vez, Bernardo pregunta:

«*Bernardo*.—Y tú, ¿por qué pasaste tanto tiempo sin *trovar*?

»*Peirols*.—Porque sólo trova bien el que está enamorado, y yo no lo estoy ya.

»*Bernardo*.—Si esto hiciera enmudecer, há tiempo que hubiera yo perdido la voz.»

El trovador concluyó como el esposo de su primera dama: se hizo monje. A la muerte de su protector y amigo el conde de Tolosa, que tuvo lugar por los años de 1194, Bernardo se retiró del mundo, entrando en la abadía de Dalón sin que nunca más volviera á saberse de él.

Dicho queda, al comenzar este escrito, que en el ciclo de los trovadores no hay otro que le sobrepuje en celebridad y en mérito.

Sus contemporáneos le miraban como el primero y más diestro en el arte de *trovar*, con lo cual no hicieron más

que adelantarse al juicio de la posteridad que ha continuado sus alabanzas. Petrarca le cita entre los más ilustres; Dante le presenta como modelo en su obra sobre la elocuencia; el otro Dante, el de Mayano, le imitó y le tradujo; los poetas franceses del Norte tienen á cada paso pensamientos, imágenes y hasta versos enteros que le recuerdan; al llegar á tiempos más modernos le vemos figurar en el *Conort* de Francisco Ferrer y en la *Comedia de la gloria de amor* de Rocaberti, y, por fin, ya más cerca de nosotros, Racine y Juan Jacobo Rousseau, no se desdennan de imitarle.

BLACÁS.

Floreció en la época del esplendor provenzal y era de una de las familias más distinguidas del país, áun cuando Millot cae en el error de decir que ningún feudo de este nombre existió en Provenza, y áun cuando Nostradamus escribe que era originario de Aragón.

Los Blacás (*vaillance de Blacas*, antiguo grito de guerra), fueron ilustres en Provenza, y marchaban de par con las casas más fuertes y reputadas, con las más nobles y altas familias del país, ocupando entre ellas un puesto, un título y un rango.

Por todas partes entonces, en aquel hermoso suelo de la Provenza, se elevaban grandiosos y almenados castillos, moradas opulentas, que así eran, á veces, fuertes alcázares de donde partían los gritos de guerra y de exterminio, como eran, otras, centros galantes y cortes de amor y gentileza, donde no se oían más ecos que los que se escapaban del bullicio de la fiesta y de las liras de los trovadores. Sin contar las familias soberanas ó casi soberanas de los condes de Tolosa y de Foix, de los vizcondes de Beziere y de Narbona, y otras varias, brillaban entonces con todo el lujo de su opulencia y la aureola de su gloria: los Agoult, señores de Apt y Cazeneuve, fieles á su hermosa divisa *Hospitalidad y bondad*; los Abons, que ostentaban la no menos bella de *unir y mantener*; los de Adhemar, de raza carlovingia, que poseían el principado de Orange, de Grignán y de Monteil; los de Baucio, que debían su nombre al castillo, corona de una colina donde las flores son eternas; los Sabrán, de cuya familia debía salir la condesa de Provenza; los Castellane, que se supo-

nían oriundos de los príncipes de Castilla y que tenían al pié de los Alpes su casa señorial, ostentando por armas las de Castilla; los Forcalquier, los Cadenet, los Hautefort, los Singe, los Barrás, los Arletán, los Montluzó, los Cabaret, los Mornás, los Castellet y cien otras nobles familias de valioso origen y elevada raza.

Figuraba entre éstas la de Blacás, cuya casa solariega era el castillo de Aulps, y que unió á su gloria la de dar dos trovadores á los anales de las letras (Blacás y Blacasset), como con Beltrán de Born, el padre y el hijo, dió otros dos la casa de Hautefort, y como otros dieron las casas de Sabrán, de Anduce, de Montleó, de Adhemar, de Malaspina, de Foix, de Poitiers, de Ventadorn y de otras muchas.

Señor de la casa de que hablamos era Blacás, el poeta de que paso á ocuparme; pero si he podido restablecer su nobleza y origen, pocos datos he podido adquirir de su vida y de sus obras, á pesar de no haber descuidado para ello ni ocasión ni medio.

Su biógrafo provenzal le consagra muy pocas líneas.

«Blacás, dice, era de Provenza, noble barón, rico y generoso. Fué gran amador de las mujeres, de la galantería, de la guerra, de la magnificencia, de los festines, del bullicio, de la animación, de los cantos, de las fiestas y de todo aquello por medio de lo cual un caballero adquiere honra y reputación. Nunca hubo nadie que tuviera tanto placer en recibir, como él tenía en dar. Los pobres y los necesitados hallaron en él un constante protector. Cuando más fué avanzando en años, más dadivoso fué y más liberal, cortés, valiente y espléndido; más tierras adquirió, más rentas y honores; más estimado fué de sus amigos y temido de sus adversarios; y su ingenio, su saber, su fausto y su galantería fueron siempre en aumento.»

Nada más dice el biógrafo de los trovadores.

Que fué noble, hidalgo, generoso, valiente, gran protector del arte y del ingenio, espléndido en sus dones, en sus fiestas, en su galantería, nos lo dicen los muchos trovadores que de él se ocupan, y nos lo dice también el canto que

Sordel compuso á su muerte, uno de los cantos más originales por cierto que existen entre las poesías provenzales.

Que fué gran trovador, poeta de alto ingenio y relevantes cualidades, como se nos dice, pudiéramos haberlo comprobado por sus obras; pero desgraciadamente pocas se han conservado de éstas, y no las mejores de seguro.

Sólo quedan de él unas pocas composiciones, incompletas casi todas, y que no revelan en verdad un gran ingenio.

En una canción dice á su amada que le concede permiso para admitir los homenajes de otro caballero, si encuentra uno superior ó igual á él en valor militar, uno que con menos renta sea tan pródigo y dadivoso, uno que sepa hablar con tanta gracia y gentileza. En este caso puede amarle, porque «aquel, dice, que sea superior en mérito, tiene derecho á ser querido de la más bella de las damas. Que mi dama no tome esto por una baladronada, pues nada hay en el mundo que no esté yo dispuesto á hacer por ella. Sólo que, como es imposible hacer algo sin corazón, es necesario que de su corazón saque el mío, que allí dejé, y me lo devuelva ó me lo preste solamente. Ya puede entonces dejarme marchar seguro contra todos aquellos que se atreven á disputarme mi dama.»

Se sabe de él que tensionó con varios trovadores, pues parece que brillaba en este género. He aquí una de sus *tensiones* con Pedro Vidal:

«*Blacás*.—Pedro Vidal, puesto que obligado me veo á componer una tensión, permitidme que os dirija una pregunta importante. ¿Por qué, teniendo tanto ingenio y talento para componer versos, tenéis ingenio y talento tan limitados para muchos asuntos vuestros, que tan mal andan? Aquel que, siendo viejo, permanece en el mismo estado en que pasó su juventud, ha vivido inútilmente.

»*Vidal*.—Estáis en un error, Blacás, y nunca hicísteis proposición menos sensata. Yo tengo buen criterio y buen sentido en todos mis cantos, y bien se conoce en ellos qué hombre soy. Desde mi juventud ofrecí mi amor á la dama mejor y más estimable. No quiero perder ni el fruto

ni la recompensa, porque el que se cansa es cobarde y menguado.

»Blacás.—No quisiera yo vuestra suerte con una dama tan llena de mérito. Yo quiero siempre igualdad, y me agrada que me recompensen. Os abandono la felicidad de esperar; en cuanto á mí, prefiero disfrutar. El esperar siempre es un servicio perdido, del cual no resulta bien alguno.

»Vidal.—Blacás, yo soy muy diferente de vosotros, que no os cuidáis del amor. Yo soy de los que prefieren hacer larga jornada para encontrar buen albergue, servir mucho tiempo para obtener buen salario. No es amante verdadero aquel que cambia á menudo, ni es buena dama la que con facilidad se entrega. No es amar sino abusar el pedir hoy, para al día siguiente abandonar la partida.»

En otra *tensión* de Blacás con Pellissier se trata de decidir quién de tres ladrones sufrió más cruel castigo: si el primero, á quien cortaron un pié y la mano derecha por haber robado dos gallinas, ó el segundo, á quien ahorcaron por robo de dos dineros, ó el tercero, quemado vivo por haberse apoderado en un monasterio de una lanza y un capacete.

De mucha más importancia y mérito superior á todas las poesías que de él nos quedan, es el canto fúnebre dedicado á la muerte de este trovador por su contemporáneo Sordel. Nada más original que la idea de este canto, ni nada tampoco que contribuir pueda á formar una idea más valiosa del difunto poeta.

Sordel comienza haciendo un gran elogio de Blacás, su mejor amigo y su buen señor, en quien se habían reunido todas las virtudes. Lamenta su muerte como una inmensa desgracia, y dice que sólo puede ésta amenguar un tanto con tomar el noble y valiente corazón de Blacás y dar á comer un pedazo de él á ciertos poderosos de la tierra, para ver si de este modo, y gracias á este manjar, adquieren el valor que les falta.

El atrevido trovador mantuano convida á varios reyes y altos barones á este festín simbólico. Quiere que coman

del corazón de Blacás á fin de que lleven á cabo ciertas empresas, para las cuales les falta ánimo, mereciendo por no realizarlas las iras y censuras del poeta.

Quiere que el primero en comer del corazón de Blacás sea el emperador Federico II, para que se anime á recobrar el Milanésado; en seguida el rey Luis de Francia, para que se decida á hacer valer sus pretensiones sobre Castilla; al rey Enrique de Inglaterra, á quien falta corazón y acaso lo adquiera comiendo un buen pedazo del de Blacás, para que recobre las tierras que le han sido usurpadas por el monarca francés; al rey de Castilla y de León, Fernando III *el Santo*, para que se esfuerce en gobernar bien sus dos reinos, pues apenas si es apto á gobernar uno; al rey de Aragón Jaime I *el Conquistador*, para que repare su honor lavando el insulto recibido en Marsella; al rey de Navarra, para que no valga menos como rey de lo que valía como conde; y á los condes de Tolosa y de Provenza, para que este manjar les aliente á pedir sus Estados con las armas en la mano.

Esta singular y notable poesía, que tanto honra al autor como al poeta objeto de esta valiente inspiración, concluye de esta manera:

«Ya sé que los barones de quienes hablo me mirarán con desprecio por expresarme así; pero debo declararles que hago de ellos tan poco caso como el que ellos hacen de mí.»

BLACASSET.

Fué hijo del trovador cuyo gran corazón era tan excelente para Sordel, que se lo repartió á los más altos de su tiempo para comunicarles virtudes que les hacían falta.

La historia del hijo no da ninguna nueva luz sobre el padre.

Según los manuscritos registrados por Saint Pelaye, Raynouard y Millot, pues el biógrafo provenzal que tengo á la vista no habla de Blacasset, éste fué digno de tal padre por su valor, su generosidad y su galantería, muy cumplido en servir á las damas y excelente trovador.

Compuso al parecer muy buenas canciones, pero de cinco que han llegado hasta nosotros, sólo es notable la siguiente:

«Si mis males de amor vuelven á atormentarme, no sé ya quién pueda curarme de ellos, pues que se han retirado á un claustro las dos damas que eran constante objeto de los cantos del conde de Provenza y de los míos.

»¿Qué será de aquellos hermosos ojos y de aquellos blancos dientes? ¿Dónde irán las virtudes y el honor, de que ellas hacían su gloria y su timbre? Mientras que hoy nosotros vertemos copiosas lágrimas, Hugueta y su hermana murmuran sus rezos en el coro de un monasterio.

»Me acude á veces la idea de ir por la noche á poner fuego al convento para que se abra con todas las monjas. En poco está que no blasfeme contra San Pons, que ha robado todo su placer á la Provenza. ¡Ay! ¡Qué de bienes hemos perdido al perderos, hermosa Hugueta, encantadora Estefanía!»

Estas dos damas eran de la casa de Baux ó Baucio. La

prueba la halló Millot en algunos versos de otro trovador llamado Pujol, en los que elogia la piedad de Hugueta de Baucio y de su hermana, religiosas en San Pons.

Nostradamus habla también de Blacasset, y dice de él, pero ignoro hasta qué punto se puede tener fé en sus datos, que acompañó á Carlos de Anjou en la conquista de Nápoles, distinguiéndose por sus hechos de armas y siendo recompensado con varios feudos en Provenza. El citado autor supone que murió en 1300, dejando escrito un libro titulado *La manera de bien guerrear*.

BONIFACIO CALVO.

I.

Pertenece Bonifacio Calvo al número de aquellos trovadores que deben considerarse como políticos, pues aún cuando tiene composiciones galantes, y alguna de ellas notable, no es éste ciertamente el género en que más se ve brillar al poeta.

Bonifacio Calvo vió por vez primera la luz bajo el hermoso cielo de Italia, siendo otro de los varios trovadores italianos que escribieron en provenzal, ganando fama y renombre. Era un noble genovés, á quien las discordias á la sazón reinantes en Génova y el triunfo del bando contrario al suyo, obligaron á salir de su patria. El proscrito se refugió en la corte de Castilla. Fué en los comienzos del reinado de Alfonso X.

La poesía provenzal no sólo era conocida y estimada á la sazón en la corte de Castilla, sino que los trovadores que á ella llegaban tenían por seguro ser recibidos con espléndida hospitalidad. Gustaban de la lengua provenzal los principales caballeros y el monarca mismo, y eran las trovas provenzales atractivo seductor é incentivo poderoso para las gentiles damas de aquella corte.

Bonifacio Calvo fué desde el primer momento acogido agradablemente por el rey Alfonso, que hizo de él su consejero y su amigo, colmándole de favores y dándole en su palacio honroso puesto y hospitalidad cumplida.

Era Bonifacio uno de los poetas de mayor mérito que

entonces vivían, y fué tal su celebridad, y dejó tal fama, que Nostradamus, con referencia al *Monje de las Islas de Oro*, introduce á la Filosofía en persona para declarar á Calvo un gran maestro en el arte poético y á sus composiciones de todo punto inmejorables. He aquí lo que la Filosofía del *Monje de las Islas de Oro* dice, hablando de este trovador: *Ruego á todos cuantos vean las obras de Bonifacio Calvo que no se tomen la pena de corregirlas, porque yo, que soy la Filosofía, reconozco á Bonifacio por un gran maestro en el arte poético. A cualquiera que se atreva á retocar y corregir las poesías hechas por él, le declaro desde este momento ignorante, loco, temerario y enemigo mío.*

Pero vamos ya á sus obras, que este es el modo mejor de conocer al poeta.

Ya se ha aludido á una de ellas en el artículo de *Bartolomé Giorgi*. Bonifacio escribió un *serventesio* en el que los venecianos eran maltratados, y Giorgi tomó su defensa. El *serventesio* no trata bien tampoco á los genoveses. Bonifacio, proscrito de su patria, se lamenta de las disensiones que en ella reinan, presenta á Génova como víctima de los partidos y hasta se permite atacarla con dureza algo extrema, tratándose de un hijo. El dolor del expatriado trasciende á través de los versos y se hace sentir.

Dice así:

«No me desconsuela el verme desdeñado de esa ingrata nación genovesa. Desdeño su amistad. No está hecha para un hombre amigo de la virtud. Sus divisiones me afligen sin embargo, y si se decidieran á terminarlas, su poder acabaría fácilmente con todos aquellos que hoy la maltratan.

» ¡Ah genoveses! ¿Qué ha sido de aquel valor que antes nunca os faltaba contra un pueblo (el veneciano), cuyas hazañas eclipsan hoy de tal modo las vuestras, que todos vuestros amigos están consternados? Cesad en vuestras discordias, y volved á poner una mordaza á esos rivales arrogantes. Si hoy os retan, es por veros desunidos.

» A tal punto han llegado vuestras discordias, que si no acaban, acabarán con vosotros. Mientras que el enemigo

os combate, vosotros os combatís unos á otros, y mientras tanto el enemigo se muestra orgulloso con sus victorias, que sólo debe á vuestras disensiones...»

Esta es la poesía, á la cual contestó el veneciano Giorgi desde las prisiones de Génova.

Era Bonifacio Calvo gran amador de luchas y batallas, y sus cantos guerreros, por su vigor y colorido, por la viveza de su cuadro, recuerdan los de Beltrán de Born.

He aquí un *serventesio* de este género. El trovador incita á la guerra á Alfonso *el Sabio*, y, con aquella libertad que tenían y se tomaban los poetas de entonces, le reprende duramente por adormecerse y dar oídos á los privados que le aconsejan la paz, prefiriendo buenos bocados y buen vino á tomar castillos, ciudades y reinos.

«En vez de floridos y hojosos vergeles, quisiera ver por los campos y los prados lanzas y estandartes; y en lugar de cantos de aves, oír trompas y clarines y grande estrépito de golpes y de gritos, como prueba de estar ya empeñada la batalla.

»Pláceme el resonar de las armas y los gritos de los campeones, cuando estoy bien montado y cubierto con una buena armadura. Tan alegre salgo entonces al encuentro de las huestes enemigas, como los privados al acudir á las audiencias, y tan querido soy como ellos en los momentos de conflicto.

»Por esto desearía ver al rey Alfonso alejado de sus reinos, pues entonces seguiría los consejos de los hombres de pro y de valía, ya que en los grandes peligros de nada sirven los aduladores, puesto que á lo mejor les faltan co-razón y ánimo.

»Pero me parece que está adormecido, y me desplace, pues veo descontentos y desalentados á los suyos, y si ahora, mientras la ocasión es propicia no les anima, tal desgracia y daño puede resultarle, que luego no lo podrá reparar ni en diez años.

»Rey D. Alfonso, no creáis á los menguados cobardes ni á los emperzados ociosos, para quienes el estar tranquilos en sus casas bebiendo buenos vinos y comiendo

buenos bocados, es preferible á ir á tomar castillos, ciudades y reinos, con lo cual demuestran que no son amigos de hechos gloriosos, y que más estiman el descanso que la nobleza y el valor.»

En otros dos *serventesios* Bonifacio exhorta al monarca castellano á marchar contra los reyes de Aragón y de Navarra. Al trovador no le importa que el primero, D. Jaime el *Conquistador*, fuese suegro de Alfonso, ni atiende á que, mejor que á empeñarle en lucha fratricida, más propio hubiera sido de su levantado espíritu aconsejarle la guerra contra los infieles. Pero esto se ve poco en los trovadores. Fueron raros los que, como Pedro Vidal, aconsejaban á los príncipes españoles que se dejasen de contiendas entre sí para unirse y llevar sus armas contra los naturales enemigos de los españoles. Eran, en general, más del gusto de los trovadores las contiendas entre príncipes cristianos.

He aquí cómo Bonifacio incita á la guerra al rey D. Alfonso, siendo muy de notar la extrema libertad con que le echa en cara sus inclinaciones pacíficas, conforme á las costumbres del tiempo y á la ruda franqueza é independencia de los trovadores:

«Quiero hacer sin tardanza un nuevo *serventesio* para el rey de Castilla, porque no me parece, ni pienso, ni creo que se halle con ánimo de guerrear contra los navarros ni el rey aragonés: mas en cuanto yo le haya dicho lo que debo, haga él entonces lo que mejor le cumpliera.

»Si lo desea de veras, no tardará en presentársele la ocasión de tropezar en el campo con los dos reyes: y por cierto que si ahora no lleva su gonfalon á aquellas tierras contra el rey de Navarra y contra su suegro, el de Aragón, habrá motivo de que se cante lo que algunos ya dicen, que más prefiere el rey de León cazar con halcón y gavián, que vestir coraza y cubrirse con el casco.»

Un nou *serventés* ses tardar
voill al rei de Castella far,
car no 'm sembla, ni pes, ni crei
que 'l aia cor de guerrear

Navars ni l' aragonés rei;
mas pos dig n' aurai ço qu' el dei
el fazo ço que quiser far...

Allá por los años de 1253, Alfonso X trató de hacer valer antiguas pretensiones sobre la Aquitania. El monarca castellano se creía con derecho á la Gascuña, que había sido dada en dote á Leonor de Inglaterra cuando casó con Alfonso VIII, y preparábase á la guerra con este objeto, ayudado por los condes de Bearn y de Gascuña, que se pusieron de parte del rey de Castilla, levantándose contra los ingleses.

Bonifacio Calvo, excitado su entusiasmo á la idea de la guerra, se apresuró á dirigir al rey este *serventesio*:

«Ya casi no me acordaba de cantar, pero me acuerdo ahora al oír lo que se dice y cuenta de que en breve nuestro rey, pese á quien pese, se propone entrar en Gascuña con tal poder de gente, que no bastarán á resistirle muros ni fortalezas.

»Desde que entendí que quiere comenzar tal empresa, la cual ha de ser gloriosa para las armas y para la cortesía, me siento tan alegre y gozoso que no pienso en otra cosa sino en el júbilo, y en hacer de manera que el rey franco y valiente la comience en seguida, con ánimo decidido á llevarla á cumplimiento.

»La impaciencia que de celebrarle tengo y de cantar su valor, me hacen desear que comience pronto con tanto ardimiento, que los gascones y los navarros se vean precisados á sometérsele y pueda él mandarlos á los tormentos, á la prisión y á la muerte.

»Véasele sin demora montar á caballo y marchar contra ellos de frente con tal esfuerzo que no puedan oponerle ellos otro igual, y allí combatir con arrojo, de manera que sucumban en ruinas los muros, las torres, las fortalezas, incendiándolo y destrozándolo todo, y cayendo todos postrados á sus piés pidiéndole misericordia.

»Haga de modo que todos los mejores hablen de su valor, y haga también por asemejarse á su padre, si bien para esto debe esforzarse mucho, porque fué muy gentil, y

más supo conquistar y más se hizo honrar que rey alguno. «Si no se le asemeja ó no le aventaja, mucho dará que decir; pero tengo motivo para creer que le superará en breve: tan grande es su deseo de realzar su fama.

»Rey castellano, pues ahora no os falta poder ni entendimiento, y Dios os lo permite, pensad en conquistar.»

Mout a que sovinenza
non agui de chantar,
mas ar m' en sovi, car
aug sui dir e comdar
que 'l nostre rei breuzmenz,
cui que pes ni 's n' azir,
vol en Gascoigna intrar
ab tal poder de genz
que murs ni bastimenz
non o puesca sufrir...

Mas res no 'm fui duptar
que 'l no 'l venza breuzmenz,
tant es gran sos talentz
de sos pretz enantir.

Reis castellans, pueis ar'
no 'us faili poder ni senz,
e Dieus vos es consenz,
pensatz del conquerir.

Estaba de Dios que nunca viese el poeta colmados sus votos. El rey castellano era más dado á la paz de lo que el trovador deseaba, y aquella expedición terminó por un convenio, lo propio que la otra contra su suegro, el monarca aragonés, á que tanto le había incitado Bonifacio.

No tuvo éste ocasión de cantar su valor. La empresa terminó cediendo el rey sus derechos á su hermana Leonor, que casó con Eduardo de Inglaterra.

II.

Largo tiempo permaneció Bonifacio Calvo en la corte de Castilla, querido y festejado; y como á su talento reunía una presencia agradable, no podían faltarle lances de amores ni galantes entretenimientos.

Enamoróse al principio de una dama bella, gentil y vir-

tuosa, según el biógrafo provenzal, pero después de muchos esfuerzos para conseguir sus favores, herido por sus desdenes, se vengó por medio de esta altanera poesía:

«Me reprocho el haber servido á una dama que no ha sabido conocer toda la gloria que podía alcanzar con mis servicios. Pero si he sido bastante insensato para colocar mal mi cariño, en cambio he sabido corregirme á tiempo.

»No debe estar tan orgullosa aquella que me ha desdenado, pues perderá la honra que le procuraba mi amor. El recobro de mi juicio me llevará á ofrecer á otra mis homenajes, y dejaré de celebrar su hermosura y su mérito para cantar á otra beldad.

»No puedo causarle mayor daño que éste, y aún cuando lo pudiese no lo haría, porque, más que irritado contra ella, lo estoy contra mi corazón, por haberme inspirado tan desastrosa locura...»

Y, efectivamente, el trovador cumplió su palabra. Vengóse ofreciendo sus homenajes á otra dama y loando su belleza; pero elevó á tal altura sus miras, que el nuevo objeto de sus amores, al decir de Nostradamus, fué nada menos que la sobrina del monarca.

El dicho del cronista provenzal parece comprobado por las canciones mismas del trovador.

«Tan elevada está la mujer á quien amo, dice en una de sus poesías, que me admiro de haber tenido el valor de amarla.»

En otra, dirigiéndose á su dama, le pide que tenga más en cuenta su conducta que su cuna, ya que ésta no es «de una elevación proporcionada á la suya.»

«Es locura, añade, el pensar que tan alta dama pueda aceptar mis homenajes y admitirme por su servidor.»

En otra ocasión, con un atrevido arranque, que podrá tener mucho de irreverente, pero que encierra una idea de primer orden, dice: «Si Dios quisiera amar á una dama de este mundo, amaría á la que yo amo.»

En la siguiente composición, que debió ser escrita en desagravio de algún acto atribuido al trovador y contado tal vez con malignidad al rey de Castilla, Bonifacio alude

á sus amores en la última estrofa, notándose cierta misteriosa relación entre estos amores y el monarca.

«Aquel que tiene deseo de dar tal donativo que sea enalzado por los sabios, debe considerar tres cosas: en primer lugar quién es él mismo, luego quién es el que debe recibirlo, y además cuál es el dón, pues de otro modo no le sería posible evitar la censura.

»Nadie debe dar tan gran donativo que de él resulte perjuicio, ni tan pequeño que en nada lo estime el que lo reciba: ni tampoco es dón aquél por el cual pudiera ser reprendido, ó del cual se coligiese que el donador ignora el mérito.

»Cuando un hombre para honrarse á sí mismo da lo suyo y le resulta deshonor, no puede dañarse á sí propio en mayor grado, pues que hacienda y honor son superiores á todos los bienes, y quien los pierde no puede descender á más bajo.

»Por esto me place requerir y suplicar al rey de Castilla que se fije en mis cantos y no crea á sus privados, pues éstos han adoptado tal arte y tal costumbre, que, á darles crédito, menguaría su alta prez.

»Amor me hace amar á mi dama de tal manera, que soy tenido por loco, pues cuando debiera sólo pensar en servir al rey, sólo á ella me consagro; pero no por esto me desconceptuaré con el rey, pues sé que me dará buen galardón, si le place concederme sus mercedes.»

Qui a talen de donar
tal don que sia lauzatz
entre 'ls savis, deu pensar
tres cauzas, ben o sapchatz;
quan es el eis tanh que 's pes
e qual cel que 'l don deu penre,
e quals lo dos; qu' estier res
no 'l pot de blasme defendre...

Tan mi fai ma domna amar
amors, qu' en sui fol jut-jatz;
que quan deuria ponhar
el rei de servir, li fatz
plazers: e no 'm en tol ges,
quar sai que 'l m' en degra rendre

bon gazardó, si 'l plagués
a dreg sa mercé despendre.

El favor que el rey le dispensaba, y acaso su mismo atrevimiento en llevar á tan alto sus amores, le valieron la murmuración de la córte y la envidia de los palaciegos, quienes trataron de poner mal á Bonifacio con el monarca.

Así se desprende de la anterior composición, y más aún de la siguiente, que es en verdad notable por contener juiciosas consideraciones:

«Veo que entre las gentes tiene cabida una gran injusticia, que no puedo yo sufrir, el que se culpe y censure á uno por haber sido desgraciado cumpliendo con su deber; y otra veo más insoportable todavía, la de alabar y presentar como ejemplo de bondad y de sabiduría al que supo atesorar riquezas por malos medios.

»En mi sentir, comete muy grave falta quien censura á aquel que quiere encumbrarse por buenos medios luego que le ve caer en desgracia; y más falta comete todavía quien ensalza al que por malos medios adquirió grandes bienes y atesoró muchos caudales, pues esto hace que los buenos desmayen y los malos sean más atrevidos.

»Así, si cada cual tuviese en cuenta cómo obra, y alabase sólo á aquel que hace cosas buenas, atendiendo sólo á su mérito, acogiéndole y honrándole como se debe, y en cambio el vil malvado, que posee grandes riquezas malamente adquiridas, fuese de todos despreciado, con dificultad habría personas de mala conducta.

»Mas observo que, bien considerado todo, es un error el reprender á la muchedumbre, por lo cual me dirijo á los grandes señores, rogándoles que no consientan ni acepten este abuso de nuestro siglo, y que provean el remedio de este mal, cosa fácil de hacer, puesto que si desprecian á los malos, los demás se apresurarán también á despreciarlos.

»Rey castellano, no digo esto por vos en modo alguno, pues sabido es que las cosas malas os desagradan, y tanto os placen las buenas, que todos de vos esperan el remedio.»

Una gran desmezura vei caber
entre las gents, qu' eu non pose ges soffrir,
que s' om mezavé fazen son dever
es encolpatz e représ de faillir;
et outra 'n vei caber que plus grieus m' es,
que z-om gazaing' aver ab falhimen
dizon de lui qu' el es valens e pros
e qu' el saup far ni fai sabiament...

Un desgraciado suceso debió influir por mucho, á lo que parece, en el porvenir del trovador: la muerte de la dama de sus pensamientos. Esto le inspiró una trova que tiene verdadera belleza y que respira dolor y sentimiento.

«Es tal la pérdida que he sufrido, que ni siquiera mis enemigos mismos pueden alegrarse de ello. Deben al contrario afligirse hasta el punto de morir de dolor. Y todos debieran hacer lo mismo por la muerte de aquella que tanto honraba al mérito y á la virtud. ¡Ay de mí! Si yo supiera que existe un género de muerte peor que lo que me resta de vida, me mataría en el acto. De hoy en adelante me será odioso todo lo que antes me halagaba. Otro cualquiera moriría de este golpe, pero yo no muero por que estoy tan acostumbrado á sufrir, que vivo de lo que haría morir á los demás.

»No puedo menos de ir sembrando lágrimas por todas partes y recogiendo en todas dolores, por la muerte de la belleza con la cual han desaparecido mis placeres y mis sueños de fortuna...

»Era ella tan buena y cumplida en todo, que ni siquiera he de pedirle á Dios que la reciba en su paraiso. Faltaríale al paraiso toda cortesía y gentileza si ella no estuviese, y ya se dará Dios buena cuenta de colocarla donde él está. Si me lamento, pues, es sólo por verme separado de ella.

»¡Loco es aquel que atiende á mundanas y pasajeras alegrías, y más loco aún el que de ellas se envanece y gloria! El recuerdo de la alegría que su belleza me inspiraba, baña hoy de lágrimas mi rostro. ¡Ah! Si hubiese yo sabido el mal que avenirme debía, no hubiera hecho tanto caso de aquel júbilo...

»¡Oh vos, flor de cortesía lo propio que de belleza, mi dulce y bella amiga, la muerte estará satisfecha y orgullosa con haberse apoderado de vos, pero á mí me ha sumido en tal aflicción y pena, que nada hay que consolarme pueda.»

Otra poesía también de Bonifacio Calvo, notable y que merece insertarse íntegra en este estudio, es una en que incita al rey Alfonso, no ya á las armas y á la guerra, sino al amor y á la galantería. Mencionan esta composición Millot y Milá entre otros. Veámosla primero, y luego hablaré del juicio que les merece.

«Las canciones y la gentileza subsisten todavía en el mundo, pero es sólo porque el rey D. Alfonso las mantiene; que á no ser por él ya estarían del todo olvidadas. Ya, pues, que las quiere mantener, que no eche en olvido el amor, sin el cual las canciones y la gentileza serían tan insípidas como un manjar sin sal.

»Por amor se inventaron los cantos, y el cantar y ser gentil es derecho y oficio de los enamorados, que no de otros. Aquel que es rebelde al amor, no puede llenar cumplidamente su deber en cosa alguna, que quien no sabe amar tampoco sabe cumplir.

»Si el rey D. Alfonso, en todos sus actos tan noble, hidalgo y juicioso, aprueba lo que digo, razón es que esté enamorado y que con amoroso querer logre cautivar, haciéndose amar tan sinceramente como cumple á su prez y mérito.

»Aunque esté lejano el árbol que puede hacerle encontrar sabroso el amor y agradable y placentero el fruto, no debe dejarse dominar por el desaliento. Bien podría yo decir lo que hay de cierto, dada mi situación, pero nada diré de ello por miedo á provocar grandes clamores.]

»Si no he trabajado yo en balde, fácil es que obtenga tal galardón que tristes y afligidos queden aquellos que intentaron menguar el gran deporte y placer que yo solía alcanzar con los goces de mi oficio, de lo cual siento verdadero dolor, como no hay otro.»

Y he aquí ahora la composición en su original:

VÍCTOR BALAGUER

Enquer cab sai chantz e solatz,
 pos los manté lo rei N'Anfós;
 mas si per lui tot sol no fos,
 ja 'ls agron del tot oblidatz;
 e pois que 'l los vol mantener,
 non met amor a noncaler;
 car cens amor, ehantz ni solatz no val
 ni a sabor plus que conduitz ses sal.

Per amors fon chantars trobatz,
 car chantars et esser joiós
 es dreitz mestiers del amorós
 e dels autres non, so sapchatz,
 e mais dic c' om non pot valer
 granmen, ni far ben son dever
 en nuil afar, ni 's sab gardar de mal
 cortezamen, pois que d' amor no il cal.

E s' el rei N'Anfós, qu' es senatz
 en totz faitz, e valens e pros,
 lauza mon dig, ben es razós
 qu' el dei esser enamoratz,
 e qu' el, ab amorós voler,
 se voill' en guiza chaptener,
 perque amatz sia coralmen de tal
 com taing al seu fin pretz sobreca.

E sitot es l' albres loingnatz
 per que el fo l' amars saborós
 del sieu digne frag gloriós,
 no 's laisset tant e tal c' assatz
 pot del mescap restaur aver;
 e car en posc ven dir lo ver,
 fatz mon mestier, mas non dirai ges qual,
 car ai paor de plaig descomunai.

E s' eu fol no 'm sui trebaillatz,
 ben m' en venrá tals guiardós,
 qu' en seran trist e consirós
 cil per qu' en sui sems e mermatz
 del gran deport e del plazer
 qu' ieu soil aver le jörn e 'l ser
 dels mieus mestier, don ai dolor coral,
 e maint autre que no i podon far al.

Tal es la poesía. He procurado traducirla fielmente, como me ha sido posible, en medio de lo difícil que es, sobre todo la cuarta estrofa, donde debe haber alguna palabra equivocada. En la traducción francesa de Millot esta cuarta estrofa se halla interpretada de muy distinta manera que en la mía. Tampoco está la quinta traducida como yo lo entiendo.

Esta composición ha sido muy censurada por el abate

Millot y por D. Manuel Milá. No encuentro en ella nada de lo que han visto los citados autores, á quienes respeto y considero, pero en quienes, á propósito de este asunto, no hallo el acierto que tuvieron en otros.

Milá la llama «una poesía poco honrosa para su autor.» Millot avanza más aún. Dice que con esta poesía se prueba que el trovador empleó una senda deshonrosa para asegurarse los favores del rey. Tanto uno como otro de estos ilustres literatos creen ver, sólo por esta poesía, á Bonifacio Calvo terciando en los amores secretos del monarca y prestándose á vergonzosos manejos y deshonorosas intrigas, de que espera sacar *buena recompensa*, que así traduce é interpreta Millot el verso *ben m' en venrà tals guiardós* de la última estrofa.

El error del abate Millot ha hecho tal vez que Milá cayera en el mismo.

La composición de Bonifacio Calvo es de pura galantería. No hay en ella, á mi entender, nada que se preste á lo que dichos autores han supuesto.

Invita á D. Alfonso al amor como fuente de todo lo bueno y de todo lo bello, como manantial puro de la gentileza y la alegría que el monarca quiere mantener en su corte; y si bien en la estrofa cuarta, algo oscura, parece aludir á algún secreto de amores de D. Alfonso, lo hace con gran delicadeza y como haciéndose sabedor de él, pero sin que una palabra sola indique que ha mediado en estos amores.

Por lo tocante á la *buena recompensa* no es ésta, en mi sentir, la traducción que se debe dar á la frase. Su sentido es este: el trovador no ha trabajado en balde durante su vida, y puede esperar *tal galardón* (*tals guiardós*), que aflija á sus émulos y contrarios, es decir, el galardón de su fama y de su gloria de poeta, el galardón de la posteridad.

En cuanto á la palabra *mestiers*, oficio, que también parece haber inducido á sospechas poco honrosas para la memoria de Bonifacio Calvo, se refiere al oficio, arte ó profesión de trovador.

No creo, pues, que fijándose en ella, halle nadie en esta poesía lo que se ha pretendido ver.

Ninguna otra noticia se tiene de Bonifacio. Pasó gran parte de su vida en la corte de Castilla, y no puede dudarse que fué amigo, confidente, consejero y privado del esclarecido monarca tan justamente apellidado *el Sabio*, de quien en una poesía dice nuestro trovador *que vale más de lo que nadie puede pensar*:

Val mais qu' om no pot pensar
lo rei de Castilla N' Anfós.

Se ignora en qué época, y dónde, murió Bonifacio Calvo. Nostradamus dice que D. Alfonso le envió con una misión de confianza al conde de Provenza, el cual le dió en matrimonio una dama de la noble casa de Vinrimilla.

Es todo cuanto se sabe de él.

BONIFACIO DE CASTELLANE.

Es este trovador uno de los últimos defensores que con armas y poesía tuvo la nacionalidad catalano-provenzal contra la invasión francesa.

Heredero de un gran nombre y de una casa poderosa y señorial en otros tiempos, con pretensiones á recobrar el pasado poderío de sus padres y hasta á fundar nuevo trono y nueva dinastía ciñéndose á su frente una corona real, Bonifacio de Castellane tuvo una vida agitada y turbulenta que acabó desastrosamente, según todo da á entender, con una catástrofe.

La baronía de Castellane, que contaba con gran número de feudos, fué mantenida como soberanía hasta últimos del siglo XII, en cuya época Bonifacio II, padre del trovador de quien vamos á ocuparnos, se vió precisado á reconocer como señor y soberano á Alfonso *el Casto* rey de Aragón y conde de Provenza. En vano Bonifacio II intentó conservar su soberanía, alegando que sus antepasados habían conquistado aquellas tierras á los sarracenos, y que los emperadores, en su cualidad de reyes de Arlés, les habían confirmado en su posesión, sin dejarles sujetos á más dependencia que á la suya. Todo fué en vano. Alfonso apeló á las armas, y después de una guerra tan breve como fatal para la casa de Castellane, Bonifacio II hubo de someterse.

Bonifacio III de Castellane, el trovador, heredó el espíritu inquieto y batallador de su padre, y cuando no podía destrozar con las armas lo hacía con sus versos. Tuvo, en efecto, particular predilección por la poesía, y, según Nostradamus, compuso muy bellas canciones por amor de

una dama de la casa de Foz, hija del señor de Hieres, de Pierrefeu y de Cannet; pero su genio indómito y su carácter independiente le empujaban á los *serventesios* y á la sátira, en lugar de los cantos y de las trovas de amores.

El autor citado dice de Bonifacio que era tan ardiente luchador y tan bravo campeón como gran bebedor, y que muchas veces, después de haber bebido, se apoderaba de él una especie de furor poético, siendo en tal ocasión y estado cuando componía é improvisaba sangrientas y terribles sátiras contra las personas de más alta categoría. *El Monje de las Islas de Oro* cita varios de estos *serventesios*, que todos tenían por estribillo: «¿Boca, que dijiste?» (*¿Bocca, qu' as dich?*) como prueba de lo cruel de aquellas sátiras, aún para el mismo autor.

Por su orgullo de raza, por sus pretensiones á recobrar los derechos perdidos de su casa, por sus aspiraciones á un trono, que hasta en esto pensó, Bonifacio III se avenía mal con la casa de Aragón, pero más odio y más ira tenía á los franceses. El matrimonio de Beatriz, heredera de Provenza, con Carlos de Anjou, hermano de San Luis de Francia, hubo sin duda de desconcertar sus proyectos y mover su cólera, pues en las raras composiciones que de él han quedado, se le ve lleno de animosidad contra los franceses, sin que por esto trate mejor á sus compatriotas.

Algunos pasajes desprendidos de estos *serventesios* podrán dar una idea del carácter vehemente y de las inclinaciones guerreras de este trovador. Estos pasajes son su retrato.

«Yo sólo gozo cuando veo el mundo turbado por la guerra, que hace cesar los procedimientos de las gentes de justicia...

«Me alegro de ver á los provenzales en las garras de los franceses, pues que lo merecen por su cobardía...

«Tambien de ver á los genoveses despojados del condado de Vintimilla y abandonados por el capitán que ántes les defendía...»

Cuando Carlos de Anjou llegó á dominar en Provenza, Bonifacio se pronunció abiertamente contra la soberanía

francesa, quejándose de sus compatriotas que se resignaban al yugo, y hablando de los *malvados y villanos barones* que no habían tenido valor para resistirse.

En un *serventesio* se lamenta de los consejeros y abogados que van por todas partes diciendo que todo pertenece á Carlos de Anjou, y luego añade:

«Bien merecido tienen (los provenzales) que se les despoje de lo poco que les quedaba...

»Yo creo que el rey de Inglaterra está agonizando, pues que sin decir palabra permite que le roben sus herencias. Debiera unirse á aquellos á quienes maltratan como á él y emprender la guerra.

»En cuanto al débil rey de Aragón, en lugar de pasar su vida arruinando con procesos á pobres gentes, más le valiera reunir á sus barones para venir á vengar la muerte de su valeroso padre.

»Los falsos hombres de iglesia, que sólo son unos renegados, quieren despojar á todos para enriquecer á sus bastardos, esperando ser ellos los que dominen siempre.

»A todos esos prefiero yo los ballesteros y caballeros formados en batalla, y jamás mientras viva dejaré de luchar y combatir.»

El rey de Aragón de quien se trata en esos *serventesios* es D. Jaime *el Conquistador*, hijo de Pedro *el Católico*, muerto en la batalla de Muret en 1213, según dicho queda. El rasgo del poeta contra las gentes de iglesia, recuerda los reproches que les hacían los *albigenses*, y de que tan cruelmente se vengó el clero.

Hallándose el conde de Anjou ocupado, por orden del rey de Francia, en defender á la condesa de Flandes, se sublevó la ciudad de Marsella, que quería recobrar sus libertades antiguas. Al grito de guerra lanzado por aquella ciudad contra los franceses, acudió de los primeros Bonifacio de Castellane, poniéndose al frente de los insurrectos y organizando la revolución y la defensa.

Al regresar á Provenza, Carlos de Anjou, con buen golpe de tropas, se preparaba á caer sobre Marsella, cuando ésta, previniendo la tempestad, se apresuró á enviarle di-

putados para implorar su clemencia. Carlos, sin embargo, se apoderó de los principales insurrectos, entre ellos Bonifacio de Castellane, á quien hizo decapitar, siendo confiscados todos sus bienes y reunidos al dominio del conde.

Este es el fin y la trágica muerte que generalmente se da al trovador, pero hay quien asegura que se hallan poesías suyas de época, al parecer, mucho más reciente. Sin embargo, los mismos que esto asientan, dicen que Bonifacio fué despojado de su baronía, la cual desde aquel punto formó parte de los Estados de los condes de Provenza.

Nostradamus, con referencia al *Monje de las Islas de Oro*, dice que este poeta compuso un libro de sátira contra las familias nobles de Provenza.

No hay que negarle, sin embargo, una gloria á este poeta: la de haber sido uno de los últimos defensores de la independencia patria.

TROVADORES

DE QUIENES EXISTEN POCAS NOTICIAS Ú OBRAS POCO IMPORTANTES.

EL OBISPO DE BAZAS.

Queda de él una canción en que se declara enamorado de una dama de talle gentil y de risueña faz. Dice que no la ama por amor, y que será feliz si se digna escucharle tan solo.

BERENGUER DE PUIGVERT.

Es posible que este trovador fuera catalán. Existen de él dos poesías obscenas, que tienen por lo demás poco mérito.

BERNARDO.

Una *tensión* en pro y en contra del amor.

Otra *tensión* con Elías sobre este tema: «¿Cuál de dos amantes ama más á su dama, el que habla de ella á todo el mundo, ó el que en ella piensa siempre sin hablar á nadie?»

Elías es de la primera opinión, porque no se puede callar cuando hay un objeto que nos domina. Bernardo está por lo segundo, porque el silencio es una discreción inspirada por el amor.

BERNARDO ARNALDO DE ARMAÑAC.

Tiene una poesía dedicada á una dama de Tolosa, á quien burló. Véase el artículo *Lombarda*.

BERNARDO ALAHÁN DE NARBONA.

Un *serventesio* de escaso mérito, invitando á los cristianos á tomar parte en la cruzada. Copio de él estos versos.

Quas eus á far ben se triga
e de mal far nulhs no's lai'ssa
d' on tenem via biayssa
e no u remembra ges l'auta
ni'ls greus turmens que lhesus trais
entre 'ls vils fals juzieus savais.

BERNARDO MARTÍ.

Otros le llaman Martín el *pintor*, porque parece que ejercía también este arte, pero sin duda descollaba tan poco en éste como en el de trovador.

Varias composiciones existen de él, pero todas respiran sentimientos bajos en un lenguaje bárbaro, lleno de retruécanos y palabras groseras.

BERNARDO DE LA SOLA.

Una albada que es ingeniosa, advirtiendo á los galanes que se retiren porque llegan los maridos.

BERNARDO DE TOTLOMON.

Debió ser un trovador catalán, pero de él no existen más noticias que tres poesías, de bien poco mérito ciertamente, en las cuales hay datos para poder fijar su existencia en el siglo XII.

Sus ideas son vulgares y no hay en él un solo rasgo de ingenio. Pertenece, sin duda, á la clase más baja de la sociedad, pues ataca á los grandes señores en términos violentos y groseros.

Tiene una poesía obscena dedicada á una mujer, que no nombra.

BERNARDO TORTÉS.

Una canción contra los falsos amantes y las falsas queridas. Fué catalán evidentemente.

BERNARDO DE VENZENAC.

Alguno le llama de Venzac. Nada se sabe de este trovador. Quedan de él cuatro ó cinco *serventesios* morales, en que se queja de las costumbres del siglo, censurando el libertinaje de las mujeres y la complacencia de los maridos, «los cuales, dice, hacen en este punto el comercio de España, que da trescientos por uno.»

No se comprende bien esta frase ni hay medio de interpretarla con acierto; pues si por un lado parece aludir claramente á algún ventajoso comercio que se hacía á la sazón con España, por otro puede creerse que habla del libertinaje de las mujeres españolas.

En un *serventesio*, el más notable de los suyos, hace el elogio de un conde Hugo, joven y bravo señor, á quien desea la victoria sobre sus enemigos. La poesía está dedicada al obispo de Rodez, y es de presumir que hable de algún Hugo de esta familia.

Tiene una *albada* de cuatro estrofas en honor de la Trinidad y de la Virgen. Cada una de estas estrofas termina con la palabra *alba*, como en las albas comunes; solamente que así como en las otras albas esta palabra anuncia el momento en que el amante se separa de su amada, aquí se refiere á las luces y alegrías del paraíso.

Lo Pair' e 'l Filh e 'l Saint Espirital
entre totz tres e vos, Vérgé Maria,
nos gart, s' ilh platz, del mal fuec infernal
e del turmen que no falh nueg ni dia,
e que fassam tots los sieus manamens
si que vengam joiòs e resplandens
el sieu regne, aissi cum resplen l' *alba*.

BELTRÁN.

Una *tensión* con Gauberto, en donde Beltrán sostiene que hay más provecho en amar á las viejas que á las jóvenes, porque de las viejas se hace lo que se quiere, y pagan; mientras que las jóvenes, por el contrario, son coquetas,

caprichosas, pérfidas, y se hacen pagar. Gauberto se decide por las jóvenes, diciendo que con ellas hay más placer y más honor.

Tiene alguna otra composición sin interés.

BELTRÁN DE AVIÑÓN.

Todas las noticias de este trovador se reducen á una poesía, por medio de la cual contesta á un cargo que le hizo Guido de Cavaillon. (V. el artículo en que se habla de éste.)

BELTRÁN DE GORDÓN.

Una *tensión* con Pedro Ramón, especie de disputa en verso, en que Beltrán es duramente insultado por el segundo.

BELTRÁN DE PARÍS.

Beltrán de París de Rouergue le llama alguno.

Sólo queda de él un *serventesio*, asaz mediano, dirigido á su juglar Gordón, tal vez el anterior. Parece que despide á su juglar, á quien llama ignorante é inútil para todo, enumerándole una porción de cosas que debiera saber, pero que no sabe.

La endereza de esta composición es á la condesa de Rodez y al señor de Canillac, de quien hace el elogio.

Millot cree que puede ser el Beltrán de París que se encuentra entre los señores que en 1197 asistieron como testigos al juramento prestado por los habitantes de Moissach á Ramón VI, conde de Tolosa.

BELTRÁN DEL PUJET.

Según un manuscrito provenzal, fué un noble señor de Provenza, valiente caballero, hidalgo y generoso, que compuso muy buenas canciones y muy buenos *serventesios*. No parecen demostrar esto las dos únicas canciones y un *serventesio* que de este autor existen, pues en ningun-

na de las tres poesías se halla mérito alguno, como no hayan sido alteradas y mutiladas en las copias, lo cual pudiera muy bien ser.

Entre los trovadores anteriores á la segunda mitad del siglo XIII, se encuentran citados los nombres de *Bernardo de Prades* y de *Bernardo de la Font*, ambos, al parecer, catalanes.

Manfredo Ermengaud copia algunos versos de uno y otro en la segunda parte de su *Breviario de amor*.

También cita á un *Brunet* de Rodez.

Existe asimismo una poesía que parece escrita por una dama llamada *Biarritz* ó *Bierris de Román*. Es una composición dirigida á otra dama, y la autora parece hablar en nombre de un amante que hace su declaración de amor.

EL CABALLERO DEL TEMPLE.

Existe un *serventesio* atribuido por los manuscritos á un Caballero del Temple, cuyo nombre ha quedado desconocido, y que Milá y Fontanals sospecha que pudiera ser un Olivier el Templario, de quien se hablará en su lugar respectivo, autor de otro *serventesio*.

Entiendo que no son el mismo. Basta leer los dos *serventesios*, el del Caballero del Temple y el de Olivier el Templario, para comprender que son de distinto autor y hasta de autores de distintas ideas políticas.

El *serventesio* del Caballero del Temple tiene otra intención y obedece á otra idea de lo que creyeron Millot y Milá, únicos que se ocupan de este poeta anónimo, y ambos muy ligeramente. Ni Millot ni Milá, por su empeño, que respeto, en apartar toda idea política de los trovadores, se fijaron lo bastante en la composición de ese desconocido Caballero templario, composición en la que sólo ven resaltar el cinismo de la impiedad.

Y sin embargo, la idea es esencialmente política, como que es la siguiente:

En los momentos mismos en que Bibars, soldán de Egipto, acababa de ocupar Cesárea y apoderarse del castillo de Azur, en Palestina, derrotando á los cristianos, el trovador se asombra de que el Papa predique en favor de Carlos de Anjou una especie de cruzada contra Manfredo, olvidando por completo los desastres de la Siria, los intereses de los cristianos en Oriente, y el rescate del Santo Sepulcro.

Este es, en mi opinión, el sentido y la interpretación que hay que dar á la poesía del Caballero del Temple, y

me parece mal juzgada por los que, sin profundizar su fondo, le han dado giro contrario.

Dice así el *serventesio* del anónimo templario, comenzando con esta valiente estancia:

Ira e dolers s' es dins mon cor asseza
 si qu' a per pauc no m' auzi demanés,
 quar nos met jos la crotz qu' aviam preza
 en l' honor d' Aquelh qu' en crotz fos mes;
 que crotz ni ley no 'ns val ni 'ns guia
 contra 'ls fals turcs, que Dieus maldia,
 ans es semblantz, segons qu' om pot vezer,
 qu' a dan de nos los vol Dieus mantener...

«Ira y dolor se apoderaron de mí con tal fuerza que poco me faltó para matarme al ver que nos obligan á depone-
 ner la cruz que habíamos tomado en honra y gloria de
 Aquel que en cruz fué puesto. Ya ni cruz ni fé nos valen
 ni guían contra los falsos turcos, que Dios maldiga; antes
 al contrario, por lo que se ve, no parece sino que Dios
 quiere mantenerlos para nuestro daño.

»Para comenzar, los turcos han tomado Cesárea y el
 fuerte castillo de Arsuf. ¡Ah, señor Dios! ¿Dónde están hoy
 aquellos tan nobles caballeros, sirvientes y ciudadanos,
 que defendían los muros de Arzuf?

»Y no vayáis á creer que Dios se arrepienta, pues ha ju-
 rado que ni uno solo de aquellos que creen en Jesucristo
 ha de permanecer en Siria. Hará una *mahomeria* de la Ca-
 tedral de Santa María. Y pues que su Hijo, que es á quien
 más de cerca toca, lo consiente, debe parecernos bien.

»Loco está el que se empeña en batirse contra los tur-
 cos, cuando Jesucristo no les opone resistencia. Han ven-
 cido á los francos, á los bárbaros, á los armenios, á los
 persas, y nos vencen cada día, porque Dios, que antes ve-
 laba, hoy duerme, y Mahoma vigila y hace que el soldán
 aproveche los momentos...»

Como pueden ver los lectores, hasta aquí no hay más
 que una descarnada, una sangrienta ironía; pero la clave
 de la composición está en la siguiente estrofa que, aún
 aceptando la traducción de Millot, dice así:

«El Papa se entretiene distribuyendo en Francia indulgencias contra los alemanes (la casa de Suabia), con lo cual muestra bien su codicia, porque la cruzada marcha conforme quiere la cruz de los franceses (alusión á la moneda francesa marcada con una cruz). En lugar de la cruzada, se lleva adelante la guerra de Lombardía, por consentimiento de los legados, que al vender las indulgencias venden á Dios.»

Tal es la traducción de la estrofa, según se lee en Millot, pero he aquí la que me permito dar á los versos, realmente algo confusos, del Caballero del Temple:

«El Papa es pródigo de anatemas contra los alemanes y de indulgencias á favor de los arlesianos (los provenzales de la comarca de Arlés partidarios del conde de Anjou) y de los franceses, y sin embargo, nuestras cruces ceden ante las cruces de los sueldos torneses (el dinero de la Francia). Quien quiera hacerlo, cambie su cruzada por la de Lombardía. (La guerra emprendida por Carlos de Anjou contra Manfredo y la casa de Suabia para obtener la corona de Sicilia que le diera el Papa.) Os digo, ciertamente, que nuestros legados venden á Dios y venden las indulgencias por dinero.»

Acéptese cualquiera de las dos traducciones, la de Millot ó la mía, ambas prueban que esta estrofa es la clave del *serventesio*, como he dicho antes, y que esta poesía no es lo que parece ni aquello por lo que la han tomado, al pié de la letra, sino que es la obra de un gibelino y una terrible sátira contra los que abandonaban la guerra santa por la que se iba á hacer, en interés de la Iglesia, á favor de Carlos de Anjou y del partido güelfo.

CADENET.

Cadenet, dice su biógrafo provenzal, era del castillo de Cadenet, que se halla á orillas del Duranza en el condado de Forcalquier.

Pertenecía entonces este castillo á un caballero desgraciado y pobre, que fué el padre de nuestro trovador.

A últimos del siglo XII los condes de Tolosa y de Provenza estaban en guerra con el conde de Forcalquier Guillermo VI, y el castillo de Cadenet fué entrado á saco y á fuego por los tolosanos, que lo convirtieron en un montón de ruinas.

Cadenet, á la sazón un niño, pudo escapar con vida al desastre y ruina de su casa, siendo llevado á Tolosa por un caballero llamado Guillermo de Lauta que, compadeciéndose de él, tuvo la generosidad de servirle de padre y darle educación.

Según parece, se aficionó Cadenet desde su infancia á la gaya ciencia. Era de gallarda apostura, muy cortés y gentil, sabía trovar perfectamente y componía muy buenos *serventesios* y excelentes coplas. Impulsado por su amor á las aventuras y sintiendo la necesidad de dar expansión á su vida activa, abandonó la casa de su protector, y se fué á correr cortes, adoptando la profesión de juglar. Con este motivo, dejó su nombre de Cadenet y se hacía llamar Bagás, Bagués ó Bagaset, que viene á significar en provenzal algo como aventurero ó vagabundo. Así estuvo largo tiempo andando á la ventura por cortes y castillos, esperando hallar la fortuna con la gloria, deteniéndose en todo castillo donde veía un casco á la puerta, que era la señal entonces usada para advertir que allí se daba hospi-

talidad á quien se presentaba. Sus primeras tentativas no se vieron coronadas por el éxito. Anduvo errante, miserable y pobre, iba á pié por los caminos, y la desgracia se empeñaba en perseguirle. Por fin, dice su biógrafo, se vino á Provenza, donde nadie le conocía y donde recobró su nombre de Cadenet para hacerse estimar, siendo entonces cuando compuso sus más bellas y mejores canciones. Ramón Leugier, del obispado de Niza, fué su primer protector, dándole equipaje y posición. Blacás, el cortés y el leal hidalgo, le honró mucho también y le procuró bienes, de que disfrutó por muchos años. Por espacio de mucho tiempo entonces permaneció honrado y rico, hasta que entró en la orden de los Hospitalarios, donde terminó sus días. Y todo esto, añade el biógrafo, lo sé por haberlo oído decir y por haberlo visto. (*E tot lo sieu faig eu sabi per auzir e per vezer.*)

Lo que de él cuenta Nostradamus concuerda algo con los datos precedentes, pero varía esencialmente en algunos puntos capitales.

Según este autor, Cadenet amó á Margarita de Riez, en cuyo honor compuso bellas canciones, pero como no recibía en cambio sino desdenes, la dejó para irse á la corte del marqués de Monferrat, donde fué hospedado galantemente por este príncipe. Más tarde regresó á Provenza, atraído por el recuerdo siempre vivo en su corazón de sus antiguos amores, y resuelto á presentar de nuevo sus homenajes á Margarita.

Blacás y Ramón de Agoult, señor de Sault, le acogieron y protegieron. En vano cantó á su primera dama, en vano le consagró sus obsequios: desesperanzado, al fin, de conseguir el premio de su constancia, contrajo nuevos lazos.

La hermana de Blacás, dama tan gentil y bella como virtuosa, fué el objeto de su nueva pasión, pero los maldicientes hablaron tanto de estos amores, y dijeron tales cosas, que se vió obligado á romper con ella sus relaciones, siendo entonces cuando compuso su tratado contra los murmuradores.

Escribió muy buenas canciones y *comedias*, siempre siguiendo á Nostradamus, y comenzó una intriga galante con cierta monja de Aix, que á la sazón era novicia, pero no habiendo conseguido sus deseos, se hizo templario en Saint Gilles, después de lo cual pasó á Palestina, donde fué muerto combatiendo con los sarracenos.

«*El Monje de las Islas de Oro*, añade á renglón seguido Nostradamus, dice que este poeta no murió en la guerra, sino que volvió á Provenza, donde casó con su antigua dama, la monja de Aix, en la cual tuvo un hijo.»

Tales son las noticias que de este trovador existen, pero yo me hallo en el caso, para rehacer y completar su biografía, de poner á continuación otras que á mi conocimiento han llegado registrando archivos, hojeando manuscritos y compulsando libros. Con estas mis noticias pueden completarse las que da acerca de él el biógrafo provenzal.

Los Cadenet eran originarios de una tierra entre Aix y Lambesc, y tenían por escudo tres cadenas de oro. Cadenet nació en el castillo de este nombre, á orillas del Duranza.

El poeta de que aquí se trata, terminada ya la primera época de su vida errante y vagabunda, abrazó la causa de la nacionalidad provenzal y se consagró al servicio del conde de Tolosa como diplomático, como hombre de guerra y como trovador.

Con lo que queda dicho al hablar de Azemar *el negro*, se puede sospechar con todo fundamento que Cadenet era uno de los mensajeros que iban y venían de Tolosa, de Foix ó de Beziers á Cataluña y Aragón, siendo lazo de las relaciones que existían y de los planes que se combinaban entre los barones de Provenza y el monarca aragonés.

Cadenet desaparece después de la catástrofe de Muret y sucesos posteriores, pero hallo indicios para creer que se refugió en el castillo de los condes de Foix, de cuyo sitio debió pasar á Cerdeña, Urgel, Pallars, Castellbó y otros puntos de Cataluña, donde habían ido á diseminarse los vencidos barones provenzales, buscando el apoyo de aquellas casas amigas.

Debió Cadenet de formar parte de aquel núcleo de pros-critos que trabajaban para la restauración de la casa de Tolosa, pues que vuelvo á encontrarle más tarde en las playas de Marsella, saliendo al encuentro del joven conde de Tolosa, que regresaba á su patria decidido á libertar ésta y á recuperar su esplendor perdido.

Recibido en triunfo el joven conde, esperanza de la desaparecida nacionalidad, Cadenet le siguió al sitio del castillo de Beaucaire, donde se hizo amigo del barón Jordán de Lantar, uno de los más ilustres capitanes de la causa provenzal. Entró entonces á formar parte de la mesnada de este barón, siendo á un tiempo su poeta y su hombre de armas, y del sitio de Beaucaire le acompañó á la defensa de Tolosa y á las diversas empresas en que aquel tomó parte para libertar al Mediodía de sus opresores.

Más tarde se encuentra también á Cadenet, viéndosele reaparecer con su lira y con su espada, en la heroica defensa de Avignón, según ví consignado en un dietario manuscrito que posee la Biblioteca de aquella ciudad, durante mi larga permanencia en ella, cuando mi emigración del año 1867.

El trovador Cadenet está representado en la viñeta del manuscrito en un traje de color de violeta, toca de terciopelo y un manto ó capa negra que lleva bordada, al costado derecho, una cruz ancha de plata, lo cual puede significar la cruz de Tolosa, bajo el pendón de la cual combatió el poeta, ó la de San Juan de Jerusalén, en cuya orden entró.

He hallado también que Cadenet, antes de ser hospitalario, estuvo con Jordán de Lantar entre los últimos defensores que tuvo la causa nacional en el castillo de Montsegur. Cuando este postrer baluarte de la defensa provenzal quedó perdido, fué quizá cuando Cadenet entró en la orden de los Hospitalarios para escapar á las llamas de la Inquisición.

Tales son mis noticias, que creo haber bebido en fuentes más seguras que las de Nostradamus, no obstante de vivir éste en época tan cercana á los sucesos.

Es Cadenet uno de aquellos trovadores que merecen fijar más la atención. No figura en los de primera línea, no sobresale, como otros, por rasgos de ingenio, por su brillantez y por su inspiración elevada, pero tienen sus poesías un colorido especial, un sabor indígena de la tierra, si se me permite la expresión, un corte verdaderamente original que las distingue y caracteriza, haciéndolas apreciar en todo lo que valen.

La mayor parte de sus composiciones pertenecen al género amatorio ó de pura galantería, en el cual sobresalía Cadenet, y no en el género político, y están dedicadas ó *enviadas* á altas y nobles damas, como la condesa de Auvernia, la de Angulema, la de Provenza y la reina Leonor, condesa de Tolosa, que conservaba el título de reina, por ser la costumbre de dárselo á las hijas de reyes, y Leonor era hermana del rey D. Pedro de Aragón.

He aquí una poesía de Cadenet, entre moral y galante, de ese género original del que algunos trovadores, particularmente el que nos ocupa, supieron hacerse una especialidad:

«Si yo pudiera obligar mi voluntad á seguir mi razón, Amor no me hubiera sometido á su imperio tan fácilmente. No es que sea más virtuoso sin amor, no. Es que quien bien ama, nunca cree hacer lo bastante; y quien no ama, ignora esa noble emulación y nunca se atrae tanto afecto como el amante afortunado, ó que aspira á serlo.

»Por bello que sea amar, sólo á pesar mío vuelvo á ello. Y no es que me sienta con ánimo débil para acciones gloriosas, sino que sólo por fuerza se sirve á aquel señor, de quien no hay que esperar ni gracia ni protección. Todo señor que, exigente siempre con sus súbditos, sólo trata de arruinarles, no merece ser servido más que hasta el punto á que el pleito homenaje obliga.

»Una cosa sirve de alivio á mi pena, y es que con la deslealtad no se prospera por mucho tiempo. El que se vale de este medio para alcanzar un puesto elevado, termina por caer envuelto en su infamia; mientras que, por el contrario, á menudo sucede que hombres de baja esfera

se elevan para siempre con las alas de la lealtad. El ape-
narse para adquirir consideración es verdaderamente una
locura: una dicha llega pronto cuando debe llegar.

»Mi dicha tarda mucho, es cierto, y sólo muy lentamen-
te llega; pero también los grandes honores se compran ca-
ro, y lo que poco vale se obtiene más fácilmente que lo
contrario. Lo que más trabajo cuesta se alcanza con más
gloria, y cuando el éxito no corona los esfuerzos, siempre
hay honra en haberlo intentado.

»Esto me sucede con respecto á vos, señora, y esta es
la honra que no puede negárseme, porque mí corazón se
contenta y satisface con sólo oír hablar de vuestra gloria.
Cuando veo una torre, un castillo, un hombre del país en
que reináis, me siento henchido de alegría; y cuando voy á
vuestra morada, creo, en mi impaciencia, retroceder avan-
zando, hasta que estoy cerca de vos.

»Leonor, la bienhadada reina, en quien la gentileza y la
gloria son cada día mayores, sabe départir tan bien y tan
bien obra, que cuanto ella dice es en todas partes creído.»

¿Es esta delicadísima poesía, con tal sutil intención es-
crita, una prueba que puede inducirnos á sospechar que el
trovador había elevado sus miras hasta su reina?

Acaso más que esta composición, podría indicarlo otra,
cuyo envío ó endereza es también á la condesa de Tolosa,
en la cual se leen estos bellísimos versos, de los cuales no
hay que hacer una pálida traducción, pues que se com-
prenderán perfectamente:

Res, domna, no m' es tant gen
come quan vos m' esguardatz,
sols que que 'ls fosson mandatz
del cor, que 'ls no van queren.

Ai! qu' ai dig? ¿Es vos donc tals
que ja 'm faisatz semblan fals?
Non ges, pero tan volria
gauzir, domna, si 'us plazia
essem lo joi e l' afan;
qu' ieu o dic quar o vuelh tan,
e per aissó dic folhia.

Ie 'us am per vostre cor gen,
e 'us am quar adés gensatz,

e 'us am quar i es beutatz,
 e 'us am quar etz avinen,
 e vos am quar etz leials,
 e vos am quar etz cabals,
 e 'us am per vostra condhia,
 e 'us am per plazen pairia,
 e 'us am quar etz ses engan,
 qu' aissi etz facha ó guaran,
 que mais ni meins no i tanhia.

Si la reina non sufria,
 valors del tot dechairia,
 Elionors, que donan
 ad honor e ses enjan
 melhura son pretz quec dia.

¿Es esto pura galantería? ¿Esos ojos, tan gratos para el trovador cuando le miran, y que sólo pudieran serle más gratos si fuesen enviados por el corazón; esa dama, á quien adora tanto que ya es locura; ese *yo te amo*, por tantas causas y cualidades repetido; todo esto, enlazado con la última estrofa de la endereza, no puede indicar algo?

Cierto es también que muy á menudo, por una especie de valor entendido ó de forma convencional entre los trovadores, las damas del *envio* ó de la *endereza* no eran las mismas de quienes se hablaba ó á quienes se aludía en el fondo de la composición; pero, de todos modos, no se me negará que la sospecha está motivada.

Cadenet compuso también *serventesios* políticos, y entre ellos alguna sátira. Una de éstas ha llegado hasta nuestros tiempos, y merece ser citada como modelo, pues lejos de atacar á las personas, como sucedía con la mayor parte de las de aquella época y con alguna otra del mismo Cadenet, ataca sólo las clases y los vicios sociales. Es además esta sátira un modelo también en versificación y en alteza de pensamiento.

En ella el trovador desearía que los poderosos fuesen tales como él mismo sería, si tuviese su poder. En este caso vestirían ricos trajes y armas brillantes, serían cortesés y gentiles, departirían de amor y de cosas de guerra, galantes con las damas, bravos en los torneos y en el campo, hidalgos y rumbosos. «Más valiera esto, dice el poe-

ta, que no entregarse á la holgazanería y al merodeo como hacen nuestros barones, tan diligentes en ser salteadores de camino como en huir cuando alguien se les cuadra.» Cadenet, en esta dura sátira, recuerda que hubo un día en que los barones brillaban por sus altas prendas y distinguidas cualidades; pero hoy, añade, se distinguen por sus saqueos y rapiñas, y se complacen más en robar bueyes y en despojar á los boyeros. «Y aún, exclama por medio de un rasgo final de aguda sátira, y aún con este oficio no ganan más que para llevar pobres trages y viejos arneses.»

Aytals com ieu seria,
 si 'l poder n' avia
 volgra que fos
 qui n' es poderos;
 que ieu seria gen tenens
 d' armas e de vestimens,
 e seria lars conductiers,
 e seria en cort afaniers,
 e volria domnas vezer,
 e soven donar mon aver,
 e seguir guerras e torneys
 et agradar mi a dompneis.

Aissó 'm par que valria
 mais que raubairia,
 don vei cobetós
 totz nostres barós,
 que si vos es plus manens
 que 'us autres e vostras gens,
 ajustaran cavalhiers
 ab us guarnimens leujiers,
 per plus leu cossegre l' aver,
 o, si atrobavo poder
 per plus leu fugir, so 'm pareis;
 aisso tolh pretz e 'l descreis.

Temps fo qu' hom conoyssia
 drutz, quan los vezia,
 à las grans mayssós
 et als bels dos
 et als azautz guarnimens,
 et als belhs aculhimens,
 maier, qui es belhs parliers,
 qu' aver totz los bos mestiers;
 mas ab gienh ni ab saber
 no pot hom pretz retener,
 si ab faitz no 'ls fai ò no 'ls creys
 aissi vai aquesta leys.

Nulhs hom par cortezia

no 's desviaria;
 e si fon sazòs
 qu' hom er amoròs
 e paria jovens
 e renhava entendemens,
 mas era qui vai primiers
 penre los buous e 'ls boviens,
 dizon que sap mais valer,
 vos guardatz si 'l dizon ver
 qui d' aquelh guazanh mezeys
 porton malazautz arneys.

Existe otra poesía de Cadenet dedicada al vizconde de Burlats, á quien se suponía degenerado de su antiguo valor. El trovador le incita á seguir el camino de sus mayores y mueve su ánimo á gloriosas empresas: le exhorta para que no tome á mala parte sus consejos; le cita el ejemplo de Blacás, Ramón de Agoult y el marqués de Montferrat, á quienes los poetas advirtieron libremente sus defectos sin que se enojaran y sin que dejaran de hacer bien á sus propios censores: y termina diciéndole que

pauc vos ama, vescosus, qui 'us enseigna
 que de ben far ni de pretz no 'us soveigna...

«Poco os ama, vizconde, el que no os enseña á recordar altos deberes de honra y prez. Si no tuviérais amigos dispuestos á recordároslos, vuestro mérito terminaría en seguida.»

En una composición dirigida á Blacás, le exhorta á hacerse monje ó á entrar, como él hizo, en una orden religiosa.

«Si yo encontrara á mi compañero Blacás, le aconsejaría lo que hará de seguro sin necesidad de mi consejo, es decir, no esperar la muerte para renunciar al mundo, que es sólo vanidad. De otro modo, temo para él los suplicios del infierno. Su ingenio y su razón le harían más criminal que otro, si cometía la locura de precipitarse sobre un escollo que se evita desde que se conoce y se teme.»

Si Blacás hubiese seguido sus consejos, buen ejemplo debía hallar en el trovador, á ser cierto lo dicho por el *Monje de las Islas de Oro* respecto á haber abandonado su

orden para volver al mundo, á fin de casarse con la monja de Aix.

Una bellissima *pastorela* existe de Cadenet, que merece copiarse íntegra, antes de dar por terminado este capítulo.

L' autr' ier lonc d' un bosc fulhós
trobey en ma via
un pastre mout angoyssós,
chantan, e dezia
sa chansón: Amors
jo 'm clam dels lauzenjadors,
car los dolors
qu' a per els m' aymía
mi fay piegz que 'l mia.

—Pastre, lauzengier gilós
m' onron chascun dia,
e dizón qu' ieu suy joyós
de tal drudaria
don mi creis onors,
e non ai autre socors,
pero 'l paors
qu' ilh n' en seria
vertatz, s' ieu poria.

—Senher, pus lor fols ressós
de lor gilosia
vos platz, pauc etz amorós;
que lor felhonia
part mans amadors,
qu' ieu pert mi dons pels trachors;
et es errors
e dobla folhia
qui en lor se fia.

—Pastre, ieu no suy ges vos,
qu' el maritz volria
batés mi dons á sazós,
qu' a doncs la 'm daría;
quar per aitals flors
las an li gilós peiriors;
qu' ab las melhors
ten dan vilania
e y val cortezia.

«Anteayer, á lo largo de un bosque hojoso, hallé en mi camino á un pastor muy angustiado que cantaba, y decía su canción: Amor, me lamento de los maldicientes por la pena que causan á mi amiga, más que por la propia mía.

»—Pastor, los celosos maldicientes me lisonjean cada día cuando de mí se ocupan diciendo que estoy envanecido por unos amores que me honran y de los cuales dependo; pero el temor que ellos tienen de que sea cierto, lo sería en realidad si yo pudiese.

»—Señor, ya que os placen los falsos ecos de sus celos y envidia, poco enamorado estaréis, pues á no pocos amantes perdió su felonía, sin contarme á mí que pierdo mi dama por esos traidores. Grande error es y gran locura fiarse de ellos.

»—Pastor, yo no soy vos, pues que de buena gana quisiera que el marido diera de palos á mi dama, lo cual haría que ésta me atendiera: con requiebros de esta clase los maridos celosos harían la causa de los amantes, que nunca pudo la villanía alcanzar lo que la cortesía alcanza.»

LA DAMA CASTELLOZA.

Na Castelloza, dicen las *Vidas de los trovadores*, era una noble dama de Auvernia, mujer de Truc de Mairona; amó á Armando de Breon y por él compuso sus canciones. Era una dama muy gentil, muy instruida y muy bella.

Estas son las líneas que le consagra, y esto todo lo que á propósito de esta dama se permite decir el biógrafo provenzal.

He aquí la poesía más notable que de ella nos queda:

«Amigo, si fuérais sumiso y sincero ¡cuánto no os amaría! En este mismo instante, aún recordando vuestras veleidades y locuras, estoy componiendo una canción en vuestra alabanza.

»He resuelto no amaros nunca de corazón y de buena fé. Quiero ver si ganaré teniendo para vos un corazón inflexible y duro. Pero, no, no he de hacerlo. No quiero exponerme al reproche que pudiérais dirigirme de haber existido en mí deseos de faltaros. Sería dar pretexto á vuestra inconstancia.

»Os amo, y hallo mi satisfacción en ello, aún cuando todo el mundo dice que sienta mal á una dama el dar á conocer su amor á un caballero, y el tenerle constantemente á su lado. Los que esto dicen, no saben amar.

»Está loco aquel que me condena por este amor. No sabe lo que por mí pasa, ni os vió nunca con los ojos que yo os ví, cuando me dijísteis que no me apenara y que un día llegaría quizá en que fuéseis mío. El gozo que sentí entonces vive aún en mi corazón.

»Nada me significa otro amor. Me imagino sin cesar que ha llegado el momento de poseeros y de que seáis

sensible á mi pasión. Todos mis goces están en la ilusión de este sueño.

»¿Qué más puedo deciros? He buscado todos los medios para que vuestro corazón se abriera á mi amor. No os lo hago decir: os lo digo yo misma. No hay remedio para mi mal, y muero si no dáis alivio á mis penas. Si me dejáis morir, cometeréis un gran pecado ante Dios y ante los hombres.»

Nada más he podido averiguar de esta poetisa, cuyo nombre no es bien cierto aún que fuera el que se estampa al frente de estas líneas. Fácil es que en los manuscritos primitivos ó en sus copias se haya desnaturalizado.

CERCAMONS.

Fué un juglar de Gascuña, pero no era éste su nombre, que ha quedado desconocido para la historia. El de Cercamons (Busca mundos) se lo apropió ó se lo dieron por su vida aventurera y vagabunda que le llevaba á correr tierras y á ir errante de un lado para otro, sin fijarse en punto alguno.

Floreció según parece á mediados del siglo XII; era gascón, como queda dicho, y hay indicios para creer que tras de su nombre vulgar, como si dijéramos de guerra, se ocultaba el apellido de alguna familia ilustre.

Su biógrafo provenzal le consagra sólo tres líneas que así dicen: «Era un juglar de Gascuña que trovaba versos y pastorelas á la antigua usanza. Corrió todo el mundo, hasta donde pudo, y por esto se hizo llamar Cercamons.»

Las composiciones que de él nos quedan no indican un genio superior. Más que á su mérito verdadero, debió sin duda su fama á su especialidad de componer al uso antiguo, como debió su nombre á su pasión por los viajes y las aventuras.

Nada se sabe de su vida. Vivió y compuso versos: esto es todo.

Su mejor poesía galante es la que comienza:

Quan l' aura doussa s' amarzis
e la folha cai sul verjan...

«Cuando la dulce brisa refresca, y cae sobre los vergeles la hoja, y cantan las aves á coro, es cuando al trovador le place suspirar y cantar el cautiverio en que le retiene el amor, y del cual ignora cómo puede librarse..»

»Así que se halla ante la belleza á quien ama, no acierta á explicarse ni á coordinar sus palabras. Ruega á Dios que se la conserve hasta que logre la dicha de poseerla, ó por lo menos «de verla entrar en su lecho.»

»Su dama puede hacer de él lo que quiera, según mejor le agrade, un amante leal ó falso, sincero ó mentiroso, cortés ó villano, satisfecho ó descontento.

»Aspira sólo al placer de verla, y con esto se satisface; pero si ella quisiera honrarle con un beso, se enorgullecería tanto con ello, que haría la guerra á sus vecinos, sería dadivoso y espléndido, se haría amar y temer, vencería á sus enemigos, sabría defender sus castillos y ningún hombre de su rango podría competir con él en valor, en dicha ni en largueza.»

Nada más en realidad puede decirse de este trovador, cuya vida ignorada, cuyo nombre desconocido y cuyas composiciones de escaso mérito no dan motivo para extendersé mucho.

CLARA DE ANDUSE.

Perteneció á la familia de este nombre, algunos de cuyos individuos figuran con gloria en los anales de aquellos tiempos. Era hija de Pedro Beremundo de Anduse y de Constanza, hija de Ramón VI, conde de Tolosa.

Dícese que fué una dama cuya hermosura competía con su talento, tan buena como gentil, y tan gentil como bella.

Nada de su vida me fué dado averiguar, y sólo alguna que otra vez hallé consignado su nombre en alguna crónica, confundido con los de aquellas damas célebres y galantes de su época, la condesa de Día, Isabel de Malaspina, la dama de Castelnou, Tiburga de Sarrenom, Castelloza, Adelaida de Porcairagues, Iselda de Capnión y tantas otras.

Sólo una poesía nos queda de Clara de Anduse, que basta para juzgarla. Pinta su pasión por un amante, que se supone haber sido el trovador Hugo de San Cyr, y la pinta de una manera que revela su alma de poeta.

He aquí esta composición, que trascibo primero en provenzal, permitiéndome luego traducirla, según me ha sido dable, en verso catalán para que se pueda apreciar la semejanza de ambas lenguas, y en prosa castellana, verso por verso y palabra por palabra, para ser más fielmente juzgada.

I.^a

En greu esmai et en greu pessam en
 an mes mon cor et en granda error,
 li lauzengier e iin fals devinador,
 abaissador de joi e de joven,
 quar vos, qu' ieu am mais que res qu' el mon sia,
 an fait de me departir e lonhar,

si qu' ieu no us puese vezer ni remirar,
don muer de dol, d' ira e de feunia.

2.^a

Selh que 'm blasma vostr' amor ni 'm defen
non podon far en re mon cor melhor,
ni 'l douz dezir qu' ieu ai de vos major,
ni l' enveja, ni 'l dezir, ni 'l talen;
e non es hom, tan mos enemics sia,
si 'l n' aug dir ben, que non tenha encar,
e, si 'n ditz mal, mais no 'm pot dir ni far
nenguna re que á plazer mesia.

3.^a

Ja no us donetz, beis amics, espaven
que jo ves vos aia cor trichador,
ni qu' ieu us cange per nul autre amador,
si 'm pregavon d' autras dones un cen;
qu' amors que 'm te per vos en sa ballia,
vol que mon cor vos estú e vos gar;
e farai ho; e s' ieu pogués emblar
mon cors, tals, l' a que jamais non l' hauria,

TRADUCCIÓN CATALANA.

I.^a

En greu desmay y en greu desvaniment
han mes mon cor, transit per lo dolor,
los malvolents, richs en falsa lauzor,
abaixadors de joi y de jovent,
pus al que jo am, com res qu' en lo mon sia,
de mi l' han fet fugirne y allunyar,
sens que mos ulls lo pugan ja mirar,
umplint de dol y fel l' ánima mia.

2.^a

Aqueils que d'ell mal parlan ab intent
no poden fer en res mon cor millor,
ni fer tampoch mon desitj d' ell major,
qu' en son amor mon cor viu y s' encen.
Qui d'ell en be me parle, mes que sia
mon enemich, de mi 's pot fer amar;
qui d' ell en mal, may mes podrá esperar
en son favor paraula ni obra mia.

3.^a

Mon bon amich, no tingau may esment
de que mon cor vos puga ser traïdor,

ni que mudar ne puga jo d' amor
 mes que m' ho preguen tots de cent en cent,
 qu' Amor que 'm te per vos en sa Bailia
 vol qu' en mon cor vos sol pogau reinar.
 ¡Ay! si en mon cos ne pogués jo manar,
 tal lo te avuy que mes ja no 'l tindria.

TRADUCCIÓN CASTELLANA.

I.^a

En gran abatimiento y en gran pesar
 pusieron mi corazón, y también en grandes dudas
 los maldicientes y falsos aduladores
 detractores del solaz y de la juventud,
 puesto que á vos, á quien amo sobre todo lo del mundo,
 os han hecho alejar de mí y abandonarme
 sin que pueda ya gozar al veros,
 matándome de dolor, de ira y de tristeza.

2.^a

Los que critican mi amor y le condenan
 no conseguirán que mi corazón cambie,
 ni harán que sea mayor el deseo que de vos tengo,
 ni mudarán en nada mis propósitos.
 No hay hombre alguno, por odioso que me sea,
 á quien no esté pronta á favorecer, si le oigo hablar bien de vos,
 como no hay hombre á quien, si habla mal,
 no esté yo dispuesta á hacer daño.

3.^a

No tengáis nunca miedo, buen amigo,
 de que pueda seros traidor mi corazón,
 ni que os pueda olvidar por otro,
 aun cuando cien damas juntas me lo pidieran,
 ya que Amor, que por vos me retiene en su feudo,
 quiere que mi corazón sea vuestro siempre,
 y esto haré. ¡Así pudiera yo mandar
 en mi cuerpo, que tal lo posee, que ya no volvería á tenerlo!

EL PAPA CLEMENTE IV.

No podía faltar un Papa entre los trovadores, donde tantos reyes y príncipes figuran.

Cuando pertenecía al siglo y á las letras, Clemente IV se llamaba Guido Folquois según unos, y según otros Folquet. Como otro trovador de su mismo apellido, antes de abrazar el estado eclesiástico y elevarse á las primeras dignidades de la Iglesia, anduvo por cortes y castillos, siendo galán trovador y gentil caballero.

Pertenecía á una noble familia de San Gil, á orillas del Ródano, y fué sucesivamente trovador, militar, abogado, casado, padre de familia, viudo, cura, canónigo, arcediano, obispo, cardenal, y, finalmente, Papa. Alguien ha dicho también que fué fraile cartujo, pero debióse confundir al padre con el hijo, que ingresó efectivamente en la orden de San Bruno.

Pocas noticias se tienen de su época de trovador; sólo la de haber compuesto algunas canciones, que serían sin duda galantes como las de Folquet de Marsella, más tarde obispo de Tolosa. Sin embargo, no llegaron hasta nosotros, y sólo ha quedado de él una composición religiosa sobre las siete alegrías de la Virgen, á saber: 1.^a, la salutación del ángel Gabriel; 2.^a, la adoración de los pastores; 3.^a, la adoración de los Magos; 4.^a, la resurrección de Jesucristo; 5.^a, su ascensión; 6.^a, el descendimiento del Espíritu Santo; 7.^a, la asunción de la Virgen.

Desde principios del siglo XIII, á mediados del cual floreció Clemente IV, durante el curso de las predicaciones contra los herejes albigenses, se estableció y enseñó el rosario en las comarcas de Provenza. Los Hermanos predi-

cadores, orden en aquel entonces fundada, propagaban con fervor esta nueva práctica, que tenía por objeto glorificar á la madre de Dios recitando tantas *Ave María* precedidas del *Pater* como fases gloriosas, dolorosas ó alegres había en su vida. Varias cofradías llamadas del Rosario se establecieron por do quier en aquellas comarcas meridionales, y en una de ellas ingresó Guido Folquet que, siguiendo las huellas del otro trovador de su apellido, se consagró á la predicación y al exterminio de todo resto de herejía.

A partir de la fundación de la orden de Hermanos predicadores, es cuando el nombre de la Virgen comienza á resonar en las poesías de los trovadores para recibir el homenaje de su adhesión y alabanzas.

Los principales trovadores que por aquellos tiempos elevaron sus cánticos á la Virgen, sustituyendo al culto profano y galante de la dama del castillo, el culto divino de la *dulce dama del Paraíso*, como la llamó Bernardo de Auriac, fueron Guido Folquet, Pedro de Corbiac, el mismo Pedro Cardinal, Perdigón, Lanfranc Cigala, el monje de Foissán, Guillermo de Autpoul y Bernardo de Auriac.

El canto de la *albada*, el más mundano que tenían los trovadores, fué entonces precisamente el que pasó á ser un canto religioso. Dejaron de componerse *albas* á las damas y caballeros obligados á separarse al nacer el alba, y se compusieron muchas, al contrario, en honra y prez de la Virgen, de la Trinidad y de los santos. Cantábase la *albada* en la iglesia al son de los pífanos, de los tímpanos y de los tamboriles, ante el altar de la Virgen, sobre todo en las fiestas de la Natividad.

Pudieran componerse largas letanías con los calificativos y epítetos encomiásticos que aquellos trovadores añaden al nombre de la Virgen, á la cual parece que se apresuraban á dirigir todo el mundano repertorio de galantes y poéticos nombres que habían guardado hasta entonces para la dama de sus pensamientos.

He aquí algunos de estos calificativos y títulos, de gran belleza por cierto y poesía, la mayor parte de los cuales

han pasado á todas las lenguas, reproduciéndose en las composiciones de los más renombrados poetas: *Foi de paradís, fons de gracia plena, del mon gaug et ris, vera mercés, roza ses espinha, verga seca, frug facens, estela del solelh maire, estela marina, donna metges e metzina, lectvaris et enguens, flums de plazers, cambra de Dieu, ort don naysso tot be, repaus ses fi, capdels d'orbes enfans, frugz d'entier joy, seguransa de patz, port ses peril, gaug ses tristor, sejom d'amics, fis delietz, ses turmen, porta del cel, via de salvament, de paradís lums e clartatz et alba, rosa plascent, soleyl de resplandor, johel de sanct amor, topacis cast, carboncle relusent, claretat sens foscor, aigla cardal, estela d'amors, etc., etc.*

Guido Folquet era ya obispo cuando recibió de Urbano IV la misión de pasar á Inglaterra con funciones de legado para transigir las cuestiones suscitadas entre el rey Enrique III y Simón, conde de Monfort. Cumplida su misión, el Papa le nombró cardenal-obispo de Sabina.

Tuvo íntimas relaciones y contrajo amistad con los santos doctores Tomás de Aquino y Buenaventura, y á la muerte de Urbano IV, fué elegido para la sede pontificia, subiendo al trono con el nombre de Clemente IV y siendo coronado el 22 de Febrero de 1265.

El Papa no olvidó al trovador, y concedió cien días de indulgencia á los que leyesen y recitasen su poesía de las siete alegrías de la Virgen, la cual figura en los manuscritos provenzales con el título de *Gozos de la Virgen (Gautz de la Vêrge)*. Al final se lee:

Aquest gautz dechet mosenher Guy Folqueys, e donet C jorns de perdon qui lo dirá, can fon apostolis.

Este Papa fué el que dió la investidura del reino de las dos Sicilias á Carlos de Anjou, hermano de Luis IX de Francia, comenzando así aquella larga serie de perturbaciones y guerras que habían de traer tantas catástrofes.

Manfredo, primero, y el joven Conradino después, se opusieron á la decisión del Papa. Sabido es cómo ambos perecieron.

Manfredo de quien ha dicho Dante

Biondo era e bello e di gentile aspetto,

fué muerto en la batalla de Caperano, en 1266. Su cadáver permaneció tres días abandonado, enterrándolo luego sin honores de ninguna clase bajo un promontorio de piedras. Pero ni aún en este humilde lugar estuvo tranquilo. El obispo de Cosenza, legado del Papa, que había jurado arrojar á Manfredo muerto ó vivo de Sicilia, mandó desenterrar su cadáver y arrojarle á orillas del Verde, pequeño río que divide los confines del reino de Nápoles y de la comarca de Roma.

El joven Conradino, nieto del emperador Federico II, se presentó para vengar á Manfredo, pero tuvo aún más desastrosa muerte. Cayó prisionero de Carlos de Anjou, y subió á un cadalso.

Se ha acusado al Papa de esta muerte llevada á cabo por la cruel venganza de Carlos de Anjou y que despertó un grito de universal reprobación, que todavía se oye. Otros autores han aducido pruebas para demostrar que el Papa no intervino en aquel suceso, siendo falsas las palabras que se le atribuyeron con este motivo.

La muerte de Conradino fué obra únicamente de Carlos de Anjou. Será eternamente un borrón para el soberano que la permitió.

Sabido es que Conradino, antes de poner su cabeza sobre el tajo, arrojó su guante al pueblo que rodeaba el cadalso en demanda de venganza. Este guante fué levantado por Juan Prócida y presentado á Pedro *el Grande* de Aragón, que subió al trono de Sicilia cuando ésta arrojó de él á Carlos de Anjou.

Clemente IV, después de haber gobernado la iglesia cerca de cuatro años, murió en Viterbo el 29 de Noviembre de 1268.

He aquí la única poesía que nos queda de Clemente IV, ó sea de Guido Folquet:

«Con el primer gozo, Dios envió al ángel del cielo para saludaros y dijo: *Ave gratia plena*; el Espíritu Santo, que ilumina, á vos vendrá.» Y en seguida Dios, siendo en vos, iluminó vuestro humilde pensamiento.

»Con el segundo alegróse el coro de los ángeles, cuando

de vos nació sin dolor el Hijo de Dios, y permanecísteis virgen, pues engendrásteis sin mancha al que debía salvarnos á todos.

»Con el tercero, los tres reyes de Oriente vieron la estrella resplandeciente, con gozo y júbilo completos, que les guió á la casa donde Dios estaba, y allí le adoraron besándole los piés y ofreciéndole oro, incienso y mirra.

»Con el cuarto, vuestros dolores se trocaron en gran alegría cuando Dios, terminada su pasión, resucitó de muerte á vida, apareciéndose en seguida á los suyos á fin de cambiar su pena en júbilo.

»Con el quinto, acrecentáronse vuestras alegrías cuando Dios, por su poder, emprendiendo el camino de los cielos delante de su guardia, os hizo quedar aquí abajo, señora, para sostener la fé.

»Con el sexto, fueron iluminados los apóstoles, y recibieron el Espíritu Santo, á fin de que cada uno pudiera quedar más seguro y convencido. Dióles plena ciencia á todos y supieron entonces la verdad de la fé.

»Con el sétimo duplicásteis vuestra alegría cuando subísteis allá arriba, á la corte del Paraíso, donde honrada fuístes y coronada por vuestro Hijo, y donde oísteis los nuevos cantares de los ángeles y de todos los santos.

»Virgen gloriosa, valed á aquellos para quienes sois la madre pura y sagrada del Hijo de Dios y la reina soberana del cielo. Amparadles, pues, en los grandes peligros de este mundo.

TORNADA.

»Flor rica en bondad y eucanto, haced, señora, que los que os imploran sean partícipes de estos siete gozos.»

Al premier gaug Dieus envieç
 l' angel del cel que 'us saludeç
 e dis: Ave gratia plena,
 le Sans Esperits qu' ellumena
 en te vendrà. Pueis en vos fo
 Dieus alhumil vostra razó.

Al segon le chor s' alegrec
 dels angels, can de vos masquec

le filhs de Dieu ses tota pena,
e remazetz pura Vergena,
quar selh que 'ns donc salvatió
enfanfetz ses corruptió.

Al ters li tre rey d'orien
viron l'estela respanden
ab gaug ab e ab joia cumplida;
al ostal on Dieus es los guida,
aur et eccés offron adés
e myrra, baizan los sieus pes.

Al quart en gran alegremen
torneron vostre marrimen
quan Dieus, la passió finida,
resucitec de mort á vida,
als sieus aparec eu après
per que lor dol en gaug tornés.

Al sinqué son li joí cregut
quan Dieus per la sua vertut
ves lo cel dres la drecha via,
prezen la sua companhia,
desay vos fe Dieus remaner
domna, per la fe sostener.

Al seizé foron percebut
l'apostol et han recebut
lo Sant Esperit, perque stia
cascus segur e mais ferm sia
adoncs lor dec plenier saber
e saubro de la fe lo ver.

Al seté vostre gaug dobbletz
quan sus en la cort don pujetz
de paradís, on fos onrada
per vostre Filh e coronada,
adoncs auzitz los noels chans
dels ànjels e de totz los sans.

Vèrges glorioza, valetz
a sels per los quals maires etz
del Filh de Dieu pura sagrada
e del cel regina clamada,
si que lor riatz ajudans
en lors perilhs d'aquest mon grans.

TORNADA.

Flors humils e bon azurada,
faitz, domna, vostres reclamans
d'aquestz VII gaugz participans.

EL CONDE DE FOIX.

No hablan de este poeta los biógrafos provenzales de los trovadores, y sin embargo, merece un lugar distinguido entre éstos, pues aún cuando sólo nos queden de él dos composiciones, se sabe que escribió muy buenos versos y fué perito en el arte de trovar.

Roger Bernardo III, que éste es nuestro poeta, sucedió en 1265 en el condado de Foix á su padre Roger IV, y anduvo en guerras con el rey de Francia, al principio de su soberanía. Cayó prisionero del monarca francés y fué conducido al castillo de Carcasona, donde permaneció hasta 1273, época en que, por haber hecho su sumisión, recobró su libertad y sus Estados, siendo desde entonces tan amigo del rey de Francia como enemigo había sido antes.

Sus quebrantos, su mala suerte y su larga prisión en Carcasona no variaron el carácter turbulento é inquieto del conde de Foix. Por los años de 1278 se le ve unirse á D. Jaime de Mallorca y á los condes de Urgel, de Pallars, de Cardona y otros barones catalanes que se levantaron contra D. Pedro de Aragón *el Grande*. Mezclado el conde de Foix en las turbaciones de Cataluña, hallábase en Balaguer el año 1280, en ocasión de presentarse D. Pedro á sitiar esta plaza, baluarte principal de los barones insurrectos.

Cuando el monarca aragonés se apoderó de la ciudad, los nobles que estaban en ella cayeron prisioneros, y entre ellos el conde Roger Bernardo, á quien D. Pedro dió por posada un calabozo del castillo de Ciurana, donde por un auto que obra en la *Historia del Languedoc* se ve que aún estaba en Febrero de 1282.

Se ignora cómo y cuándo recobró esta segunda vez su libertad, pero disfrutaba ya de ella en 1285, pues que en este año formaba parte de la hueste del rey de Francia, Felipe *el Atrevido*, cuando éste vino á Aragón con el fin de apoderarse de este reino, cuya investidura diera el Papa á Carlos de Valois, creyendo sin duda que era tan fácil tomar posesión de este reino como fácil había sido para el Papa dar lo que no era suyo.

A esta época precisamente se refiere la poesía de Roger Bernardo que ha llegado hasta nosotros.

Según se puede leer en los artículos referentes á D. Pedro, considerado como trovador, y á Bernardo de Auriac, el monarca aragonés al ver que el rey de Francia con todo su poderío iba á caer sobre él, escribió un *serventesio* en favor de su causa y de su derecho. A este *serventesio* contestaron con el mismo metro y los mismos consonantes el conde de Foix y Bernardo de Auriac, en sentido contrario al de D. Pedro, como es de suponer, y en favor de la causa tan malamente y en tan mal hora apoyada por el rey de Francia.

He aquí la poesía de Roger Bernardo:

Salvatge, tuitz ausen cantar,
 enamorar
 reis de Aragó:
 digatz me se 's poria tan far,
 e' a mi no par
 ses lo lió
 que sia ensemble en tota res
 contra 'l francés
 si qu' el sieu afar sia ges;
 e car el dis qu' el plus dreyturer vensa
 de fahir tot a cascun la razó.
 però sapchatz que' eu deteng Castelbó.
 Mas qui a flor se vol mesclar
 ben deu guardar
 lo sieu bastó;
 car francés sábon grans colp dar
 et albirar
 ab lor bordó;
 e no 'us fizés en Carcasés
 ni Agenés,
 ni en Gascon, quar no l' amon de res
 de pos vas mí ai feita la falhensa;

en breu de temps veirem mos Borgoignó
 cridar Monjoi, e 'ls criden Aragó.

«Salvatge ¹, todos somos buenos para cantar y el rey de Aragón para enamorar. Decidme cómo podrá hacer lo que dice, mientras no se le una el león ² con todo su poder contra el francés y venga á auxiliarle en su tarea. Y pues él dice que el de mayor derecho venza, arréglese cada uno como pueda, pero os advierto que yo me quedo en Castellbó.

»El que habérselas quiera con las Flores, que guarde bien sus Barras, porque los franceses saben dar grandes golpes y manejar su bordón, y no os fieis en los de Carcasona, ni en los de Agen, ni en los gascones, porque no le estiman desde que me faltó á su palabra. No tardaremos en ver á mis borgoñeses gritar *Monjoi*, y griten ellos *Aragón*.»

Se atribuye al conde de Foix otra poesía que no debe estar completa y que parece ser un fragmento tan solo, sobre el mismo asunto.

En esta otra composición, ó por mejor decir, en estas estancias, Roger Bernardo manifiesta los sentimientos de un odio violento y bárbaro; y como el Papa había excomulgado á los aragoneses dando carácter de cruzada á las huestes del rey de Francia, el conde de Foix trata á aquellos de *Patarines* y *Tartarines*, nombre de sectas que figuraban entre los albigenses, y pide para ellos todos los suplicios de la tierra y todos los tormentos del infierno.

Frances que al mon de gran cor non á par
 e de saber de fortz' e Borgoignon,
 los Paterin á Roma auzan menar;
 e qui clamar se fara d' Aragon
 á lo gran foc seran menat aprés
 com raison es,
 e tuit braisat seran
 e lor senes gitad' al ven.
 E qual de vostra dosensa
 faran tal fin qu' a le mars del sablon

1 La poesía escrita por el rey, para la cual es esta contestación, va dirigida también, como ésta, á un Pedro Salvatge, que debió ser un juglar de D. Pedro.

2 Alusión al rey de Castilla, que no cumplió su promesa de auxiliar á D. Pedro.

s' auieran si com l' arma á perdisson.

Les Tartaion
veirem piar,
ni plui scampar
poirá saison

e sieu seigner veïrem ligar
et aforcar
come lairon.

No 'm será lo premier mes
el trait que fes
cridar perdon;
destrui nostra fes

nos chalzeron per aver sa remensa,
e pos veïrem chascun de sa maison
e de son sieu morir en prision.

Debe haber en estas estancias error de copia, pues reina en ellas gran oscuridad. De la manera que han llegado hasta nosotros son semi-bárbaras, como si correspondieran por la forma y por el lenguaje á la barbarie del pensamiento.

Pueden traducirse así:

«Los franceses, que no tienen igual en el mundo, y los fuertes borgoñeses, conducirán á Roma los Patarines; y todo aquel que se hará llamar de Aragón será, como es razón, arrojado á la hoguera y esparcidas al viento sus cenizas.

»Todas sus huestes desaparecerán como las aguas entre las arenas, y perderán su alma. Veremos á los Tartarines condenados al suplicio y á su señor (el rey de Aragón) preso, atado y conducido como un ladrón. No será el primero á quien se oiga pedir clemencia. Todos los de su casa y de su partido acabarán su vida en los calabozos.»

Mal profeta fué el conde de Foix. Sucedió precisamente lo contrario. En aquella ocasión, el Papa pudo predicar la cruzada y ponerse de parte de los invasores, pero Dios protegió á los Tartarines y Patarines.

Estas composiciones, escritas en favor de Francia y con el espíritu francés, debieron hacer estremecer en el fondo de sus sepulcros á aquellos valerosos antepasados suyos, los condes de Foix, que tanto se habían sacrificado y tanto habían sufrido en defensa de la causa nacional.

EL CONDE Y LA CONDESA DE PROVENZA.

I.

El conde de Provenza que figura entre los trovadores, es el llamado Ramón Berenguer V.

Aunque poeta, más que por sus composiciones, pues sólo son dos las llegadas hasta nosotros, se distinguió por la espléndida hospitalidad y por la constante protección que dió á todos los que en la carrera poética se distinguían. A esto es á lo que principalmente debe el figurar como Trovador.

Ramón Berenguer era un niño todavía, cuando murió su padre Alfonso II de Provenza, que había casado con Garsenda de Sabran, heredera del condado de Forcalquier. (Véase el artículo de esta poetisa.)

Quedó el niño Ramón Berenguer á cargo de su tío el rey de Aragón Pedro *el Católico*; pero á la muerte de éste en 1213, fué enviado al castillo de Monzón con su primo, el hijo de D. Pedro, que fué después el famoso D. Jaime *el Conquistador*. Hallábanse los dos jóvenes príncipes educándose en el castillo de Monzón, bajo la vigilancia y cuidado del gran maestre del Temple Guillermo de Monredó, cuando las turbaciones que había en Provenza por causa de la minoría y ausencia del conde, obligaron á varios señores provenzales, fieles á su causa, á reclamar su presencia.

Enviéronle, pues, un mensaje diciéndole que en determinado día tendrían dispuesta una galera en el puerto de

Salou, y que irían á sacarle ocultamente del castillo de Monzón para llevárselo á Provenza, donde estaban seguros de aquietar los bandos con sola su presencia. Todo tuvo lugar tal como se proyectara. Llegó el día designado, y el joven conde, después de haberse despedido, con lágrimas en los ojos, de su primo y compañero D. Jaime, salió de Monzón en compañía de Pedro de Augier, su ayo. Llevando sólo por séquito dos escuderos, caminaron toda la noche, pasaron disfrazados por Lérida, y llegaron á la siguiente noche á Salou, en donde les recibió la galea preparada, que en seguida tomó la vuelta de Provenza.

Este episodio lo cuenta el mismo D. Jaime en las memorias que escribió de su vida.

Llegado el conde á Provenza, sus parciales cobraron ánimo, y comenzó á ganar su causa lo que perdido había, atrayéndose muchas simpatías con su juventud y su prestigio, y consiguiendo que le prestaran sumisión y obediencia varias poblaciones, poco antes rebeladas. Su enlace en 1220 con Beatriz, hija del conde Tomás de Saboya, le procuró una poderosa alianza, y ésta mayor poder para combatir á sus enemigos; pero no logró la pacificación completa de sus Estados, ya porque á veces la política del rey de Francia, del emperador Federico y del Papa les obligaba á sostener la causa contraria al conde, ya por negarse á reconocerle la ciudad de Marsella, á la cual por dos veces durante su vida hubo de poner sitio.

Ramón Berenguer supo aprovechar hábilmente para sí mismo y para su pueblo los momentos de paz. Unas veces, libre de sus bélicos empeños, se retiraba á Aix, donde tenía su corte, embellecida por el ingenio y las gracias de su esposa la condesa Beatriz; otras se dedicaba á recorrer sus pueblos y concedía franquicias y privilegios que fueron para la mayor parte de aquellas ciudades el origen de los que disfrutaron por mucho tiempo.

Á su muerte, en 1245, Ramón Berenguer dejó cuatro hijas: Margarita, que fué esposa del rey Luis IX de Francia; Leonor, que lo fué de Enrique III, rey de Inglaterra; Sancha, que casó con Ricardo, conde de Cornouailles y

rey de romanos, hermano de Enrique III; y Beatriz, que después de la muerte de su padre, de quien fué heredera, se unió á Carlos I, conde de Anjou, hermano del rey San Luis, y, á su vez, rey de Nápoles más tarde.

Nostradamus dice que la segunda de esas princesas, Leonor, cultivó la poesía, como su padre, y la supone autora del poema de Blandin de Cornouailles y Guillén de Miramar, que todavía existe.

La corte de Ramón Berenguer fué un centro de urbanidad y gentileza, que irradió por toda la Provenza y países vecinos. La población de Barceloneta, en los Alpes, fué fundada por él en 1230, dándole este nombre en memoria de Barcelona y de los condes sus antepasados.

II.

No puede hablarse de Ramón Berenguer sin decir algo, sin dedicar algunas líneas, al menos, á su famoso ministro, tan sabio como leal, Romeo de Vilanova, que dirigió su hacienda con mucha economía y le puso en estado de sostener una corte brillante con rentas bastante reducidas.

Existe, á propósito de este personaje, una peregrina leyenda.

Cuentan las tradiciones piadosas del país que un día se presentó en el palacio del conde un peregrino. (En provenzal Romeo es Romieu, es decir, romero, peregrino.) Aparentaba venir de Santiago de Compostela, recibió la hospitalidad del conde, y se quedó á su servicio. Gracias al Romero, á quien la leyenda no da otro nombre, la casa y hacienda del conde de Provenza comenzaron á prosperar de tal manera, que todo era abundancia y opulencia, todo dicha y fortuna. Cuando la corte hubo alcanzado su mayor período de esplendor y pujanza, de tal modo que tenía ya asegurado el porvenir, desapareció el Romero, llevándose sólo su antiguo traje de peregrino, sin que jamás, por muchas diligencias que se hicieran, volviera á saberse de él. La leyenda termina suponiendo que un án-

gel, disfrazado de peregrino, fué el protector de la casa de Provenza.

Nostradamus y otros cronistas cuentan el hecho despojándole de su parte maravillosa.

Según éstos, Romeo era un caballero desconocido que regresaba en peregrinación de Santiago de Compostela, cuando la casualidad, y la fortuna para el conde, le condujeron al palacio de Aix. Seducido por la generosa bondad de Ramón Berenguer, entró á su servicio. El conde le puso al frente de su hacienda, y Romeo, á causa de la opulencia que procuró á su señor y de la confianza que de éste mereció, se atrajo la envidia de los cortesanos que con sus murmuraciones y calumnias lograron hacerle caer en desgracia. Las cosas llegaron á tal punto, que el conde le pidió cuentas. Romeo las dió, probó su integridad, y en seguida dijo:

—Señor, os he servido mucho tiempo, he puesto tal orden en vuestra hacienda, que vuestra posición ha venido á ser muy considerable de pequeña que era. La malicia de vuestros barones os conduce á pagarme con ingratitud. Yo era un pobre peregrino cuando vine á vuestra corte; he vivido honradamente de los honorarios que me habéis dado; devolvedme mi mula, mi bordón y mis alforjas, y me iré como vine.

El conde, arrepentido, quiso retener á su ministro, pero no bastaron á ello ni instancias, ni ruegos, ni promesas. Romeo recobró su trage y bordón de peregrino, y salió de la corte de Provenza para no volver ya más á ella.

Esta es la versión que acepta el Dante, quien coloca á Romeo en su *Paraiso*.

«Este es Romeo,—dice el Dante en su canto sexto del *Paraiso*,—cuyos ilustres y buenos hechos tan mal fueron recompensados. Pero los provenzales que le persiguieron, pagaron al fin su burla, porque procede mal quien toma por propio agravio el bien de otro. Cuatro hijas tuvo Ramón Berenguer, y cada una de ellas llegó á ser reina, lo cual se debió á Romeo, humilde peregrino. Palabras insi-

diosas indujeron después al conde á pedir cuentas al hombre justo que por diez le había devuelto doce; con lo que se ausentó pobre y anciano, y si el mundo supiese el valor que mostró mendigando bocado á bocado su sustento, los que mucho le alaban, más aún le alabarían.»

Octavio Bringuier, poeta provenzal de nuestros tiempos, ha escrito sobre la versión de Nostradamus y del Dante un precioso poemita que titula *Lou roumieu, legenda dau temps des comtes de Prouvenza*.

Sin embargo de todo esto, el testamento de Romeo de Vilanova, que fué hecho en 1250 y se ha conservado en los archivos del obispado de Venze, prueba todo lo contrario.

Romeo no abandonó al conde de Provenza, ni éste dejó de recompensar á su privado, pues que, reconociendo sus servicios, dotóle hidalgamente dándole la población de Venze y varios castillos en los territorios de Niza y de Grase. A más, cuando murió, dejó á Romeo de Vilanova junto con Alberto de Tarascón el cuidado de administrar la Provenza, lo cual hicieron éstos con gran rectitud hasta el momento en que Beatriz, heredera del condado, se unió en matrimonio á Carlos de Anjou.

III.

Sólo dos poesías de Ramón Berenguer han llegado hasta nosotros.

La una es una *tensión* con Arnaldo sobre cosa que podrá ser todo lo inocente que se quiera, pero que es una grosería, impropia de tal príncipe, y la cual no debiera citarse á ser otro el autor. Falta aún saber si es verdaderamente del conde de Provenza.

«Este grande y magnánimo príncipe, dice César Nostradamus, fué un hombre lleno de dulzura, clemencia y humanidad, elocuente en su conversación, excelente y especial en componer en rima vulgar provenzal; como quien tenía de ordinario en su corte muchos, excelentes y raros

poetas provenzales que escribían doctas, bellas é ingeniosas poesías, á ejemplo é imitación de sus antiguos progenitores y trovadores, con los cuales este conde se deleitaba de tal manera, que empleaba una buena parte de su tiempo y de sus horas en dar expansión al ingenio proporcionándoles disputas y cuestiones muy sutiles y agradables.»

Es de suponer que no siempre, y sólo en rarísimos momentos de mucha libertad, les propondría cuestiones como la de la *tensión* citada, que dice así:

Amics N'Arnaut, cent domnes d' aut paratge
van outramar e son e meia via,
e no podon ges complir lor viatge,
ni sai tornar per nulla res que sia,
si non o fan per aital convinen
qu' un pet fassatz de que mova tal ven
perque la nau venga's á salvament.
¿Faretz ó no, que saber ó volria?

Arnaldo contesta afirmativamente.

Si esta primera composición es por cierto poco interesante, no lo es mucho tampoco la segunda. Es también una *tensión* entre el conde y su caballo español, el cual contesta á las triviales observaciones de su amo con otras no menos triviales.

El diálogo es entre el conde de Provenza y *Carne y uña*, que tal parece ser el nombre del caballo.

COMS DE PROENSA.

Carn et onglá, de vos no' m voilh partir
tant vos trob ferm en plan et en montagna
e poirá m' en qui' s volrá escarnir
qu' eu no' us partria ognan de ma compaigna
ni nengun temps mentres que guerra aia;
pro sabrá d' art totz homs que 'us me sostraia.
Tan bon caval no sai ni tant espert,
perque m' er mal si ses armas vos pert.

CARN ET ONGLA.

Per Dieu, séigner, ben vos o dei grazir
que tan temetz que vida me suffraigna,
ni no pogra a nuill seignor venir
tan me plagués quant homs m' aduis de Spaigna,
e pois me plagués no cuit qu' e'us deiplaiá

c' anc pois m' agués eu no pris col ni plaia
anz n' auci pro e'm ténon ban cubert
et er me mal si per aichó mi pert.

COMS DE PROENSA.

Carn et onгла, vos ai e dopna gaia
e fort castel cui que pes o que plaia,
per qu' eu vos dic e'm fatz saber en cert
mas voll vivatz que Gigo de Galpert.

CARN ET ONGLA.

Per Dieu, seigner, aicho no'm eslaia
mas lo cairells c' om ditz sobre folzaia,
d' aquel ai eu gran paor e'm spert,
per c' a Saint Marc lo volgra aver offert.

Atendido lo que dicen los antiguos historiadores y cronistas, debemos creer que el conde, por la celebridad que alcanzó, hubo de escribir composiciones más levantadas que ésta.

IV.

Otra cosa es ya por lo que respecta á su esposa Beatriz de Saboya.

Sólo una poesía, de muy pocos versos, se conserva de ella.

Vos que 'm semblatz dels corals aimadors...

Es probablemente una estancia de una composición perdida, pero ella basta para dar á conocer el ingenio.

Se dirige á un amigo, un amante por lo que se ve, diciéndole que «no quisiera verle tan tímido siendo un amante de buena fé, pues es posible que á ser verdaderos sus sentimientos de amor, fuesen correspondidos; resultando de este temor un gran perjuicio para los dos, ya que una dama honesta no debe ser la primera en declararse.»

Vos que 'm semblatz dels corals aimadors,
jo no volgra que fosses tan doptans;
e platzmi moltz car vos desteing amors,
qu' atressi sui eu per vos malanz.
Et avetz dan en vostre vulpilhage
quar no' us anás de preiar enhardir,

e faitz vos et à mi gran damage
que gens domna non ama descobrir
tot so qu' il vol per paor defaillir.

Las muchísimas poesías que de distintos trovadores se hallan dirigidas á esta princesa, nos dan conocimiento de que era tan renombrada por su belleza como por su ingenio, su cortesía y sus liberalidades. Su corte era un centro de inteligencia, de cortesía y de gentileza, donde resplandecía el mérito de célebres trovadores que allí encontraban protección y apoyo, donde brillaban apuestas y gallardas damas en quienes lo exquisito del ingenio competía con el esplendor de la hermosura.

Por lo que se desprende de las poesías de aquel tiempo, figuraban entre estas damas Iselda de Agoult, Agustina de Salazo, Beatriz de Isere, Carroza de Mussa, la condesa de Carret; y entre los trovadores, Aimeric de Peguilhá, Aimeric de Belenoi, Arnaldo Catalán, Alberto de Sisterón, Beltrán de Allamanón, Ricardo de Noves, Pedro Ramón y muchos otros.

La condesa Beatriz sobrevivió á su esposo, y encuentro que aún vivía en 1257, pues se halla en los archivos de Aix una escritura de este tiempo, por medio de la cual hace donación de varias heredades, situadas en el territorio de Aix, á la iglesia de San Juan, mediante la condición de mantener tres sacerdotes encargados de rogar á Dios por el reposo de su alma y la de su difunto marido.

LA CONDESA DE DÍA

Y

RIMBALDO DE ORANGE.

I.

En el ameno valle de Saint-Vallier, cerca del sitio donde el Galaura rinde al abundoso Ródano el tributo de sus aguas, se elevaba, á mediados del siglo XII, un grandioso y fuerte castillo al cual prestaba nombre el valle, pero que el vulgo, dado siempre á lo extraordinario, conocía por *el castillo del Buen Acuerdo*, á causa de una singular tradición.

Se contaba que la hada Melusina, célebre en las leyendas de la comarca, se aposentó un día en el castillo, donde, enamorada de un gentil caballero, vió trascurrir largas horas de suprema dicha, hasta llegar el momento en que una de aquellas curiosidades indiscretas, tan frecuentes en las leyendas de las hadas y en las fábulas de Psiquis y Cupido, fué á concluir de repente con su felicidad y sus amores.

No quiso, sin embargo, abandonar el castillo Melusina sin dejar antes en él un recuerdo eterno, dotándole de un singular privilegio. Dejó *encantada* la cámara teatro de sus amores, donde tan felices, pero tan fugaces momentos había pasado, como la más simple de las mortales. Por disposición del hada, todos los que en adelante se vieran y se hablaran por vez primera en aquella estancia, debían sentirse atraídos por una secreta simpatía destinada á no extinguirse jamás. Si eran varones y caballeros, el mundo debía verles aliados en paz y en guerra, sosteniendo la

misma causa, siguiendo la misma bandera, hermanos de armas, prontos siempre uno por otro á todo sacrificio y á toda prueba. Si eran damas, su amistad estaba destinada á durar lo que su vida, siempre leal, siempre pura, sin quebrantarse nunca y cada vez más viva cuanto más antigua. Si, por el contrario, los que acertaban á verse por vez primera en aquella cámara eran una dama y un caballero, la llama del amor debía encenderse en sus corazones confundiendo en uno, siendo uno de otro, eternamente amantes y felices eternamente.

Dióse al aposento, dotado de tan peregrina virtud, el nombre de *cámara del Buen Acuerdo*, que el vulgo hizo extensivo luego al castillo, tomando el todo por la parte.

El castillo de Saint-Vallier, que tan famoso debía ser para el vulgo, por los amores del hada Melusina, famoso estaba destinado á ser también para la historia por los amores de otras dos hadas, no por más mortales menos encantadoras; Beatriz de Día y Diana de Poitiers, llamada la primera *la Safo provenzal*, por sus sentidas poesías y sus amores desgraciados; llamada la segunda *la Dama de la Estrella*, por haber tomado este nombre de uno de sus castillos, y por ser asimismo la estrella de aquel monarca francés que á sus plantas pasó las horas más dulces de su vida.

Entrambas, con el intervalo de siglos, pertenecieron á la misma familia y á la misma patria; entrambas brillaron por su hermosura deslumbradora; fueron señoras del mismo castillo, y consagraron su existencia al amor, como si en la *cámara del Buen Acuerdo* hubiesen recogido algo del espíritu de Melusina.

A mediados del siglo XII, el castillo de Saint-Vallier formaba parte de los dominios condales de Valentinois y Diois. Un hijo natural de Guillermo de Poitiers, el trovador, engendrado en una dama de Tolosa, casó con la heredera de aquellos dominios, siendo el tronco de los condes de Valentinois de la casa de Poitiers. Eran éstos condes de Valentinois, de Diois y de Saint-Vallier, pero se les llamaba comunmente condes de Día, población anti-

quísima que recordaba la época romana, sita á orillas del Drome. Su residencia habitual, sin embargo, era en Valencia, la *Valentia colonia Julia*, la *civitas Valentinorum* de los romanos, una de las ciudades más antiguas de las Galias, capital de los *segalaunos*, que debía su nombre de *Valentia* al vigor y fortaleza de sus hijos, y su nombre de *Julia* al cariño de César, que en ella residió por algún tiempo.

A la muerte de Aymar de Poitiers, el hijo natural de Guillermo el trovador, acaecida en 1135, sucedióle su hijo Guillermo, que por los años de 1145 ó 1150 casó con Beatriz, la que tan célebre debía ser en las letras provenzales con el nombre de la condesa de Día.

Beatriz, siguiendo el impulso á que obedecían entonces las cortes provenzales, hizo de Valencia un sitio encantador, punto de reunión y cita de los más nombrados trovadores, de los más galantes caballeros, de las más hermosas damas, distinguiéndose ella entre todas por su ingenio peregrino y por su rara belleza, pues que ni para el uno ni para la otra reconocía rival. Los certámenes poéticos, las asambleas de amor, las fiestas lujosas y espléndidas, los torneos, las danzas, los banquetes, los paseos por el Ródano, las peregrinaciones al Puy de Santa María y á Nuestra Señora de Vals, las cacerías, las excursiones á la roca de Glún, se sucedían sin interrupción en aquella corte galante, de la que era alma y luz y vida la hermosa condesa de Día. Al imán de aquella corte llena de seducciones y encantos y de aquella soberana llena de atractivos, acudían de luengas tierras damas, trovadores, caballeros, peregrinos y juglares, recibiendo todos hospitalidad espléndida, y siendo todos agradablemente acogidos según su mérito ó su rango; que era Beatriz gentil y amable como bella, y no menos hidalga y dadivosa para las mercedes que para las fiestas.

Allá por los años de 1150, cierta tarde de Setiembre, el solitario castillo de Saint-Vallier veía turbado el silencio y la paz de que gozaba por la llegada de una numerosa cabalgata procedente de Valencia. Era la condesa de Día,

que con lujosa comitiva se encaminaba en peregrinación á Nuestra Señora de Vals, y que por vez primera iba á visitar su castillo de Saint-Vallier, situado en su camino.

La comitiva debía hacer noche en aquel castillo, dispuesto para recibirla, y cada uno pasó á ocupar la estancia que destinada le había sido de antemano, aposentándose la bella condesa en la cámara del honor ó del *Buen Acuerdo*, donde el hada Melusina había gozado de su dicha y sus amores.

Desde una de las ventanas de esta cámara podía disfrutarse de una hermosa perspectiva y pasear su mirada por un delicioso panorama, que cobraba un tinte y un encanto singulares á la luz del sol en su ocaso. Asomada se hallaba á esta ventana la noble condesa, perdida la imaginación en las dulces meditaciones que suelen acudir al acercarse la hora del crepúsculo vespertino. Gozando de aquel seductor espectáculo, seguía en su tortuoso curso al apacible Galaura, que allí parece adelantar su marcha como para llegar más pronto á los brazos del Ródano, y sumergía su mirada en la vasta extensión de sombríos bosques, que, como al contacto de una varita mágica, debían trocarse más tarde en deliciosos jardines á una sola palabra de Diana de Poitiers.

Distraída la joven condesa con el paisaje que á sus ojos se ofrecía y con las preocupaciones que su mente embargaban, no acertó á ver que se deslizaba de entre sus manos un guante, juguete de sus modelados dedos, yendo á caer y á detenerse entre las espinas de un grupo de rosales silvestres que allá en el fondo y al pié del muro alzaban sus crecidas ramas y su espeso follaje.

En vano Beatriz, desmemoriada del sitio en que lo perdiera, hizo luego buscar su guante. La prenda no llegó á encontrarse por el momento; pero al siguiente día, cuando iba á atender á su tocado de camino para proseguir el viaje á Nuestra Señora de Vals, halló el extraviado guante entre los demás objetos que le habían dispuesto sus doncellas. Satisfecha, acaso, con recobrar la perdida prenda, no hubiera hecho la menor pregunta acerca de su hallaz-

go, si no le hubiese parecido notar que tenía una mancha de sangre. Supo entonces que un caballero, que vagaba la tarde anterior por los alrededores del castillo, al ver desprenderse el guante de sus manos, había logrado encaramarse, no sin dificultad, hasta el sitio donde crecían los silvestres rosales, consiguiendo rescatar la prenda que guardaban prisionera los espinos, á costa de algunas gotas de sangre de su rostro y de sus manos.

El caballero, al devolver su guante á la condesa, solicitaba presentarse á ofrecerle sus homenajes, y su gratitud al propio tiempo, por la hospitalidad que aquella noche se le diera en el castillo.

Concedió Beatriz permiso para que se le presentara su huésped, y así fué cómo por vez primera se vieron y hablaron en la *cámara del Buen Acuerdo* del castillo de Saint-Vallier la condesa de Día y Rimbaldo de Orange, sin que ninguno de los dos recordara, tal vez por el momento, la curiosa tradición divulgada entre el pueblo acerca de aquella estancia.

Rimbaldo de Orange, que también á la sazón se dirigía al santuario de Nuestra Señora de Vals, se unió á la comitiva, y fué acompañando en su peregrinación á la condesa, hasta dejarla más tarde, de regreso, en su castillo de Valencia, no siendo aventurado creer ciertamente que antes de terminar aquella romería, el guante perdido volvía á poder del galán caballero, que hubo de recibirle aquella vez de manos menos crueles que los espinos del rosal silvestre.

Así debió ser, pues no tardaron en ser públicos los amores de la condesa de Día y de Rimbaldo de Orange, publicidad alimentada de otra parte por sus propios cantos, ya que sólo de sus amores se ocuparon uno y otro en sus poesías.

II.

El condado de Orange, que dió nombre á una ilustre rama de la casa de Nassau, se hallaba situado en el mar-

quesado de Provenza, sobre la orilla izquierda del Ródano, entre Valencia y Aviñón. El origen de este condado se hace remontar hasta Guillermo Cour-net, *el de la nariz corta*, á quien se supone amigo y compañero de Carlo Magno, pero que es ciertamente más conocido de la fábula y de la poesía que de la historia.

En la época de que se habla, poseía la mitad de este condado Rimbaldo de Omelás, de la casa de Montpellier, que tomó el nombre de Orange, dejando el de Omelás. Había fijado su residencia en Courtesón, á una legua de la ciudad de Orange, y cuentan de él las crónicas que era de gallarda presencia, valiente y dadivoso, galán y libertino, excelente trovador como buen caballero, y autor de un poema que no ha llegado á nuestros tiempos, desapareciendo, sin duda, como tantos otros manuscritos de aquella época, malaventuradamente perdidos para la historia de las letras provenzales.

De veinte á treinta canciones galantes nos quedan de Rimbaldo de Orange, dirigidas en gran parte, al parecer, á su amiga la condesa de Día.

Era señor de Courtesón, según queda dicho, y se había dedicado á *trovar*, como todos los hombres de su tiempo que tenían, según él mismo dice, «algún dulce sabor de amor en el corazón y algún poco de ingenio en la mente.» Se sabe de él que empeñó ó arrendó una gran parte de sus dominios para no tener el fastidio de su administración y poder dedicarse por completo á sus intrigas galantes, á su amor por la poesía y á sus aficiones aventureras. Su castillo de Courtesón fué el punto de cita de todos los trovadores de su tiempo, atraídos por la cortesía y por el rumbo de su dueño, el cual igualaba en talento poético á los más expertos trovadores, y en afabilidad y desinterés á los más hidalgos caballeros.

Durante la primera época de sus amores con la condesa, Rimbaldo no es el libertino y voltario galán de que hablan las crónicas y que revela también alguna de sus propias poesías, escritas, sin duda, en distinta ocasión. Se le ve fiel, adicto, sumiso, sin más deseo que el de una mi-

rada, viviendo de su propio amor, no del de su amada, y considerándose feliz el día que puede alcanzar de ésta una sencilla prenda, como gaje de esperanza.

El guante de la condesa, vuelto á sus manos, le hace prorrumpir en frases llenas de pasión y que expresan todo el delirio de su amor.

«La que me dió este guante, dice, es incapaz de engañarme ni de burlarse de mí. En cambio de esta prenda, es poco todo el amor que puedo consagrarle. Nunca se apartará de mí áun cuando tuviese que perder mis dominios de Orange. La que me dió este guante es dueña de mi vida. Puede, á su placer, prolongarla ó terminarla; puede hacerme el más feliz ó el más desgraciado de los mortales, sin que yo llegue á cambiar jamás respecto á mi amor por ella, pues que he de amarla si me ama, y he de amarla también, lo mismo si me desdeña, que si, después de haberme amado, me fuese infiel é ingrata.

»Es la más bella entre las mujeres. En poco estuvo que Dios, al formarla, no abandonase su obra; tanta fué la dificultad que tuvo para que su hermosura correspondiera á la perfección con que quería dotarla.

»La sonrisa de mi amiga me alegra más y me hace más feliz de lo que conseguirían cuatrocientos ángeles que me sonrieran á un tiempo para atraerme. Es tal el gozo que siento, que sólo con él podría alegrar mil corazones entristecidos, y sólo de él podrían vivir todos mis deudos, sin más alimento.»

Si la dama del guante le inspira estas hiperbólicas frases al darle una prenda de amor, héle aquí reducido á sentimientos más naturales y propios cuando se ve herido por algún rasgo de coquetería ó de rigor:

«¿Será posible, Amor, será posible que esté destinado á ver morir en tus manos mi juventud, mis esperanzas, mis ilusiones? Si con tan duro rigor me tratas siendo yo tan obediente y sumiso, ¿qué harías si fuese insolente y pérfido?

»Favorable á los falsos amantes, eres implacable para los que aman de veras, para aquellos á quienes la timidez y la sumisión impiden expresar sus sentimientos. De ahí

viene la decadencia de tu imperio. Y esto es tan cierto, que si tus falsos amigos osaran desmentirme, yo lo sostendría con las armas en la mano. Y pluguiese entonces á Dios que en este combate fuese yo vencido, pues esto probaría que tan cruel verdad es una mentira.

«Pero no, no es cierto. No hay cristiano ni sarraceno, aún cuando fuesen trescientos contra mí, que en semejante combate me vencieran; tan seguro estoy de la desesperadora verdad que digo. En vano aparento estar alegre y risueño en medio de mis penas. Tales y tan crueles son éstas, que si no fuera porque el amor me detiene, iría á sepultarme vivo en un claustro.»

- Es realmente curiosa y delicada la apreciación que en esta poesía se hace de los *juicios de Dios*.

En otra composición se queja de los maldicientes y murmuradores, que con sus habladurías tuercen el curso apacible y sereno de sus amores.

«Se complacen, dice, en lastimar la honra de las personas que con más fidelidad proceden y más rectitud, y su mayor contento es turbar la dicha de dos amantes. Algunos quieren hacerse los inocentes, y lo son como el cáñamo es seda y el cuero grana. A ellos debo hoy mis penas de amor. ¡Maldígales Dios en este mundo y castígueles en el día de su juicio eterno!»

Sospechas y recelos por un lado, murmuraciones de maldicientes por otro, cierta frialdad no acostumbrada en su amiga, le hacen creer que la condesa puede serle infiel, y exhala entonces sentidas quejas contra aquella mujer, de quien guarda una prenda de amor que vale más que un tesoro, y que jura conservar mientras viva:

«Quiero componer una canción á la ingrata. Por muchos que sean sus rigores, no me he de apartar de ella, como no se aparta el pez de la mar por salada que su agua sea. Yo sé bien que el amor de la mujer es quebradizo y frágil como el vidrio, pero, sin embargo, aunque cruel é ingrata conmigo mi amiga, prefiero sus crueldades é ingratitudes á los amores y al cariño de otra.»

Se ha supuesto que lo propio que con la condesa de

Día, tuvo amores Rimbaldo con la poetisa de Montpellier, Adelaida de Porcairagues, fundando esta opinión en un pasaje de poesía acaso no bien comprendido.

Una composición existe de él, la más conocida entre todas, y la que ha dado lugar á que se le tratara con cierta dureza por los pocos que de este trovador se han ocupado. Convenirse debe en que pertenece á un género raro. Da lecciones de amor, enseña á los demás la manera cómo se deben conducir con las mujeres, y les aconseja no tener ningún miramiento ni respeto con ellas, tratándolas con dureza y grosería. Asegura á los galanes que siguiendo sus lecciones harán toda clase de conquistas, y sus lecciones son precisamente todo lo contrario de los preceptos, tradiciones y doctrinas de la poesía trovadoresca.

Según esta composición, hay que amenazar á las mujeres y ser con ellas fiero y orgulloso, en lugar de sumiso y humilde, para conseguir su amor. Es la manera de hacer lo que se quiera con ellas. Se las domina mostrándose desdenoso, soberbio, tirano, no haciéndolas caso, pegándoles si es necesario. Con esto, con ser maldiciente, presuntuoso y fátuo, con hablar mal y versificar peor, es como se conquista á las mejores damas y se las sujeta y domina. El autor confiesa, sin embargo, que no son éstos los medios de que él se vale, y por esto encarga que no se siga su ejemplo. Por lo que á él toca, es incorregible y está adherido á las antiguas costumbres, de que no puede separarse. Sencillo, humilde, leal, dulce, amante, tierno y consecuente, ama á la mujer que prefiere como á una divinidad, y á todas las demás como á sus hermanas.

Tal es esta poesía, que tan duramente ha sido tratada por Millot, por Delacluze, por Díez, por Coll y Vehí, por todos cuantos se han ocupado de ella, siendo causa no poca para que por esta composición se juzgue mal de la época, de las costumbres y de los trovadores.

En mi sentir, y dicho sea con el respeto que tan distinguidos autores merecen, la poesía no se ha comprendido. Es una dura sátira precisamente contra los que obraban con grosería en sus relaciones amorosas, y contra las da-

mas que cedían de esta manera á la dominación de hombres adustos, insolentes y audaces. La composición, por lo demás, debió ser escrita con referencia á algún hecho de aquella sociedad, pasado á la vista del autor, conocido en los círculos por él frecuentados.

Es muy de extrañar cómo perspicuos é inteligentes autores no se han fijado en el contraste que hace Rimbaldo resaltar con delicadeza exquisita, de su propia conducta en parangón con los consejos que da. El autor no predica con su ejemplo. La clave, el secreto de esta composición puede estar en su endereza ó dedicatoria, de que ningún autor habla por no haberse fijado en ella. La poesía es enviada á la corte de Rodes, y dedicada evidentemente á la condesa de Día, invocada bajo el nombre de *Mi bello juglar*, respecto á la cual reitera sus protestas de fidelidad y de amor.

Escrita esta composición para un caso dado, para determinada circunstancia, tal vez á causa de algún suceso ruidoso y público en la corte de Rodes, merecía ser estudiada con detenimiento antes de ser con tanta crueldad condenada, y la memoria de Rimbaldo de Orange exigía, sobre todo, que al trasladarse su composición se trasladara íntegra, no á medias, como todos los citados autores hicieron, insertando sólo los pasajes y hasta las frases descarnadas y crudas que parecieron bien á los críticos para fundar en ello sus argumentos.

De esta manera, que también saben usar á veces críticos modernos, es muy fácil desnaturalizar el sentido de una obra y hacer decir á un autor lo que no dijo ni nunca pretendió decir. La mitad de la verdad es la mentira.

Véase ahora íntegra esta poesía, y júzguese:

Assatz sai d'amor ben parlar
ad ops dels autres amadors;
mas al meu pro, que m'es plus car,
non sai ren dire ni comptar,
qu'a mi non val bes ni lauzors
ni los mals ditz ni motz avars;
mas ar sui vas amor aitaus,
fis e bos e francs et liaus.

Per qu'ensenharaí ad amar
 los autres bos domneiadors,
 e si'n crezon mon ensenhar
 far lor ai d'amor conquistar
 tot aitan quan volran de cors;
 e, si' ogan pendut o ars
 qui no m'en creira, quar bon laus
 n' auran selhs qu'en tenran las claus.

Si voletz domnas ganhar,
 quan querretz que us fassan honors,
 si us fan avol respos avar,
 vos las prenetz a menassar;
 e, si vos fan respos peiors,
 datz lor del ponh per mieg las nars;
 e si son bravas, siatz braus:
 ab gran mal, n'auretz gran repaus.

Enquaras vos vuelh mais mostrar
 ab que conquerretz las melhors:
 ab mals ditz et ab lag cantar
 que fassat tuyt, et ab vanar,
 e que honretz las sordociors,
 per lor anctas las levetz pars,
 e que gardetz vostres ostaus
 que non semblon gleisas ni naus.

Ab aisso n'auretzpro, so m par;
 mas ieu'm tenrai d'autres colors,
 per so quar no m'a grat d'amar,
 que jamais no m vuelh castiar
 que s'eron totas mas sorors;
 per so lor serai fis e cars,
 humils e simples e leiaus,
 dous, amorós, fis e coraus.

Mas d'aissó us sapchatz ben gardar,
 que so qu'ieu farai er folhors;
 non fassatz ver, que nescis par;
 mas so qu'ieu ensenh tenetz car,
 si non voletz sofrir dolors,
 ab penas et ab loncs plorars;
 qu'aissi lor for' envers e maus,
 si mais m'agradés lor ostaus...

Mas be'l sabra mos Belhs Joeglars,
 qu'ilh val tant, e m'es tan coraus,
 que ja de lieys no'm venra maus.

E mon vers tenra, qu'era l' paus
 a Rodés, don son naturaus.

III.

Cuatro poesías sólo nos quedan de la condesa de Día, y las cuatro hablan de sus amores con Rimbaldo de Orange,

amores que, en su última época al menos, nada tuvieron de platónicos, á juzgar por la libertad, sin trabas ni velos, con que la poetisa se expresa.

La noble dama no se rodea de ningún misterio. Su amor es para ella la cosa más natural del mundo. En una de sus canciones se felicita de haber hallado en Rimbaldo de Orange un caballero cumplido y un amante perfecto. No le importa que todo el mundo lo sepa, dice, y está bien segura de que su amor ha de ser eterno y no ha de faltarle nunca.

Esta eternidad, por lo que de las poesías de la una y del otro se desprende, no fué, sin embargo, muy larga. Ambos á dos se quejan de infidelidades y de ingraticudes, y sin saberse de quién pudo ser la culpa, rompiéronse el mejor día sus relaciones amorosas, cosa que la historia literaria de los trovadores no debe sentir, pues á esto precisamente se debe el más bello é inspirado canto de la condesa, aquel que le mereció el renombre de Safo provenzal.

Preciso es confesar que el amor de Beatriz no se desmintió nunca. No sólo hace gala de él, sino que, con un atrevimiento poco común en las personas de su sexo, se queja, por el contrario, de las reservas de Rimbaldo y del cuidado por éste puesto en ocultar sus amores, echándole en rostro su extremada circunspección, y diciéndole que el cuidar de su reputación más de lo que ella cuida «es tener una conciencia más escrupulosa que un hospitalario.»

Se halla este rasgo en una bellísima *tensión* de la condesa de Día con Rimbaldo de Orange, una de las mejores, sin disputa, que en este género cuenta la poesía provenzal.

Es un delicioso diálogo que recuerda el de Horacio y de Lidia, *Donec gratus eram tibi*. El plan y forma de ambas poesías son los mismos, pero las ideas son verdaderamente distintas, y si puede haber más originalidad é ingenio en el diálogo latino, hay más pasión y sentimiento en el de los dos trovadores. Horacio y Lidia hacen gala de

su infidelidad, mientras que Rimbaldo y Beatriz protestan de su constancia, teniendo entrambas querellas un mismo desenlace, el de una tierna reconciliación.

Véase primero, para juzgar mejor, el diálogo de Horacio:

«*Horacio*.—Cuando yo era amado de Lidia, antes de que un amante más venturoso rodeara con sus brazos esa encantadora cabeza, me consideraba más feliz que los sátrapas del Asia.

»*Lidia*.—Mientras Lidia fué tu único amor, antes de que hubiese cedido su puesto á Cloe, no hubiera trocado la fama y gloria de mi nombre por el de la misma Ilía, la madre de Rómulo.

»*Horacio*.—Pertenezco hoy á la tracia Cloe, hábil como ninguna en el canto y en la cítara, y por feliz me diera si con mi vida salvara la suya.

»*Lidia*.—El griego Calais, el hijo gallardo de Oryntas, arde hoy en la llama de mi amor. Dos veces moriría yo gustosa por salvar su vida.

»*Horacio*.—Mi hermosa Lidia, no ha de estar tan lejos el amor que deje de oírnos si le llamamos. ¿Qué sucedería si de aquí se arrojaba á Cloe y se abría de par en par la puerta para Lidia?

»*Lidia*.—Calais es hermoso como un astro, tú más ligero que leve arista y más indomable que el borrascoso Adriático; pero, sin embargo, vivir y morir contigo es mi suprema dicha ¡oh amado mío!»

No tiene tanta frescura, pero tiene más verdad la *tensión* de la condesa de Día y de Rimbaldo:

»*La condesa*.—Mi buen amigo, quejosa me hallo de vos, pues no tomáis parte alguna en mis penas. ¿Para qué blasonar tanto de amor, si habéis de quedaros con el goce, dejándome sólo á mí la pena? Lo uno y lo otro debiera compartirse entre ambos igualmente.

»*Rimbaldo*.—Mi bella amiga, el amor tiene tal arte cuando encadena á dos almas, que cada una siente á su manera el daño y el goce que experimentan. Estoy seguro, y no me engaño ciertamente, que la parte del dolor es la que á mí me ha tocado.

»*Condesa*.—Mi buen amigo, si vos sintiérais sólo la cuarta parte del dolor que me abruma, conoceríais todo lo que sufro; pero á vos no os importa mi daño, y os burláis de él porque, no sintiéndolo, ignoráis cuánto se padece.

»*Rimbaldo*.—Mi bella amiga, son los maldicientes con sus malas lenguas los que causan vuestra inquietud y los que me impiden estar á vuestro lado, pues que viéndome con vos darían más pábulo á sus locas habladurías, turbando nuestra dicha.

»*Condesa*.—Mi buen amigo, ¿puede satisfacerme la excusa que me dais? Si es así como cuidáis de mi reputación más que yo misma, deberé creer que sois más escrupuloso que un hospitalario.

»*Rimbaldo*.—Mi bella amiga, vuestra reputación no padece. Es arena lo que perdéis, mientras que es oro lo que yo pierdo. Sí, os lo juro por San Marcial: sólo á vos os amo, y vuestro soy en cuerpo y alma.

»*Condesa*.—No, mi buen amigo, vos no sois mío. De constante, os convertísteis en inconstante; de caballero en felón, y cuando os dirigís á mí, pensáis en otra.

»*Rimbaldo*.—Que Dios, mi bella amiga, me condene á no llevar nunca gavilán y á no cazar con buen tiempo, si desde que aceptásteis mi amor he pensado en otra. Son los maldicientes con su envidia los que cerca de vos me dañan.

»*Condesa*.—Mi buen amigo, creo en vuestras palabras, pero os ruego que me seáis siempre fiel.

»*Rimbaldo*.—Mi bella amiga, os seré tan fiel, que juro no pertenecer á otra dama mientras viva.»

He aquí ahora el original de esta composición:

—Amics, ab gran cossirier
sui per vos et en greu pena,
e del mal qu' ieu en suffier
no cre que vos sentatz gaire;
doncs perqué us metetz amaire
pus me laissatz tot lo mal?
Quar abduy no 'l partem egal.

—Domna, amors a tal mestier,
pus dos amics encadena,
que 'l mal qu' an e 'l alegrier
senta quez a son veiaire;
qu' ieu pens, e no suy guabaire,

que la dura dolor coral
ai eu tota a mon cabal. |

—Amics, s' avetz un cartier
de la dolor que 'm malmena
be vivatz mon encombrier;
mas n' 'us cal del mieu dan gaire,
que quan no m' en pues cestraire
cum que m' an, vos es cominal
an me ben ó mal altretal.

—Domna, quar ilhs lauzengier
que m' an tolt sen et alena
son vostre angoissós guerrier,
lais m' en non per talen vaire,
quar no 'us suy pres, qu' ab lor braire
vos an bastit tal joc mortal
que no y jauzem jauzen jornal.

—Amics, nulh grat no us refier,
quar ja 'l mieus dan vos refrena
de vezer me que us enquier;
e, si vos faitz plus guardaire
del mieu dan qu' ieu no vuelh faire,
be us tench per sobre plus leyal
que no son celh del Espital.

—Domna, jeu ten á sobrier,
qu' aur perdi, e vos arena,
que per dig de lauzengier
nostr' amor tornés en caire;
per so dey tener en gaire
trop plus que vos, per sant Marsal,
quar etz la res que mais me val.

—Amics, tan vos sai lauzengier
e fait d' amorosa mena,
qu' ieu cug que de cavalier
siatz devengutz camjaire;
e deg vos o ben retraire
quar ben paretz que pessetz d' al,
pos del mieu pensamen no us cal.

—Domna, jamais esparvier
no port, ni cas ab serena,
s' anc pueis que 'm detz joi entier
fuy de nulh' autre enquistaire;
ni no saj aital bauzaire;
mas per enveja 'l desliat
m' o alevon e 'm fan venal.

—Amics, creirai vos per aital,
qu' aissi us aya tos temp leyal.

—Domna, aissi m'auretz leyal
que jamaí non pensarai d' al.

Esta bella *tensión* volvió las cosas al ser y estado en que se hallaban después de la entrevista de los dos amantes en

el castillo de Saint-Vallier y de la romería á Nuestra Señora de Vals. Tornó Rimbaldo de Orange á la corte de Valencia, y tornaron con él las fiestas, las cacerías y los paseos nocturnos por el Ródano. Volvió á cobrar la corte de Valencia la vida y animación que con la tristeza de Beatriz parecía haber perdido, pero no tardó en notar la bella condesa que á su buen amigo no le satisfacía por completo el platonismo de su amor. Vió que no acudía á su lado tan diligente como otras veces; conoció que el guante regalado y por él recibido al principio con tan hiperbólico entusiasmo no era ya prenda suficiente á contentarle, y pudo observar que rivales más afortunadas, en su propia corte y á sus ojos mismos, fijaban mejor que ella la atención de su voltario amante.

Fué entonces cuando la condesa en una poesía, no por más impúdica menos bella, extrema sus argumentos de amor, se queja, se desespera, quiere á toda costa y por todos los medios recobrar el cariño de su infiel amante, y recurre, no ya á las sutiles, discretas y artificiosas lamentaciones de otros trovadores, sino á la sensual obsesión y á los lascivos arranques de la lesbiana Safo.

Cree no haber sido bastante complaciente con él; reconoce su falta en no habersele entregado por completo y toda entera; negándose á sus deseos, merece el castigo de haber sido vendida; se arrepiente de ello, y promete enmendarse; encendida por la fiebre devoradora de su amor, le ofrece ventura y dicha sin límites; y por fin, roto todo lazo de pudor, se le dirige en versos que quemar, y en los cuales el arrebato de la pasión está íntimamente encadenado á la desnudez de la forma.

Ara vei qu' ieu suy trahida
 quar ieu non li donci m' amor;
 don ai estat en greu error
 en leit e quan suy vestida.

.
 ben volria mon cavalier
 tener un ser en mos bratz nut...

 e que ab vos un ser jaqués
 e qu' us des un bais amorós.

.....
 Sapchatz gran talen n'auria
 qu' us tengües en loc de marit
 ab so que m' aguessen plevit
 de fart tot so qu' ieu volria

Esta poesía explica cómo volvieron á fortalecerse los lazos algo relajados de aquellos amores, que sobre todo para la condesa, eran ya una fiebre avasalladora y una obcecación ineludible. Por largo tiempo parece que el astro de la dicha brilló, sin nubes que le empañaran, en el cielo de los dos amantes, los cuales es fama que celebraban sus citas, aprovechando la ocasión de grandes cacerías ó peregrinaciones á Nuestra Señora de Vals, en aquel mismo castillo de Saint-Vallier y en aquella misma *cámara del Buen Acuerdo*, donde se habían conocido y donde por vez primera les reuniera el hallazgo del extraviado guante.

La felicidad de nuestros dos amantes no fué, sin embargo, tan completa y constante como parecía prometer la tradición que sobre aquella cámara existía. El espíritu de la hada Melusina debió abandonarles, y las infidelidades de Rimbaldo hubieron de dar fin con aquellos amores, llevando el luto y el dolor al corazón entusiasta de la enamorada Beatriz.

La poesía en que la condesa deplora su abandono y la infidelidad de Rimbaldo, es una de las más notables del parnaso provenzal. Raynouard la cree superior á la oda compuesta por Safo en parecida circunstancia, ya que nunca, hasta la condesa de Día quizá, la elegía amorosa había expresado con más gracia y dulzura un afecto más tierno ni más apasionado. Fué efectivamente dictada esta composición por un gran sentimiento de verdad, y es realmente superior por muchos conceptos á la de Safo.

Dice así:

«Cantaré lo que cantar no debiera. Precisada me veo á quejarme de aquel de quien soy la amiga, de aquel á quien amo aún como nadie amó en el mundo. Por desgracia no hallo en él ni merced, ni cortesía, ni caridad, y nada pudieron, para retener al ingrato, ni mi propia belleza ni mi

virtud misma. He sido vendida y engañada por él como si con él hubiese caído en falta.

»Esta es ¡oh mi dulce amigo! ésta es al menos la única idea que puede darme algún consuelo, la de no haberos faltado nunca. Al contrario, os amé siempre y continúo amándoos, más aún de lo que Seguino amó á Valenza. Me complace la idea de haber vencido en amor y en constancia á aquél que, cumplido caballero, vence á todos los demás en nobles prendas; á aquél que tan duro y severo es para conmigo en palabras y en hechos, siendo para todos espejo de honor y cortesía.

»¡Oh, mi amado! ¿por qué habéis de ser tan severo para mí? ¿Por qué vuestro corazón ha de estar cerrado al mío? Esta es la pena que no ha de hallar en mí consuelo. ¿Es justo que os robe á mi amor otra dama, sean cuales fueran sus virtudes, su belleza, sus encantos ó sus artes? ¡Ah! recordad el comienzo de nuestros amores. Gracias le doy á Dios de que nuestro rompimiento no sea por falta ni por culpa mía.

»Vuestra alta prez, vuestro mérito, vuestras elevadas dotes, todo se une y se conjura para hospedar en mi corazón la duda y el recelo, pues harto sé que dama ninguna, de esta ó de otra comarca, accesible al amor, pudiera hacer elección mejor que la vuestra. Pero, en cambio ¡oh mi dulce amigo! también sé que hay en vos ingenio y criterio para distinguir en cuál pueden estar la sinceridad y el verdadero amor. ¡Ah, no olvidéis nuestro *Buen Acuerdo!*

»Hablen por mí, junto á vos, mi virtud, mi nobleza, mi hermosura misma, mi fidelidad, sobre todo. Mensajera de mi amor, vaya á buscaros esta canción donde quiera que hallaros pueda, y conozca yo, de ella en respuesta, por qué habéis de ser tan despiadado y duro ¡oh mi dulce y buen amigo! con aquella que tanto os ama. ¿Es por orgullo ó por odio?

»También quiero que mi mensaje os diga y recuerde que el orgullo, si es desmedido, suele ser causa de grandes amarguras.»

Tal es este bello canto, del que sólo puede dar pálida

idea su traducción, y del que parece ser respuesta una poesía que se halla entre las de Rimbardo de Orange.

«Mi constancia iguala á mi amor. Mi amiga es entre todas las damas la más bella, como mi amor es entre todos los amores el más puro. Prez, honor, virtud, cortesía, belleza, todo lo tiene mi amiga, que es la mejor entre las mejores.

»Pérfidos y maldicientes consejeros, celosos de mi dicha, intentan dañarme cerca de ella, y su enojo me hiere con dardo más agudo que aquel con que amor me hirió.

»He de mirar como mi amigo y mi bienhechor al que quiera matarme ó arrancarme, al menos, los ojos, para que no vuelvan á ver, en castigo, la belleza de la mujer á quien amo más que nunca y á quien pido perdón y clemencia.

»Mi dulce y bella amiga, devolvedme vuestro amor perdonando mi falta, pues si proseguís siendo inexorable, os lo juro por el alma de mis padres, nada podrá contenerme, iré en busca vuestra y jamás me volverán á ver los míos.

»¿Por qué mis protestas no han de conseguir que se ablande? Su crueldad es tan firme como mi amor. Dios perdonó al Buen Ladrón, ¿y he de ser yo, amando más, más castigado? Mi dulce amiga, mía sois aunque os pese. Os tengo á mi lado, os estrecho en mis brazos, os veo en mi corazón sin cendal ni velo.

»Mi falta no es tan enorme, porque si amé á otras, fué sólo por ser imagen de aquella cuya misericordia reclamo.»

Singular era, por cierto, la excusa de Rimbardo, y se ignora el efecto que pudo producir en el ánimo de la enamorada Beatriz; pero la verdad es que si volvieron á continuar aquellos amores, hubieron de interrumpirse nuevamente, y esta vez para siempre, pues es fama que la condesa de Día murió lamentando el abandono y la perfidia de Rimbardo.

Por lo que á éste toca, prosiguió su vida de dispación y galantería, y se ha podido averiguar que falleció en

Courtessón, el año 1173, sin dejar herederos directos de su nombre y su fortuna.

Las obras de la condesa se han perdido casi todas. Sólo nos quedan aquellas de que se ha dado cuenta. Mayor número de las suyas nos quedan de Rimbaldo, pero se han citado ya las más importantes. Sólo debe hacerse mención, por lo rara, de una poesía de Rimbaldo, acompañada de explicaciones y comentarios en prosa. Las explicaciones, colocadas entre copla y copla, sirven para desarrollar el asunto y fijar la atención de los lectores ó de los oyentes. Es una composición que tiene algo de poesía dramática, con acotaciones, como si se hubiese hecho para declamar.

Por lo demás, no hay otra cosa que decir de Rimbaldo de Orange sino que perteneció á la escuela de Arnaldo Daniel.

TROVADORES

DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS Ú OBRAS POCO IMPORTANTES.

CASTELNOU (LA DAMA DE).

Con este nombre se cita en las crónicas y manuscritos á una poetisa, que debió ser muy célebre por sus obras llenas de ingenio, y también por su belleza.

Nada, sin embargo, puede decirse de sus poesías. Han desaparecido sin que ni una sola haya llegado hasta nosotros.

Por lo que parece, debió ser compañera de la condesa de Día, formar parte de su corte y acaso también la rival de sus amores con Rimbaldo de Orange.

CERTAN.

Tiene una *tensión* con Hugo.

«Amo con todo mi corazón á una dama, dice Certan, pero el exceso de mi amor y de mi discreción me obliga á galantear á otra, para más disimulo, lo cual me prohíbe mi dama verdadera. ¿Creeis que es buena ó mala voluntad de su parte?»

A esto contesta Hugo que su dama no debe corresponder á su amor cuando ni le concede favores ni le permite solicitar los de otra.

Certán sostiene que es por buena voluntad por lo que se opone á que cambie de amor.

Acaban tomando por juez al rey de Aragón.

CODELET.

Sólo existe de este trovador, cuya vida se desconoce, la parte que tomó en una *tensión* con Giraldo Riquier y Miguel de Castellón, que es otro poeta conocido sólo también por la parte que, á su vez, le corresponde en la *tensión*.

Se trata de un tema amoroso, y he aquí la respuesta de Codelet á Giraldo Riquier:

Guirand Riquier, bel e bo
 m' es qu' ieu diga, en chantan,
 mon cor de bela razó
 que vos me metetz.
 Si mi dons, qu' es d' avinen
 mens, garda 'm fals parven,
 lo selatz li prenc ab bon grat
 sitotz 's esdesleya
 amor que 'm guerreya.

CONDE DE...

Sólo existe de este autor, conocido únicamente por su título, pero no por su apellido, una *tensión* con un Guillermo sobre este punto:

«Una dama, galanteada y querida igualmente por dos caballeros, de mérito entrambos, pero rico el uno y pobre el otro, ¿á cuál debe preferir?»

Guillermo pretende que hay más honor, y también más seguridad, en preferir al pobre; pero el conde sostiene que debe escogerse al rico, porque se halla en situación de realizar más nobles acciones.

CONDE DE RHODEZ.

Véase acerca de él lo que se dice en los artículos referentes á Giraldo Riquier y Hugo de San Cyr.

Nada queda apenas de sus poesías, pero se le ve citado como trovador de mérito.

EL DELFÍN DE AUVERNIA.

I.

Roberto I, de quien se va á tratar en este capítulo, fué el segundo entre los delfines de Auvernia.

Su padre, Guillermo VIII, fué conde de Auvernia, y á más de este título, tomó el de delfín, á imitación de Guigo, su abuelo paterno, que fué el primero en llamarse delfín del Vienesado.

Cuéntase que los torneos, donde cada señor llevaba en su escudo una señal, mote ó emblema, dieron lugar probablemente al título de que aquí se trata. Un conde de Albón había tomado un delfín por emblema en cierto torneo, del que fué vencedor. Quedó larga memoria del caballero del Delfín, como se le llamaba, y bien pronto prevaleció el uso de llamarle solamente Delfín, llegando á ser este nombre un título de dignidad para sus descendientes, pasando á la casa de Auvernia en tiempo de Guillermo VIII, como se ha dicho.

Guillermo tuvo durante su vida largas contiendas y porfiadas guerras con uno de sus tíos, llamado Guillermo *el Viejo*, el cual se apoderó de parte de su condado, prosiguiendo estas luchas hasta los años de 1168 en que, por mediación de los reyes de Francia y de Inglaterra, se hizo un tratado de repartición entre ambos contendientes, conforme al cual, el primer Guillermo obtuvo, además de la ciudad de Clermont, la castellanía de Vodable, con otras tierras y señoríos del Lemosín, quedando para Guillermo *el Viejo* el resto de Auvernia.

Desde entonces éste se tituló conde Guillermo IX, y su sobrino tomó el título de Delfín de Auvernia, que pasó á su hijo Roberto, el cual le sucedió al poco tiempo de este tratado, en 1169.

Este Roberto es el poeta provenzal de quien vamos á ocuparnos, y del que conviene decir algo también relativamente á su vida y carrera políticas.

Queda dicho que Roberto sucedió á su padre en la parte de Auvernia que le tocó después de su tratado con Guillermo *el Viejo*. Tomó el título de Delfín de Auvernia, y ordinariamente no se le llama con otro nombre, ni en las actas emanadas de él ó extendidas en su época, ni en las muchas poesías provenzales que á él hacen referencia. También tuvo el título de conde de Clermont, y aún se le ve calificado de conde de Auvernia en algunas actas.

La Auvernia tenía sus señores particulares, en el Delfín por un lado, y en el primo de éste, Guido, conde de Auvernia, por otro; pero el alto dominio lo poseía el rey de Inglaterra, no sin desacuerdo del de Francia, que á él se creía con derecho. Por los años de 1195, después de fuertes contiendas, Ricardo de Inglaterra abandonó la Auvernia á Felipe Augusto de Francia, en cambio de Quercy; pero no conviniendo esto á los intereses del delfín Roberto y del conde Guido, se confederaron para oponerse al dominio del monarca francés.

Según parece, fueron inducidos á tomar esta determinación por sugerencias mismas de Ricardo de Inglaterra, que prometió ayudarles con hombres, con caballos, y hasta personalmente si era necesario. Sin embargo, no cumplió su promesa, y débiles para luchar contra todo el poder del rey de Francia, el conde y el delfín de Auvernia, después de haber visto mucha parte de sus tierras pasadas á sangre y fuego, tuvieron que aceptar las duras condiciones del vencedor.

Más tarde volvió á encenderse la guerra entre el monarca francés y el inglés. Ricardo acudió entonces al delfín Roberto y al conde Guido, pero les encontró sordos á sus demandas, principalmente al delfín, que se puso del

lado del rey de Francia, quien le tuvo esto en cuenta, reintegrándole el año 1199 en la completa posesión de sus dominios.

Existen dos poesías, una del rey Ricardo, cuyo artículo como trovador se hallará más adelante, y otra del delfín Roberto, las cuales arrojan luz sobre la oscura historia de aquella época y de aquella lucha.

Ricardo de Inglaterra, al ver que no podía contar con el delfín y con Guido, les dirigió este *serventesio* á guisa de consejo, advertencia ó amenaza:

«Delfín, respondedme vos y el conde Guido; decidme qué se ha hecho de aquel bélico ardor que un día os impulsó á uniros á mí contra nuestro común enemigo. Me disteis vuestra fé, y la habéis mantenido como el lobo al zorro, á que os parecéis por vuestro pelo rojo.

«Os negáis á ayudarme porque teméis que no os sean pagados vuestros servicios y por creerme escaso de recursos. Buscáis la alianza de un rey rico y valiente que os guarde la fé, y vuestra codicia os impulsa á creerme falto de estas cualidades. Por esto abandonáis mi causa por otra.

«Pues bien; yo quisiera preguntaros si os acordáis de Issoire (plaza que el rey de Francia en su primera guerra había tomado al delfín). Me gustaría saber si estais contentos de haber perdido esta plaza. ¿Estais dispuestos á levantaros en armas para resistir al usurpador y tomar venganza de él? Sea cual fuere vuestra conducta, hallaréis al rey Ricardo, su estandarte en mano, dispuesto á combatir como cumple á un bien nacido.

«Os ví en otro tiempo amigos del fausto y de la magnificencia, corteses y leales; pero hoy la codicia de tener tierras y levantar castillos os hizo abandonar el culto á las damas y á la galantería, cesando de frecuentar cortes y torneos. Tened en cuenta lo que os digo: los franceses son lombardos. (Alusión á la mala fé y á la perfidia que entonces se reprochaba á los lombardos.)

«Serventesio, vé, yo te envío á Auvernia, y diles de mi parte á los condes que Dios les guarde y bendiga, si quie-

ren mantenerse en paz. ¿Qué importa que un hombre de poco valer falte á su palabra? ¿Debe acaso contarse con la fé de un escudero? El porvenir se encargará de decirles que han abrazado una mala causa.»

Atacado en verso el Delfín de Auvernia, contestó con las mismas armas, y opuso serventesio á serventesio.

Hélo aquí:

«Rey, puesto que de mí cantáis, encontrado habéis cantor. Intentáis infundirme temores para obligarme á volver á vuestro lado, y os agradezco el aviso; pero atended también á lo que os digo: si dejasteis invadir vuestros feudos, no vengáis ahora á invadir los míos.

»Yo no soy rey coronado ni hombre de tan grandes recursos que pueda defender mis dominios contra un señor feudal; pero vos, á quien los felones turcos temen más que á un leon, vos, rey y duque y conde de Anjou, ¿cómo sufrís que el francés se haya apoderado de Gisors?

»Si os consagré un día mi fé, confieso que cometí una gran locura. ¡Nos dísteis tantos caballos valuados en mil sueldos de oro y tantas esterlinas de buena ley á mi primo Guido y á mí! No es, pues, de extrañar que nuestras gentes digan que continuarán siéndoos fieles mientras Dios continúe haciéndoos tan liberal.

»Pláceme el que recordéis mi valor de otro tiempo, pues esto es reconocer que me abandonásteis cobardemente. Me acusáis hoy de no tener valor, y, sin embargo, os declaro que tengo el bastante para esperar á mis enemigos de pié firme, entre el Puy y Aubussón, con mis gentes, que no soy ni siervo ni judío.

»Señor valiente y honrado, que en otro tiempo me dispensasteis bondades, si nõ hubieseis cambiado de conducta yo os hubiera guardado fidelidad. No paséis pena; mi rey, que es también el vuestro, abandona Ussón y me devuelve Issoire, que pronto recobraré, pues tengo sus cartas de devolución.

»Me complacería ciertamente en volver á vuestra amistad y favor, pero el ejemplo del conde de Angulema me quita todo deseo. ¡Le pagasteis tan bien por el honor que

os hizo, y fuísteis tan generoso con él! Comprendo que luego no haya vuelto á importunaros nunca.

»Rey, me veréis obrar como debe un cumplido caballero, pues á tal dama estoy sometido y tan lealmente soy suyo, que sus mandatos son dulces á obedecer.»

He aquí ahora el original de esta poesía, á la vez respetuosa é irónica, y que revela el ingenio notable de su autor:

Reys, pus vos de mi cantatz,
trobat avetz cantador.
Mas tant me faitz de paor
perque 'm torn' a vos forsatz,
e plazentier vos en son:
mas d' aitan vos ochaizon,
s' neymais laissatz vostre fieus,
no 'm mandetz querre los mieus.

Qu' ieu no soi reis coronatz,
ni hom de tan gran ricor
que puec a mon for senhor
defendre mas heretatz;
mas vos que li turc felon
temion mais que lion,
reis e ducx, et coms d' Angieus,
¿sufretz que Gissors es sieus?

Anc no fui vostre juratz
e conoissi ma folor;
que tan cabal mil son d' or
e tan esterlis pesatz
donetz mon cosiu Guion;
so 'm dizon siei companhon
tos temps segnan vostr' estrieus
sol tan larc vos tenga Dieus.

Be 'm par quan vos dissíatz
qu' ieu soli' aver valor,
que 'm layssassetz ses honor,
pueis que von me layssavatz;
pero Dieus m' a fag tan bon
qu' entre 'l Pucy et Albusson
puec remaner entr' els mieus,
qu' ieu no soi sers ni juziens.

Senher valents et honratz
que m' avetz donat alhor,
si no 'm semblés camjador,
ves vos me 'n fora tornatz;
mas nostre reis de saison
rend Ussoir' e laís Ussoir;

e 'l cobrar es me mot lieus,
qu' ieu n' ai sai agut sos brieus.

Qu' ieu soi mot entalentatz
de vos e de vostr' amor;
que 'l coms, que 'us fes tan d'onor,
d' Engolmes n' es gens pagatz;
que tolrera e la mayson,
a guisa de larc baron,
li donetz, qu' anc non fo grieus;
so m' a contat us romieus.

Reis, hueimais me veiretz prou
que tal dona m' en somou,
cui soi tan finamen sieus
que tot soz coman m' es lieus.

Después de la lucha entre los monarcas de Inglaterra y Francia, que dió lugar á estos dos notables *serventesios* históricos, el delfín recobró sus antiguas posesiones y volvió á la posesión de sus bienes, reconociendo como señor á Felipe Augusto; pero hay motivos para creer que volvió á hacer armas contra el monarca francés durante la menor edad de San Luis, perdiendo de nuevo sus bienes y volviéndolos á recuperar por un tratado entre San Luis y él, que lleva la fecha de Febrero de 1229.

Roberto estuvo casado con una condesa de Montferrand, y murió el 22 de Marzo de 1234, á una edad muy avanzada y después de un gobierno de sesenta y cinco años.

II.

He aquí el retrato que de este trovador hace su biógrafo provenzal:

«El delfín de Auvernia fué uno de los más cumplidos, generosos y corteses caballeros del mundo, uno de los más perfectos en armas, en amores, en justas, en guerra y en galantería. Ninguno tuvo más ingenio, ni más entendimiento, ni fué más hábil en componer *serventesios*, versos y tensiones. Nadie tampoco le superó en su agradable conversación, así para lo serio como para lo festivo. Sus liberalidades le hicieron perder la mitad y más aún de su con-

« dado, pero con economía y habilidad supo repararlo todo y ganar más de lo que había perdido. »

Todas las noticias están contextes. Roberto, Delfín de Auvernia, era, en efecto, liberal y espléndido; y, émulo y protector de poetas, sabía atraerlos á su corte, honrarles y colmarles de bienes. Hugo Brunet, Pedro de Auvernia y Perdigón tuvieron gran parte en sus favores.

Su excesiva prodigalidad, acaso también las guerras, le hicieron perder la mitad de sus bienes, y el deseo de recobrar su fortuna le obligó á valerse de ciertos medios, entregándose, sobre todo durante alguna época, á una economía y á una avaricia que le deshonraban, según las costumbres de aquel tiempo, dispuesto á considerar la prodigalidad y el despilfarro como el primero de los honores y la primera de las virtudes. A este período de su vida hace referencia la *tensión* entre el Delfín y Beltrán de la Tor, de que se habló en el artículo correspondiente á este último.

Las composiciones de Roberto de Auvernia sobre que más se ha hablado y á que más se han referido los que de él se ocupan, son precisamente las menos importantes y las que menos favor le hacen. Su poesía más notable, entre las pocas suyas que han llegado hasta nosotros, es la respuesta á Ricardo de Inglaterra que antes se ha trasladado, y ésta es la que nos da á conocer el sobresaliente ingenio de este trovador, á quien mal se juzgaría si hubiese de ser sólo por las demás composiciones.

Existe una especie de contienda poética entre el Delfín y el obispo de Clermont, que era también trovador. Nada se hubiera perdido con que esta obra del Delfín hubiese quedado ignorada, salvándose en cambio otras de las que no han podido librarse de la furia de los tiempos; pero puesto que ha quedado y existe, hay que dar cuenta de ella.

Tenía el Delfín en cierta ocasión amores con una dama llamada Maurina, la cual un día envió á pedir al Baile de su amante un poco de lardo para freir huevos. El Baile le envió medio tocino. El obispo de Clermont, hermano del conde Guido, primo del Delfín, se enteró del suceso, é hi-

zo á este propósito una poesía, de la que, por fortuna, sólo conocemos una estrofa, lamentándose de que no se mandara á la dama un tocino entero y burlándose de la avaricia del Delfín.

Monseñor el obispo se expresó en estos poco convenientes términos:

Per Crist, si 'l servens fos meus
d' un cotel li dari' al cor
can fez del bacon partida
a lei que l' il q'eri tan gen.
Ben saup del dalfín lo talen,
que s' el plus ni men no i mes,
a la yanta li dera tres,
mas posc en ver dire
petit ac lart Maurina als ous frire.

El Delfín, herido en lo más vivo, se vengó con las mismas armas, y como el obispo *era drutz d' una fort bella dompna qu' era moiller d' En Chantar de Caulec qu' estava à pescadoiras* (amante de una muy bella dama, mujer de Chantar de Caulec, que había ido á una partida de pesca), escribió contra el prelado una sátira violenta reprochándole sus amores, acusándole de haber querido asesinar al marido de su dama, y añadiendo que, si poderosas causas no le retuvieran, de buena gana mataría á un obispo extravagante.

Li evesque troba en sos breus
mais volon Chaulet que por,
e pesca que li covida
à pescadoiras fort soven
per un bel peisson que lai pren:
e 'l peissos es gai e cortés;
mas d' una re l' es trop mal pres
car s' es laissatz aussire
al preveire que no fais mas lo rire...

Y no paró aquí la cosa. Alguna nueva sátira del prelado produjo el mismo efecto que la primera. El Delfín respondió por medio de un violento *serventesio*, escrito no sin pasión, pero con talento poético. Culpa en él al obispo de negar la sepultura á sus mejores amigos, si no le pagan bien; de exigir muchos miles de sueldos por un oficio de di-

funtos, y de emplear el tributo que saca de los muertos para prolongar la guerra contra el rey. Ruega á Dios que le aborrezca tanto como él ama á Inglaterra. Le réprocha el haber correspondido con traiciones á las bondades del rey de Francia, que de canónigo de Autan le hizo obispo, y dice no ser extraño que falte á los reyes y á los señores, cuando falta continuamente á Dios, á sus votos y á la púrpura que viste. En el envío ó endereza añade que respeta el carácter del prelado, callándose por esto muy buenas cosas que, á ser sabidas, le despojarían de su obispado.

Li vestimens son saints, mas fals' es sa persona,
cum cel que rauba e pren e tol, e ren non dona,
mais vai guerra mesclan plus que' el turcs de Mairona
esaup mielz prezicar la comptesa d' Artona;
si foz nostre vezis lo legatz de Narbona,
mais non portera anel, ni crossa, ni corona.

Anc tan falz coronat non ac en esta terra;
grans meravilla es cum tota gens non erra,
que nuilhs hom son amic ses aver non soterra,
e quant pot tan donar, costa il mil sols la berra;
et ab deniers dels morts alonga al rei sa guerra:
aitan l' acire Dieus cum el ama Englaterra. . .

L' evesques me dis mal segon sa fellonia,
e ieu li port adés honor e cortesia;
mas s' ieu dir en volgués so qu' ieu dir en sabria,
el perdria l' evescat et ieu ma cortesia.

El obispo de Clermont, llamado también Roberto, merecía, por lo demás, cuanto de él se dijera. Era un hombre turbulento, más dado al juego y á los amores que á obras de caridad y al culto divino. Habiendo roto con su hermano el conde Guido, al parecer por haber abandonado éste al rey de Inglaterra para servir al de Francia, lo excomulgó y entró sus tierras á sangre y fuego.

Era también trovador, y han quedado de él dos poesías, á más de la citada. Las dos están dirigidas contra el conde su hermano, y revelan genio poético.

En la primera, dirigida al trovador Pedro de Maenzac, dice que el mundo todo quedaría perdido si el poder del conde igualaba á su deseo de hacer mal.

La segunda es por el mismo estilo. En ella dice:

«El conde quiere enseñar á un obispo á dar bendiciones. Mejor fuera que aprendiera á justar en un torneo, donde no creo que se haya presentado nunca... Pluguiese á Dios que yo viviera honrado hasta que él sobrepujase á Rolando en bravura.»

Pero volvamos ya al Delfín de Auvernia. Por otra composición suya se sabe que tuvo una querrela con un ciudadano llamado Pellissier, que era Baile del vizconde de Turena. Se cuenta que este Pellissier, poeta también, favoreció unos amores del Delfín con una hija del vizconde y le hizo un préstamo de dinero, que le fué negado cuando trató de recobrarlo. Pellissier escribió entonces una sátira contra el Delfín, que le contestó con estos versos:

«Villano descortés, cuando habéis dilapidado lo que vuestro padre os dejó al morir, ¿creeis que he de enriqueceros yo con lo mío, á despecho de Dios que os hizo loco? Os juro, por mi fé, que nada conseguiréis de mí. Id á pedir limosna como un peregrino. Pedidla como un ciego, y cantad contra los que os la nieguen.»

Vilan cortés, l' avetz tot mes a mal
so que 'l paire vos laisset al morir,
cuidatz vos donc ab lo meu enrequir
malgrat de Dieus qu' us fetz fol natural?
Ja, per ma fe, non auret ren del meu;
don somonatz vianda ni romeu;
adonc queret gieron orbamen
e chantatzne adés qui no 'l vos ren.

Es lástima que no se hayan conservado otras poesías del Delfín de Auvernia, mejores que estas coplas de tan poco mérito y de menos interés. Sus poesías más notables no han llegado hasta nosotros.

DEUDES DE PRADES.

Deudes de Prades, así llamado del lugar de su nacimiento, en Rouerga, fué canónigo de Magalona, pero es preciso confesar que sus poesías no revelan ciertamente al eclesiástico. Casi todas las composiciones que de este autor conocemos pertenecen al género galante, y, aunque escritas con más elegancia y gusto literario que muchas otras más célebres, en cambio son tan libres que algunas rayan en licencia.

No parecen en realidad escritas por un hombre sabio, retirado del mundo, entregado á la meditación y al estudio, como lo presentan las historias manuscritas, sino, al contrario, por un trovador aventurero, galante, enamorado, concedor del mundo, maestro en el arte de amar, y para quien ni este arte ni el de la mujer guardan secretos.

Júzguese por esta canción:

«Con la dulce primavera que renace quiero hacer una canción nueva, á lo cual me invita la alegría de un nuevo amor. De esta primera alegría nace la esperanza de otra mucho mayor. Si dejo de obtenerlo no será mía la culpa, pero siempre imploraré á la que amo, siempre dirigiré mis votos hacia el país en que habita.

»La esperanza me parece tan hermosa, que hallo en ella la más feliz posesión. Me contento con solo la esperanza de lo dichoso que sería si, llamándome su dulce amigo, me dijera algún día: «Quiero que por mí seáis feliz y que ningún temor pueda jamás influir en vuestro corazón para dejar de amarme.»

»Esto es lo que me complacería oír, pero sé bien que no puede suceder, pues nunca dice una mujer lo que de-

sea. Cuanto mayores son sus amorosos deseos, más los oculta por honor; cuanto más ansía ceder, más se hace de rogar. Sin embargo, con la cara dice lo que con la boca calla.

«Quien se conoce en amor, puede comprender perfectamente que un rostro amable y un dulce suspiro no acostumbran á ser mensajeros de desdén. Es, pues, de necios el perder tiempo en solicitar lo que de otro modo se puede conseguir: por esto aconsejo á los amantes verdaderos que se vayan tomando lo que vayan pidiendo.»

Ara dic so que 'm plazeria
e sai que no 's pot avenir,
que domna non ditz son desir,
ans ccla plus so que volria
de son amic, si vol onrar;
e fai s' ades plus apreiar,
on plus la destrenh sos talans,
mas ve val dir lo belh semblans.

E qui ren sap de drudaria
ieu pot connoise e chauzir
que 'l belh semblant e 'l dous sospir
no son messatge de fadia;
mas talen a de fadeiar
qui so que te vol demandar;
per qu' ieu cosselh als fins amans
que 'n prenden fasson lur demans..

Veinte son las composiciones galantes que de este autor nos quedan, alguna escrita con la más desnuda libertad del pensamiento; pero hay en ellas, es preciso confesarlo, frescura, originalidad y riqueza de pensamientos. Pudiera hacerse una buena colección de estos últimos.

«Amo porque ella vive en mí,» dice en una de sus poesías.

«Prefiero languidecer y morir con la esperanza de obtener sus favores, que aceptar de otra lo que ella me niega.»

En una de sus composiciones, más entregado al amor mundano del trovador que al divino, á que parece debía consagrarse por su profesión de sacerdote, exclama:

«No quisiera ir al Paraíso si para ello se me impusiese la condición de dejar de amar á la que adoro.»

En otra composición, notable por la originalidad, dice que está enamorado de una dama bella y amable, pero que esto no le impide galantear á una doncella ni ser sensible con una mujer de costumbres libres si la encuentra al paso. Su amor no es menos cortés ni sincero por estar así repartido.

Después de esta introducción, habla libremente y sin reparo de la manera cómo con ellas se porta, según su diverso estado. Guarda la galantería para las damas, la familiaridad para las doncellas (dábase este nombre á las mujeres de la clase media), y el entretenimiento con las mujeres de vida alegre.

La muerte del trovador Hugo Brunet es objeto de una poesía de Deudes de Prades.

«El placer y el amor, dice, deben estar de duelo: ya los hombres no deben amar la vida puesto que ha dejado de vivir el que era dechado de honor, cortesía, gracia, mérito y sentimiento. Dios lo ha querido para sí. Sólo ruego á Dios que lo coloque á su derecha, y si la Virgen ama á las gentes corteses, que lo tome para ella.»

A más de estas composiciones, nos quedan otras dos obras de Deudes de Prades, dos especies de poemas, moral el uno y didáctico el otro.

Se titula el primero *Las cuatro virtudes cardinales*, y el autor expone así su objeto:

«He hecho esta pequeña obra sobre las cuatro virtudes cardinales que deben poseer los cristianos, los judíos, también los paganos, y todos aquellos que quieran ser dignos de la cortesía.»

Después de estos versos de introducción, el trovador da la que cree etimología de la palabra cardinal, que hace arrancar del griego, y luego define la virtud de esta originalísima manera:

«La palabra virtud viene de verdor, y como la yerba, según sus colores, demuestra la fuerza de la naturaleza, de aquí que la virtud sea el *verde* del corazón.»

Dicho esto, Deudes de Prades describe sucesivamente las cuatro virtudes cardinales, que son, según él, la *cordu-*

ra, la *constancia*, la *moderación* y la *lealtad*; entra en largas y extensas consideraciones, presenta ejemplos y cita modelos, y termina su poema enviándolo á una de aquellas cortes ó Puy de amor, á la sazón tan frecuentes.

He aquí la endereza ó el envío:

«Poema, vete en línea recta al Puy, y te recomiendo que busques al obispo Esteban, de quien no te apartarás, si le encuentras, hasta que seas aceptado y bien acogido. Entonces le dirás en voz baja: Deudes de Prades me envía. He aquí mi poema concluido, y Dios sea bendito.»

Romanz, vaiten tot dreg de Pueg...
 Zo es l' avesques Esteves,
 e se 'l trobas, paor no 't leves
 que bens no siatz aculhitz...
 E dirasli tot suavet
 Daude de Pradas me tramet...

Pero el poema que más gloria dió al trovador, lo que hizo resonar su nombre por todas partes, lo que siendo lo más inferior que de él se conoce, fué, sin embargo, lo que más popular le hizo, es su *Romanz dels auzels cassadors*, poema de las aves cazadoras. Con este título, en aquella época tan interesante, Deudes de Prades compuso una especie de Manual del halconero, que todos los caballeros, todos los barones, las mismas damas, sabían y recitaban poco menos que de memoria.

El poema empieza así:

«Deudes de Prades no olvida lo que ofrece, y puesto que la ocasión es oportuna, va á hacer un tratado completo para aquellos á quienes agrada la caza...»

Entra luego el autor en materia; habla de los gavilanes, de los halcones y de sus diversas especies; clasifica las razas; indica las señales por las cuales debe reconocerse los buenos; hace una descripción minuciosa de la familia de los halcones, que cuenta nada menos que siete linajes, al decir del poeta; y enumera las cualidades que el señor tiene derecho á exigir de su halconero. A estas importantes consideraciones, añade preceptos minuciosos sobre la manera de alimentar á estas aves, sobre su cría y educa-

ción para el vuelo y para la caza, y se apoya en un tratado especial del rey Enrique I de Inglaterra que, dice de paso, *amó mucho más á sus halcones y perros, que á sus súbditos y á los cristianos.*

Se ocupa, en fin, de las innumerables enfermedades á que están sujetas estas aves, de la manera con que se ha de proceder á su cuidado y curación, se extiende en saludables consejos á los barones y á las damas, y termina su obra con estos versos:

«Conforme con mi promesa, he aquí mi poema terminado.»

Segon so qu' avia promés
mos romanz del tot complit es.

Se pudiera sospechar si fué este poeta el autor de la novela *Pierves de Provenza*, que está en prosa y que es un libro curioso é importante.

DURÁN,

EL SASTRE DE PAERNAS.

El nombre de sastre que se da á Durán designa probablemente un oficio de esta clase ejercido por él ó por su familia, y el de Paernas se refiere á la villa de Pernas en el condado de Venaissín, donde sin duda nació ó ejerció su oficio.

Nada se sabe de este trovador: su vida nos es desconocida por completo; pero dos únicos *serventesios* que de él existen, nos lo presentan como un poeta de genio al propio tiempo que como un hombre político, celoso partidario del conde de Tolosa y amante de la libertad é independencia de su país.

Cuando los franceses, recogiendo el fruto de la cruzada contra los albigenses, hubieron reducido al último extremo al joven conde de Tolosa despojándole de todos sus dominios por el tratado de 1229, Durán, convirtiéndose en paladín de la causa nacional, escribió el siguiente *serventesio*, tan rudo por su forma métrica como por su fondo, valiente, intencionado y entusiasta:

Eu talen ai qu' un sirventés encoc
per' traír' a cels qu' an mes pres a deroc,
quar mantenon no e han faidit hoc,
e menz qu' ieu ai arbalesta e croc,
brocarai lai per trait' al maior loc,
al rei anglés que hom ten per badoc
quar suefre aunitz qu' om del sieu lo denoc
perqu' en cor ai que al premiers lo toc.

Tostemps serai malvolens et enics
al rei Jacme que mal tenc sos afics,
que 'l sagramen qu' el fei son mols e trics.
Al mieu semblans lo tenc micilh N' Aimerics

de Narbona per qu' ieu sui sos amics
 qu' el sieu capten com hom qu' es de pres rics;
 e el aissi com rei de cor mendics
 porque 'm plairá si 'l ven dan ni destrics...

«Se me ocurre hacer un *serventesio* contra aquellos que han derribado la prez, pues mantienen el *no* y han prometido el *sí*, y puesto que tengo ballesta y flecha, me arreglaré de manera que pueda tirar á los más elevados blancos; al rey inglés á quien todos juzgan necio por dejarse arrebatar afrentosamente sus estados, y por esto deseo que le alcance alguno de mis primeros tiros.

»Siempre veré con malevolencia y aversión al rey Jaime, que tan mal ha guardado su palabra y cuyos juramentos son falaces. En mi sentir, mejor ha guardado los suyos Aimerich de Narbona ¹, y por esto soy su amigo: éste se porta como hombre rico de prez, mientras aquél como rey mendigo de corazón, de suerte que me agrada que le suceda daño y desgracia.

»Si nos hubiese auxiliado, estaríamos ya libres, tranquilos en nuestro país y los franceses arrojados de él, presos y derrotados. Entonces el conde-marqués (de Tolosa), teniendo confianza, no hubiera entrado en pactos y avenencias. Si ha cedido es por no habersele auxiliado. De otro modo hubiera desplegado al aire su bandera...

»Los dos condes (el de Tolosa y el de Provenza) se hacen la guerra del lado de acá, por falta de un mediador que les ponga en paz, á bien que esta lucha poco nos interesa...

»Los altos barones han sufrido tan pacientemente su desgracia, que la mejor parte del mundo está asombrada del triunfo de los franceses. Puesto que así sufren que esta nación les domine, no queda más medio que someterse. Yo puedo deciros con verdad, que por allá, por Siria, los turcos les han hecho lanzar muchos gritos y muchos alidos...»

En su segundo *serventesio*, escrito cuando D. Jaime de

¹ Este vizconde de Narbona fué uno de los que con más fidelidad sirvió á la casa de Tolosa.

Aragón había principiado su empresa contra los moros de Valencia, Durán vuelve á predicar la guerra contra Francia, insistiendo para que Inglaterra y Aragón abracen la causa provenzal del Mediodía.

Dice así:

«Me place la guerra aún cuando el amor y mi amada me la están haciendo todo el año. Veo por la guerra multiplicarse las fiestas, los dones, los placeres y los cantos. La guerra hace de un villano un cortés. Me place, pues, una buena guerra emprendida con vigor.

»Quisiera ver rota la tregua entre las esterlinas y las tornesas (Inglaterra y Francia). No, yo no creo que los franceses pueden disfrutar tranquilamente de lo que han usurpado á nuestros honrados barones; pero ¿cómo los aragoneses no abandonan su empresa contra el rey de Valencia para arrebatar á los franceses su conquista?

»Después que el conde-duque-marqués nos ha sido devuelto, no tardaremos en ver quién sostiene la contienda. Ya pronto veremos pasar caballos tordos y blancos, y también veremos cómo se dan y reciben golpes, cómo caen los muros destrozados, cómo se asaltan y toman los castillos...»

El deseo del trovador no se efectuó. Inclinandose el joven conde de Tolosa ante la fatalidad que le perseguía, terminó sus días en paz, y Francia quedó dueña para siempre más de aquellas ricas tierras.

TROVADORES

DE QUIENES SE TIENEN POCAS NOTICIAS Ó ESCASAS OBRAS.

DANTE DE MAIANO.

Floreció á últimos del siglo XIII y se le tiene por italiano, pues en este idioma escribió sus poesías, en las que se ha notado mucha imitación de los provenzales. Sin embargo, debió ser provenzal, si se atiende al nombre de Maiano, lugar sin duda de su nacimiento. *Maiano*, hoy *Maillane* en francés, es una deliciosa villa cerca de Avignón en Provenza, donde nació y reside el célebre poeta provenzal moderno, autor de *Mireyo*, Federico Mistral.

De Dante de Maiano queda un soneto en provenzal, el único quizá que en aquella lengua se escribió durante la época de los trovadores, y que Dante compuso sin duda obedeciendo al gusto italiano y correspondiendo á sus estudios y poesías en este idioma.

Las! so que m' es el cor plus fis e cars
 ades vai de mi parten e lungian,
 e la pena e 'l treball ai eu tot ses pars
 on mantas vez n' ai pren langir ploran.
 Amors mi ten el cor un dars,
 on eu cre qu' el partir non es sens dan,
 tro que á mi dons, ab lo gen parlars,
 prenda mersé del mal qu' eu trag tan gran.
 Leu fora si 'm volgués mi dons gavir
 de la dolor qu' ai al cor tan soven,
 car eu lei es ma vida e mon morir.
 Mersé l' en quier á mi donna valen,
 per mersé deia mon pres acoilhir,
 e perdon fassa al mieu gran ardimeu.

DIODES DE CARLÚS Ó CAILÚS.

Tiene una *tensión* con un juglar, al cual reprende sus costumbres, diciéndole que más que de juglar tiene de mercader. El juglar responde que tiene de sobra honor y mérito para venderle.

DURÁN DE CARPENTRÁS.

Queda de él un *serventesio* contra el anciano príncipe de La Tor. Dice de él que es, entre los malos barones, el más malo, y que si una vez le ensalzó, se arrepiente de ello y borra y retracta sus alabanzas.

EBLES DE VENTADORN.

Son cuatro los trovadores que se conocen con el nombre de Ebles, pero de ninguno de ellos nos han quedado composiciones que permitan apreciar su mérito ó su importancia. Hubo un Ebles de Ventadorn, un Ebles de Sancha, uno de Singa y otro de Uisel, los dos últimos al parecer bastante modernos. El que de éstos parece haber alcanzado más nombradía es el Ebles vizconde de Ventadorn, citado por Giraldo de Cabrera en su poesía al juglar Cabra.

Ebles de Ventadorn fué contemporáneo de Guillermo de Poitiers, siendo estos dos los trovadores más antiguos de que se tiene noticia.

Si las obras y documentos que he tenido ocasión de examinar me dan, como creo, datos exactos, Ebles de Ventadorn fué el cuarto de este nombre y alcanzó una edad muy avanzada, habiendo nacido á últimos del siglo xi y llegando hasta 1170, época al parecer de su muerte.

En una vieja crónica latina se dice, hablando de los vizcondes de Ventadorn:

«Ebolus de Ventadorn... Genuit Ebolum, qui usque ad senectam alacritatis carmina dilexit... Ebolus erat valde gratiosus in cantilena, que de re apud Guillemum, filium Guidonis, est assecutus maximum favorem... Ebolus Ventadorensis, filius Ebolis cantatoris...»

Pues bien; Ebles el cantor, como dice la crónica, ligado íntimamente en su juventud con el conde Guillermo de Poitiers, hijo de Guido Godofredo, fué el mismo vizconde Ebles, señor, protector y maestro del poeta Bernardo de Ventadorn, que tomó este nombre por haber nacido en su castillo, y que creció y se educó al lado y en la escue.

la de su señor, hasta que sus amores con la vizcondesa, esposa de su protector, le obligaron á abandonar los sitios de su infancia.

El mismo Bernardo confiesa que el vizconde Ebles de Ventadorn fué su maestro.

«Ventadorn, dice, no quedará nunca sin cantores, que el más cortés y el que más se conoce en amor me ha enseñado todo cuanto sé.»

Ventadorn er greu mais ses chantador
que 'l plus cortés e que mais sap d' amor
me 'n essenhets aitan cum ieu n' apren.

Y también en otra de sus poesías, Bernardo manifiesta sus temores de no ser un buen trovador digno de la escuela de Ebles por lo poco que valen sus cantos.

Jamais no serai chantaire
ni de l' escola N'Eblon:
que mos chantars no val gaïre
ni más voutas ni miei son.

Bernardo se formó junto á Ebles y en su escuela, siendo muy querido y protegido de su señor, que le dió honroso puesto á su lado, hasta el momento en que descubrió su perfidia y sus amores con la joven vizcondesa de Ventadorn, Inés de Montluzó, que fué, según parece, esposa segunda de Ebles. Inés no tenía más allá de diez y ocho años cuando casó con Ebles, que podía ser su padre, y sabido es el desgraciado fin que para ella tuvieron sus amores con Bernardo. (Véase la biografía de Bernardo de Ventadorn.)

Ebles, cuya figura se nos presenta tan severa y sombría sobre el fondo de la vida de Bernardo, brilló durante su juventud en la corte de Guillermo de Poitiers con todo el esplendor de su ingenio, de su cortesía, de su ostentación, de su galantería. Aunque mucho más joven que su señor Guillermo, llegó á ser su amigo más íntimo, su compañero más fiel, sin por esto dejar de ser su rival en amores, en poesía y en largueza. Cuéntase á propósito de esto que ambos amigos se envidiaban y procuraban excederse en ingenio y en magnificencia.

Se citan varias *tensiones* de Ebles y de Guillermo, y hasta se supone que el vizconde de Ventadorn era mejor poeta que el conde de Poitiers, ya fuese debido esto á la belleza y armonía de sus trovas, ya á la gracia y donaire con que según parece acompañaba su canto. No estamos, sin embargo, en estado de juzgarlo, pues mientras que las obras de Ebles se han perdido, las de Guillermo de Poitiers han cruzado los siglos, llegando, si no todas, algunas de ellas hasta nosotros para darle la nombradía, usurpada seguramente, de ser el más antiguo de los trovadores provenzales.

Esta rivalidad en letras, existía también entre Ebles y Guillermo por lo tocante á ostentación y lujo. Cada uno trataba de eclipsar al otro.

Sucedió un día que el vizconde de Ventadorn llegó al palacio del conde de Poitiers en ocasión de estar éste sentado á la mesa. Mandó Guillermo que dieran de comer á su huésped, pero tuvo que prepararse la comida y se tardó en servirla. Cuando esto tuvo lugar dijo Ebles:

—No valía la pena de tomarse tanto trabajo para un pequeño vizconde como yo.

El conde Guillermo comprendió y recogió todo el alcance de la frase, pero se mantuvo silencioso.

A los pocos días Ebles se despidió del conde para volver á su castillo. Guillermo, deseando sorprenderle, le siguió de cerca con cien caballeros y llegó al castillo de Ventadorn á la hora de comer. En nada se desconcertó Ebles. Dió orden para que trajeran con qué lavarse á sus huéspedes, y en seguida todos se sentaron á la mesa.

Ebles había comunicado rápidamente sus órdenes, que fueron con la misma rapidez ejecutadas. Era por fortuna día de mercado, y los vasallos del vizconde, advertidos con urgencia, se apresuraron á llevar á las cocinas del castillo toda clase de provisiones. La mesa fué servida con tanta abundancia y profusión de platos, que parecía aquello la boda de un gran príncipe. Y así fué mientras los cien caballeros permanecieron en el castillo.

Pero hubo más. La misma noche de la llegada de Gui-

lermo, un vasallo del vizconde Ebles entró en el patio del castillo conduciendo un carro tirado por bueyes y se puso á gritar con todos sus pulmones, diciendo:

—Acérquense las gentes del conde de Poitiers y vean cómo se distribuye la cera en casa del señor de Ventadorn.

Y subió al carro, y con un destal cortó los aros de una enorme barrica, de donde cayeron al suelo innumerables panes de cera blanca y pura que el campesino dejó esparcidos por el suelo como cosa de poca importancia, volviéndose en seguida á Malmont, donde habitaba.

Cuando el conde vió esta profusión, elogió la largueza de Ebles. En cuanto al rústico, Ebles le regaló para él y sus hijos la masía de Malmont, siendo elevados después aquéllos al rango de caballeros, viniendo á ser con el tiempo la casa señorial de Malmont y Solignac.

ELÍAS DE BARJOLS.

Elías del Agenés le llaman otros por haber nacido en Payols, pueblo de aquella comarca.

Era hijo de un mercader, tenía buen ingenio como lo prueban sus poesías, y su biógrafo provenzal dice que poseía una voz excelente y cantaba muy bien. Hubo de parecerle mejor el oficio de juglar que el comercio de su padre, y asociándose á un llamado Olivier, fué con él á correr villas y cortes, llevando una vida nómada y alegre hasta que Alfonso II, conde de Provenza, se atrajo á los dos trovadores, dándoles á cada uno una mujer, una dote y tierras en el pueblo de Barjols, de la diócesis de Riez, de donde vino luego el llamarles Elías y Olivier de Barjols.

Alfonso II, sucesor en 1196 de su padre Alfonso de Aragón, había casado en 1193 con Garsenda de Sabrán, heredera de Guillermo IV, conde de Forcalquier, y por este matrimonio quedó unido irrevocablemente este conde á la Provenza en 1209.

Alfonso y Garsenda tenían en Aix la corte más galante que existía entonces en Europa. Protector de los trovadores, y trovador él mismo, aquel príncipe vió florecer en sus estados las ciencias y las artes, como sucedió también, despues de él, con su hijo Ramón Berenguer IV, último conde de su raza.

La protección que Alfonso y Garsenda de Sabrán dispensaban á los trovadores, la concurrencia de éstos por la hospitalidad con que eran acogidos, las fiestas espléndidas que en Aix tenían lugar, todo contribuía á hacer de aquella corte una de las más brillantes de la época como cen-

tro de cultura, de inteligencia, de galante vida y de amena cortesía. Allí llevaron un día á Elías del Agenés los azares de su accidentada vida, y allí puso los cimientos de su fortuna con el favor que comenzó á dispensarle Alfonso II, más agradao de él cada día.

Según notas que tomé yo mismo en los archivos de Aix durante mi permanencia en aquella ciudad, allá, por los años de 1204 ó 1206, el trovador Elías hacía las delicias de aquella sociedad y corte con su voz primorosa, con su canto agradable, con sus canciones que sobresalían entre todas por su belleza y dulzura, consiguiendo, por su carácter atractivo, ser favorito de Garsenda y privado de Alfonso, el cual, como queda dicho, dióle unas tierras y un caserío en el pueblo de Barjols, cuyo nombre tomó desde entonces.

Hallo en mis notas que Elías recibió de su señor y príncipe varias misiones, entre ellas una que le obligó á hacer un viaje á Italia, al regreso del cual parece que se casó con una dama de la corte de Alfonso. Hallo también que siguió á éste en el viaje que hizo en 1209 á Palermo, á donde pasó por el matrimonio de su hermana con el rey de Sicilia. Sobrevino la muerte á Alfonso II durante su permanencia en Palermo, y Elías de Barjols fué entonces uno de los que se encargaron de acompañar y trasportar su cadáver á Provenza, siguiendo sus últimas disposiciones, depositándolo en la iglesia ó capilla de San Juan de Aix, perteneciente á la orden de los hospitalarios, muy protegida del difunto conde.

Las pocas noticias que de nuestro trovador dan las biografías provenzales, nos dicen que, después de muerto el príncipe Alfonso, Elías se enamoró de su viuda Garsenda de Sabrán, la cual fué desde entonces objeto de sus cantos mientras vivió. Nada dicen acerca de estos amores aquellos discretos biógrafos, y debemos atenernos tan sólo, por lo mismo, á lo único que se desprende de las poesías de este trovador hasta nosotros llegadas.

Catorce son las composiciones que se dan como suyas, todas ellas de amores, y todas deben pertenecer á su se-

gunda época, después de la muerte del conde. Casi todas estas poesías parecen relacionadas con los amores del trovador y Garsenda. De aquellas canciones de su primera época, que hicieron los encantos y delicias de la corte de Aix, no queda una sola: en las llegadas hasta nosotros, á pesar de las trabas de una rima tiránica, se encuentra espontaneidad, frescura y sentimiento.

Daré á conocer algunas de ellas.

He aquí una de las más notables:

«Amor ¿en qué te ofendí? ¿Por qué aquella que es el único objeto de mis votos me desdena y me mata? Tú eres de ello la causa, y, sin embargo, Amor, después de haberme atormentado tanto, debieras procurarme una merced de la beldad que adoro.

»Si muero por haber deseado en vano este beneficio, tendrá que reprocharse eternamente la negativa de un ligero favor que hubiera podido salvarme la vida. Pareciéndome á un mendigo á quien la extrema miseria obliga á solicitar un débil socorro, me bastaría que un solo día, por tu poder, mis ruegos conmovieran á aquella que me da la muerte.

»Pero tú no quieres que pueda decirse que semejante felicidad ha sido el premio de mi constancia dolorosa. Y sin embargo, casi estoy tentado á confesar que ella tiene razón, pues que, áun cuando me lamento de su rigor, recuerdo que una tarde me otorgó una gracia de que soy indigno por no haber sabido conservar su dulce recuerdo. Al decir que nada había obtenido de ella, he faltado á la verdad.

»Contento de este favor, ¿por qué he de solicitar otros mayores? Me muero de vergüenza y de pesar por haber violado mis promesas. Yo debía guardarlas eternamente, puesto que ella me había colmado de bienes. Me he alejado de ella y he cometido una infamia huyendo, puesto que se me daban las esperanzas más halagadoras.

»Hoy es cuando tengo conciencia de mi culpa. Me sucede lo que á los locos que sólo conocen el mal causado cuando están corregidos de su locura... Si yo me he co-

rregido ya, y si aquella á quien amo quisiera... Pero ¿debo yo deseárla? ¿me atreveré á decírselo? ¡Ay de mí! Tengo sólo un resto de confianza, y éste me lo inspiran su ingenio, su mérito, su cortesía, su rectitud y su prodigioso talento.»

En todas las poesías donde expresa su amor por Garsenda, se notan las perplejidades de un amante tímido y respetuoso. No se atreve á declarar su amor, y después de declarado se arrepiente de haberlo hecho. Solicita un favor, y en seguida se asombra de haberse atrevido á tanto. Las composiciones de Elías de Barjols respiran todas el más puro platonismo; parecen hijas del homenaje del amor, más que del amor mismo. El respeto domina á la pasión.

En otra poesía bendice á sus ojos y á su corazón por haber elegido á la más gentil y á la más amable dama del mundo. Considera como una locura el elevar sus votos hasta ella, pero no puede remediarlo. Ruega á su humildad que disminuya la distancia que la nobleza puso entre los dos. No se atreve á declararse, pero el amor le hace esperar y le anima á ser perseverante. No dejará de amarla nunca, sea ó no correspondido, y siempre permanecerá fiel y sumiso. Quisiera ser dueño del mundo para ofrecérselo. Toda la modestia y toda la humildad posibles le son necesarias para obtener una dama de tan alto linaje.

Otra de sus poesías contiene un elogio más espiritual de su dama, á la cual Elías exhorta al amor. Se propone escoger un amante que sea digno de ella, y, para esto, quiere escoger, entre los mejores caballeros, las perfecciones que más les distinguen, reuniéndolas en una misma persona. Ideas parecidas á ésta se hallan en otros trovadores.

«De Aymar, dice, tomaré la cortesía; de Trincaléon, la gentileza; de Randós, la generosidad; del Delfín, las contestaciones ingeniosas; de Pedro de Mauleón, la llaneza; á Berán le pediré su bravura, á Beltrán su ingenio, al gallardo Castellón su finura, á Nebles su magnificencia en los convites, pues no hallo otra cosa más que pedirle, á Miraval sus canciones, á Pons de Capdueil su alegría, á

Beltrán de la Tor su rectitud. De este modo haría un amante perfecto y ambos os amaríais entonces á causa de la semejanza.»

He aquí ahora otra de sus poesías repitiendo sus juramentos de amor y fidelidad á la dama á quien rinde su homenaje y que inspira sus cantos:

Conoyssens suy a mon dan,
dompna, quan conosc en vos
lo plazen semblan amorós
e 'l vostre guai cors prezan,
qu' anc pueys non ac poder en me
que 'm pogués de vos estraire,
ni vas degun' outra traire,
ni á vos, dompna, clamar mercé.

Mas bon cor ai del afan,
dompna, qu' ieu trac per vos;
quar bos senhers ren bos guiardos,
qui be 'l ser de voluntat gran.
Servida 'us ai per bona fe,
ab ben amar, ses cor vaire;
e si pus y pogués faire,
ja no m' en tarzern en re.

Ges no 'm lau ni 'm vau comjadan,
avinen dompna, per vos,
ni es mais del cel en jos
nuluh outra qu' ieu am tan;
e fas effortz, quar no 'm recré,
valen dompna, de bon aire,
que no us aus mon cor retraire
ni preiar que 'm fassatz malh be.

Ben podetz far vostre coman
que ieu non ai poder en vos,
ni say de tan poderós
que mon fincor, ses enjan,
no 'us aus far saber, ni 's cové;
mas ieu, cum bos sufertaire
e cum fis leylas amaire
sofrirai, qu' a sofrir m' avé.

E quar no 'us aus far semblan,
dompna, dregtz fora de vos
vostra mercé bona fos,
que 'us anassetz albiran
quo vos am, e us vuelh, e us cre,
e us suy de benazonaire;
quar adoncs no 'm tengra gaire
lo maltratz que per vos mi ve.

Tuvo Elías de Barjols por rival en sus amores con la condesa Garsenda á Guido de Cavaillon, trovador y caballero, pero nada más se sabe de esta rivalidad ni de estos amores tampoco. En 1222 Garsenda de Sabrán entró monja en el monasterio de la Celle, y, arrastrado sin duda por este ejemplo, muertas sus ilusiones, perdido el objeto de sus amores, Elías de Barjols se sepultó también en un claustro, haciéndose monje de San Benito en Aviñón.

ELÍAS CAIREL.

Todas las noticias que de este trovador da su biógrafo provenzal, están reducidas á las siguientes líneas:

«Era de Sarlat, del burgo de Perigord; era artífice de oro y de plata y dibujante de blasones, y se hizo juglar. Trovaba y cantaba mal, tañía muy mal la viola, y hablaba peor aún; pero escribía bien las palabras y la música. Vivió mucho tiempo en Romanía, y cuando partió de allí, volvióse á Sarlat, donde murió.»

Segun otro biógrafo, conocía bien las letras y era muy experto en trovar, como en todo lo que quería hacer ó decir. Recorrió la mayor parte del mundo habitable, y el desprecio que tenía por los barones y por el siglo fué causa de no ser protegido como merecía, atendido el mérito de sus obras.

A esto se reducen todas las noticias que de Elías nos dan las *Vidas de los trovadores*, pero voy á añadir las que de él he podido recoger registrando mis notas, rebuscando en Millot, Raynouard, Díez, etc., y estudiando sus propias poesías.

Pertenecía Elías Cairel á la escuela de los que *trovaban clus*. Era un poeta que se complacía en multiplicar las dificultades mecánicas del arte para tener el gusto de vencerlas. Parecíanle de un gran mérito los versos cortos y las rimas rebuscadas, y era aficionado á comenzar cada copla por las últimas palabras de la precedente. En una de sus poesías, que al final de este estudio publicaré íntegra como muestra, he observado, como cosa singular, que cada estancia comienza con una palabra formada ó derivada del verbo con que termina la estrofa anterior.

Elías Cairel trata con desdén, atribuyéndoles mal gusto, á los que escriben poesías en rimas fáciles. En una de sus canciones en rimas árduas ofrece el ejemplo de cortar una palabra para aconsonantar con la que sigue, lo cual hoy se tendría por una puerilidad verdadera ó por una pobreza manifiesta de ingenio.

Ses atende
guarimen.

Por alguna de sus composiciones se sabe que Elías Cairel estuvo en la corte del emperador Federico II, de quien se dice que amó y cultivó la poesía, siendo protector de los trovadores, pero no parece que protegió mucho al poeta que nos ocupa en este momento, á juzgar por lo que éste dice de él:

«El gracioso rey que ocupa el imperio me ha hecho enflaquecer tanto, que una lima no hallaría en mí nada que morder. Me veo obligado á abandonarle sin que me sea ya posible seguirle por más tiempo. No he ganado con él más que con el amor.»

Por varias de sus composiciones se viene en conocimiento de que fué amante reconocido de una dama llamada Isabel, la cual debió ser de ilustre linaje, por lo que se dirá luego y por lo que de una de sus canciones se deduce.

Dice en ella que arde en deseos de hacer el retrato de su dama y la descripción de sus encantos, pero se detiene ante el temor de ofenderla. Esto, sin embargo, no impide que hable de su talle esbelto y delicado, de sus cabellos rubios como el oro, de su frente blanca, de sus cejas graciosamente encorvadas, de su nariz perfecta, de sus hermosos ojos, de su boca donde habita siempre la sonrisa.

«No sé, exclama, no sé lo que me impide abrazarla ante todo el mundo, pero ante ella me siento tan tímido, que no me atrevo á declararle mi amor. Mis ojos son los únicos que por mí hablan, y pido á mi dama que atienda á lo que ellos la dicen, no á los méritos de linaje. Ante el amor nada significa la nobleza; para él sólo valen la cortesía, la lealtad y el honor.»

Dos enderezas ó dedicatorias tiene esta poesía. La una se dirige á Guillermo, marqués de Montferrat, hijo del célebre Bonifacio de que tanto se ha hablado y todavía se ha de hablar más en esta obra: la otra se dirige á Isabel, *el solaz, la alegría y el contento* del poeta.

Puede con fundamento sospecharse que la dama del poeta debió ser una Isabel de Malaspina, de esta ilustre familia, conocida por su belleza y donosura y también por ser otra de aquellas poetisas provenzales que, como la condesa de Día, Clara de Anduse y Adelaida de Porcarragues, dejaron nombre y fama de su ingenio en el arte de trovar.

De Isabel de Malaspina no ha llegado á nosotros ninguna poesía, como no sea la parte que le cupo en una *tensión* con Elías Cairel, de que pasaré luego á ocuparme.

He podido hallar tan sólo que escribió muchas y bellas canciones, entre otras una en que se lamenta de los rigores é ingratitud de su amante, el cual pudo ser Elías Cairel. También he hallado que era una de las damas concurrentes á las fiestas espléndidas que se daban en el castillo de Montferrat, donde constantemente había el casco á la puerta, como signo de hospitalidad, siendo punto de cita y reunión para las damas más hermosas y gentiles, los caballeros más galantes y renombrados y los trovadores y juglares más famosos y célebres.

Ocurrió una vez que en las veladas literarias, como diríamos ahora, que en aquel castillo se daban, hubo de *representarse* una *tensión* entre Isabel de Malaspina y Elías Cairel. Tengo para mí, y recientes investigaciones me lo han demostrado, que en las solemnidades literarias que entonces tenían lugar en algunos castillos, figuraban como una especie de representación ciertas *tensiones* de los trovadores.

Sobre un tema dado por alguna dama del concurso, sobre un incidente surgido en el acto, sobre un plan de antemano preparado, se improvisaba una *tensión* entre dos ó más trovadores. Era este el verdadero juego partido (*joch partit*) que contribuía á entretener las largas noches

del invierno. Un poeta iniciaba, el otro debía contestarle con los mismos versos y consonantes, y así iban improvisando y debatiendo uno y otro hasta que los aplausos de la concurrencia, celebrando la mejor agudeza ó la definición más propia, daban por terminado el torneo literario. A veces se encargaba la solución ó fallo, cuando los contendientes no podían ponerse de acuerdo, á una persona elegida entre las presentes, la cual tenía que dictar sentencia en el acto, en verso, y con los propios consonantes.

A este género de *tensiones*, que no es enteramente igual al otro, debió pertenecer la *tensión* de Isabel de Malaspina y de Elías Cairel, que parece haber obtenido los honores de la fiesta en una de las veladas literarias del castillo de Montserrat.

Isabel empieza el diálogo, que versa sobre sus propios amores con el trovador.

«*Isabel*.—Decidme francamente, Elías, ¿cómo es que habéis trocado mi amor por el de otra? ¿Por qué habéis dejado de ofrecerme vuestros homenajes y de consagrarme vuestras canciones, cuando yo no os he faltado en nada? Ninguna prueba de amor, por grande que haya sido, me pedísteis jamás, que yo no os la haya dado.»

Ni vos d' amors no 'm demandetz anc tan
qu' ieu non fezès tot al vostre coman.

Por este detalle y por otros más marcados aún que se hallan en la *tensión*, se ve que, sobre un fondo de verdad, se trataba sólo de un juego, de una situación supuesta para el placer y entretenimiento del torneo literario y de la concurrencia.

Cairel contesta:

«*Elías*.—Dama Isabel, belleza, gracia, ingenio, talento, gentileza, todo lo poseéis en alto grado.

Ma dom' Isabelh, valor,
joi e pretz, e sen e saber
solatz que jorn mantener.

»Cuando os consagré mis alabanzas, mis cantos no tenían por objeto los goces del amor; la gloria era el verda-

dero provecho que yo esperaba, como le sucede á todo trovador que celebra una dama de alta prez, pero cada día habéis sido mudable para mí.»

. es' ieu en dezía lauzor
e mon chantar no 'l ditz per drudaria,
mas per honor e pron qu' ieu m' atendia,
si com joglarz fai de dopna prezan;
mas chacun jorn m' es anada cambian.

Isabel finge tomar la palabra *pron*, provecho, por interés ó dinero, *aver*, y dice:

«Isabel.—Eliás Cairel, nunca ví á un amante de vuestra valía cambiar de dama por interés. Si yo dijera esto en deshonra vuestra, no me creerían después de tanto como en vuestra alabanza llevo dicho. Podéis en buen hora proseguir vuestro camino de locuras, pues por lo que á mí toca, sabré corregirme y mejorar dejando de amaros y de pensar en vos.»

Eliás Cairels, amador
no viu may de vostre voler,
que cabjez dopna per aver:
e s' ieu en dissez desonor,
peu m' ai dit tant de be qu' om no 'l creiria.
Mas ben podetz doblar vostra folhia,
de mi vos dic qu' ades vau meilhurán,
mas en dreig vos non ai cor ni talan.

Eliás contesta que no se ha de desesperar por ello, pues sería locura permanecerle adicto. «Quedáos, le dice, con la opinión que de vos tiene la gente,

Vos remanatz tals com la gens vos cria,

que yo voy á visitar una bella amiga, gentil y de talle seductor, cuyo corazón no conoce ni el engaño ni la perfidia.»

El sieu gen cors, grail e ben estan,
que non a cor mesongier ni truan.

Isabel dice entonces: «¿Y quién es vuestra amiga? decídmelo sin reparo, y nada temáis, que os serviré cerca de ella, si lo consiente.»

Elías contesta que le pide una cosa imposible. «Si lo hiciera, dice, si revelara su nombre, merecería perder su amistad.»

Isabel, herida, le acusa de ser un mentiroso, de fingir un amor que no siente, y le aconseja que vaya á solazarse en su convento, áun cuando sabe bien que nunca fué monje.

Cairel replica:

—«Dama Isabel, nunca, ni de mañana ni de tarde, se me vió en el refectorio. Pero también os digo que, hermosa como sós, llegará día en que vuestra frescura y belleza se desvanecerán... No, lo que acabo de decir es extraño á mi pensamiento, y he hablado villanamente. He mentido, porque no creo que haya en el mundo otra mujer de tan gran belleza ni de tan alta prez como las que vos poseéis. Harto me hicieron sufrir para saberlo.»

Dom' Isabelh', en refreitor
 n'on ester anc matin ni ser,
 mas vos n' auresz oimais lezer,
 qu' en breu temps perdetz la color...
 Estiers non grat, mi faitz dir vilania;
 et ai mentit, qu' ieu non crei qu' el mon sia
 dopna tan pros ni ab beatat tan gran
 com vos avetz, perqu' ieu i ai agut dan.

Se ve, pues, por la forma, por la manera y por la originalidad y falta de unidad del diálogo, que esta *tensión* se improvisó ó poco menos, para solaz de los concurrentes al castillo de Montferrat, obedeciendo á instancias nacidas de ellos mismos.

Este género de *tensiones* ó diálogos representados, estas contiendas literarias no han desaparecido aún del todo. Entre el pueblo, y en diversas comarcas, muy apartadas unas de otras, prosiguen aún vivas la costumbre y la tradición de estas luchas poéticas, que recuerdan las *tensiones* de los provenzales.

En las Islas Baleares existen los que allí llaman *glosadores*, aldeanos y campesinos de ingenio vivo y de gran facilidad para versificar, los cuales, sin arte y sin método, entablan diálogos en verso unos con otros, al objeto sólo de probar su ingenio y agudeza.

Pero aún es más característica esta costumbre en la Isla de Puerto-Rico, según me han dicho y explicado distintas veces los naturales de aquel país. Los *gíbaros* ó campesinos de Puerto-Rico tienen gran afición á esta costumbre, y no hay en aquella isla verdaderamente popular en que no figuren los *trovadores* ó *cantaores*, como allí les llaman. El pueblo se agrupa en torno de dos *gíbaros*, tres á veces, que se disponen á improvisar, cantando y acompañándose de su *cuatro* ó *triple*, especie de vihuela, sobre un tema que se les da en el acto ó sobre el santo ó aniversario que la fiesta conmemora. El que comienza escoge el metro y el canto que más le agradan, y el otro debe contestarle con el mismo metro y tono. Los temas son por lo común de amores, religiosos, alusivos á la festividad del día, y muchas veces epigramáticos, ridiculizándose los contendientes uno á otro.

Pero volvamos ya á nuestro Elías Cairel.

En una de sus composiciones, haciéndose el filósofo y el moralista, Elías Cairel declama contra la opinión de aquellas gentes que, desestimando el mérito, el júbilo y la galantería, quieren someterlo todo á las reglas de una fría é insípida razón. A propósito de esto, sienta esta singular máxima:

«Se engaña el que quiere ser siempre razonable. Yo he visto muchas veces á la locura triunfar allí donde la razón era perjudicial.»

La mayor parte de las diez y seis composiciones que de él se conocen están consagradas á la galantería y al amor, y nada de particular contienen. Más interesantes son, por su objeto y color histórico, sus dos poesías de cruzada.

En la primera se queja del emperador, que tarda demasiado en cruzar la mar, é invita al marqués de Montferrat á seguirle cuando parta. En la otra acusa á los caballeros, á los reyes, á los barones y marqueses de retardar por sus querellas particulares la libertad de Jerusalén: habla de los cruzados que deben pasar á tierras de los griegos para socorrer á la emperatriz de Constantinopla, viuda de Pedro de Courtunai; é invita, por fin, al emperador Fe-

derico á hacer el viaje de Jerusalén y á Guillermo de Montferrat á vengar sin dilación la muerte de su padre Bonifacio.

Este mismo Guillermo de Montferrat es muy maltratado por Elías Cairel en otra composición. Se trata del *serventesio* que comienza:

Pus caí la fuelha del garric
farai un gai sonet novel...

Y aquí hallo la oportunidad de decir que no debe traducirse *sonet* por soneto, como alguien ha creído. *Sonet* no significaba en los provenzales, como entre los italianos, un género especial de poesía: se empleaba de ordinario como tonada, como aire, como sonido; es decir, *só* en provenzal. El *farai un gai sonet novel* del trovador que nos ocupa, quiere decir, al pié de la letra, *haré un alegre aire (sonido) nuevo*.

Deudes de Prades dijo también:

En un *sonet* gai e leugier
comens cansó...

«Con un son alegre y ligero comienzo mi canción.»

En el *serventesio*, pues, á que me refiero, Elías Cairel ataca de una manera durísima á Guillermo de Montferrat.

«Ahora que la hoja cae de la encina, dice, voy á componer un aire nuevo que enviaré al otro lado de Montgibelo, al marqués Guillermo de Montferrat...»

»Marqués, continúa, quisiera que los monjes de Cluny os eligieran por su capitán ó que fuéseis abad del Cister, pues tenéis un corazón tan pobre que preferís una carreta y una yunta de bueyes en Montferrat á ser emperador en otra parte. Bien puede decirse que nunca hubo otro hijo de leopardo que degenerase hasta el punto de meterse en un escondrijo como los zorros.»

Marqués, li monjes de Clunhic
vuell que fasson de vos capdel,
o siatz abbás de Cisthel,
pus lo cor avetz tan mendic,
que mais amatz dos buous et un araire

á Montferrat, que alors estr' emperaire:
ben pot hom dir qu' ammais filhs de lhaupart
no 's mes en crotz a guisa de raynard.

Y no para en esto. El poeta continúa diciendo al marqués que será indigno de llevar el nombre de sus antecesores y perderá todo honor y fama, si no se decide á conquistar el reino de Salónica, de que su hermano Demetrio había sido desposeido. Añade también que el marqués es mirado como bastardo por los franceses, los flamencos, los borgoñeses y lombardos; que sus antepasados fueron valientes, pero que él los deshonoró; y dice, por fin, que se ve obligado con dolor á aplicarle el proverbio de *á buen padre mal hijo*.

Es posible que esta sátira hiciera su efecto, pues en realidad vemos que Guillermo se decidió á intentar en 1224 la conquista del reino de Salónica, del que su hermano había sido arrojado. El emperador Federico II le prestó siete mil marcos de plata, y Guillermo le empeñó su marquesado hasta la devolución de la suma. Aquella expedición, como muchas otras, tuvo principios felices y consecuencias deplorables. Salónica fué tomada, pero el marqués murió al año siguiente envenenado por los griegos, regresando su hijo Bonifacio á Italia, casi solo, con los restos de un ejército. En cuanto á Demetrio, fué de nuevo destronado por los griegos y tuvo que ir á buscar un asilo en los estados de su sobrino.

Elías Cairel no obtuvo gran éxito durante su vida, debido según parece á un carácter independiente y brusco, que más de una vez le obligó á escribir durísimas sátiras contra sus mismos favorecedores. Verdad es que tampoco sus poesías revelan un ingenio superior, áun cuando es fama que llegaron á penetrar en Grecia, donde se tenían en estima.

He aquí, para terminar estos apuntes, muestra de una de sus composiciones, donde se nota la singularidad de que se hizo mención al comienzo de este artículo:

Estat aí dos ans
qu' ieu no fi vers ní chansó

mas era 'm somò
 fuelha e flors, e dos chans
 que 'l rosinhol fay;
 qu' ieu vey say e lay
 quasqus auzelhs domneiar
 ab son par;
 e pus tot quant es
 s' alegra, ben soi entreps,
 s' ieu no chant e no 'm asolatz;
 pero si 'm soi algu' *esforsatz*.

—
 La *forsa* es tan grans
 qu' ieu chan, car no 'm sap bo,
 e vi ja sazò
 que chantar no m' er afans
 qu' avia lo cor gay;
 mas eras non ay
 nulh joy que 'm fossa alegrar
 ni chantar;
 pero, s' ieu pogués
 fer la meitat de so qu' ieu pes
 ieu bayssera las poestatz
 perque 'l segles es *desonrats*.

—
Desonors e dans
 creys de malvaiza razò;
 que 'l princ' e 'l barò
 an baissat pretz e bobans,
 don valor dechay,
 e nengun non say
 perque puesa endressar;
 que l' avar
 an tan sobreprés
 totz seiz qu' eran larcs é cortés,
 que, ses colps, los an encausatz,
 don cuasqús deu esser *blasmatz*.

—
Blasmes et engans,
 es qui porta cor fellò,
 ab humil faissò
 et ab amorós semblans;
 pero no m' eschay
 qu' ieu 'm met' en play
 de lieys, cui soli' amar;
 qu' enganar
 li 'n vi pus de tres;
 mas n' ai tal chazida pres
 que m' a mi e 'lhs autres venjantz
 cui elha tenia *enchantatz*

Chansó, drogomans
 seras mo senhor Comó,
 e no m'ochaizó
 quar ieu non l' ai vist enans;
 que la gens de say
 dizon que val may
 que negús, pero be 'm par,
 si parlar
 vuelh eih, o volgués,
 perque 'l veyrás ans de dos mes;
 e si ma chansoneta 'l platz
 a ma dona Isabelh sia 'l gratz.

—
 Nuls hom non pot ben cantar
 sens amar;
 pero s' ieu agués
 gaia dona tal que 'm plagués,
 ges no suy tan desesperatz
 qu' ieu non amés, si fos amatz.

Tiene una canción dirigida al rey D. Alfonso IX de León como á mantenedor de júbilo, de canto y de alegre solaz, y como á quien nada hizo jamás indigno de un hombre de valía.

Al rei prezan de Leó vira te
 quar joi e chan manten e gai solatz
 e anc no fes contra valor traversa...

En otra poesía dice que ama sin engaño al rey de León, bueno ypreciado, al cual compara á una fuente cuyo fondo no ve.

Lo bon rei de Leó prezan
 am ses engan
 que 'l a usatge de la fon
 don no vei negun fodion.

TROVADORES

DE QUIENES SE TIENEN ESCASAS NOTICIAS Ó OBRAS DE POCO MÉRITO.

EBLES DE SEIGNÁS Ó DE SIGNA.

Hay una *tensión* de este trovador con Guillermo Adhemar sobre el asunto siguiente:

«¿Quién tiene más pena, el deudor que obligado á pagar una gruesa suma, no tiene oro, ni plata, ni medios de extinguir su deuda, ó el amante que amando tiernamente á una dama no puede obtener nada de ella?»

Ebles responde á esta cuestión que le propone Guillermo, diciendo:

—«Jamás hubo en el mundo hombre alguno que más maltratado se haya visto por el amor ni que haya tenido más deudas que yo. Así, pues, puedo hablar de la cuestión con verdadero conocimiento de causa. El tormento de los deudores es incomparablemente más cruel que todos los males de amor, y no hay nada peor que oír decir en todas partes: «¿Cuándo pensáis pagarme?»

Guillermo sostiene lo contrario, porque, según él, puede convencerse con buenas palabras á un acreedor y hacerle que aguarde, mientras que no hay remedio ninguno contra los males de amor.

EBLES DE SANCHA Y EBLES DE UISEL.

Hay noticia de estos dos trovadores, pero no existen obras suyas.

Del primero encuentro en un manuscrito que estuvo largo tiempo en Castilla y que allí se enamoró de una da-

ma llamada Sancha, á quien loaba en sus canciones, haciéndose llamar Ebles de Sancha, para que todo el mundo supiera que pertenecía en cuerpo y alma á aquella dama.

Ignoro qué veracidad tenga esta noticia, que refiero según la hallé escrita.

ECUYER DE L'ISLE.

Existe de él una sola poesía en que se lamenta de su amada, la cual paga con ingratitud sus servicios y su amor, manifestándose resuelto á abandonarla.

ELIAS FONSLADA.

N' Elias Fonsalada si fo de Berjerac, del evesquat de Perigord; bels hom fo molt de la persona, e fo fils d' un borgès que se fes joglar. En Elias fo joglars atressi; no bon trobair, mas noellair fo, e saup ben estar entre la gen.

A esto se reduce todo lo que de este trovador dicen las biografías provenzales.

Por estas líneas se deduce que era muy bien recibido en las cortes, que había sabido adquirirse simpatías por su trato de gentes, y que, si no un buen trovador, fué un buen novelista ó autor de *novas*.

No quedan de él otras composiciones que dos poesías de amor muy medianas dirigidas al rey de Aragón.

ESPERDUT.

Existen de este trovador dos obras: una canción de amores, algo libre, y un *serventesio* contra los señores que son malos con sus súbditos y cobardes ante sus enemigos.

ESQUILHA.

Otro trovador del que sólo queda una poesía de género picaresco y libre.

FEDERICO, REY DE SICILIA,

Y

EL CONDE DE AMPURIAS.

Desde la sangrienta tragedia de las Vísperas Sicilianas, la casa de Aragón se mantenía en el trono de Sicilia á pesar de los anatemas del Vaticano, contando con el apoyo de aquellos naturales que odiaban á los franceses y á la casa de Anjou.

A la muerte de Alfonso de Aragón, llamado *el Benigno*, sucedióle Jaime II, que hasta entonces había gobernado en Sicilia, dejando este reino á cargo de su hermano Federico; pero cuando más tarde el monarca aragonés, conviniéndose con el Papa Bonifacio VIII, renunció la Sicilia, mediante que Carlos de Valois desistiese de sus pretensiones á la corona de Aragón, los sicilianos, reuniendo sus Estados generales en Palermo el año 1296, proclamaron por rey á Federico.

En las crónicas de Sicilia, que no en las nuestras, hay que ir á buscar las noticias y antecedentes relativos á Federico de Aragón.

El amor de los sicilianos por Federico era fundado. Este príncipe, en Sicilia desde su infancia, se había distinguido mucho, tanto en el arte militar y en el manejo de las armas, como en el estudio de las bellas letras, á las que en Sicilia se prestaba entonces particular culto. Era Federico poeta, y se ocupaba en componer versos en provenzal; pero aún cuando parece que hubo de escribir muchos, sólo nos queda de él la poesía de que luego me ocuparé, considerada quizá únicamente por su valor históri-

co. Fué también amigo particular del Dante, y hay motivos para creer que este ilustre poeta pensaba dedicarle su canto del Purgatorio. Sin embargo, hubo de romperse, por ignorados motivos, el lazo que unía á entrambos, y Dante invectivó á Federico en varios pasajes de su obra inmortal.

Brillando por su juventud, por su apostura, por su gallardía y su talento, Federico era universalmente querido en Sicilia. Se le reconocían las mejores cualidades para ser un príncipe sensato, liberal, amante de la justicia y capaz de hacer la felicidad del país. Por esto el partido nacional de Sicilia se agrupaba en torno suyo, esperando mantener con él los frutos de la revolución de las Vísperas.

Así, pues, cuando decididamente se supo la resolución de D. Jaime, Sicilia toda, con gran fervor y con gran entusiasmo, fijó sus miradas en Federico, consagrándole y coronándole como su rey en Abril de 1296, en medio de una pompa y esplendor como jamás se había visto.

Federico empuñó las riendas del gobierno con mano firme y varonil, y se dispuso á sostener su trono y la independencia y libertad de Sicilia contra los anatemas del Vaticano y contra las iras de su propio hermano el rey de Aragón, que se disponía á moverle guerra, aunque, á decir verdad, con celo más afectado que real y efectivo.

Fué probablemente entonces, en esta época y durante el primer entusiasmo de su reinado, cuando Federico compuso la única poesía que de él se conoce. Va dirigida al conde de Ampurias, Pons Hugo III, poeta también, uno de los varios catalanes que continuaron siendo fieles á Federico de Sicilia, prestándole el apoyo de su consejo y de su espada.

Milá llama á este conde de Ampurias Pons Hugo IV, y dice que acompañó al rey de Aragón D. Jaime en su viaje á Roma y en su expedición contra Sicilia. Creo que es una equivocación de este sabio autor. Pons Hugo, el poeta, fué el III y no el IV de este nombre, que no lo hubo en los condes de Ampurias, y no hizo armas contra Sicilia, sirviendo á D. Jaime, sino que desde el principio

se puso en favor de Federico, que le nombró, por cierto, conde de Esquilache, haciendo, por el contrario, armas contra D. Jaime II.

De la poesía de Federico y de la contestación que le fué dada por el conde de Ampurias, copian sólo Raynouard y Milá unos pasajes. Es que ambas llegaron mutiladas á su noticia, y también con grandes errores en los pasajes que trasladan, los cuales alteran el sentido. Puedo yo restablecer la verdad y dar íntegras las dos poesías, gracias á haberlas encontrado en la obra que sobre las Vísperas Sicilianas escribió Amari, el cual copió aquellas composiciones de la biblioteca laurenciana de Florencia (códice XLII, pág. 63), y las traslada entre sus documentos justificativos.

Leyéndolas íntegras en su original es como podemos hacernos cargo de toda su importancia histórica y política.

DOMPNE FREDERIC DE CICILIA.

Ges per guerra no 'm cal aver consir
ni non es dreiz de mos amics mi plagua,
qu'a mon socors vei mos parents venir
e de m' onor chascuns s' esforça e 's lagna
perque 'l meu nom maior cors pel mon aia.
E se neguns par que de mi s' estraia,
no 'l en blasme que almen tal faiz apert,
qu' onor e pretz mos lignages en pert.

Pero 'l reço dels Catalans auzir
e d' Aragó pui far par Alamagna,
e ço qu' emprés mon paire, gent finir,
del reng' aver crei que per dreitz me tangna,
e se per so de mal faire m' assaia
ninguns parents, car li crescha onor gaia,
be 'm porrá far damage a descubert,
qu' en altre sol no 'm dormi ni 'm despert.

Pobble, vai dir a chui chaussir so plaia
que dels Latins lor signoria m' apaia,
perque aurai lor e il me per sert,
mas mei parents mi van un pauc cubert.

«No debo apesadumbrarme por la guerra, ni tengo derecho tampoco á quejarme de mis amigos, pues veo que mis parientes vienen á prestarme auxilio, y todos se esfuerzan y afanan por mi honor, á fin de que mi nombre

resuene con gloria por el mundo. Si alguno parece abandonar-me (D. Jaime II de Aragón), no le censuro, porque al menos lo hace abierta y francamente, sin que pierda nada mi linaje en honor y prez.

»Aún puedo yo hacer que resuene el grito de guerra de los catalanes y aragoneses hacia Alemania, y terminar noblemente la empresa de mi padre. Con respecto á este reino, me creo con derecho á ceñir su corona, y si por esto alguno de mis parientes, animado de una noble ambición, trata de combatir-me, presentarse puede abiertamente, pues dispuesto estoy á defender el suelo de mi nueva patria.

»Pueblo, puedes decir á aquellos no decididos aún, que quiero súbditos que tengan las virtudes latinas, siéndoles yo tan fiel como ellos para mí lo sean, pues esta enseñanza recibí de mis padres.»

Como se ve, es esta una noble poesía y demuestra en su autor un carácter varonil y entero, al par que gran discreción y nobleza de sentimientos.

A esta composición contestó el conde Pons Hugo III de Ampurias con la siguiente, única de este poeta llegada á nuestra noticia y á nuestros tiempos:

RESPONSIVA DEL COMS EN PUNA.

A l' onrat rey Frederic terz vai dir
qu' a noble cor nos taing poder sofragna,
Peire comte; e puse li ben plevir
que dels parentz qu' aten de vas Espaigna
socor ogan no creia qu' a lui vaia,
mas en estiu fassa cont que 'ls aia,
e dels amics: e tegna l' oil ubert
que 'ls acoiglla pales e cubert.

Ne no 's cug ges que' seus parentz dezir
que 'l perda tan que 'l regne no il remagna,
ni 'ls baís d' onor per Franzéis enrechir
que 'n laisaron lo plan e la montagna.
Confundal Dieus e lor orgoil decaia,
pero lo rey e Cicilian traia
onrat del faitz, que 'l poublat e 'l desert
defendan ben da choision ápert.

Del joven rey me platz com no s' esmaia
per paraulas, sol qu' a bona fi traia

so que 'l paire conquis à lei de sert,
e si 'l reten, tenremle per espert.

«Conde Pedro, ve á decir al honrado rey Federico III que cuanto más noble es el corazón más alta debe ser la empresa, y puede estar bien seguro que no recibirá ahora los auxilios que espera de sus parientes de España, pero hágase cuenta que ni de ellos ni de sus amigos le faltarán en cuanto llegue el verano. Procure, sin embargo, no fiar sólo en esta esperanza, y esté alerta y vigilante. Sus parientes no desean ciertamente su ruina ni quieren que pierda su reino, enriqueciéndose los franceses á sus expensas y apoderándose de los valles y de las montañas. ¡Confunda Dios á esos franceses y humille su orgullo, y cúbrase de gloria el rey con altos hechos en defensa del país!

»Me place que el joven rey no desmaye ante los anatemas, y sea fuerte para llevar á buen término lo que su padre emprendió con tanta gloria, que por bueno lo tendremos como así lo consiga.»

Tal es la poesía del conde de Ampurias, no menos levantada que la del rey.

El conde Pedro, por cuyo conducto dirige Pons Hugo sus versos á Federico, no puede ser otro, á juicio de Amari, que el conde Pedro Llansa, hijo de Conrado Llansa, hecho conde de Caltanisseta el día de la coronación de Federico.

No se conoce de Pons Hugo más poesía que la que acaba de leerse, y sin embargo, debió ser fecundo poeta, pues se le cita como tal.

Pocas son también las noticias que de su vida se tienen. Se sabe que fué uno de los que acompañaron al rey don Pedro á Burdeos, para tomar parte en el combate que debía tener lugar allí entre el monarca aragonés y Carlos de Anjou. Sirvió á su rey y á su patria con grande amor, siendo uno de los más nobles y leales defensores de uno y de otra, cuando Cataluña fué invadida por los franceses al mando de Felipe *el Atrevido*, corriendo entonces grandes peligros y viendo arruinado su condado por aquella invasión. Con la misma lealtad sirvió luego al hijo de D. Pedro,

Federico de Sicilia, á cuya causa hubo de consagrarse y en cuyo servicio murió.

Por lo que toca á Federico, he aquí el juicio que de él han formado los historiadores de Sicilia:

«Federico III, dice uno de aquellos, vivió hasta 1337, y tuvo el tiempo de afirmar su casa en Sicilia. Fué un noble príncipe, afable, amigo de las letras, que cultivó con gloria, fácil en sus amistades y muy dispuesto á dejarse guiar por sus favoritos. Sus costumbres no fueron irreprochables, y la historia debe condenarlas. Fué más soldado que político, y con su avaricia oscureció el brillo de sus nobles prendas. Por lo demás, si no se elevó á la altura de un gran capitán y de un hombre de Estado, ocupará siempre, sin embargo, un sitio de honor en la historia de Sicilia, pues que fué franco y leal, constante en la adversidad, hábil en la guerra, valiente en el campo de batalla, vigilante en la administración del reino, humano con sus súbditos, y digno de alabanzas por las acertadas leyes políticas que llevan su nombre.»

FERRARI DE FERRARA.

Maese Ferrari, como le llaman las *Vidas de los trovadores*, era un juglar de Ferrara, tan inteligente para componer en lengua provenzal como el que mejor hubiese. Era muy instruido, escribió varios libros, y prestó muy buenos servicios á los barones y á los caballeros, permaneciendo siempre muy adicto á la casa de Este, gran protectora de los trovadores y de las letras.

«Floreció en tiempo de Azón VII, marqués de Ferrara, en 1264. Cuando los marqueses daban fiestas y tenían corte, acudían allí los juglares, y aquellos de entre éstos que eran provenzales ó entendían esta lengua, iban á encontrar á maese Ferrari, proclamándole por su maestro. Si acertaba á haber alguno más hábil que los otros y que quisiera entablar alguna controversia sobre sus obras ó las de otros, maese Ferrari contestaba en el acto, de manera que venía á ser como un campeón en la corte de la casa de Este.

»Sólo escribió en su vida dos canciones y una *retroencha*, pero en cuanto á versos y *serventesios* escribió muchos y de los mejores. De cada canción ó serventesio de los trovadores sacaba una ó dos coplas, donde encerraba la moralidad del poema ó los pensamientos más ingeniosos. En este extracto no ponía ninguna copla suya.

»En su juventud, maese Ferrari amó á una dama llamada Turca, en honor de la cual escribió muy buenos versos. Cuando fué viejo, no salía apenas de Ferrara sino para ir á Trevisa con objeto de visitar á Gerardo de Achamín y á sus hijos que le veían con placer, le recibían muy bien y le favorecían mucho á causa de su mérito y por amor al marqués de Este.»

A esta relación, traducida casi al pie de la letra de las *Vidas de los trovadores*, se reducen todas las noticias de Ferrari.

Sin embargo, puedo añadir á éstas alguna que mis investigaciones me han procurado.

Azón VII de Este, llamado *el Joven*, sucedió en 1215 á su hermano Aldobrandino I, heredando, al propio tiempo que el marquesado de Ferrara, el espíritu güelfo y los odios de su familia. En 1221, al frente de un cuerpo de tropas, declaró la guerra á Salinguera, podestá de Ferrara y gibelino, y tomóle por asalto el castillo de Fratta, pasando á degüello á todos sus defensores. Sólo escapó á la matanza un joven, que huyó del castillo llevándose á cuestas á su madre para salvarla. Los fugitivos fueron presos y presentados á Azón, que les perdonó la vida. Era este joven el poeta Ferrari.

Desde aquel momento siguió la suerte de Azón, siéndole fiel en vida y en muerte. Concedióle Azón un puesto de confianza á su lado, y debió acompañarle en todas sus empresas, pues encuentro que cuando tuvo lugar el sitio de Ferrara, era nuestro poeta uno de los que acompañaban al marqués de Este.

Durante su larga vida sirvió con lealtad á la casa y á la familia de Azón, y parece haber dejado escrita en latín una historia de esta casa.

FOLQUET DE LUNEL.

No existen detalles biográficos de este trovador, pero sus poesías nos dan á conocer que vivía en tiempo de Alfonso X, rey de Castilla, y de Enrique, conde de Rodez, es decir, en la segunda mitad del siglo XIII.

Ocho composiciones quedan de Folquet de Lunel, entre ellas un *romanz* que contiene más de quinientos versos de ocho sílabas. Esta obra, curiosa principalmente como pintura de costumbres, es una sátira contra los reyes, los señores, los clérigos, los herejes, los agricultores, los pastores, los posaderos, los usureros, los depositarios infieles, los maridos libertinos y las mujeres ligeras. Es realmente un cuadro de los vicios de la época, generales á todas las clases y condiciones.

El comienzo es de una singular devoción y dice así:

«En nombre del Padre glorioso que formó el hombre á su imagen, voy á escribir un canto propio para complacer á los buenos y disgustar á los malos, que descuidan el servicio de Dios, cuya sangre nos rescató. Yo no veo ya á emperadores, reyes, gente de Iglesia, duques, condes ni barones empleados en servir á Dios, como sucedía antes cuando siempre se encontraba á alguno que iba á Siria para vengar á Nuestro Señor. Nadie piensa hoy en recobrar el santo sepulcro, del cual están en posesión los turcos.»

Sigue luego una violenta declamación contra las gentes de iglesia «que toman, dice el poeta, todo aquello que les agrada, valiéndose del arma de la excomunión.»

Más adelante dice:

«El emperador ejerce injusticias contra los reyes; los

reyes contra los condes; los condes despojan á los barones; estos se apoderan de los bienes de sus vasallos y saquean á los campesinos. Los labradores y pastores cometen á su vez otras injusticias. Los que trabajan al día no ganan el dinero que exigen; los médicos ejercen una profesión que ignoran, matan creyendo curar, y se hacen pagar sin embargo; los mercaderes y artesanos son embusteros y ladrones; los juglares corren el mundo para referir historias maldicientes; los maridos y las mujeres pecan y se engañan mutuamente; las mujeres tienen hijos que son de sus amantes y que ponen sin embargo en la cuenta de sus maridos. Los posaderos, á primera vista, parecen buenos y se apresuran á servirlos; la posadera se os presenta complaciente, los criados parecen salir al encuentro de vuestros deseos, pero luego todos os sirven mal y de mala manera; á vuestros caballos les dan mala cebada y mal medida, y los tocinos acuden á comerse lo que han dado á vuestros caballos, mientras que vosotros dormís en lechos infames entre sábanas sucias; y aún después de esto, os acribillarán á injurias si no pagáis doble todo lo que os han proporcionado.»

Por este estilo continúa el poeta ocupándose de todo y de todos. Se desencadena contra los valdenses, los herejes y usureros, los depositarios infieles, los incrédulos y blasfemadores, contra los alguaciles que persiguen á los pobres, contra los deudores que no devuelven lo que se les ha prestado.

Habla luego de los goces del paraíso y de las penas del infierno. Confiesa que ha vivido como pecador y espera que la misericordia divina le dejará tiempo para arrepentirse y reformarse. Representa las redes del diablo tendidas por todas partes, hasta en los claustros, con tanta sutileza que hasta los ángeles, dice, caen en ellas. Pide á Dios que ponga paz entre los reyes. Recomienda al Papa, como luz que es y guía de la cristiandad, que no permita guerras en los países que por Dios le fueron confiados, y le advierte que puede caer en desgracia de Dios, si no se apresura á hacer cesar las turbaciones de Sicilia tan afflic-

tivas para los cristianos como gratas para los paganos, aludiendo con esto el trovador á la guerra por la cual entonces la casa de Aragón disputaba la corona de Sicilia á la casa de Anjou.

La terminación del *romanz* está de acuerdo con el principio:

«Comenzó este *romance* en nombre de Dios; que concluya en el mismo, y que sea enviado al valiente conde de Rodez para que pueda reformar lo que halle reprehensible, pues tiene juicio sano. Y si este *romance* es bueno, que sea insertado en su libro, que es una colección de obras antiguas.

»Yo, Folquet, hice este *romance* de la vida mundana en Lunel, el año de J. C. 1284, por este mismo Folquet que desde hace cuarenta años ofende á Dios, de edad cuarenta años.»

Este dato nos da la fecha del nacimiento del trovador en 1244.

Su composición más importante, y que tiene verdadero color histórico, es la que dirigió al rey D. Alfonso de Castilla, abogando por sus derechos, y he aquí con qué motivo.

Después de los sucesos á que dió lugar la deposición del emperador Federico II, perseguido por la Santa Sede, aspiró al imperio, entre otros, el rey de Castilla, y mereció obtener en 1257 la mayoría de votos de los electores. La elección de D. Alfonso no fué, sin embargo, confirmada por el Pontífice, ni logró de ella más que un vano título á pesar de todos sus esfuerzos y de las grandes sumas que distribuyó por Italia y Alemania para obtener simpatías y partidarios. El menor número de votos lo obtuvo Ricardo de Cornualles, hermano de Enrique III rey de Inglaterra, y después de la muerte de Ricardo eligióse á Rodolfo de Hasburgo, que tuvo decididamente en su favor la corte de Roma. Hasta el año 1275, y aún más allá, conservó sus pretensiones y trató de hacer valer sus derechos Alfonso *el Sabio*, á quien sostenían particularmente con grande empeño los genoveses y las provincias de Milán, Pavia y

Cremona, las cuales esperaban que fuese allí á imponerse con un ejército.

A sostener el derecho de D. Alfonso, á incitarle á mantenerlo, á condenar la parcialidad del Papa, es á lo que se dirige el *serventesio* de Folquet, destinado á ensalzar al monarca castellano en cuya corte es atendida la razón, *cort on escot' om razó*.

«Al buen rey, que es rey de gran prez, rey de Castilla y de León, rey en acoger y rey en honrar, rey en dar buen galardón, rey en valor y rey en cortesía, rey á quien place todo el año júbilo y solaz, debe acudir el que entender quiera en buenos hechos, pues mejores no los aprenderá en ninguna parte del mundo.

»Porque él mantiene una corte en que todo hombre bueno puede tener esperanzas de ser recompensado; corte donde nada se quita ni se fuerza, corte en que es atendida la razón, corte sin orgullo y sin villanía y corte donde hay cien donadores que muchas veces, sin que se les pida, hacen tan buenos dones como tales reyes que yo sé á quien se los demanda.

»Sólo un rey sé compararle por la largueza, si pudiese dar tanto como él: este es el franco rey de Aragón, cuyo corazón vale tanto que empequeñecería á todo el mundo si pudiese cumplir los deseos de dar que le animan; y si lo tuviese, daría D. Pedro tanto como otro cualquiera.

»Mas una cosa me maravilla de los electores que se han escogido, y es que pudiendo designar emperador no pongan en posesión del imperio á aquél á quien corresponde, al valiente rey D. Alfonso, que tiene valor muy subido, que mantiene una corte con ostentación como no la mantuvo mejor otro hombre y que todavía crece en prez y en honor.

»Pues entre los lombardos oí contar que los alemanes, los de Bravante y los romanos sin disputa alguna quieren para él la elección del imperio, y que Milán, Pavía, Cremona y Ast y los genoveses tienen grande ánimo de que recibirán con mucho honor al buen rey castellano si pasa á Lombardía.

»De desear fuera que se pudiese citar el Papa ante uno mayor que él, pues no quiere hacer buen perdón del rey D. Alfonso y del rey Carlos, y de desear que fuese devuelto D. Enrique, que es ya hora, y que no estuviese más tiempo vacante el imperio, y luego con todos los reyes que han recibido bautismo se fuese á vengar á Jesucristo en Palestina.

»Rey castellano, vuestro valor sobresale entre todos los que tienen los demás reyes, y más que rey alguno sabéis precaver de daño á quien á vos acude.

»En seguida y sin demora llevad, Bernardo, mi serventesio á Castilla para D. Fernando (de la Cerda?) y decidle que piense lo que es y de dónde viene, y seguirá buen camino.»

Al bon rey qu' es reys de pretz car,
 reys de Castella e de Leó,
 reys d' aculhir e reys d' onrar,
 reys de rendre bon guiardó,
 reys de valors e reys de cortezia,
 reys a cui platz joys e solatz tot l' an
 qui vol saber de far bos faitz s' en an,
 qu' en luec del mon tan bé no 'ls apenria..

.....

Enrique II, conde de Rodez, hubo de ser el protector de este poeta, ya que éste le nombra su señor, le dirige no pocas alabanzas y le dedica la mayor parte de sus cantos.

En varios de éstos Folquet se presenta como extremadamente devoto de la Santa Virgen, que era el culto que á mediados y fines del siglo XIII trataban de establecer en Provenza las llamadas *Cofradías del Rosario*. Cediendo al influjo de las ideas nuevas, los poetas, en lugar de cantar caballeramente, como antes, las bellezas y los amores de su dama, loaban la hermosura y el amor de la Virgen; pero como todavía quedaba la tradición de escuela en la poesía, resultaban sus composiciones religiosas con un sello verdaderamente profano.

Esto es precisamente lo que caracteriza las poesías de Folquet dedicadas á la Virgen, la cual es para él una dama incomparable, cuyos encantos ensalza con ideas ga-

lantes y romancescas, poco más ó menos como hacían los más antiguos trovadores con su amada. En una poesía llama á la Virgen su *Gersón*, y la canta en términos verdaderamente profanos, como si pura y simplemente se tratara de su querida.

Sin duda su protector, el conde de Rodez, no debía gustar de esa devoción galante, y se burló de ella alguna vez, pues que Folquet, en una composición dirigida á su señor, le exhorta á hacer penitencia por haber blasfemado de su bella dama, le acusa de haber cometido una gran herejía por haber hablado de ella en términos equívocos, y le declara la guerra hasta que haya cambiado de manera de pensar.

«Mi *Gersón*, dice, fué concebida sin pecado y es pura como el sol. El bravo conde de Rodez debiera declararse su campeón, y volveríamos entonces á ser amigos.»

FOLQUET DE MARSELLA.

I.

En las *Vidas de los trovadores*, escritas en provenzal por el Monje de las Islas de Oro, se dice de este trovador lo siguiente, al pié de la letra traducido:

«Folquet, de Marsella, era hijo de un mercader de Gé-
 »nova que se llamaba Alfonso, y que, á su muerte, le dejó
 »muy rico. Tenía Folquet mucho talento, era muy enten-
 »dido, y ofreció sus servicios á hombres poderosos, con los
 »cuales privó, acompañándoles en sus excursiones y co-
 »rrierías. Obtuvo el favor del rey Ricardo y del buen con-
 »de Ramón de Tolosa, y de Barral, su señor de Marsella.
 »Supo trovar muy bien y era de gentil y gallarda presen-
 »cia. Cortejaba á la mujer de su señor Barral, aclamándola
 »por dama de sus pensamientos, y á ella dedicaba sus can-
 »ciones; pero ni su mérito personal ni el de sus canciones
 »pudieron jamás obtener de ella el más leve favor amoro-
 »so, cosa de la cual se queja amargamente en todas sus
 »poesías.

»Cuando el buen rey Alfonso de Castilla fué derrotado
 »por el rey de Marruecos, que era apellidado Miramamo-
 »li †, quien le tomó Calatrava y Salvatierra y el castillo de
 »Toninas, hubo gran llanto y consternación en toda Es-
 »paña, y entre todas las buenas gentes que supieron la nue-
 »va, á causa del deshonor que de ello sufrió la cristiandad
 »y de las grandes pérdidas sufridas por aquel buen rey en
 »personas y tierras. Ya otras veces sucediera que las gen-
 »tes del Miramamoli habían invadido el reino del rey Al-

† El emir Yusuf-ben-Tachfin, príncipe de los almoravides.

»fonso, causándole graves daños y perjuicios. Sucedió entonces que el buen rey Alfonso envió sus mensajeros al Papa para pedirle que le hiciese socorrer por los barones de Francia y de Inglaterra, por el rey de Aragón y por el conde de Tolosa. Folquet, que era muy gran amigo del rey de Castilla, y que aún no había entrado en la orden del Cister, compuso entonces una predicación (*fez una prezicanza*) para alentar á los barones y buenas gentes á socorrer al buen rey de Castilla, insistiendo sobre el honor que les reportaría el auxilio que diesen al rey y el perdón que de Dios alcanzarían por ello, cuya predicación comenzaba así:

Hueimais no i conose razo...

»Folquet, como ya sabéis, amaba á la esposa de su señor Barral, madama Azaláis de Roca Martina, y la loaba en sus versos, y por ella y para ella componía sus canciones; pero tenía buen cuidado de que no se divulgara, pues que era la mujer de su señor y se le hubiera achacado como grande felonía; y su dama soportaba sus ruegos y canciones á causa de los grandes elogios que de ella hacía. Barral tenía dos hermanas de grande mérito y de mucha belleza, llamada la una Laura de San Jorlán, y la otra Mabilia de Ponteyés. Las dos habitaban con Barral, y Folquet tenía tanta intimidad con ellas, que no parecía sino que estaba en relaciones amorosas con cada una. Madama Azaláis pensaba que se entendía con Laura, siendo correspondido de ésta, y le acusó, y le hizo acusar por muchas personas, y acabó por despedirle, no cuidándose de escuchar por más tiempo ni sus ruegos, ni sus canciones, ni sus buenas palabras. Así, pues, le hizo decir que se alejase de Laura y que no esperase ya más de ella misma ni amistad ni amor.

»Sintióse mucho Folquet de que su dama le hubiese despedido, y abandonó diversiones, cantos y alegrías.

»Largo tiempo permaneció sumido en la tristeza, lamentando su grande desventura, pues perdía á su dama, que era lo que más amaba en el mundo, á causa de otra

»dama, de la cual sólo por cortesía se había ocupado.

»A consecuencia de estos pesares, pasó á visitar á la
 »emperatriz, mujer de Guillermo de Montpeller é hija del
 »emperador Manuel, la cual era dama de altas prendas,
 »muy nombrada por su protección al mérito, su amor á
 »la cortesía y su afición al gay saber, y le contó todas
 »sus cuitas. Le consoló la emperatriz lo mejor que pudo,
 »y le suplicó que no se apesadumbrase ni desesperara, si-
 »no que, por el contrario, tornase á cantar y á hacer can-
 »ciones por el amor de ella; y así fué como, cediendo á
 »los ruegos de la emperatriz, compuso aquella canción que
 »dice:

Tau mon de corteza razo...

»Y sucedió que Mad. Azalais murió, y Barral su marido,
 »señor de Folquet, murió también; y el buen rey Ricardo
 »murió, y lo mismo el buen conde Ramón de Tolosa y el
 »rey Alfonso de Aragón. Entonces, la tristeza que hubo de
 »causarle la muerte de su dama y de todos estos prínci-
 »pes, le hizo abandonar el mundo, y entró en la orden del
 »Cister con su mujer y dos hijos que tenía. Y fué abad de
 »una rica abadía de Provenza que se llama Torondet, y en
 »seguida fué nombrado obispo de Tolosa, y allí murió.»

Tal es la biografía que de Folquet se nos traza en las *vidas* de algunos trovadores, sacadas del olvido en que yacían, gracias á los trabajos inteligentes de Raynouard, del *indígena* de Tolosa y de otros hombres de mérito; pero mucho, y mucho más ciertamente, hay que decir de aquel trovador célebre cuya tempestuosa y agitada vida se movió en un gran teatro, y cuya sombría figura se dibuja con negros perfiles en las sangrientas escenas de su época.

Vamos, pues, á decir todo lo que de él ha llegado á nuestra noticia, y procedamos con orden.

II.

Folquet, Folquetz, Fouiquet, Foulques ó Folqueto, que con todos estos nombres es conocido, según son los

autores que de él se han ocupado, debió nacer por los años 1155 en la ciudad de Génova, pues si bien se le llama vulgarmente Folquet de Marsella, no es á causa de ser hijo de esta población, sino por ser allí donde pasó gran parte de su vida, allí donde escribió sus más inspirados cantos, y allí, finalmente, donde estuvo el teatro de sus cuitas de amores.

Es exacto, y comprueba con todos los demás documentos que he tenido ocasión de examinar, lo que de él dice su biógrafo provenzal relativamente á su amor hacia la hermosa dama Azaláis ó Adelaida de Rocamartí, mujer de Barral de Marsella.

Barral ó Beraldo de Baucio, vizconde de Marsella, era uno de los más nobles y poderosos señores de Provenza. Conocida es la pretensión de la casa de Baucio al señorío y condado de Provenza, y sabidas son sus largas é incesantes luchas con la casa de Barcelona disputándose aquella soberanía.

Barral tenía *corte* en su palacio de Marsella, corte de la cual eran soberanas su esposa la vizcondesa Azaláis, ó Adelaida, á quien las crónicas dan el dictado de hermosa entre las hermosas, y sus hermanas Laura y Mabilia, que no cedían por cierto á su cuñada en belleza y donosura. Allí acudían los más gallardos donceles, los más apuestos caballeros y los más renombrados trovadores, quienes rivalizaban en sus cantos, ya para loar la grandeza de la casa Baucio, ya para ensalzar la gentileza de las damas de su corte.

Era muy frecuente entonces, entre los grandes y nobles señores, *tener corte* y celebrar reuniones que tenían directamente por objeto fomentar y perfeccionar el *arte de trovar*, que en aquella época era reputado como necesario. Cuando la trompeta guerrera no llamaba á la lid, en cuyo caso todo sufría interrupción, los castillos feudales y los palacios de los más poderosos barones se convertían en centros ó academias del *gay saber*, á donde acudían desde remotos puntos los más célebres trovadores para componer versos, cantarlos y ofrecerlos á las señoras de sus pensa-

mientos, ocupando también el tiempo en discutir sobre cuestiones de un orden muy sutil por cierto, cuestiones que versaban en gran parte sobre temas y puntos amorosos.

Durante mucho tiempo, la corte de los Baucios fué punto de cita para galanes y trovadores, pero lo fué principalmente en época en que vivían Beraldo, uno de los más fastuosos y espléndidos señores que ha tenido la casa de Baucio, y Adelaida, su esposa, una de las damas de su tiempo más renombradas por su hermosura, su cortesía y su amor á la literatura. Ya hemos tenido ocasión de ver, y veremos más principalmente al llegar á Pedro Vidal, cómo figura en la vida de algunos trovadores esta dama, á la cual se consagró Folquet por completo, sin que su relevante mérito y sus cualidades personales consiguiesen jamás ablandar el corazón de la cruel que así le desdeñaba, tal vez porque otro amante más feliz había hallado el camino de su alma, muda y rebelde para el amor de Folquet.

Por largo tiempo suspiró éste á las plantas de Adelaida, que gustaba de él ciertamente, pero sólo porque la celebraba en sus cantos, que eran muy estimados y propagaban por todas partes el eco de su nombradía y gentileza.

Todas las noticias que tenemos concuerdan en decir que Folquet llevaba en aquel entonces una vida de disipación y locura, como si hubiese querido sofocar con el estrépito y bullicio el pesar que le causaban los desdenes de su dama. Parece que los rigores de ésta llegaron á ser intolerables para el trovador que, el mejor día, víctima de una de aquellas intrigas tan frecuentes en los palacios, fué despedido de la corte de los Baucios, perdiendo á un mismo tiempo el favor del príncipe y la esperanza de conseguir el amor de su amada.

Folquet huyó entonces de Marsella para refugiarse en Montpellier, en cuya corte fué brillantemente acogido, mereciendo toda clase de consideraciones á Eudoxia, la hija del emperador griego, casada con Guillermo de Montpellier; y más adelante, cuando hubieron muerto Adelai-

da, Eudoxia, el príncipe de Baucio y el conde Ramón V de Tolosa, protectores del trovador, se afectó de tal manera con estas muertes, que, en un acto de desesperación, resolvió abandonar el mundo, y después de haber decidido á su mujer y á sus dos hijos á abrazar la vida religiosa, entró él á su vez en la orden del Cister el año 1200.

III.

Desde el momento en que el trovador, célebre por sus versos apasionados, se hubo hecho monje, una nueva existencia comenzó para él. Hubo de decir adios á la vida errante y vagabunda, frívola y caprichosa de la gaya ciencia, hubo de arrinconar y cubrir con un velo de luto su lira de amores, hubo de romper con su pasado de locas aventuras y de glorias mundanas; pero tuvo que dar en cambio nuevo pasto á la actividad de su espíritu inquieto y de su genio turbulento. Despertóse en él la ambición con terrible violencia á tiempo que la escena de un gran teatro aparecía á sus ojos.

Precisamente, en los momentos en que el trovador vestía su sayal de monje, comenzaban en Provenza las primeras escenas de aquel sangriento drama que se llama la cruzada contra los albigenses, y la ambición llevó á Folquet á tomar en él una parte muy activa.

La Provenza, país de luz, de amor, de entusiasmo, de sentimiento, de patriotismo, había visto nacer y germinar en su suelo los que más tarde han sido llamados herejes albigenses. En el fondo no eran aquellos hombres otra cosa que lo que hoy llamaríamos libre-pensadores ó independientes.

Ya varias veces y en diversas ocasiones había la Iglesia condenado las doctrinas de las distintas sectas que se habían ido sucediendo y reproduciendo en aquel suelo clásico del amor y la poesía; pero la Provenza era un país de tolerancia y de hospitalidad donde la vida se pasaba alegremente, donde todas las opiniones eran respetadas, to-

das las inteligencias admiradas y todas las libertades admitidas. Mal se avenía con esto la corte de Roma que, en su tendencia al señorío pontifical del universo, no podía consentir hubiese un pueblo, una fracción ó una secta de hombres bastante osados para sujetar á discusión ciertos puntos del dogma, para predicar contra el escándalo y los excesos de varios sacerdotes, para propagar ideas de libertad y de independencia, para seguir un rito particular, para aconsejar que los rezos debían hacerse en la lengua romana ó provenzal, como lengua del país, pareciendo así desconocer la supremacía de la vieja lengua religiosa y política de Roma.

Subió en esto á ocupar la Sede Pontificia Inocencio III. Sabido es cuáles eran sus miras, y conocidos son sus esfuerzos para hacer que todas las testas coronadas de Europa le prestasen vasallaje, reconociendo su supremacía.

No podía consentir Inocencio que en un rincón de la Francia meridional se alzase una hueste de libres pensadores, y comenzó á desencadenar contra ellos los rayos y las iras del Vaticano.

Ya en 1198 había enviado á las tierras de Provenza ó de Languedoc dos monjes del Cister, cuyas predicaciones no obtuvieron ningún resultado. En 1203 envió otros dos, Raul y Pedro de Castelnou, con el título de legados y con amplios poderes. Los legados de Inocencio III recorrían la Provenza, ayudados de muchos monjes cistercienses. Predicaban, discutían, amenazaban, castigaban; pero en la libertad de los espíritus hallaban cada día más pronunciada una resistencia, á la cual no estaba ciertamente acostumbrada la corte pontificia. A la intolerancia que desplegaron estos legados, á la violencia de sus predicaciones, á la persecución implacable que de los herejes hacían, á sus amenazas de exterminio y á sus castigos tremendos, se debe principalmente que aquellos sucesos tomasen un carácter político y tuviesen el triste desenlace que no estaba de seguro en las miras del Pontífice.

Al grito de indignación que se levantó contra las amenazas de la corte de Roma, todos los trovadores se pusie-

ron de parte del país, sólo tres abandonaron la causa nacional y fueron á prestar sus servicios al extranjero invasor. Uno de ellos y el más principal fué Folquet, á quien desde entonces solo se llamó el traidor y el renegado.

IV.

Efectivamente, desde el momento de entrar en la orden, Folquet unió su ardiente celo al no menos ardiente de los legados, llegando á ser el favorito de Arnaldo, abad del Cister, que á su vez recibió también el título de legado, y más tarde el de general en jefe de las tropas que invadieron la Provenza. Folquet fué uno de sus más adictos servidores, uno de sus más complacientes instrumentos, recibiendo en premio la rica abadía de Toronet, ó Terronel.

Era uno de los más celosos predicadores que contaba la corte de Roma, y cuando en 1205 los legados depusieron al obispo de Tolosa, cuyo celo no parecía bastante vehementemente y cuya intimidad con el conde Ramón se reputaba sospechosa, Folquet fué nombrado en su lugar. El antiguo trovador fué cruel é inexorable desde el instante que la mitra ciñó sus sienes, y olvidando todos los favores que debía á la casa de Tolosa, se mostró ingrato con el conde Ramón VI, hijo de aquel Ramón V que tanto le había protegido.

Se publicó la cruzada contra los albigenses. Una lluvia de sangre y fuego cayó sobre aquel desgraciado país. Millares de hombres se levantaron en Francia y en otros puntos para marchar bajo la bandera de la cruz contra los herejes de Provenza, siendo uno de los primeros Simón de Montfort, que fué más tarde el alma y el genio destructor de aquella triste cruzada.

Ya en la introducción de esta obra hemos tratado de pintar el cuadro de horrores que se siguió á la invasión del Mediodía por el Norte. Ahí está viva y patente la historia para decirnos todo lo que hubo de horrible, de cruel, de sanguinario, de vandálico en aquella invasión.

Folquet entonces, traidor á su país y á su señor, rene-gando de sus antiguas tradiciones, fué uno de los más grandes apoyos que hallaron los extranjeros para establecerse en Provenza y despojar de sus bienes á sus verdaderos poseedores. «Había en Tolosa por aquel tiempo, dice la »historia anónima de la guerra de los albigenses, un obis- »po, cuyo nombre era Folquet, que era un hombre muy mal- »vado 1.» Había instituido una cofradía con la denomina- ción de *Cofradía blanca*, cuyos individuos iban vestidos con un ropaje talar de este color, á fin y objeto de perseguir á los herejes y judíos. Se atribuyen á estos cofrades los más espantosos excesos, y se dice que Folquet mismo daba de ellos el ejemplo. No tardaron en verse en Tolosa escenas de violencia, de sangre y de pillaje. Las gentes amenaza- das se armaron á su vez y se organizaron en *Cofradía ne- gra* para resistir á la *Cofradía blanca* de Folquet. Más de una vez vinieron á las manos, trabándose terribles comba- tes en las calles de la ciudad.

Cinco mil cofrades blancos salieron al cabo de Tolosa, dirigiéndose al campo de Simón de Montfort, que había puesto sitio á Lavour, y, á su vez, Folquet fué echado de la ciudad por el conde de Tolosa que, por fin, y aunque tarde, se decidió á desenvainar su espada contra aquellos hombres que venían á ahogar la libertad del Mediodía, á matar su civilización y apoderarse de los bienes de los herejes.

Desde entonces el antiguo trovador siguió al conde de Montfort en sus campañas, estuvo en la batalla de Muret, donde pereció el rey de Aragón que había acudido en de- fensa del conde Ramón, y entró en Tolosa cuando fué ocu- pada esta ciudad por Simón de Montfort, que la salvó de los furros del mismo Folquet, quien quería absolutamen- te que no se dejase en ella piedra sobre piedra. Simón contaba con ser conde de Tolosa, y no entraba en sus miras, por consiguiente, destruir la futura capital de sus Estados.

1 Or, dis l' historia, que per aquel temps en lo dit Tolosa avia un evesque per nom apelat Folquet, lo qual era ung tres malvat home.

Efectivamente, al año siguiente (1215) el concilio de Montpellier desposeyó al conde de Tolosa de sus Estados, nombrando provisionalmente á Simón de Montfort señor del condado de Tolosa, de toda la Septimania, de Agenois, del Quercy, etc., ínterin resolvía el concilio de Letrán convocado por el Papa. Folquet se trasladó á Roma para asistir á este concilio y abogar en favor de la legitimidad de los derechos de Montfort sobre los bienes quitados á los herejes. Su elocuencia y sus manejos consiguieron que Simón fuese declarado conde de Tolosa, y recibió en premio de su complacencia y trabajos el señorío del castillo de Urefeuill con veinte villas que de él dependían.

Vuelto á su sede de Tolosa, le vemos figurar en nuevas intrigas.

El conde de Tolosa, movido principalmente por su hijo, y apoyado por la república de Marsella y por la ciudad de Aviñón, que abrazaron con gran entusiasmo su causa, había vuelto á tomar las armas para reconquistar la tierra de sus padres. Simón de Montfort acudió presuroso, rechazó á Ramón VI, y volvió en seguida á poner sitio á Tolosa, que se había sublevado en favor de su antiguo conde. El obispo Folquet le excitaba á la venganza. La ciudad había enviado á su campo algunos *notables* que trataban de calmar su furor, y Montfort, por consejo del obispo, puso presos á los diputados tolosanos, ínterin Folquet, entrando en la ciudad, trataba de persuadir al pueblo para que saliese al encuentro de su *legítimo* señor.

El pobre pueblo, fiándose en las palabras y seguridades del obispo, se dirigió al campo de los cruzados en gran multitud; pero, á medida que los principales de Tolosa llegaban hasta Simón, éste les hacía prender y atar, conforme estaba convenido con el obispo. Consiguieron algunos escaparse y dieron aviso á la ciudad de lo que sucedía. En un momento el pueblo se puso sobre las armas, y cayó sobre la vanguardia del ejército de Montfort, que sembrando el exterminio, había comenzado á saquear las casas y á violar las mujeres. Gui de Montfort, hermano de Simón, fué rudamente rechazado con sus hombres, y

Folquet mismo hubiera sido víctima del furor popular si no hubiese conseguido ampararse tras los muros del castillo Narbonense. Acudió Simón con el grueso de la gente en auxilio de los suyos, y apoderándose de varios puestos ventajosos, mandó prender fuego á la ciudad. Apagaron los tolosanos el incendio, rechazaron á Simón y á sus tropas, que tuvieron que refugiarse en el castillo Narbonense, y después de toda una jornada de combate, dejaron bloqueado el destacamento de Gui de Montfort en el palacio del conde de Cominges.

Cuando el jefe de la cruzada y el obispo vieron que nada conseguirían de los tolosanos á fuerza de armas, Folquet imaginó, dice la crónica, una perversa traición. Envió un mensajero á los ciudadanos, asegurándoles y prometiéndoles perdón y olvido si dejaban las armas, mientras que, de lo contrario, serían sacrificados sin misericordia ciento ochenta prisioneros que Montfort tenía en su poder. En caso de avenirse á lo primero, Folquet les aseguraba, en nombre de Dios y de los santos, que no se les haría ningún mal, y que un velo de perdón y de olvido se extendería sobre lo pasado. Los tolosanos cayeron en el lazo. Una diputación de la ciudad pasó á conferenciar con Simón y con el obispo, que estaban en Villanueva. Simón comenzó por hacerse devolver todos sus prisioneros, en seguida se quedó los diputados en rehenes, y luego, haciendo prender en sus propias casas á los principales ciudadanos hasta el número de dos mil, los reunió en la plaza del mercado de bueyes (*Boeria*), y allí les obligó á declarar que renunciaban á la palabra y garantía que les diera el obispo. Todos aquellos de los principales ciudadanos que no pudieron escapar de Tolosa en el primer tumulto, fueron conducidos cautivos, desterrados á tierras extranjeras ó sepultados en el fondo de inmundos calabozos, donde un gran número pereció de dolor y de miseria, mientras que Tolosa veía derribadas sus murallas y tenía que pagar una compensación de treinta mil marcos de plata para evitar su destrucción total.

Así es como volvieron Simón de Montfort á su solio

condal y el obispo Folquet á su sede, organizando éste la Inquisición de una manera formidable.

Folquet murió en 1231.

V.

Si Folquet, como hombre, durante el segundo período de su vida especialmente ha merecido la condenación de todos los autores libres é independientes que han tratado de los tristes sucesos en que tomó parte tan activa, como trovador, en cambio, y como poeta, goza de una fama merecida y justa.

Sus canciones amorosas, dedicadas en su gran mayoría á la vizcondesa de Marsella, se distinguen por la riqueza de sus rimas y por el sentimiento de que están impregnadas.

Sobresalía Folquet en el arte de rimar canciones en coplas de las que se llamaban *cruzadas*, *casadas* ó *derivativas*, cuyo género de composición consistía en que todos los versos de la copla tuvieran la misma cesura y todas las coplas de la canción los mismos consonantes. Conocida era la maestría de Folquet en esta clase de composiciones, y grande por lo mismo su reputación. Dante en su obra *De la elocuencia vulgar* cita como modelo de canciones provenzales las de Arnaldo Daniel, Folquet de Marsella y Aimeric de Peguilhá.

He aquí cómo se expresa en una de sus más bellas canciones:

Tan m'abellis l'amorós pensamen
que s'es vengut en mon fis cor assire
perque no i pot nul autre pens'aber
ni mais negus no m'es dous ni plascens;
é fins amor m'aleiza mon martire
que'm promet joy mas trop lo m'dona len
que'ab bel semblan m'á teng longamen.

Bona dompna, si us platz, siatz suffrens
del bes qu'ieu 's vuelh, qu'ieu sui del mal suffrire
é pueis li mal no'm poirian dan tener,
ans m'es semblan qu'els partam egalmens:
pero si us platz qu'en outra part me vire

partetz de vos la beutat e'l dous rire,
 e'l gais solàs que m'afolis mos sen
 pueis partir mais de vos non escien...

De tal modo me combate el amoroso pensamiento
 que ha venido en mi fino corazón á aposentarse,
 que no puedo tener otra idea
 ni otra cosa me es más dulce y placentera;
 á veces creo que voy á espirar,
 péro hasta el amor alivia mi martirio,
 pues me promete goces que no me da luego,
 y así me tiene engañado por largo tiempo.

Buena dama, si os place, sed reconocida
 al bien que os quiero, pues sufro mucho;
 y ya que el mal es demasiado para uno solo,
 me parece que podríamos repartirlo igualmente:
 pero si os place que á otro punto me vaya,
 apartad de vos la belleza y la dulce sonrisa
 y el gay solaz que enloquece mis sentidos,
 pues de otro modo no me es dado alejarme de vos.

He aquí ahora muestra de otra canción dedicada á la
 misma vizcondesa de Marsella. Las coplas son de nueve
 versos, teniendo el mismo consonante todos los ocho pri-
 meros versos de cada estancia, y rimando también todos
 los novenos entre sí.

Los mals d' amor ai ieu ben totz aprés,
 mas anc los bes no puec un jorn saber,
 e si no fos quar ieu n' ai bon esper
 ieu cujera que nul temps no n'i agués;
 et agra dreg que 'n fos desesperatz
 tant ai amat, et anc no fui amatz!
 Pero si 'l bes fos tan dous e plascens
 com es lo mals engoissós e cozens,
 ans vuelh morir, qu'enqueras non l' atenda.

Atressi m' eug que'l mortz mais me valgués
 que vida sai tostemps, ses mon plazer:
 e donc m'es mielz que mueir' en bon esper,
 que ma vida autre pro no 'm teu ges;
 qu' assatz es mortz totz hom que viu iratz,
 a cui non es joi n' plazers donatz;
 qu' ieu sui ben cel cui negús jauzimens
 non pot dar joi, perqu' ieu sia jausens,
 tro qu' a mi dons plassa mercés l' en prenda.

Amors et ieu em de tal guiza pres,

qu' ora ni jorn, n'ueg ni mati ni ser,
 no 's parl de mi, ni eu de bon esper;
 e mort m' agra la dolors, tan gran es,
 se 'n bon esper no 'm fos asseguratz;
 pero mós mals non es en re mermatz,
 quar loncs esper m' aura fagz longamens
 estar maritz, et en greus pessamens,
 et enquera tem que pluí car no 'm venda.

Una de sus mejores poesías es sin disputa la que vamos á extractar, compuesta en versos de ocho sílabas y estancias de diez versos, que comienzan todos con la palabra *amor* y termina con la de *merced*. Para inteligencia de esta composición hay que decir que Amor y Merced eran dos especies de divinidades entre los trovadores, siendo la primera la que excitaba á los amantes, y la segunda la que obligaba á las bellas á rendirse.

«Gran pecado cometió *Amor* cuando le plugo venir á hospedarse en mi corazón sin traerse consigo á *Merced* para endulzar mis dolores; porque *Amor* pierde su nombre y lo desmiente y es sencillamente desamor, si *Merced* no acude como auxiliar suyo. *Amor* todo lo vence, pero debiera dejarse vencer una vez por *Merced*.

»Nada más doloroso ni airado que cuando *Amor* se desaviene con *Merced*; pero la mejor de las mejores que existir puedan, mi dama, que vale más que el valor, puede hacer que ambos se pongan de acuerdo. Aquella que mayores imposibles ha vencido, pues hace que en su persona concuerden la nieve y el fuego, la blancura y el encarnado de su tez, hará, si quiere, que *Amor* se avenga con *Merced*...

»¿Cómo puede mi corazón sostener enteramente el *Amor*, que es tan grande que todo me parece desvanecerse ante él? Es como una grande torre reflejándose en un pequeño espejo...

»Mi mal se trocaría en gozo si por fin *Merced* hiciera doblérgase la alta rama á que me he cogido...

Mout i fetz gran peccat Amors,
 quand li plac que 's mezés en me,
 pois Mercé non aduis ab se,
 ab que s' adolsés ma dolors;

qu' Amors pert son nom e 'l desmen,
 et es dezamors planamen,
 poi Mercés no i pot far socors
 a cui 'l fora pretz et honors;
 pois ilh vol venser totas res,
 qu' una ves la vengués Mercés.

Más trop m' a azirat Amors
 quar ab Mercé se dezavé;
 pero 'l miels del miels que hom ve,
 mi dons, que val mais que valors,
 en pot leu far acordamen;
 que major l' a fag per un cen;
 qui ve com la neus e 'l calors,
 so es la blanquez' e 'l colors,
 s' acordon en lieis, semblans es
 qu' Amors s' i acort e Mercés...

Viendo que sus poesías á Adelaida no le hacían adelantar terreno en el camino de sus amores, Folquet ideó, según queda dicho, la ingeniosa trama de dirigir sus homenajes á las hermanas de la vizcondesa, creyendo que los celos de ésta le harían ganar lo que no conseguía con la constancia. Existe una poesía de este período en que Folquet declara, bastante atrevidamente por cierto, todo el fondo de su pensamiento.

«Apresuráos, dice en una canción á su amada, apresuráos á hacerme feliz ahora que me suponen amante de otra. La circunstancia es favorable, y todo el mundo se engañaría.»

La vizcondesa no cayó en el lazo. La vanidad excitó en ella los celos, y los celos aumentaron su indignación hasta la venganza. Adelaida acusó al trovador de haber elevado sus criminales miras hasta la dama de San Jorlán, hizo oír contra él á varios testigos, le llenó de reproches y le arrojó de su corte. El amante trató de justificarse por medio de aquella su poesía que comienza: *Maravilme com pot*; pero todos sus esfuerzos fueron vanos, y diciendo adios al amor y á la poesía, jurando no volver á componer versos, siéndole insoportable la vida en Marsella, buscó un asilo en la corte de Guillermo VIII, señor de Montpellier, que había casado con Eudoxia, hija del emperador de Constantinopla.

Al lado de esta princesa, recobró su tranquilidad que creía perdida. Dulce y generosa aquella mujer, víctima destinada á los dolores y al claustro, se interesó en los duelos del trovador, le consoló y le instó á componer nuevos versos. Un juramento de poeta no podía resistir á semejantes instancias, y Folquet cedió, pero los versos dedicados á Eudoxia descubren la esperanza secreta que el poeta tenía de ser llamado por Adelaida.

«La orden de cantar que de la emperatriz he recibido, dice, me honra demasiado para oponer resistencia...

»Los maldicientes me han hecho perder las buenas gracias de mi dama, pero la mentira se destruye tarde ó temprano. La beldad á quien amo reconocerá un día mi inocencia, y sabrá que mi alma y mi razón se disputan constantemente para averiguar cuál de las dos la ama más.

»Nada en el mundo puede romper las cadenas que á ella me sujetan. La esperanza de hallarla sensible un día, el dolor de no recibir nunca su perdón, se combaten en mi pecho y me acompañarán al sepulcro.»

Según parece, los rigores de la irritada vizcondesa se mitigaron, y el poeta volvió á Marsella, no sabemos si para ser amante afortunado.

Sucedió en esto que toda la cristiandad hubo de conmoverse á la noticia de la victoria de Alarcos, en España, conseguida por los árabes contra el rey Alfonso VIII que, sin aguardar el auxilio de los reyes de León y de Navarra, había acometido á la morisma. La nueva de aquella funesta jornada de Alarcos, en 1195, arrancó un grito de dolor á las liras de los poetas provenzales, y entonces fué cuando Folquet escribió el siguiente canto de cruzada para exhortar á los barones y caballeros á que auxiliasen al rey de Castilla:

«De hoy más no conozco pretexto que nos dispense de servir á Dios, pues tanto buscó nuestro provecho, que por él quiso sufrir su daño; que ya primeramente perdimos el santo sepulcro, y ahora vamos á sufrir que se vaya perdiendo España. Para lo primero encontramos obstáculos, pero para lo segundo no debemos temer mar ni viento.

¡Ay! ¡cómo pudiera Dios incitarnos más fuertemente, á no ser que de nuevo hubiese vuelto á morir por nosotros!

»De sí mismo nos hizo don, cuando vino á borrar nuestros pecados y nos impuso una deuda de agradecimiento, cuando se nos dió por rescate. Así, pues, el que quiera vivir como ha de morir, dé ahora por Dios su vida y hágale de ella presente, pues Dios se la dió y se la devolvió muriendo, á más de que el hombre debe morir y no sabe cómo. ¡Ay! ¡cuán mal vive aquel que no vive con temor, pues nuestro vivir de que tan deseosos estamos, sabemos que es un mal y aquella muerte un bien!

»Oid en qué error están los hombres y qué es lo que podrán responder: el cuerpo que nadie puede guarecer de la muerte por muchas riquezas que emplee, quieren todos guardar y halagar, sin temer por su alma que se puede preservar de muerte y de tormento. Piense cada cual en su corazón si digo ó no verdad, y luego tendrá más deseo de ir á donde debe. Y que ningún hombre valeroso se detenga á causa de su pobreza, pues con tal que comience, verá que Dios es piadoso.

»Á lo menos cada cual puede aprovechar con su buena voluntad y basta que con ella se pertreche, pues lo demás lo podrán suplir Dios y nuestro rey de Aragón, el cual no creo que desaire á cuantos acudan con bueno y valiente corazón, pues no es su costumbre faltar á persona alguna. No será por cierto perjuro hacia Dios que le honrará si él le honra, puesto que hoy, si quiere, será coronado aquí abajo ó arriba en el cielo: tiene así asegurada una de las dos cosas.

»Y no haga caso de locas palabras el rey castellano ni cambie de camino á causa de sus pérdidas, antes bien debe estar agradecido á Dios que le muestra que por su medio quiere triunfar. Todo esfuerzo sin Dios se convierte en nada, y así se centuplicarán sus ricas prendas, si de hoy más se acompaña con Dios, que sólo pide agradecimiento. Con tal que no sea orgulloso para con Dios, alcanzará prez honrosa y cumplida.

»Vida y prez, si provienen de insensatos, cuanto más se

elevan, más ligeramente caen: edifiquemos, pues, en firme terreno aquella prez que persevera, mientras las demás van decayendo; puesto que toda prez, toda alabanza y toda especie de recompensa de aquellos se convierte en crudo pesar, en razón de lo mucho que ha hecho Dios por nosotros.»

Hueimais no hi conose razo
 ab que nos poscam cobrir,
 si ja Dieu volem servir,
 pos tant enquer nostre pro
 que son dan en vole sufrir;
 qu' el sepulcre per'lem premeiramen,
 et ar suefre qu' Espanha's vai perden,
 per so quar lai trobávon o'chaizó;
 mas sai sívals no temem mar ni ven;
 las! cum nos pot plus fort aver somós,
 si dones no fos tornatz morir per nos...

Nobles palabras dirige también Folquet á Ricardo de Inglaterra, en ocasión de su cautiverio. No se imagine, dice, que hayan terminado ni su misión ni su tarea. Su empresa le ha conducido á una prisión, pero si Dios le pone en libertad, debe volver á Tierra Santa y remunerar noble don por noble galardón.

Done nostre baron que fan?
 Ni 'l rey Inglés, cui Dieu sal,
 cuid' aver fait son jornal.
 Mout li aura fait engan,
 si 'l a fait la messió
 et autre fait la preisó
 que 'l emperaire percassa,
 cum Dieus cobres sa rezó;
 que premiers cre que i socor
 sí Dieus li rend sa honor.
 Be i 's taing, tan es rics lo dos,
 e' aitals sia 'l gulzardós.

VI.

Dante celebra á Folquet, según queda indicado, ya citándole como ejemplo y modelo en canciones de amores, ya dándole un lugar preferente en su *Paraiso*.

Petrarca habla también de él en su *Triunfo de amor*. Evoca allí las sombras de los amantes más célebres, y, entre otros, se presenta á su vista

Folchetto, ch'a Marsiglia il nome ha dato,
ed à Génova tolto, ed all' estremo
cangio' per miglior patria habito e stato.

Los autores modernos han sido más duros con el poeta de que hablamos, y han olvidado un poco su gloria de trovador para no pensar sino en sus iniquidades y traiciones, después que tomó el hábito en 1200, anatematizándole y condenando su nombre al desprecio y al oprobio de la posteridad.

Sismondi, Michaud, Mary Lafón, Henri Martín y otros historiadores y literatos le califican severamente: el abate Millot le llama *el fanático*; el *Indígena* de Tolosa *el miserable*; Mistral, el gran poeta moderno de la Provenza, le llama, en su poema *Calendau*, Folquet *el abominable*; y por fin, el príncipe-poeta Williams Carlos Bonaparte Wyse, en su precioso volumen de poesías provenzales, dirige á la memoria del trovador cruzada una valiente y terrible composición con el título de *Vituperio á Folquet el abominable*.

Bonaparte Wise es acaso algo duro y se expresa en términos muy violentos contra el pobre amante de Adelaida de Marsella y soberbio obispo de Tolosa, pero su poesía tiene una alteza de miras, una fuerza de espíritu y un color meridional que poseen pocas del mismo género.

He aquí traducida literalmente su composición, de la cual copio primeramente una estrofa como muestra del lenguaje:

¡Oh, foro, foro de ta glori!
¡Oh, foro, evesque, dou palai
ounte la marrido vitori,
ounte di marrit la memori
ta benure dins soun esfrail!
¡Amosso leu toun aureolo,
despuccio-te de ti beu rail!
¡Emai la monlounado folo
t'ague ent rouná sus l' auto colo,
mourdras. Fouquet, li garagai;
car ta nacioun, franco de gabi,

vai t'apela, d' un noble e rabi,
l' abominable longo mai!

«¡Oh, fuera, fuera de tu gloria! ¡Fuera, obispo, del palacio donde fuiste beatificado un día gracias á una victoria funesta y á la adulación miserable de los malos! ¡Apaga pronto tu aureola, despójate de sus hermosos rayos! ¡Aun cuando la ignorante muchedumbre te haya entronizado allá en lo alto de la colina, caerás, sin embargo, en lo profundo de los abismos, porque tu país, al verse libre del yugo, te llamará de hoy más en medio de su noble furor, *el abominable!*

»No ha sido por mano de nuestros padres, no ha sido por el voto de nuestros abuelos, sino que ha sido por el voto del usurpador, por la mano de los demoleedores, por la mano ensangrentada del más fuerte, por lo que hoy te ves colocado entre los santos y las santas de oro que aparecen en el pórtico de la vieja iglesia. Los que en este sitio te pusieron, son los bandidos de nuestra raza, hombres de sangre y almas de hielo, aquellos que convirtieron un delicioso jardín en un árido desierto.

»¡Y te llaman á tí santo, oh serpiente mitrada! ¡Un santo tú, oh furia del averno! ¡Tú, predicador de una cruzada que entregó tu hermosa y querida patria á los rencores de Lucifer! ¡Tú, que en nuestros deliciosos valles has cambiado el estío en invierno! ¡Si tú eres santo, obispo, entonces sería preciso creer que los negros caracoles son parladoras cigarras, y que los corderos son gatos monteses, y que la blanca luz es abominable, y que el Dios de los hombres es el diablo, y que sus adoradores son unos malvados!

»¡Sí, fuera, fuera de tu gloria! ¡Fuera de tu palacio, obispo! Tú no fuiste más que el cebo de que se valió la traición en su sangrienta jornada contra Aviñón y contra Beziers. ¿Dónde está tu sepulcro? ¿En qué país está tu desnudo cuerpo? Dímelo, y yo iré en peregrinación para adorarle á pedradas, para apagar los cirios que arden en tu honor, para maldecirte en alta voz, para descristianizarte, para arrojar tus reliquias al diablo, oh abominable genovés, oh vil trovador, oh santo condenado.»

Como se ve, la invectiva no puede ser más violenta, y aún hemos dejado una estrofa en blanco.

El anatema lanzado por el príncipe Bonaparte á la memoria de Folquet, podrá tener, y tiene sin duda, un gran sello de pasión y una vehemencia de lenguaje que no es la mejor para convencer; pero es preciso confesar que la memoria de Folquet es universalmente condenada por cuantos autores han escrito sobre las sangrientas jornadas de Provenza en aquella época de triste recuerdo.

FOLQUET DE ROMANS.

Lleva este trovador el nombre de su pueblo, Romans, perteneciente á la comarca del Vienésado. Según parece, sus principios fueron los de juglar, y dióse á correr villas, fiestas y cortes ejerciendo su oficio; pero como era de finos modales y de presencia gallarda, al propio tiempo que de buen ingenio y de agradable conversaci3n, pronto por lo mismo se vió favorecido de las damas y requerido por los barones, que le colmaban de mercedes.

Sus amores con una dama, que los manuscritos titulan sólo la condesa, le retuvieron largo tiempo en el Delfinado, de donde pasó á Italia, permaneciendo una temporada en la corte del emperador Federico. No debió hacer en ella larga estancia, y la abandonó por los mismos motivos que Elías Cairel, según se desprende de un *serventesio* en que clama contra la poca generosidad de su siglo.

Federico II, elegido emperador en 1212, fué duramente censurado por Folquet, al retirarse éste de su corte.

«No quisiera, dice en el *serventesio* citado, que ninguno de mis amigos llegara á rico, pues monseñor Federico, que reina sobre todos, era hidalgo antes de ser rico. Ahora oigo decir á todos los que vienen de su país que no piensa más que en tener tierras y dinero, abandonando por los de la avaricia sus hábitos de generosidad.»

A continuaci3n el poeta le recuerda aquella máxima de que *por querer tener demasiado se puede perder todo*, y le exhorta á la liberalidad por miedo de que la rueda de la fortuna no gire contra él, viniendo á ser la burla de sus enemigos.

Ya hemos visto que en este mismo sentido se expresa-

ba también Elías Cairel. A juzgar, pues, por el testimonio de éste y de Folquet, Federico II no era todo lo liberal y todo lo protector de poetas que han supuesto las crónicas italianas. «Federico, ha dicho también el monje de Montmayor, era liberal para dar las propiedades y bienes á que no tenía derecho.»

Folquet de Romans, al salir de la corte de Federico, fué á parar á la del marqués de Montferrat, donde fué brillantemente acogido, haciéndose luego familiar y amigo del señor de Carret, cerca de Savona, á quien siguió siempre en próspera y adversa fortuna.

A este señor tiene dedicada una canción en la que dice:
«La brillante estrella guía al nauta; así la esperanza de la gloria guía al que es valiente, franco y leal.»

Aissi cum la clara stela
guida la naus e condui,
sí guida bos pretz selhui
qu' es valens, franc e servire.

Tiene Folquet dos cantos de cruzada. Clama en ellos contra los reyes y grandes que combaten para despojar á sus inferiores, en vez de pasar la mar para honra y venganza de la cristiandad.

«El mundo está pervertido, dice. Los clérigos, que debían dar el ejemplo, son peores que los otros. Los señores, arrastrados por la avaricia, han deshonorado la nobleza. ¿Por qué no ha de haber un príncipe bastante poderoso y bastante cuerdo para quitar sus bienes á esos malvados, y dárselos á cualquier otro que lo mereciese y fuese digno? ¿Por qué no se ha de cambiar de malos príncipes como los abades cambian de priores?»

Después de estas singulares ideas sobre propiedad y sobre política, Folquet exhorta al buen emperador que ha tomado la cruz, á armarse de valor á fin de conquistar los Santos Lugares, y termina encargando á su *serventesio* que pase el Mont Cenis para decir al señor de Carret, que vaya al país donde nació nuestro Salvador, coronando su gloriosa vida con esta empresa.

Era, sin duda, nuestro poeta de los que acostumbraban á no seguir con su ejemplo los consejos que daba, pues se halla un *serventesio* de Hugo de Bersia, trovador conocido sólo por esta composición, en que, dirigiéndose á Folquet, le apostrafa en estos términos:

«El hombre cuerdo no debe gastar todo su ingenio en locuras. Ambos á dos hemos pasado una gran parte de nuestros días en la disipación, y la experiencia nos enseña que hemos perdido el tiempo inútilmente. Llegó ya el momento de reformar nuestra conducta, que al fin hay que salir del estado de juglar. Pero hay quien, cuando se halla á sus anchas, en casa bien amueblada y bien provisto de todo no piensa en que haya otro paraíso. Folquet, mi buen amigo, vos no pensáis en ello. Hacednos, pues, compañía para ir á Ultramar. Dios es grande y no nos abandonará.»

Hugo de Bersia, que como se ve fué compañero de Folquet en correrías y aventuras, se refiere en este *serventesio* á la expedición llevada á cabo en 1224 por el marqués de Montferrat para recobrar el reino de Salónica, de la cual se habló en la vida de Elías Cairel. No parece, sin embargo, que el trovador se dejara convencer por su antiguo compañero. Al contrario. En un *serventesio* en que Folquet habla del marqués de Montferrat, alabando sus virtudes como superiores á las de su padre (precisamente al revés de Elías Cairel), dice que este señor ha faltado á los lombardos pasando á Romanía, y anatematiza á Salónica que ha sido para Lombardía causa de ruina y desgracias sin cuento.

Existen tres *tensiones* atribuidas á Folquet. En dos de ellas se trata de cosas proscritas por la buena moral y que no pueden reproducirse. La tercera es de pura galantería, y contribuirá á dar una idea de lo que eran esas controversias y este género de poesía.

Folquet pregunta á Tostemps: «¿Qué preferiríais entre amar á una querida que no tuviese más amante que vos, pero que hiciera como si no os amara; ó amar á otra que, teniendo otros amantes, fingiese amaros y os acordara to-

dos los favores que en derecho de amor debe conceder una leal amiga?

»*Tostemps.*—Me ponéis verdaderamente en una posición difícil y la proposición es árdua para resolver. En cualquiera de las dos situaciones se ha de sufrir mucho. Yo no hago ningún caso de una querida que tenga otros amantes, áun cuando manifieste amarme á mí tan solo. Prefiero que una dama de corazón leal me oculte sus sentimientos, á obtener favores repartidos con otros.

»*Folquet.*—Poco corazón tenéis si os contentáis con el amor de una querida que creyera deshonorarse favoreciéndoo. Yo, con esta condición, no quiero la hija de un rey. Prefiero á la que me favorece, áun cuando haga con otros lo mismo.

»*Tostemps.*—Habláis como un loco. Una querida que vende á su amigo pierde para siempre toda estimación, sin que puedan restablecer su honor sus caricias exteriores. Pero los favores de una amiga virtuosa son de un precio inestimable, sin que me importe el que aparente no amarme, como yo esté seguro de ser el único que reine en su corazón.

»*Folquet.*—Pues yo no comprendo que se pueda amar á una mujer que afecte desdén en lugar de cariño. Prefiero que me engañen, siendo agradablemente.

»*Tostemps.*—Tomemos por juez á dama Gaucelina. Aun cuando tiene muchos amantes, seguro estoy que decidirá con equidad.»

Trascribo á continuación tres obras de este poeta; el *serventesio* de que se ha hecho mención al comienzo de este artículo, una composición religiosa, y una poesía de amor, algo libre por cierto y por demás extensa, pero que es curiosa por muchos conceptos y da una perfecta idea de las costumbres del tiempo. ¹

1 En esta segunda edición se suprimen estas tres poesías.

FROMIT.

Nada absolutamente se sabe de este trovador, sino que era de Perpiñán, perteneciendo por consiguiente al grupo de los trovadores catalanes. Su nombre es citado con elogio en varias obras y manuscritos, y el tiempo no nos ha conservado de él otra obra que esta primera estancia de una de sus poesías:

Un dolz dezir amorós
se 's en mon fin cor assis,
dompna, que 'm ven deves vos
al cui sui del tot aclis;
que 'n pensan vei noich e día
lo vostre cors car e gen
e 'l bel dolz esgard plazen
e 'l vostre avinen cuindia.

Con motivo de Fromit de Perpiñán, Milá, que no da tampoco más noticias que las que de leer se acaban, recuerda un lance contenido en las obras de D. Juan Manuel, y que de referirse á persona determinada, pudiera acaso ser á Fromit.

Cuenta el lance D. Juan Manuel como ocurrido á un caballero trovador de Perpiñán en tiempo de D. Jaime de Mallorca, contemporáneo de Pedro III, y lo cuenta como sigue:

«E por probar aquesto, porne aquí una cosa que acaeciò á un caballero trovador de Perpiñán en tiempo del Rey D. Jaime de Mallorca; así acaeciò que aquel caballero era muy grande trovador, é facía muy buenas cántigas á maravilla, é fizo una muy buena además é avía muy buen son. Et atanto se pagaban las gentes de aquella cántiga que desde grande tiempo non querían cantar otra cántiga si non aquella. Et el caballero que la fiziera avía ende muy grande plazer. Et siendo por la calle un día, oyó que un

zapatero estaba diciendo aquella cántiga e decía tan ma-
lerradamente tan bien las palabras como el son, que todo
ome que la oyese, si antes non la oyese, tenía que era muy
mala cántiga é muy mal fecha.

»Quando el caballero que la fiziera oyó como aquel za-
patero confundía aquella tan buena obra, ovo ende muy
grande pesar e grande enojo, é descendió de la bestia é
asentóse cerca de él. Et el zapatero que non se guardaba
de aquello, non dexó su cantar, é cuanto más decía más
confondía la cántiga que el caballero fiziera. É de que el
caballero vió su buena obra mal confundida por la torpe-
dad de aquel zapatero, tomó muy paso unas teseras é tajó
cuantos zapatos el zapatero tenía fechos, é esto fecho, ca-
balgó é fuese.

»Et el zapatero paró mientes en sus zapatos, é de que
los vido así tajados, entendió que avía perdido todo su tra-
bajo, ovo muy grande pesar, é fué dando voces en pos de
aquel caballero que aquello le ficiera. Et el caballero dí-
jole: Amigo, el rey nuestro señor es á quien vos debedes
acudir, é vos sabedes que es muy buen rey é muy justicie-
ro é vayamos ante él, é librelo como fallare por derecho.

»Ambos se acordaron á esto, é desque legaron ante el
rey dijo el zapatero como le tajara todos sus zapatos é le
fiziera gran daño: el rey fué desto sañado é preguntó al ca-
ballero si era aquello verdad, é el caballero díjole que sí,
mas que quisiera saber por qué lo fiziera. Et mandó el rey
que dixiese, é el caballero dixo que bien sabía el rey que
él fiziera tal cántiga, que era muy buena é avía buen son
é que aquel zapatero gela avía confundida, é que gela
mandara dezir; é el rey mandógela dezir, é vió que era así.
Entonces dixo al caballero que pues el zapatero confon-
diera tan buena obra como él fiziera, é en que avía toma-
do grande dampno é afán, que así confundiera él la obra
del zapatero. El rey é quantos lo oyeron, tomaron desto
grande placer é rieron ende mucho, é el rey mandó al za-
patero que nunca dixiese aquella cántiga ni ofendiese la
buena obra del caballero, é pechó el rey el daño al zapatero,
é mandó al caballero que non fiziese más enojo al zapatero.»

TROVADORES

DE QUIENES SE TIENEN ESCASAS NOTICIAS Y POCAS OBRAS.

FABRE.

Una *tensión*, muy rara y original por cierto, con Falconet. Figuran los dos trovadores estar jugando, sólo que, en vez de monedas, juegan señores y grandes barones. Cada noble se pesa para saber si es de oro falso ó de buena ley, lo cual les autoriza para atacar duramente á muchos señores, entre ellos Guido de Cavaillón, Guillermo de Sabrán, el señor de Courtesón, su tío el señor de Meaillón, el señor de Berre, etc.

Acaso sea este trovador el mismo que Guillermo Fabre, de Narbona.

FABRE DE UZÉS.

Es aquel de quien se habla en el artículo relativo á Alberto de Sisterón, y que se supone haber sido azotado por el plagio hecho á éste.

No hay de él más que una canción galante, bastante mala, y una especie de poema moral, lleno de lugares comunes.

FAIDIT DE BELEST.

Queda de él una poesía de escaso mérito.

FEDERICO II, EMPERADOR DE ALEMANIA.

Se le cita como poeta italiano, pero se cree que escribió también en provenzal, y á él, en buena crítica, pueden

atribuirse aquellos versos que Nostradamus supone, equivocadamente, de Federico I:

Platzmi cavalier francés
e la donna catalana,
e 'l onrar del Ginoés,
e la cort de Castellana,
lo cantar provençalés,
e la danza trevissana,
e lo corps aragonés,
e la perla Juliana,
las mans e cara d' Anglés
e lo donzel de Thuscana,

FORTUNIEY.

Otro trovador del que tampoco queda más que una composición de bien poco mérito.

GANCELMO FAIDIT.

I.

Es uno de los trovadores de quien más extensamente se ocupan los manuscritos provenzales, aún cuando sólo por lo tocante á sus aventuras galantes, y es también uno de quienes más poesías se conservan, pues pasan de sesenta las llegadas hasta nosotros. Apresurémonos á decir también que es uno de los más eminentes trovadores.

Hijo de una familia oscura, nació en la villa de Uzerches, perteneciente á la diócesis de Limoges. El cuadro de sus primeros años, á ser verídico, no le hace mucho honor.

Dícese de él que era muy aficionado á los placeres de la mesa, disoluto y jugador. Habiendo perdido al juego de dados todo cuanto poseía, se hizo histrión y juglar y empezó á correr mundo, acompañado de una mujer á la cual llamaban Guillermina *la monja*, que, según unos, Gancelmo arrebató de un convento, y según otros, recogió de una casa de prostitución. Cuentan que era una mujer muy bella y muy instruida, que cantaba admirablemente. Gancelmo cantaba muy mal, pero componía buenos aires y escribía bellísimas canciones, que adquirirían gran realce al ser interpretadas por Guillermina.

Así vió trascurrir Gancelmo veinte años de una vida errante y vagabunda, hasta que el mérito de sus composiciones comenzó á abrirle paso, alcanzando el nombre de trovador y con él el apoyo y protección de Ricardo, conde del Poitou, hijo de Enrique II de Inglaterra, que en 1189 sucedió á su padre en el trono con el nombre de Ricardo I *Corazón de león*.

Una nueva vida comenzó entonces para Gancelmo Faidit, un nuevo horizonte se abrió á sus ojos, una sociedad, desconocida para él, le recibió en su seno, y rompiendo con los hábitos, vicios y tradiciones de su pasado, entró en una senda hasta entonces para él ignorada, y en la cual, si le esperaban gloriosos triunfos, tenía también que alcanzar grandes desengaños.

Ricardo, después rey de Inglaterra, y Bonifacio de Montferat, fueron los protectores del poeta en esta segunda faz de su vida, y, como dice su biógrafo provenzal, lo pusieron *en aver et en raubas et en arnés et en gran pres lui e sas cansós*, es decir, le dieron medios para sostenerse en su nueva posición haciendo su reputación y la de sus obras.

Pero la ambición de hacer ilustres conquistas en amor, igualaba entonces á la de brillar por el talento poético. Gancelmo se enamoró de María de Ventadorn, de la casa de Turena, hija de Bosón II y esposa del vizconde Ebles de Ventadorn, hijo y sucesor de aquel otro Ebles que figura en estas biografías.

María de Ventadorn era no sólo aficionada á las letras y á la música, sino que también *trovaba*, como se verá al hablar de Guido de Uisel. Hay que señalar un sitio de honor entre las poetisas provenzales á esta dama, de quien los manuscritos de la época trazan el siguiente retrato:

«María de Ventadorn fué la dama más estimada que hubo jamás en el Lemosín, la que más insistió en hacer bien y que con más constancia se opuso á hacer mal, conduciéndose siempre según la razón y no cometiendo nunca ninguna locura.»

Tal era la dama de quien se enamoró Gancelmo; pero aquí hay que traducir y copiar al pié de la letra la relación que hace el manuscrito provenzal, por lo que tiene de característica, y porque pinta con naturalidad la sencillez que iba entonces unida á la galantería.

Dice así:

«Ya habéis oído quién fué G. Faidit, de dónde vino y dónde vivió. Tuvo tanto corazón, que se enamoró de Madona María de Ventadorn, la mejor dama y más gallarda

que hubo en aquel tiempo, haciéndola el objeto de sus canciones. Cantando la solicitaba, la elogiaba cantando, la ensalzaba y hacía valer su gran mérito, y ella lo admitía á causa del renombre que le daba. Y así duraron sus amores unos siete años, sin que él alcanzara jamás goce en derecho de amor. Pero un día Gancelmo se presentó á su dama y le dijo que si no le otorgaba derecho de amor, le perdería, y buscaría otra dama de quien alcanzar en amor lo que de ella no alcanzaba: y se apartó de ella airado.

»Entonces Madona María acudió á una noble y bella dama que se llamaba Madona Eduarda de Malamort, y contándole cuanto pasaba entre ella y Gancelmo, le pidió consejo sobre lo que á Gancelmo debía contestar y de qué manera podría retenerle sin rendirse á su pasión. Contestóle ella que no le aconsejaría ni despedirle ni retenerle, y que ella se encargaba de hacerle renunciar á su amor sin que guardara rencor ni malevolencia. Madona María se puso muy contenta cuando oyó esto y le rogó que lo cumpliera.

»Madona Eduarda se fué, y eligiendo un diestro mensajero envió á decir á Gancelmo que *más valía pájaro en mano que buitre volando*. Cuando Gancelmo hubo oído lo que se le enviaba á decir, montó á caballo, y se fué á visitar á Madona Eduarda, que le recibió muy cariñosamente. Y le preguntó qué había querido decirle con el mensaje del pájaro y del buitre. Y ella le dijo:

«—Tengo gran lástima de vos porque sé que amáis sin ser amado. Mucho habéis elevado con vuestros cantos á la que amáis, y ella es por consiguiente el pájaro grande, mientras que yo soy la avecilla que está en vuestra mano, pronta á hacer y decir lo que mandéis. Ya sabéis que soy noble, alta por la riqueza y joven por los años, y también dicen que soy bella. Nunca dí ni prometí nada á amante alguno; jamás he engañado ni he sido engañada. Por esto tengo gran deseo de ser amada por un hombre que me haga valer y me dé nombradía. Sé que vos sois quien puede dárme la, y yo puedo recompensaros. Así, pues, os quiero

por amante y os hago donación de mí y de mi amor, á condición que os apartéis de Madona María y que escribáis una canción en la cual os quejéis de ella cortesmente, diciéndola que pues no quiere seguir otro camino, vos habéis hallado una dama libre y noble que os amará.»

»Cuando Gancelmo oyó tales cosas cariñosas y agradables y las instancias que ella le hacía, cuando vió sus maneras amantes y lo hermosa que era, de tal modo se sintió sobrecogido de amor que no sabía lo que le pasaba. Así es que, al volver en sí, dióle gracias lo mejor que pudo diciéndole que haría cuanto le mandase, que le consagraria por completo su corazón renunciando á su amor por Madona María.

»Y se hicieron uno á otro esta promesa, y Gancelmo se fué lleno de alegría y se ocupó de componer la canción por medio de la cual debía dar á entender que se separaba de María y que había hallado otra á quien presentar sus homenajes. Y la canción decía:

Tan ai sufert longamen gran afan..

»Madona María tuvo conocimiento de esta canción y regocijóse mucho, y Madona Eduarda lo mismo, porque comprendió que él había alejado su corazón y sus cantos de Madona María, habiendo creído, por consiguiente, en las falsas palabras que le dirigió para obtener esta canción.

»Al cabo de algún tiempo, G. Faidit fué á ver á Madona Eduarda muy alegre, como quien espera entrar á disfrutar de sus derechos, y ella le recibió muy bien. Gancelmo se arrojó á sus plantas y le dijo que había hecho cuanto le mandara, que había trasladado á ella su corazón y que debía acordarle los derechos que le ofreciera y que merecía, despues de lo hecho por ella. Y Madona Eduarda le dijo:

»—Tenéis tanto mérito y tanta reputación, que no hay mujer en el mundo que no deba sentirse orgullosa de amaros, pues sois el padre del mérito; pero lo que yo os pro-

metí no lo hice con la intención de amaros de amor, sino con la de sacaros de la cárcel en que vivíais encerrado y desengañaros de la loca esperanza que habéis estado alimentando por espacio de siete años, pues yo conozco cuáles son los deseos de Madona María, y sé que no ha de concederos nada de lo que deseáis, mientras que yo, por el contrario, he de ser vuestra amiga, pronta á hacer cuanto os plazca, mientras no me exijáis nada deshonesto.»

»Al oír esto Gancelmo, quedó triste y afligido y comenzó á pedir gracia á la dama, suplicándole que no le hiciera morir, que no le vendiera ni engañara. Ella le contestó que no le mataría ni engañaría, muy al contrario, pues le había salvado del engaño y de la muerte. Cuando Gancelmo se convenció de que todo era inútil, se partió muy disgustado creyéndose víctima de una burla, pues se había separado de Madona María y todo lo que se le prometiera fué sólo para engañarle. Pensó entonces en volver á sus primeros amores con Madona María, é hizo la canción que dice:

No m' alegra chans ni critz...

»Pero ni canción ni nada en el mundo le hicieron hallar misericordia, y sus ruegos fueron desatendidos.»

II.

En la primera época de sus amores platónicos con María de Ventadorn, parece que ésta impulsó á Gancelmo á tomar parte en la cruzada que se concertó entre Felipe Augusto y Enrique II para restablecer el reino de Jerusalén. La dama dió á entender al poeta que tomando parte en esta empresa se haría más digno á su estimación. Gancelmo no vaciló.

Antes de partir, compuso una poesía diciendo adios al país que le había dado hospitalidad. Expresaba su pena por tener que separarse de la mujer amada y del país habitado con ella por tan amables damas; reprochaba á Felipe Augusto que más prefería permanecer en San Denys

que marchar contra Saladino, y terminaba rogando á Dios que condujera á los peregrinos á Siria, donde encontrarse con el conde Balduino y el noble marqués (el conde de Flandes y el marqués de Montferrat).

El poeta pasó á Tierra Santa, pero allí le siguió el amor de su dama. En una poesía escrita en aquellos apartados lugares dice que por su dama pasó la mar, que arde en deseos de volver, y se queja de preferírsele un rival.

Menos batallador que amante, precipitó su regreso creyendo hallar el premio de sus sacrificios y constancia, pero encontró á su dama más severa que nunca. En vano se quejó amargamente en una canción comparándose á un hombre precipitado al fondo del mar, de donde no pueden sacarle y en donde no puede permanecer sin morir.

Fué en esta ocasión cuando tuvo lugar el complot de las dos damas contado por la biografía provenzal. A pesar de la burla, Gancelmo insistió nuevamente cerca de María de Ventadorn, componiendo una canción por la cual le pedía su perdón ó su muerte. Pero no consiguió hacerse oír. Entonces de sus labios brotaron sentidas y amargas quejas, estallando en invectivas contra el amor.

Chant e deport, joi, domney e solatz,
ensenhamen, largueza e cortesia,
honor e pretz e leyal drudaria
an si baissat engans e malvestatz
qu' a pauc d' ira no 'm suy desesperatz;
car, entre cent dompnas e preyadors,
non a una ni us que be 's captenha
de ben amar, qu' a doas partz no 's fenha,
ni sapcha dir qu' es devengut' amors;
gardatz cum es abaissada sa valors.

Quar drutz hi a e domnas, si 'n parlatz,
que 's feneran e diran tota via
que 'l son leyal et amon ses bauzia;
e puey cascus es cubers e celatz
e trincharan say e lay, vas totz latz:
e las dompnas, on plus an preyadors,
on plus cuián qu' om a pretz lur o tenha.
Mas aitats jois, cum cové, lur en venha;
qu' a cascuna es anta e deshonor,
pus a un drutz, que pueys desrey' alhors...

Gancelmo Faidit, en su despecho, quiso no sólo renun-

ciar al amor, si que también á la poesía; pero este acto de desesperación no se llevó á cabo gracias á otra mujer.

Una joven y hermosa dama intentó consolar á Gancelmo en sus penas de amores: se llamaba Margarita y era mujer de Bernardo, vizconde de Aubussón. El trovador cayó á sus piés, y, áun cuando sin amor por él, según parece, aceptó ella sus homenajes con la esperanza de tener un pagnirista. Invitóle con halagos á cantar de nuevo, y entonces Gancelmo escribió unas canciones arrepintiéndose de haber maldecido del amor, diciendo que tornaba á la alegría y al solaz, reprochándose los extravíos de su cólera, abriendo nuevamente su corazón á las esperanzas del amor y cantando la belleza de su dama, á la que invoca con el nombre *Belh Desirs* (hermoso deseo).

Razon e mandamen
ai de lieys, on m' aten
de far gaya chansó;
doncs, pus ilh me 'n somó,
ben cové derenan
qu' ieu m' alegr' en chantan
mielhs que far no solia;
qu' eras conosc e sai
que mons enans li plai;
qu' en franca senhoria
ai mes mon cor e me;
pero tanh e cové,
pus que senher fai be
á son bon servidor,
que s' en melhur' e cresca sa valor.

Qui don de senhor pren,
non es ges avinen
que l' fassa mespreizó
vas lui, ses ochaizó;
ni non es benestan,
si pueys li quier son dan
ni so que non deuria:
e pus dona tan fai
qu' a son amic s' atraí,
e l' us en l' autre fia,
non sai don pueys lur ve
que l' us l' autre malmé;
mas tan sai ieu e cre
que celh a mais d' amor
que mielhs ama, e reté mais d' onor...

Mecido con sus nuevas esperanzas y sus nuevos amores, Gancelmo continuó escribiendo bellas canciones en honor y alabanza de su dama. Un día, al despedirse de ella, tuvo su dama la complacencia de permitirle que le diera un beso en el cuello. Este favor fué celebrado con una canción:

«Cuando besé dulcemente su hermoso blanco cuello, dice, sentí que un refrescante bálsamo templaba el ardor que me consume.»

Can li bassei doussamen
son bel col blanc avinen,
adonc frais
lo dous bais
mon marrimen.

«Es una gran locura, añade, el dejarse vencer por los primeros rigores del amor. Conviene armarse de constancia, y sufrirlo todo para llegar á alcanzar de este modo sus favores.»

Sus poesías á Margarita revelan en el poeta la misma timidez que tenía con la vizcondesa de Ventadorn, á la cual decía:

«Muchas veces me sucede venir resuelto á demandaros la recompensa de mi amor; pero en cuanto llego á veros me olvido.»

Car maintas sazós m' avé
qu' ab totas fais' acordansa,
domna, us cuig pregar de me,
e pueis quan mos cors vos ve,
m' oblit e non ai menbrausa.

Condenado estaba Gancelmo Faidit á ser víctima de las burlas de sus damas, pero ninguna se portó tan cruelmente con él como Margarita, si es cierta la aventura que cuenta el manuscrito prevenzal. Todas sus bellas canciones, toda su constancia, todos sus suspiros y trasportes de amor le fueron pagados con la más horrible afrenta.

Margarita amaba, no á Gancelmo, sino á Hugo de la Signe, que era hijo de Hugo, conde de la Marche; pero en el castillo de Aubussón, donde ella vivía, no le era posible recibir á su amante por temor á los celos de su espo-

so. Fingióse, pues, enferma, é hizo voto de una romería á Nuestra Señora de Rocamodour, siendo esto pretexto para dar á Hugo una cita secreta. Advirtióle, pues, que se fuese furtivamente á Uzerche aposentándose en casa de Gancelmo Faidit, á la sazón ausente, y que allí le esperase, pues ella, de paso en su viaje, haría noche en aquella casa.

Hugo cumplió con sus instrucciones. El día indicado se presentó en casa de Gancelmo, donde fué recibido por la mujer de éste (sin duda Guillermina *la monja*), y cuando llegó Margarita encontró á Hugo escondido en la cámara donde debía pasar la noche. Dos días permaneció Margarita en casa de Gancelmo, yéndose después á Rocamodour y regresando terminada la romería á la misma casa en donde estuvo esperándola Hugo, que volvió á pasar con ella otros dos días.

Cuando Gancelmo llegó poco después y supo por su mujer lo que había pasado, su desesperación no tuvo límites, y, trasportado de ira, escribió una sátira feroz contra Margarita de Aubussón, diciendo de ella que no tenía honra, que no merecía ser tratada con consideración, y que hablaba así de ella para no deshonorarse hablando de otro modo.

Qu' ieu 'n sai una qu' es de tan franc usatge
 qu' anc no gardet honor sotz sa sentura;
 e 'l tortz es sieus, s' ieu en dic vilanatge,
 quar, senes ghen et a descobertura,
 fai á totz vezer
 cum ponha en se deschazer;
 e domna qu' ab tants s' assaya
 no us cugetz qu' ieu m' alezer
 que ja de leis ben retraya,
 mí vuelh que 's puese' eschazer.

III.

Después de tantas penas y desengaños causados por el amor, no era de esperar que Gancelmo Faidit volviera á enamorarse. Y sin embargo, volvió, teniendo esta vez á un príncipe por rival.

Gancelmo, afligido por sus desventuras amorosas, abandonó su país para fijarse por algún tiempo en la corte de Bonifacio, marqués de Montferrat, gran amador de la poesía y gran protector de trovadores, desde cuyo punto pasó más tarde á la corte de Ramón de Agoult, señor de Sault, uno de los más nobles y espléndidos barones de Provenza.

Fué en esta ocasión cuando conoció á Madona Jordana de Brun, dama noble y muy bella, que habitaba un castillo al extremo de la Provenza, fronterizo á Lombardía. Declaróse Faidit su amante, «y púsola tan en honor, dice el historiador provenzal, tanto la sirvió y con tanto amor y fidelidad, que ella le hizo su caballero, á pesar de no ser hombre de condición.»

En sus canciones la llamaba su *Bel Esper*. El conde de Provenza, Alfonso II, que murió en 1209, estaba también enamorado de Jordana, frecuentaba los torneos y daba fiestas espléndidas para agradarla. La dama le recibía muy cortesmente y estaba muy amable con él, lo que hacía creer que obtenía sus favores. Los celos se apoderaron de Faidit, que se apartó de su dama, abandonando los placeres y las canciones y entregándose por completo al dolor y á la desesperación. Supo después, sin embargo, que sus sospechas eran infundadas, que todo cuanto había oído decir no era sino obra de maldicientes y murmuradores, y arrepintiéndose pidió gracia por medio de una canción.

Dice en ella que si su dama quiere perdonarle y amarle, le será fiel toda su vida, y añade que debe perdonarle por dos razones: la primera porque quiere tomar la cruz é ir en peregrinación á Roma, cosa que no puede hacer si tiene guerra ó enemistad contra alguno ó alguno contra él; lo segundo porque Dios perdona á los que perdonan y la tratará como ella le habrá tratado.

Se ignora el final de esta aventura.

Gancelmo Faidit figura con justicia entre los trovadores selectos. Ya en el artículo destinado á Alberto, marqués de Malaspina, se ha citado la bella *tensión* entre Gancelmo y Alberto sobre qué es mayor en amores, el bien ó el mal.

Su *planch* ó lamentación á la muerte de su protector Ricardo de Inglaterra, que falleció en 1199, pasa como modelo en este género de composiciones.

Es una poesía en estancias de versos de diez sílabas, cuyas rimas se repiten en cada estancia.

He aquí la traducción:

«Voy á hablar de un acontecimiento cruel. Nunca experimenté mayor pérdida ni sentí mayor desconsuelo. Eternamente he de recordarlo y he de llorar y gemir por ello. Quiero hablar de aquel que fué el jefe y el padre del valor. El valiente Ricardo, el rey inglés, ha muerto. Mil años hace que no se había visto hombre máspreciado, y no volverá á nacer quien le iguale en bravura, magnificencia y generosidad. El mismo Alejandro, vencedor de Dario, no tuvo tan nobles condiciones, y Carlos y Artús no valieron lo que él. Se ha hecho temer de la mitad del mundo y admirar de la otra.

»Me asombro de que en este siglo falso y pérfido pueda haber un hombre noble y cortés. ¿A qué esforzarse en llevar á cabo grandes empresas si las acciones gloriosas de nada sirven? La muerte ha enseñado de qué es capaz, pues que al herir á Ricardo, ha robado al mundo todo el honor, todas las alegrías, todos los bienes. Si nada puede librar de ella, ¿por qué se ha de tener tanto miedo á morir?

»¡Ah! señor, valiente rey, ¿qué será de las armas, de las justas y torneos, de las ricas cortes, de la galantería, faltando vos que érais su alma? ¿Qué será de vuestros servidores, aquellos que esperaban ser recompensados? ¿Qué será de aquellos á quienes elevásteis á la fortuna y á la gloria? No les queda más recurso que el de darse muerte.

»Una larga serie de pesares y una vida infeliz es lo que les espera, con una eterna desesperación por su infortunio; mientras que los sarracenos, turcos y paganos que os temían más que á ningún hombre *nacido de madre*, verán ahora acrecentar su orgullo y su prosperidad, y la conquista del santo sepulcro será más dificultosa. Dios lo quiso así, pues que, á ser lo contrario, si hubiéseis vivido, señor, se hubieran visto precisados á huir de la Siria.

»No tengo ya esperanza de que haya rey ni príncipe que pueda recobrarla. Cualquiera que ocupe vuestro puesto, debe considerar cuánto amábais la gloria y quiénes fueron vuestros dos valientes hermanos, el rey Enrique y el cortés conde Godofredo. Para reemplazaros á los tres, es preciso tener el ánimo dispuesto á gloriosas empresas.

»Buen señor rey, que Dios misericordioso, verdadera vida y verdadera gracia, os conceda el perdón que necesario os sea, y, dejándoos libre de culpas, se acuerde de lo bien que le habéis servido.»

Merece también traducirse una *tensión* de este poeta con Hugo de Bacalaria, cuya moral no es por cierto muy ortodoxa, pero que, en cambio, pinta las costumbres del tiempo.

«*Gancelmo*.—Yo amo sinceramente á una dama que tiene un amigo á quien no quiere dejar; pero se niega á amarme si no consiento en que continúe dándole públicamente muestras de amor, mientras que en secreto yo haré de ella cuanto quiera.

»*Hugo*.—Aceptad todo lo que vuestra linda dama os ofrezca y haced cuanto quiera, que con perseverancia todo se alcanza, y así es como muchos pobres llegan á hacerse ricos.

»*Gancelmo*.—Prefiero cien veces no tener ningún goce y quedarme sin amor, que dar á la mujer querida el permiso extravagante de tener otro amante que la posea. Me cuesta pasar por el marido: ¿cómo aceptar á otro? Me moriría de celos, y, en mi sentir, no hay más cruel género de muerte.

»*Hugo*.—Muchas ganas debe tener de morir, para morir, el que disponga en secreto de una linda dama. Vale más poseerla, aunque sea con esta condición, que quedarse sin nada. A más, yo sabría arreglarme también con ella, que acabaría por verme libre de la condición.

»*Gancelmo*.—No hallo yo ningún placer en esto. Si la robo á su amante, temeré que su veleidad no la obligue á tratarme un día á mí como ha tratado al otro. No obten-

drá ella mi amor mientras sea así, y si quiere continuar con los dos, renuncio á verla para siempre.

»Hugo.—Todo amante que por tan poca cosa renuncie á una dama, no sabe amar. ¿Sabéis qué consejo os daría yo? El de amarla con la misma sinceridad que os amara, el de entreteneros y divertirlos con ella como hace ella con vos, y el de tener otro amor en el que os portárais como leal amante, mientras que en éste obrárais según obren con vos.»

Este expediente parece juicioso á Gancelmo, y quiere hacer juez á María de Ventadorn. Hugo consiente, pero desea que formen parte del jurado la marquesa y el delfín (sin duda la de Montferrat y el delfín de Auvernia), por ser muy buenos conocedores del camino que debe seguirse en amor.

Gancelmo Faidit es un poeta fácil, tierno, de sentimientos delicados y de instrucción clásica.

«Cuanto más huye de mí la dicha, dice en una poesía, más esperanza tengo, como el jugador que, cegado por su pasión, se obstina en jugar perdiendo, haciéndose insensible al hambre, á la sed y al sueño.»

Mas eu o per si 'l ben esper
com selh que al jogar se confón,
que joga e non po joc aver
e non sen fam ni set ni son.

«Que aquellos que amen la virtud, dice en otra poesía, sepan que es del amor de quien proceden liberalidad, goce, alegría, lealtad, modestia. Nos hace amar el mérito, nos hace esclavos del honor, nos da solaz, dignidad y cortesía.»

En una canción, dice á su dama:

«Mi corazón, mis buenas canciones, todo cuanto puedo yo hacer bien ó decir bien, reconozco haberlo recibido de vos, mi gentil dama.»

Mou cor e mi e mas bonas cansós
e tot quan sai de avinen dir é far,
conosc qu' eu tenc, bona domna, de vos...

En Aimeric de Peguilhá se encuentra la misma idea, según puede verse en su artículo biográfico.

«Me asombro, dice también Gancelmo, de que allí donde hay mérito, ingenio y belleza, no exista amor.»

Dice en una poesía á su dama, que si le concede su amor le será tan fiel como lo fué el león á Godofredo de las Torres, un caballero limosín, de quien cuenta la historia de las cruzadas que libró á un león atacado por una serpiente, siguiéndole desde entonces el león como un perro fiel.

Quar si elha 'm tra del mal, ni far o denha,
 aissi li seral fis, ses falsa entrenha,
 cum fo 'l leos a 'N Gollfer de las Tors,
 quau l' ac estort de sos guerriers peiors.

Finalmente, una de sus composiciones descuella entre todas y es notable por su frescura y armonía.

Lo rossinholet salvatge
 ai anzit que s' esbandeja
 per amor en son lèngatge,
 em fai si morir d' enveja;
 quar leis cui dezir
 non vei ni remir,
 ni no'm volc ogan auzir.
 Pero pel dous chan
 qu' ilh e sa par fan,
 esfortz un pauc mon coratge,
 e vau conortan
 mon cor en cantan,
 so qu' ieu non cugci far ogan.

«He oído cómo el ruiseñor de los bosques se rebulle y canta el amor de su lenguaje, haciéndome morir de envidia; pero aquella que yo deseo se niega á verme y oirme. Y, sin embargo, el dulce canto que él y su pareja elevan, me esfuerza y da valor y doy aliento á mi corazón cantando, lo que no pensaba hacer por ahora.»

Según Nostradamus, Faïdit murió en 1220, hallándose en la corte de Ramón de Agoult.

El citado cronista nos lo presenta también como autor dramático, noticia que, á ser cierta, sería de una gran importancia para los orígenes del teatro moderno.

«Gancelmo Faidit, dice Nostradamus, vendía sus piezas en dos ó tres mil libras, ordenaba la representación, recibía todo el provecho de sus oyentes y espectadores, y se quedaba con todo.»

Cita de Gancelmo Faidit la comedia de la *Heregía dels Preyres*, mencionada por Roquefort, obra que Gancelmo tuvo guardada mucho tiempo, según Nostradamus, y que acabó por dar á conocer al marqués Bonifacio de Montferat, quien la hizo representar en su corte, recompensando con largueza á Faidit.

Eugenio Baret, en sus *Trovadores*, acepta como buena la opinión de Nostradamus, y éste y otros datos le sirven para sospechar que pudo existir un teatro provenzal en tiempo de los trovadores.

GARIN DE APCHIER.

Es un trovador de poca nombradía.

Pertenecía á la casa de Apchier, una de las más nobles de Gavaudán, que tomó su nombre del castillo de Apchier, situado en dicha comarca.

El Garín de Apchier de que aquí se habla, vivía en la época de Ramón V de Tolosa y fué alto dignatario en la corte de éste. El manuscrito que contiene las noticias de los trovadores se limita á decir de Garín que fué «valiente y buen guerrero, buen trovador, buen caballero; supo hacer bien el amor y ser galante, y llevó su liberalidad hasta el punto de dar todo cuanto tenía.»

Y es también todo cuanto se sabe de él.

Por lo que á sus obras toca, las principales han desaparecido, pues que sólo tenemos noticia de cinco composiciones dirigidas á su juglar y que por cierto tienen escaso mérito. De una de ellas, la misma á que me refiero en el discurso preliminar de esta obra al hablar de los juglares, se deduce que las composiciones de Garín de Apchier debían gozar de cierta nombradía y ser solicitadas, pues que el poeta, aún á costa de su modestia, asegura que su juglar se moriría de hambre si le retiraba sus versos.

El juglar de Garín de Apchier se llamaba Cominal, y, por lo que parece, tenía la manía de hacerse el galante y el poeta, dos papeles que no cuadraban bien ni á su edad avanzada ni á su ingenio limitado. El trovador le reprocha en una composición el cantar mal sus versos, siendo así que son los únicos que le hacen ganar el pan, y añade que la condesa de Beziers-Burlats le exhorta á despedirle porque:

ditz que vos rebasáz.

Le acusa de que á los guerreros sólo les hace daño con la lengua y que mueve guerra *selhs que an cruz e sonalh*, y picado sin duda por una respuesta de Cominal, le increpa en los siguientes términos:

«Mi Cominal muestra bien que si pudiera decir ó hacer algo para hacerme daño, lo aprovecharía de buen grado. Pero le faltan juventud y poder y le combaten vejez y pobreza. No hay ni amigo ni señor á quienes complazca, como no sea cuando canta mis canciones. Si quisiera arruinarle, me bastaría con retirarle mis versos: no hallaría entonces quien le diera de comer.

»Ningún marido debe temerle, y puede permitírsele que haga el galán con cualquiera mujer. De cualquier miserable pedazo de leño se puede hacer un hombre tan completo como él. No tiene piel, ni carne, ni color, ni vigor, ni juventud. De un hombre de esa guisa no debe estar celoso ningún marido.»

Ja nulh marit non cal temer
de lui, ni sa molher gardar,
ans lo pot laïssar domneiar
et estar ab leys á lezer;
que quals que 'l de bois vil entalh,
deboïssar lo pot d' aital talh,
ses pel, ses carn é ses color,
e ses joven e ses vigor;
e d' ome que 's d' aital faysós
non deu esser maritz gelós.

En otra composición, y siempre en el mismo tono, le dice:

«Vuestros malos *serventesios* hacen que os deteste á vos y á la juglaría. Más grato que oiros me sería el rechinar de la lima sobre unas espuelas y el canto de los halcones y de los gallos.»

Y continúa en este sentido maltratando á su juglar. Estas injurias, casi sin ningún ingenio, dan alguna idea de las costumbres del tiempo y de los hábitos y condición de los juglares.

Cominal no se muerde los labios en su contestación y llega hasta á eclipsar al trovador en este terreno. Bastará

para muestra las dos primeras estrofas dirigidas al conde de Apchier.

Comptor d' Apchier rebuzat,
pos de chan vos es laissat
recrezut vos lays e mat,
luenh de tota benanansa,
vencut, de guerra sobrat,
comtor, mal encompanhat,
ab pauc de vi e de blat,
plen d' enuey e de carn ransa.

Aisi prenc de vos comjatz,
pois may de mi no chantatz,
e del vostre vielh barat,
e de vostra vielha pansa,
e del nas tort, mal talhat,
e del veser biaisat,
que tal vos a Dieus tornat
c' anas co escut e lansa.

GARSENDA DE SABRÁN.

La casa de Sabrán era una de las más poderosas de Provenza; á todos los fastos de ésta anda mezclado el nombre de aquella familia ilustre.

La morada señorial de los Sabrán estaba á cuatro leguas de Uzés, y el barón se titulaba: *Por la gracia de Dios condestable de los condes de Tolosa.*

La heredera de esta casa, nieta de Guillermo IV, conde de Forcalquier, casó en 1193 con Alfonso II, conde de Provenza, habiéndole hecho donación su abuelo de todo su condado reservándose el usufructo, áun cuando, más tarde, descontento Guillermo del marido de su nieta, anuló parte de la donación en favor de Beatriz, hermana de Garsenda, que casó con Andrés de Borgoña, delfín del Vienésado, motivando esto una cruda guerra entre los condes de Provenza y de Forcalquier.

Así fué como Garsenda de Sabrán, por medio de su matrimonio con Alfonso II, subió á ocupar el sόlio condal de Provenza enlazando con la casa real de los monarcas aragoneses.

Alfonso sucedió á su padre en el condado de Provenza el año 1196, y pasó á habitar con su esposa Garsenda el vasto y suntuoso palacio que los condes catalanes habían levantado en Aix. Protector de los trovadores y trovador él mismo—lo cual sólo se sabe por referencia, pues sus poesías no han llegado hasta nosotros,—el conde Alfonso vió florecer en sus Estados las letras, las ciencias y las artes, siendo alma y esplendor de su corte su esposa Garsenda, celebrada por su belleza sin par y su cortesía sin rival.

Tanto Alfonso como Garsenda amaban apasionadamen-

te todo lo que era galantería, y con esto atraieron muchos trovadores á su corte, entre ellos Elías de Barjols y Guido de Cavaillon, que se disputaron el amor de su soberana. (V. los artículos de estos poetas.)

Debe señalarse á Garsenda de Sabrán un puesto de honor entre las poetisas provenzales. No está bien averiguado si son realmente suyas las poquísimas poesías, mutiladas é incompletas, que como obras de esta princesa continúan los manuscritos. Su legitimidad es muy dudosa, y por esto no las continúo en este estudio; pero está fuera de toda duda que compuso varios cantos que, al decir de un manuscrito que ví en Aix, diéronle gran fama de «muy entendida y perita en el arte de trovar.»

Era Garsenda mujer de singular talento, y hallé en el mismo manuscrito á que me refiero noticias que, á ser ciertas, y á poderse comprobar por aquellos que, sin más amor, cuentan con más erudición y medios que el autor de estas líneas, darían tal vez por resultado el de presentar á la condesa como fundadora del teatro provenzal, y por consiguiente, del teatro moderno.

Refiere el citado manuscrito que en las grandes solemnidades literarias que tenían lugar en el palacio de Aix, por los tiempos de los condes Alfonso II y Garsenda de Sabrán, con asistencia de cuantos trovadores asistían á aquella corte, era costumbre recitar ó representar una especie de misterios sobre escenas sacadas del Antiguo ó del Nuevo Testamento, haciendo hablar á los personajes en forma dialogada. Durante las fiestas de Navidad que en Provenza, como en ninguna parte, se celebran desde tiempo inmemorial con gran pompa, el palacio condal se convertía en un verdadero teatro, y la bella condesa Garsenda hacía recitar, ante un *pesebre*, es decir, ante una decoración donde se figuraba el nacimiento del Niño-Dios y la adoración de los pastores y de los reyes, escenas dialogadas y pequeños dramas en acción, compuestos por ella misma. Cuéntase que desde entonces quedó en Provenza la costumbre de recitar ó representar escenas ante los *bele-nes* que en muchas casas se construyen, para placer de las

familias y de los niños, durante las fiestas de Navidad. Por estos días, al comenzar el siglo XIII, el palacio de Aix quedaba abierto á todo el mundo, y el pueblo acudía solícito á oír recitar ó ver representar los misterios compuestos por la *buena condesa Garsenda, de honrada memoria*.

Mientras este dato, que la casualidad me hizo encontrar, no se impugne fundadamente ó se destruya, hemos de tener á Garsenda de Sabrán por autora y fundadora de esas escenas dramáticas, que en nuestro país se conoce con el nombre de *pastorcitos*, y que es costumbre representar en las fiestas de Navidad.

No hace muchos años, según tengo leído en el libro de Capefigue titulado *Las cortes de amor*, no hace muchos años que todavía en Aix, Marsella, Arlés y Aviñón se cantaba una especie de opereta provenzal, llegada hasta nosotros á través de los siglos, y atribuida, en su origen al menos, á los tiempos de Garsenda de Sabrán, cuando no á la condesa misma.

La escena representa un monte. Los pastores, bajo un cielo brillante de estrellas, están entregados á un profundo sueño, cuando de pronto, un ruido extraordinario viene á despertarles. Un diálogo se cruza entre los pastores, que se extienden en consideraciones sobre lo que ha podido motivar aquel ruido. Mientras discurren sobre ello, entregándose alguno por cierto á reflexiones muy inocentes y primitivas, el cielo se ilumina con la luz espléndida de una brillante aurora, y entre nubes de oro y púrpura aparece el ángel que anuncia á los pastores la buena nueva.

Tal es la escena dramática que atribuirse puede á la condesa Garsenda. El verso ha ido sufriendo grandes modificaciones, acomodándose al espíritu de la lengua moderna y perdiendo su sabor antiguo, pero el canto y la escena son los mismos.

De todas maneras, si no quiere reconocerse en Garsenda de Sabrán y en las veladas literarias del palacio de Aix durante las fiestas de Navidad el origen del teatro moderno y la existencia de un teatro provenzal, hay al

menos que reconocer en aquella princesa el origen de los *Nouvé* provenzales (Villancicos), que hoy forman una de las más frondosas ramas de la poesía moderna, siendo en la literatura provenzal todo un género, y constituyendo en este género todo un tesoro.

Pocas más noticias me ha sido dado recoger de Garsenda.

Sólo se sabe que sobrevivió á su esposo, y se retiró al monasterio de la Cella. En los archivos de Aix se conserva una carta original, en pergamino, haciendo constar la recepción de la condesa Garsenda, viuda de Alfonso II, en el monasterio de la Cella, hecha por el abad de San Víctor de Marsella, y permitiendo á la princesa habitar fuera del cláustro hasta que hubiese satisfecho sus deudas y puesto orden en sus asuntos, debiendo entonces regresar al monasterio para residir en él. La carta está fechada y firmada en la iglesia de Santa María de la Cella, junto á Brignolles, el día catorce de las kalendas de Junio de 1225 y sellada con los sellos de la condesa y del abad de San Víctor.

El esposo de Garsenda, Alfonso II de Provenza, de quien hay que decir algo aquí, pues debe figurar entre los trovadores, siquiera sus poesías no hayan llegado hasta nosotros, era hijo del rey Alfonso de Aragón, sucediendo á su padre en los Estados de Provenza en 1196, mientras su hermano D. Pedro le sucedía en los de Aragón.

Murió en 1209, hallándose en Palermo, á donde había pasado acompañando á su hermana Constanza, que iba á casarse con Federico, rey de Sicilia.

Alfonso II y Garsenda de Sabrán dejaron un hijo llamado Ramón Berenguer y una hija llamada Garsenda, que casó con Guillermo, vizconde de Bearn.

En cuanto á Ramón Berenguer, poeta también, sucedió á su padre y casó con Beatriz de Saboya, poetisa provenzal asimismo. De entrambos se habla en el artículo de esta obra *El conde y la condesa de Provenza*.

GAVAUDÁN.

Le llaman Gavaudán *el viejo* y florecía á fines del siglo XII y principios del siguiente.

Nada se sabe de su vida, y figura entre los trovadores de segunda clase; pero tiene un canto de cruzada que bien merece ser colocado entre los primeros. Es relativo á los sucesos que tuvieron lugar en España y que inspiraron también los cantos de Folquet de Marsella, de Gerardo de Calansó y de otros.

Sabido es cómo el rey de Marruecos, Jacob Almanzor, preparó aquella expedición formidable que debía terminar por la funesta rota de los españoles en la batalla de Alarcos; sabido es cómo luego se unieron los monarcas españoles, acudiendo también el rey de Castilla en busca de auxilios extranjeros; sabido es cómo el entusiasmo cundió por todas partes y trajo á España sesenta mil auxiliares transpirenáticos, gran parte de los cuales hubieron de volverse, sin embargo, antes de llevarse adelante las operaciones; sabido es, en fin, cómo el 16 de Julio de 1212 tuvo lugar aquella para siempre memorable batalla, tan gloriosa para las armas cristianas, en que tomaron parte los reyes de Aragón, Castilla y Navarra.

A estos sucesos se refiere el canto de Gavaudán, que fué nuncio de victoria. Lo compuso cuando se trataba de inflamar los ánimos, de levantar el espíritu público en favor de la cruzada por España, y cuéntase que trovadores y juglares lo iban recitando por los países de la lengua de *oc*, con singular solemnidad y aparato.

Dice así:

«Señores, por nuestros pecados crece la fuerza de los sarracenos: Saladino ha tomado á Jerusalén, que no ha po-

dido recobrarle todavía. Y ahora envía á decir el rey de Marruecos que combatirá á todos los reyes de los cristianos con sus menguados andaluces y árabes, armados contra la fé de Cristo.

» Ha llamado ya á todos sus alcaldes almohades, moros, godos y berberiscos, y no quedará uno solo, grande ni pequeño, que no se le agregue. No cae más espesa el agua de lo que ellos acuden y se apoderan de los llanos; esta bandada de milanos se da á pacer á manera de las ovejas, no dejando mata ni raiz.

» Tan orgullosos están los que se han reunido, que creen tener ya sujeto el mundo. Marroquíes y marabutos se detienen formando grandes turbas por en medio los prados y dicen entre sí con befa: « Francos, hacednos plaza; nuestra es Provenza y nuestro el país de Tolosa con todo el interior hasta Puy. » Jamás tan fieras burlas fueron oídas de los falsos perros sin ley y miserables.

» Emperador, oidlos, y óiganlos también el rey de Francia y su primo, el rey de Inglaterra y el conde de Poitú, y corran todos á auxiliar al rey de España, pues jamás se ofreció más próxima ocasión de servir á Dios; con él venceréis á todos los perros que ensalzan á Mahoma y á los renegados y envilecidos.

» Jesucristo, que nos ha amonestado para que fuese bueno nuestro fin, nos muestra que este es el buen camino, pues mediante el arrepentimiento nos será perdonado el pecado que procede de Adán, y nos da certeza y seguridad de que si le creemos, nos colocará entre los bienaventurados y de que será nuestra guía contra estos falsos y vilipendiados traidores.

» No dejemos nuestras heredades, puesto que estamos apoyados en la gran ley, á estos negros perros ultramarinos: conjuremos el peligro antes que nos alcance. Portugueses, gallegos, castellanos, navarros, aragoneses les opusimos por barrera, y ellos los han vencido y humillado.

» Cuando verán á los barones cruzados, alemanes, franceses, cambresinos, ingleses, bretones, angevinos, bearneses, gascones, mezclados con nosotros y además los pro-

venzales, formando todos un cuerpo, sabed que con las espadas hendiremos su muchedumbre y cabezas y manos, hasta que les hayamos muerto y aniquilado, y entonces nos repartiremos su tesoro.

»Profeta será Gavaudán, pues lo dicho será hecho: los perros morirán y Dios será honrado y servido allí donde Mahoma era respetado.»

Senhors, per los nostres peccatz
creys la forsa dels sarrasís;
Jherusalem pres Saladís;
et encaras non es cobratz;
per que manda 'l reys de Maroc
qu' ab totz los reys de crestiás
se combatrà ab sos trefás
Andolozitz et Arabitz,
contra la fe de Crist garnitz.

Totz los Alcavis a mandatz
Masmutz, Maurs, Gotz e Barbaris,
e no y reman gras ni mesquis,
que totz no 'ls áyon ajostatz;
anc pus menuc ayga non ploc
cun els pásson, e prendo 'ls plas;
la carauhada dels milás
geta 'ls páysser coma berbitz,
e no y reman brotz ni razitz.

Tant an d' erguelh sels qu' a triatz
qu' els cuio 'l mons lur si aclís
Marroquenas, Marabetís
páuzon a mons per mieg los pratz;
mest lor gábon: «Franc, faiz nos loc
»nostr' es Proensa e Tolzás,
»entro al Puey totz los meías.»
Anc tan fers gaps no fon auzitz
dels falses cas, ses ley, marritz.

Emperayre, vos o auiatz,
e 'l reys de Fransa, e sos cozís,
e 'l reys inglés, coms peítavis,
que ancmáis negús mielhs no poc
a servir Dieu ésser propdás;
ab lui venseretz totz los cas
cui Bafometz a escarnitz,
e 'ls renegatz e 'ls assalhitz.

Jhesús Critz, que-ns a prezicatz
per que fos bona nostra fis,
nos demostra qu' es dregz camís,
qu' ab penedensa er perdonatz
lo peccat que d' Adam se moc;
e voi nos far fems e certás,

si 'l crezem, qu' ab los sorábis
nos metrá, e sera 'ns la guitz
sobr' els fals fellós descauzitz.

Non laissez nostras heretatz,
pus qu' a la gran fe em assís,
a cas negres outramarís,
q' usquec ne sia perpezzatz,
enans qu' el dampnage nos toc;
Portogals, Gallicx, Castellás,
Navars, Aragones, Ferrás
lur avem en barra gequitz
qu' els an rahuzatz et aunitz.

Quan veyran los barós crozatz
Alamans, Fransés, Cambrezís,
Englés, Bretós et Angevis,
e 'ls Provensals totz en un floc;
saber podetz qu' ab los espás
romprem la preyss' e 'l cap e 'l mas
tro 'ls aiám mortz totz e delítz
pueys er mest nos totz l' aurs partitz.

Profeta será 'N Gavaudás,
qu' el dig er faiz, e mortz als cas,
e Dieus er honratz e servitz
on Bafometz era grazitz.

Vamos á hacernos cargo ahora de las demás poesías de Gavaudán llegadas á nuestra noticia.

Tiene una composición en que parece querer demostrar las excelencias del *trovar clus*. Pretende hacer, dice, una poesía «cerrada y cubierta para poner á prueba á los que tienen el ingenio claro y también á los que lo tienen limitado. Que no se burle nadie de esto y que no me condene hasta que se haya separado el trigo de la paja, porque el necio se apresura demasiado á condenar, y el ignorante se agita en el embarazo en que le pone lo que es demasiado sutil para él.»

En seguida se extiende en una declaración enigmática contra la decadencia de la virtud y del júbilo, que, á su juicio, van desapareciendo del siglo.

Tiene también otra poesía, otro *verso*, como él le llama, «que vale tanto más cuanto que, entre mil personas, no habrá diez que puedan comprender su sentido, sentido que será claro para aquellos que son hábiles en amor y oscuro para los que ignoran esta ciencia.»

Según observa Millot al hablar de esta composición, la

oscuridad parece en ella una especie de reserva, pues que se habla de violentas sospechas á propósito de un crimen de que se acusa á su querida. Tomando pretexto de esto, dedica una sátira á las mujeres, diciendo que más fácil es librarse de los peligros del agua, del fuego, de la mar y de los ladrones, que de los artificios mujerieles.

Mejor que estas poesías es su *Planch* ó lamentación con motivo de la muerte de su amada.

Maldice á la muerte de no haberle arrebatado á él mismo antes que entregarle á los dolores que le envejecen en la flor de su edad y blanquean su rubio cabello. «Insensible, dice, á toda alegría, á toda otra impresión que á la del dolor, pasaré el resto de mis tristes días como la tórtola que lamenta la pérdida de su compañera.»

Gavaudán ha dejado escritas dos *pastorelas*, que no son realmente de un mérito muy superior.

En la primera encuentra á una pastora que comienza por tratarle muy mal, que le cita el ejemplo de Salomón para probar los inconvenientes del amor, y que concluye por rendirse á sus deseos.

En la segunda encuentra á una pastora que le llena de júbilo con sus tiernas caricias.

El poeta le dice que en todo el tiempo que se ha visto separado de ella no ha gozado un sólo momento de dicha.

«—Ya conozco este estado, le responde la pastora; todas las noches las he pasado entregado á mis pensamientos, llegando á perder el sueño. Hicieron mal en separarnos, pero nada han ganado en ello, mientras que nosotros hoy sentimos más vivo placer al volver á encontrarnos reunidos.»

Gavaudán bendice al Amor por haberlos acogido bajo su amparo.

«—Eva, dice la pastora, faltó á las prohibiciones que le impusieron, y pierden su tiempo los que me impiden veros.»

Las citas de Salomón y de Eva demuestran, por lo visto, que las pastoras del tiempo de Gavaudán estaban familiarizadas con la Historia Sagrada.

GILBERTO AMIELS.

Los manuscritos provenzales dicen que era un caballero de Gascuña, de noble origen, pero pobre; que sobresalió en las armas, que fué buen trovador y que componía versos más ajustados y correctos que los de otros poetas; finalmente, que nunca amó á ninguna dama de nacimiento superior al suyo.

Es todo cuanto se sabe de él.

Una poesía suya confirma lo que dice el biógrafo provenzal.

«Soy un trovador modesto, dice, y no pertenezco al número de aquellos que se dan aires de grandes señores y extienden su fama por todas partes. Quiero que mi canto quede entre aquella á quien canto y yo. No aspiro al amor de las grandes damas, y prefiero las personas de mi clase, pues ni tengo la fortuna ni las cualidades necesarias para aspirar á esas altas conquistas que no me convienen y que no obtendría tampoco si quisiera pretender. Prefiero la hermosa avecilla que tengo en la mano á dos ó tres grandes aves volando por el espacio y perdiéndose en la profundidad de los cielos...

»Conozco una mujer bella, virtuosa, de irreprochable conducta y que se contenta con su medianía. A ella es, pues, á quien dirijo mis votos y á quien doy gracias, cruzadas mis manos, considerándome muy afortunado con la felicidad de que por ella disfruto.»

La índole de esta poesía y su moral son, en efecto, muy diversas de las usadas por la mayor parte de los trovadores.

GIRALDO DE BORNEIL.

I.

Figura, con justicia, entre los más célebres trovadores.

Vivió á últimos del siglo XII y principios del XIII; nos quedan de él más de sesenta poesías; su reputación fué grande, y ha pasado á la posteridad con una aureola de gloria. Dante le ha llamado *el cantor de la rectitud*; Pedro de Auvernia dice de él que fué quien compuso la primera canción ¹; la posteridad le conoce por *el maestro de los trovadores*.

Su biógrafo provenzal poco cuenta de él; se ignoran las circunstancias de su vida, la cual hay que ir reconstruyendo con los datos que nos ofrecen sus propias poesías y las noticias que esparcidas se hallan en distintas obras.

Todo lo que de él dicen las *Vidas de los trovadores* se reduce á las siguientes líneas:

«Girardo de Borneil era del Lemosín, nacido en un castillo del vizconde de Limoges, en territorio de Excideuil. Era hombre de baja alcurnia, pero letrado muy sabio y de mucho ingenio natural. Fué el mejor trovador de cuantos hubo antes y después de él: por esto fué llamado el maestro de los trovadores, como le llaman aún todos aquellos que son inteligentes en sutilezas y en buenas doctrinas de amor y de ingenio. Fué muy honrado por los hombres de mérito, por los sabios y por las damas que entendían las magistrales sentencias y arte de sus canciones. Arreglaba

¹ Las canciones se llamaban antes *versos*. Dice á este propósito Pedro de Auvernia:

Et en aquel temps negus cantar no s' apellava cansós, mas vers: mas pueis, En Guirautz de Borneil fetz la primera cansó.

de manera su vida, que pasaba todo el invierno en la escuela para estudiar, y el verano recorriendo cortes, llevando consigo dos cantadores que cantaban sus canciones. Nunca quiso casarse, y todo cuanto ganaba lo daba á sus parientes pobres ó á la iglesia del pueblo en que nació, iglesia que se llamaba, y se llama aún hoy, San Gervasio.»

El sabio alemán Federico Díez, en su *Poesía de los trovadores*, distingue muy especialmente á este poeta.

En su capítulo sobre los periodos poéticos dice: «Con Giraldo de Borneil, que pertenece á la segunda mitad del periodo de los trovadores, la poesía artística alcanza su grado más culminante en lo que le es dado tener conciencia de sí misma y estudio de sí propia: no, pues, sin razón los poetas posteriores le llamaron el maestro de los trovadores. Sin embargo, Giraldo pronostica ya la decadencia del arte por ese tono lastimero que halló otros ecos hacia el fin de aquel mismo periodo.»

Y cuando trata especialmente de cada poeta, añade:

«Giraldo era trovador de raza. Nadie ejerce la profesión con más celo; nadie, á excepción de Giraldo Riquier, entretiene más espontáneamente á su auditorio acerca los destinos de la poesía. Esta candidez, común á tantos otros poetas, es, sin embargo, especial en él; pero tiene compensación: es un espíritu varonil, á quien el Dante ha llamado el cantor de la *rectitud*. El arte, según él, noble vocación, no es un juego de todos los momentos. Hay cuatro condiciones necesarias para una buena poesía: el amor, un lugar, una estación favorable y el favor de los grandes. Durante algún tiempo, en su juventud quizá, se entregó al oscurantismo poético, pero luego enmendó su error haciéndose justicia á sí propio.»

Y, en efecto, esto último que dice Díez se encuentra comprobado por las obras del mismo Giraldo.

En una de ellas escribe que al principio se había dedicado á los versos en rimas difíciles, pero que, no obstante de haberle esto dado la gloria de ser colocado entre los más grandes poetas, conoció en seguida que era mejor

componer canciones cuyas palabras fuesen claras, sencillas é inteligibles.

A propósito de esto tuvo Giraldo una controversia con un trovador muy poco conocido, llamado Lignaure. Se queja éste de que Giraldo maltrate la poesía oscura, y dice que esto es borrar toda distinción entre los poetas.

Giraldo responde, con muy buen sentido, que cada uno debe seguir su propia inclinación, y que, en cuanto á él, prefiere la poesía inteligible, la estima cómo superior, y nadie impedirá que la cultive.

—Pues á mí no me place, dice Lignaure, hacer versos que sean estimados indistintamente de todo el mundo. Quiero que los necios no hagan caso de mis composiciones.

—Entonces, replica Giraldo, no es el deseo de la gloria el que os anima á cantar. Al oiros parece que debiera uno tener miedo de extender á lo lejos su nombradía. ¿Trabajamos quizá por otra causa?

Lignaure protesta que prefiere una reputación limitada á un pequeño círculo de personas escogidas.

He aquí el comienzo de esta tensión:

Ara 'm platz, Giraut de Borneil,
que sapcha que anatz blasman
trobar clus ni percal semblan?
Aissó 'm digatz
si tan presatz
so que vas tots es cominal,
car adongs tuy seran egal.
—Senher Ligaure, no coreill,
si quecs se trob a son talan,
más m' eis vuelh jutjar d' aitan,
qu' es mais amatz
chans e prezatz,
qu' il fai levet a venansa!,
e vos no m' ho tornetz en mal...

En una de sus más bellas poesías dice Giraldo que ha estado dudando cómo empezar una canción ligera, pero que han desaparecido sus dudas al decidirse á hacerla de tal modo que pueda entenderla todo el mundo y todo el mundo cantarla. «No es, añade, que no supiera hacerla oscura si quisiera, pero á mí me place que esté al alcance

de todos, y nada encuentro más grato que oirla cantar á las muchachas cuando van por agua á la fuente.»

Apenas sai comensar
un vers que vuell far leugier,
e si m' ai pessat des ier
que 'l fesés de tal razó
que 'l entenda tota gens,
e que 'l fassa leu chantar
qu' seu 'l fas per plan deportar.

Be 'l saupra plus cuber far,
mas non a chans prez enfiar
quan tug non son parsonier,
qui que 's n'azir, mi sap bo
quan aug dire per contens
mo sonet ranquet e clar
e l'aug a la fon portar...

II.

Nostradamus supone que Giraldo de Borneil se vanagloria en sus canciones de no haberse enamorado nunca. Es un error. Al contrario, existen de él varias poesías en que habla de su querida, ó de sus queridas, mejor, expresando su pasión con toda la ternura de un verdadero amante. Lo que se desconoce es el nombre de las que fueron sus damas, á las cuales distingue con el poético de *Flor de lis* y de *Sobre todas*.

He aquí una de estas canciones:

«Grande es mi placer cuando pienso en el amor que me tiene por entero entregado á su servicio. El otro día me hallaba en un jardín sembrado de bellas flores, por entre las cuales discurrían los pájaros dejando oír sus armoniosos cantos. Allí fué donde me apareció *Flor de lis*. Mis ojos quedaron absortos; y mi corazón tan cautivo, que desde entonces no pienso ni sueño más que en aquella de quien estoy enamorado.

»Por ella canto y por ella lloro. Mis puros y tiernos deseos me obligan á dirigir mis votos, entre suspiros, á los lugares donde ví brillar su belleza. Aquella que así me ha cautivado es la flor de las damas; dulce, buena, modesta y de noble alcurnia, amable en sus modales, cortés

ingeniosa en sus palabras, me parece que todo el mundo debe enamorarse de ella.

«¡Cuánta no fuera mi dicha si me atreviera á publicar sus alabanzas! El universo entero se pararía á escucharlas. Pero me dan miedo los falsos y maldicientes, gentes crueles é injustas. Tengo muchos enemigos, y no quiero que puedan abrigar sospechas. La amo tanto, que cuando llego á ver á uno de su familia le estrecho entre mis brazos y le devoro á besos...

«Los que de todo se mofan dirán de mí que soy orgulloso, altanero, desdeñoso, pero es lo cierto que si me hallara en medio de una gran muchedumbre á nadie vería más que á la persona que es dueña de mí. Sin cesar le hablo á mi corazón del objeto á que aspiro. Llevo su imagen y su pensamiento conmigo.»

En otra canción se pinta como tembloroso y vacilante ante su querida, hasta el punto de no atreverse á descubrirle su amor. En seguida añade:

«Quien sea inteligente en derechos y en leyes de amor y quien sepa amar, no puede tener nunca goce completo si no es algo temerario. Nunca se vió que fuera feliz el amante tímido.»

Habla en otra poesía de una dama de quien recibió un beso «que le ha vuelto, dice, *más loco que á los de Beziers.*»

A esta misma dama ó á otra, le dice que sus rigores le han trastornado y hecho perder el juicio, á pesar de ser *más cuerdo que Catón*, y que sólo puede recobrarlo siendo amado de ella.

También pide perdón á una dama de Segur, de que por su amor haya traspasado los límites de la razón, declarándose indigno de ella.

Girardo de Borneil hacía esfuerzos para llegar á una poesía elevada y sabia, y se ve marcada su tendencia á salir de los estrechos límites en que vivía la literatura, para lanzarse al espacio en busca de más espaciosos horizontes. Esta tendencia la veremos todavía más palpable y desarrollada en Girardo de Riquier.

Inspirándose en este más alto criterio, y echándose á filo-

sofar, como vulgarmente se dice, Giraldo de Borneil se lamenta á menudo de la decadencia del verdadero amor, y el siglo le parece haber degenerado, porque el amor y las canciones no están en honor como antes.

«En otro tiempo, dice, yo veía organizar torneos, brillar armaduras, flotar banderas, y todo el mundo, por largo espacio, hablaba de las proezas que habían ilustrado las lides. Hoy se tiene á honor el robar bueyes y ganados. ¡Caiga el ludibrio sobre el caballero que se hace el galán cerca de las damas y que á ellas se presenta manchadas las manos con que ha robado los bueyes, saqueado las iglesias y despojado á los viajeros!

»En otro tiempo yo veía á los trovadores, elegantemente vestidos y con numeroso séquito, visitar las cortes y cantar las alabanzas de las damas, de todos y por todos festejados y honrados. Hoy apenas si hablan de ellos, pues que no se les hace caso alguno. Los cambios sobrevenidos en amor son la causa de este desorden. Como no hay ya buena fé, las damas y los galanes merecen la censura de los cantores, ó por mejor decir, la juglaría está deshonrada porque se ha perdido el verdadero honor.»

En la poesía de Giraldo de Borneil hay frescura, espontaneidad y sentimiento, siendo muy superiores á sus obras *sabias*, aquellas en que pinta y describe la galanura de los campos, la sencillez del amor, las emociones del alma.

He aquí con qué admirable espontaneidad comienza una de sus *albas*. El vigía da la señal de aviso y canta:

«Gallardo compañero, salid á la ventana y mirad las señales del cielo: conoceréis que os doy un leal aviso, y si no lo atendéis, culpa vuestra será lo que os suceda, porque he aquí el alba.»

Bel companhós, issetz al finestrel,
et esgardatz las ensenhas del cel;
convisseretz si us sui fizel messatge;
si non ho faitz, vostre será 'l damnatge,
et adés sera l' alba.

En otro lugar dice con seductora expresión:

«No me es posible resistir á mis deseos de saludar y can-

tar á la nueva flor que brota en el campo, ahora que los bosques se pueblan de hojas. Me siento renacer á nueva vida así que oigo entre el ramaje la voz de los pájaros amantes y veo reverdecer los campos, los vergeles y los bosques. Desde este momento ya no me ocupo de otra cosa, ya no tengo otra tarea que la de cantar y alegrarme.

»Ved qué hermoso sueño tuve una noche de primavera. Soñé que un hermoso pájaro, cantando, se había venido á poner junto á mí. Al verme quiso huir, pero poco á poco fué amansándose y se dejó meter en una jaula. Una vez allí se dirigió á su señor, y como pudiera conversar con un amigo, hablóme de mi amor, asegurándome que sería feliz, y que, no sin penas, alcanzaría en elevados lugares el amor de una amiga tal como nunca hombre de mi linaje amó otra mejor ni fué más amado de ella.»

III.

Diversos rasgos históricos esparcidos por las obras de este trovador, nos pueden dar idea de algunos accidentes de su ignorada vida y del favor que mereció á los príncipes de su tiempo.

Es indudable que Giraldo viajó por España y estuvo en las cortes de Aragón y Castilla.

Alfonso *el Casto*, el rey trovador, debió proteger á Giraldo y ser de él muy apasionado, pues es fama que acostumbraba á decir esta frase, hablando de la literatura de su época: «Se podría hacer un matrimonio feliz casando los serventesios de Beltrán de Born con las canciones de Giraldo de Borneil.»

En una de sus poesías, Giraldo celebra al monarca aragonés por sus prendas y por sus victorias, diciendo que en él residen toda prez y cortesía y que sabe hacerse temer y respetar de sus enemigos.

Senher reis d' Aragó, temer
vos devon vostre malvolen,
quar fag lur avetz a presen

totz temps piegz lur affaire
 que hom no sap retraire,
 si que 'n es aunida
 tota lur partida,
 e lur senhoria
 mor e desvai
 tan an d' esglai
 que 'l pus ric son tornat savai.
 Quar lur pretz t' envia,
 ab joi te 'n vai
 chanson en lai
 vers mon senhor ab cui estai
 pretz e cortesia...

Existe una poesía de Giraldo de Borneil que merece fijar la atención. Va dirigida á la corte catalana de Provenza, y ella demuestra lo que ya queda dicho en otro lugar de esta obra, á saber, que entre los catalanes no tenía éxito alguno la escuela que fundaba su mérito en la oscuridad, prefiriendo las composiciones claras, de sencilla forma, como expresión de la verdad.

«Suavemente, dice, y paso á paso, riendo y jugando, voy despojando mi cancioncita de dicciones oscuras, á fin de que ni una sola quede, pues así podrá pasar llanamente por Provenza y tener éxito entre los catalanes, ya que una canción que se entienda bien, allí tiene valor y aquí no lo disfruta.»

Tot soavet é del pas
 rien, jogan,
 vauch un chantaret planan
 de diz escurs
 qu' un noi i remaigra;
 qu' aissi leu s' ill era plas
 pori' entre 'ls catalás
 passar en Proensa;
 car chansós leu entenduda
 lai val e sai s' es vertuda.

En otra canción envía al rey de Aragón su juglar Per-rín y se lamenta de que, sin culpa por su parte, haya desmerecido de su amistad, por lo cual ni siquiera sus cantos le contentan, aunque trata de agradar á los demás, y termina diciendo que le hace un regalo.

Perrin, te 'n via al rei
 mas que m' avé
 que s' es tot foptfait di que 'l be
 que m' a volgut
 conosh que 's vira
 perque eu marit soi loigratz desilatz...
 Mas chant per esbandiment
 e per plazer d' antra gent...
 Joiós al rei fai presen
 d' un don qu' en fes avinen
 e vos, seignor, non conten.

En otra poesía dice que hubiera ya regresado á su país si el señor de Aragón no le retuviera, envaneciéndole el favor de un rey que se muestra *locamente apasionado de sus canciones*, lo cual le place por su amada *Sobre Totz*:

E foram' eu plus totz tornatz
 si 'l seigner cui ser Aragós
 no me tengués e si sui fatz
 car eu fol gust mas cansós,
 mas per mon *Sobre Tots* m' platz
 que se 'n demora per saísós.

En las obras de Millot-Saint Pelage y de Federico Díez, se dice que Giraldo dedicó composiciones á Alfonso IX de León y á San Fernando de Castilla, en vida de su padre. La poesía á este último debió ser compuesta entre 1217, en que entró á reinar San Fernando, y 1220, que es el término señalado por Díez á la carrera poética de Giraldo de Borneil.

Tiene también una composición dedicada al rey de Navarra que, á juicio de aquellos autores, debió ser Sancho *el Fuerte* (1194, 1230).

En una poesía donde habla de la mala fé de las mujeres, cita el ejemplo del rey Luis, para dar á entender que de dos males debe escogerse el menor, lo cual supone Millot que es una alusión al divorcio de Luis VII en 1150 con Leonor de Aquitania. El autor en este caso supone que vale más perder una parte de sus Estados, como hizo este príncipe, que vivir con una esposa deshonorada.

Hay de él asimismo tres composiciones de cruzada deplorando la ceguedad de los cristianos que abandonan el

Santo Sepulcro en poder de los infieles, prometiéndoles si van á rescatarle las recompensas del cielo y lanzando gritos de entusiasmo al ver que por fin los monarcas se deciden á levantar gentes para ir á la conquista de la Tierra Santa.

IV.

Dante en su *Divina Comedia*, como ya hemos visto al hablar de Arnaldo Daniel, cree á éste con más derecho que á Giraldo á ser llamado *el maestro de los trovadores*, pero ya hemos visto también que en su *Tratado sobre la vulgar elocuencia* le llama *el cantor de la rectitud*.

No puede, en efecto, desconocerse la influencia que hubo de tener sobre los trovadores y sobre las letras aquel poeta de dulcísimos cantos y de recto criterio, que era de humilde cuna, pero sabio en letras y de gran sentido natural, *hom de bas afev, mas savís hom de letras e de sen natural*, que dedicaba el invierno al estudio y recorría en verano las cortes acompañado de sus juglares, que obedecía en sus composiciones á un sentido moral muy pronunciado, que supo abrirse paso y alcanzar un puesto y un nombre en la sociedad, y, finalmente, que ejercía su profesión con verdadera fé, con plena conciencia de su misión, no abandonando jamás el camino de sus deberes, siendo en sus obras eco y expresión de sus honrados sentimientos, y aceptando modestamente el aplauso, sin desdeñar tampoco el premio.

A ben chantars
coven amars
e locs e grazirs e sasóz:
mas, s' ieu n' agués dels quatre dos,
non cug que 'ls autres esperés;
que locs mi dona joi adés
e la sasóz de qu' ieu sui gais;
que ges lo temps, quan l' erba nais,
si ben s' agensa fuelha e flors,
tan no m' ajud' en mos chantars
cum precís é grazis de senhors.

Las composiciones de Giraldo de Borneil tienen una

cualidad característica que las distinguen de las demás. Se hacen notar por un fondo de dulce melancolía y también por cierta unción religiosa. Giraldo dirige sus ojos al cielo con frecuencia, sin dejarse arrebatarse ni por la pasión ni por el odio, y en vez de escribir furiosas diatribas, compone elegías, como ya dijo Coll y Vehí en un libro, donde, por cierto, no siguió el ejemplo de Giraldo, sin embargo de presentarle como modelo.

Así comienza una de sus más sentidas poesías en que recuerda con tristeza la felicidad de los tiempos pasados:

Si per mon Sobre Totz no fos
 que 'm ditz qu' ieu chant e sia gais,
 ja 'l suau temps, quan l' erba nays,
 ni pratz, ni rams, ni bosc, ni flors,
 ni durs senhers, ni van' amors,
 no 'm pogran métre en eslays:
 mas d' assó 'm tecc ab lui
 que, pos jois falh e fui,
 merma pretz e barnatz;
 e pois las poestatz
 s' est raigneron de jay,
 de quan que 'l piegers fay
 no fon per mi lauzatz;
 qu' aissi 'm suy cosseillatz,
 que nul ric non envey
 que trop mal senhorey.

Selha vetz era 'l segles bos
 quan pertot aondava jays,
 e selh grazitz on n' era 'l mays,
 e pretz s' aveni' ab ricors:
 ar appell' om pros los peiors
 e sobrier selh que pieitz s' irais;
 e selh que mais adui,
 cum que 's pot, del autrui,
 será plus enveiatz.

De que 'm tenh per forsatz,
 qu' om d' avol plait savay
 cruelha bon pretz veray
 don degr' esser blasmatz
 e vos, quar non pessatz
 si 's tanh qu' om pretz autrey
 a sel que lag feuney...

En este estilo, metro y forma siguen las demás estrofas; pero es realmente muy superior y ha sido generalmente reputada por el más perfecto dechado en su género, la si-

guiente, de la cual ya se ha dado una idea á los lectores traduciendo algunos de sus pasajes más arriba, para demostrar cómo Giraldo lamentaba la caducidad moral de la nobleza y la pérdida de las nobles y honradas costumbres caballerescas y galantes de otros tiempos.

Per solatz revelhar
 quar es trop endormitz,
 e per pretz qu'es fayditz
 aculhir e tornar,
 mi cuyei trebalhar;
 mas er m'en sui giquitz,
 per so quar sui falhitz,
 quar non es d'acabar;
 cum plus m'en ven voluntatz e talans,
 plus creys de lai lo dampnatges e'l dans.

Greu es a sofrerar,
 a vos o dic, qu'auzitz
 cum era jois grazitz
 e tug li benestar,
 hueymais podetz jurar,
 que ja de fust no vitz
 ni vilas miels formitz
 estra grat cavalgar:
 lagz es l' afars e greus e malestans
 don hom per Dieu e reman malanans.

Ieu vi torneis mandar
 e segre gens garnitz,
 e pueys dels miels feritz
 una sazó parlar;
 ar es pretz de raubar
 buous, motós e berbitz;
 cavaliers si'aunitz
 que 's met a domneiar,
 pus que toca dels mans motós belans,
 ni que rauba gleizas ni viandans.

On son gaudit joglar
 que'ieu vi gent aculhitz,
 qu'a tal mestier fo guitz
 que solia guidar?
 e vey senes reptar
 anar tals escarits,
 pus fon bos pretz failhitz
 qua solia menar
 de companhós, e no sai dire quans,
 gent en arneis e bels e benestans.

E vi per cortz anar
de joglaretz petitz
gen caussatz e vestitz,
sol per domnas lauzar:
ar non auzon parlar,
tan es bos pretz delitz,
dont es lo tortz issitz
de las mal razonar.

Diatz de quals d'elhas o d'els amans,
ieu dic de totz, qu'el pretz n'a trag enjans.

Que ieu eys que suel sonar
totz pros hom issernitz,
estauc tan esbaitz,
que no m sai cosselhar,
qu'en luec de solassar
aug en las cortz los critz,
qu'aitan leu s'es grazitz
de lans e de bramar

lo comptes entre lor cum us bos chans
dels ricx afars e dels temps e dels ans.

Mas a cor afrancar,
que s'es trop enduritz,
non deu hom los oblitz
ni'ls viels faitz remembrar,
que mal es a laissar
afar pus es plevitz,
e'l mal don sui guaritz
no 'm qual ja mezinar,
mas so qu'om ve, volv e vir en balans,
e prenda e lais e forss'e dams los pans.

D'aitan me puese vanar
qu'anc mos ostaus petitz
no fon d'els envazitz;
sels cui aug totz duptar
anc no fetz mas honrar
los volpils mal arditz;
doncs mos senher chauzitz
si deuria pensar
que non l'es ges pretz ni laus ni bobans
qu'ieu que'm laus d'el sia de lui clamans.
Eras non plus per que no m'o demans,
que blasmes er si vau d'aisi clamans,
so di 'l Dalphins que conoc los bons chans.

Otra de las poesías notables de Giraldo de Borneil, consagrada también á lamentarse de la decadencia del siglo, se distingue de todas las demás, sin exceptuar las can-

ciones amorosas, no sólo por la originalidad y la forma dialogada, sino también por la galanura y por la sencillez. Comienza así:

Lo douz chans d' un auzelh
 que chantava en un plays,
 me desviet l'autre ier
 de mon camin, e 'm trays,
 e justa l' plai' ssaditz
 ou fon l'auzels petitz
 planhion, en un tropel,
 tres tozas en chantan,
 la desmezur' e 'l dan
 qu' au pres jois e solatz;
 e vengui plus viatz
 per miels entendre 'l chan,
 e dissí lar aylan:
 —«Tozas, de qué chantatz
 o de que vos clamatz?»

Una de ellas, que es la que más sabe, según el poeta, le contesta que se lamentan:

«D'un encombrier
 que mon dels rics savays
 perque es joven delitz
 qu' aissi cum proez' es' quitz
 ab bon pretz, qui 'l capdel
 e 'l creis e 'l par enan,
 aissi son a son dan
 li peior dels malvatz...»

El poeta hace coro á sus lamentaciones, y le dice que, en efecto, no son aquellos tiempos como los antiguos. Ya no existe para él aquel antiguo y verdadero espíritu caballeresco que caracterizaba una tendencia ideal y poética; un egoísmo de corrupción ha venido á matar las ideas de abnegación, de sacrificio y de amor que antes eran comunes á todos; ya no placen los cantos; ya no se ve aquella juventud alegre y galante que á todo se arriesgaba por complacer á su dama.

.....
 Tot le mon es marritz,
 e plus li jovenselh
 que nulh conort no fan;
 qu' ieu vi que per un quan,

si lor fos enviatz,
 se mesclar' us barnatz
 que durava tot l' an
 ar vos escondiran
 lur drusas amistatz
 pus qu' en folh pretz triatz.

La tercera toma parte en la conversación, para decir que en los castillos, á la alegría y al solaz, han sucedido la inquietud y la alarma. Añade que los señores se ocultan en sus castillos donde mora la maldad, no creyéndose seguros más que tras de murallas y de almenas con garitas salientes desde donde un villano enfurecido grita durante la noche: «Velad, he oído rumor.» Y si no se levantan, dice, á este grito de alarma, son asesinados.

—«Senher, li fort castelh,
 don la maleza rays,
 e 'l mur e li terrier
 de tort e de biays
 an tolt dos e convitz.
 quar non es hom garnitz
 si non fai manganelh
 que pas sobre l' auvan
 d' on irá 's pueis cridan
 us vilás enrabiatz:
 ¡Tota la nueg velhatz
 qu' ieu ni auzit mazan!
 Et adonc levaran;
 e vos, si non levatz,
 seretz n' ocaizonatz.»

La poesía termina de este modo:

—«Toza, ieu m' irai laissan
 de chantar mays ongan
 s' a mon Sobre Totz platz
 que non su enastratz.»
 —«Senher, li dui Bertran
 say be que vos diran
 que us etz mal conseilhatz
 si del chan vos laissatz.»
 —«Toza, totz deshonratz
 es qui ama desamatz.»

GIRALDO DE CABRERA.

Ya se habló de este trovador en el Discurso preliminar de esta obra y en el capítulo correspondiente á los juglares, citándose la única composición que de él ha llegado hasta nosotros.

Nada apenas se sabe de él sino que fué catalán y que perteneció á la ilustre familia de los Cabrera; pero se ignora á punto fijo cuál fué, entre los Guillemos de Cabrera, nuestro trovador.

D. Manuel Milá, que hizo estudios especiales sobre algunos poetas catalanes en sus *Trovadores en España*, los ha hecho muy detenidos sobre Giraldo de Cabrera, de quien ha averiguado cuanto le fué posible rastrear. Considero útil, por lo mismo, trasladar aquí íntegro todo su capítulo acerca de Giraldo de Cabrera, ya que más ni mejor pudiera yo decir:

«La única composición que de este trovador se ha conservado fué escrita, según parece demostrar su contenido, hacia 1170, lo cual acrecienta todavía su grande interés literario. En ella, en efecto, se citan como nuevos los versos de Rudel cuya carrera poética no llega más allá de dicho año; los de Marcabré, famoso ya mucho antes; los de Ebles de Ventadorn IV que murió muy entrado en años en 1170 y había tensionado con Guillermo de Poitiers ¹ y de un Alfonso que hemos de suponer el rey de Aragón,

1 «La tenzon de EN Ebles e de son senhor lo coms peitavis Manh G. I. (Galvani). Tensó d' EN Ebles e de son seignor. Id. Id.» Su crónica le presenta en efecto muy valido en la corte de Guillermo por su gracia en el canto. No puede dudarse de que Cabrera habla de éste, aunque hubo un Ebles de Sancha (Serv. de P. de Alv. contra los trov.), un Ebles de Signa y uno de Usiel, los dos últimos al parecer bastante modernos*.

* Véase lo que se dice de estos trovadores, en su lugar respectivo de esta obra.

(N. del A.)

pues no se conoce otro trovador de este nombre. La circunstancia de dar á Rudel, Ebles y Alfonso el tratamiento EN y de suprimirlo delante del nombre de Marcabré, parece indicar que los tres primeros pertenecían á una condición superior á la del último, conservando á aquel tratamiento su primitiva fuerza nobiliaria. Además, la omisión de otros poetas que luego se hicieron famosos y la singularidad del lenguaje y de algunas rimas del poema, corroboran también las demás pruebas de su antigüedad.

»El Cabrera que figura en la historia de aquella época, es el vizconde Ponce que casó con Doña Marquesa (y no Milagro), hija del conde de Urgel Armengol VII de Valencia (1154-88) y de Doña Dulcia; padres que fueron del célebre Guirardo ¹ de Cabrera que muerto Armengol VIII (1208) fué conde de Urgel y vistió el hábito de templario el 1228.

»No fué éste, es decir, el verdadero Guirardo el trovador, sino su padre, el Ponce de la historia que familiarmente pudo ser llamado Guirardo (Pons Guiraut), según se ve en realidad en la biografía de B. de Born. (V. p. 102 n.) que le califica del más poderoso caballero de Cataluña, á excepción del conde su señor (y su cuñado). Tales nombres, es decir, los Ponce Guirardo y los Guirardo Ponce, se sucedieron en el vizcondado de Cabrera, desde el Ponce casado con una hija de Artal de Mur, á últimos del siglo XI.

»La esposa del trovador es la misma Doña Marquesa de quien habla Bertrán de Born, como

De lieys que ten Cabreira e 'l fos d' Urgelh (Quan Ia),

y por quien abogaron P. Vidal y G. de Bergadán en poesías dirigidas á Alfonso II.

»Antes de la muerte de su suegro, Ponce, vizconde de Cabrera, tuvo ya algunas querellas con la casa de Urgel, auxiliado por el rey D. Alfonso. Al entrar á suceder Armengol VIII, hallábase su cuñado preso en Castilla, mas

¹ Adoptamos como en los demás nombres la forma provenzal más común castellanizada: de Guiraut, Guirardo. En latín se halla Geraldus, en cat. Guerau (Guerao en Zur.) La B. de Bertrán de Born por excepción Girout (sic); el título de la siguiente composición es: «Girauz de Cabreira.»

el rey procuró la libertad de Ponce, á quien prometió honrar en su corte como uno de los mejores de su tierra y le dió la mano contra el nuevo conde de Urgel. En agradecimiento de la merced que Alfonso le hacía y porque así estaba concertado entre ellos, prometió el de Cabrera tener por el rey, los castillos de Monmagastre, Artesa, Castelló, Camporells, Torrefellona y Hostalric, y el rey le prometió su favor contra el conde, hasta que se concordasen ó la justicia diese á cada uno lo suyo.

»En 1191 la amistad del rey pasó del vizconde á su cuñado el de Urgel. Este partió con el rey los castillos que el vizconde tenía en Cataluña, Aragón y Ribagorza, para cuando con el auxilio de Dios pudiesen adquirirlos, conviniendo que el rey tomaría los que tenía el vizconde en la otra parte de Cervera y otros varios, y el de Urgel el de S. Jaime de Artesans, Monmagastre y Ager (aunque éste figura después como de Ponce), Balaguer, Os y el de Motasor que debía derribarse, comprometiéndose el rey á dar favor al conde contra Ponce de Cabrera, Arnaldo de Castellbó y todos sus valedores.

»En 1194, hallándose el rey en el monasterio de Poblet con su corte, declaró que si bien hasta aquel punto se había negado á recibir en su gracia y servicio á Ponce de Cabrera, no obstante, movido de los ruegos de Armengol, conde de Urgel, y de Marquesa, mujer de Ponce, y de muchos varones, eclesiásticos y seglares, le admitía en su gracia y le restituía los castillos de Santisclé, Torrafellona, Stalric (Hostalric), Aricsmon, etc., poniéndole entre otras condiciones la de tratar bien á sus vasallos. Ponce y su esposa hicieron pleito homenaje al rey, obligándose á ser fieles ellos y su hijo Guiraldo.

»Reiteraron las mismas promesas los dos esposos en 1196, y tres años después las repite al nuevo monarca Guiraldo, contrayendo las mismas obligaciones que su padre, el cual, como se deja entender, no vivía ya en la última fecha.

»Fué Ponce enterrado, según conjetura Monfar, en el monasterio de Bellpuig de las Avellanas, junto á la epis-

tola, en una sepultura de gran labor y magnificencia.

»La época de este vizconde de Cabrera, especialmente sus años más floridos, corresponden á la de la mayor prianza de la poesía provenzal en Cataluña, aquel periodo de entusiasmo, tan celebrado después por Ramón Vidal. La poesía dirigida al juglar Cabra muestra que había hecho grande estudio de las narraciones poéticas que entonces estaban en boga, y no sólo de los cantares carlovingios y novelas versificadas del ciclo bretón, sino también de muchos otros asuntos de diversas clases, algunas de las cuales serían también cantadas ó versificadas, aunque de las de otras hemos de suponer que sólo formaban parte del repertorio oral de los juglares, sin haber adquirido una redacción poética ¹. La poesía de Cabrera debió ser considerada como un índice muy autorizado de los conocimientos necesarios al juglar, y fué imitada en el mismo metro por Guiraldo de Calansó, y en la forma por Bertrán de París de Ruerga.

»Juglar Cabra, dice el noble trovador, no puedo resistir á mi deseo de cantar y quisiera hablar con sinceridad del estado de tus conocimientos. Mal sabes tocar la viola

1 Consta, pues, la existencia en 1170 ó poco después de un gran número de narraciones poéticas en los países de lengua de oc. Entre ellas hay sólo un nombre de la Historia Sagrada, pocos de la historia y mitología clásicas y muchos desconocidos. Los demás (y sin duda alguna de los últimos) son del ciclo Carlovingio que forman el mayor número, y acerca de los cuales puede notarse que se citan hasta con preferencia algunos de interés no meridional (V. n. 4, 5, 14). En cuanto á la tabla redonda, se nombran la corte de Cardeuil y Erec, Tristán, Calvaing, L' Ancelot? Viviana? Kai-Merlin? y Artús?: la poesía de Cabrera pertenece, á corta diferencia, á la época en que se componían las primeras narraciones francesas de este ciclo, exceptuando el Brut Roberto Waec (1155), pues el Erec y el Yvain de Ch. de Troyes son posteriores á 1160, y el Tristán de Berox de los últimos años del reinado de Henrique II († 1189). No es muy probable que tan pronto se divulgasen en el Mediodía las versiones francesas (V. además n. 78), y si es verdad que los nombres célticos reciben una transformación análoga, ésta les había sido ya impuesta por las versiones latinas. Por lo que hace á narraciones exclusivamente nacionales del Mediodía, poco será lo que puede deducirse, á no ser del nombre Vezia dado á Vivien, n. 20. Acaso por las referencias de nuestro trovador se hallen más antiguos de lo que se creía algunos asuntos ó episodios.—Muchas de las citas de G. de Cabrera forman parte del catálogo de Fauriel, en que se hallan á faltar otras, como también el mayor número de las de las demás poesías provenzales que trascribimos en esta obra. Dicho catálogo, P. París y Villemarqué, son nuestras principales autoridades para las siguientes anotaciones.

y peor cantar desde el principio al fin, y no sabes terminar, según mi ver, con la cadencia usada por los músicos bretones. Mal te enseñó el que te instruyó en el manejo de los dados (dedos?) y del arco. No sabes bailar ni saltar á guisa de juglar gascón. No te oigo recitar serventesio ni balada en manera alguna, ni tienes á mano buenos estribotes, retroensas ni tensiones. No creo que te pase por los labios (lit. bajo el mostacho) buen verso nuevo de Rudel, de Marcabré, ni de otro, ni de Alfonso ni de Ebles. Difícilmente puedes adquirir gran saber si no sales de tu país. Ignoras toda clase de narraciones (y sigue la larguísima enumeración)... No sabes declamar ni arreglar (?) versos dentro de la iglesia ni de casa. Véte, Cabra; véte, macho cabrío: bien te conoció el que te envía á hostigar al carnero.»

Cabra juglar,
 non puec mudar
 qu' eu non chan, pos a mi sab bon;
 e volrai dir
 senes mentir,
 e contarai de ta faison:
 mal saps viular
 e pietz chantar
 del cap tro en la fenizon.
 Non sab finir,
 al mieu albir,
 a tempradura de Breton.
 Mal t' ensegnet
 cel qe-t mostret
 los datz (detz?) a menar ni l' arson.
 Non saps balar
 ni trasgitar
 a guisa de juglar Guascon.
 Ni sirventesc
 ni balarese
 non t' auc dir e nuilla faizon;
 bons estribotz
 non tiers (tiens?) pelz potz
 retroencha ni contenson.
 Ja vers novel
 bon d' EN Rudel
 non eug que-t pas totz lo guingnon,
 de Markabrun
 mi de negun
 ni d' EN Anfós ni d' EN Eblon.

Jes gran saber
 non potz aver,
 si fors non ieis de ta rejon.
 Pau as aprés,
 qe non sabs jes
 de la gran jesta de Carlon,
 con en transportz x
 per son esfortz
 intret en Espaingna abandon,
 de Ronsasvals
 los colps mortals
 que fero 'l dotze compaignon,
 con fóron mort
 e pres a tort,
 trait pel trachor Gonelon
 al amirat
 per gran pechat
 et al bon rey Marselion.
 Del Saine cuit 2
 c' ajas perdut
 et oblidat los motz e 'l son.
 Ren non dizetz
 ni non sabetz;
 pero no i ha meillor chanson.
 E de Rotlan 3
 sabs atretan
 coma d' aisò qe anc non fon.
 Conte d' Arjús 4

1 Por la procedencia, por la detención y por la denominación de gran gesta se ve la importancia especial que se daba en la época de Cabrera y aún en los países de lengua de oc á la canción de Roncesvalles. Se puede deducir por la enumeración de los puntos principales de la acción (entrada de España en general, y la derrota de los doce compañeros (pares) en Roncesvalles por haberles vendido Ganelón al Emir y al buen rey Marsillo), que la gran gesta no tenía entonces más extensión que ahora.

2 El más poderoso adversario de Carlo Magno, Wittikind, á pesar de que no ocupa en las narraciones épicas relativas al emperador un lugar proporcionado al que le señala la historia, es el héroe de un poema (Chanson des Saines; sajones) á la que, según Cabrera, no había ninguna superior. De lo que añade se deduce que esta canción (y por consiguiente otras) se cantaban con una melodía ó entonación especial (los motz e 'l son).

3 Aunque pueden observarse inexplicables repeticiones en la enumeración de Cabrera, es de presumir que no habla aquí de Rolando en Roncesvalles, sino de las hazañas que con respecto á tiempos anteriores y á diversos países se le atribuyen.

4 No puede suponerse que este nombre sea una mala copia de Artús (si bien es extraño que no se halle citado, y la palabra *conte* era la usada para las narraciones bretonas). En la imitación de esta composición de Cabrera por Calansò, se lee:

E de Argús
 de Dardamús, etc.

Será, pues, el Argos de los cien ojos, el descuidado guardador de Ió. Los trovado-

non sabes plus
 ni del reprojer de Marcon 1
 ni sabs d' Ajols 2
 com anet solz
 ni de Marchari 3 lo felon;
 ni d Aufelís
 ni d Anseís 4
 ni de Guíllermes lo baron 5
 De Florisen
 non sabs nien
 ni de las ganas de Milon 6;
 del Lorenc 7
 non sabs co venc

 ni sabs d Erec 8
 con conquistec
 l' esparvier for de rejon.
 Ni sabs d Amic 9

res, á lo menos los que *sabían letras*, tenían noticia de algunos personajes de la mitología clásica, especialmente por medio de las metamorfosis de Ovidio que, según ha probado Díez, era el poeta antiguo más ó menos superficialmente conocido por aquéllos (en uno se halla traducido el *fungar vi e cotis* de Hor). Además corrían narraciones orales ó compilaciones escritas y áun poemas de asunto clásico, más ó menos revestidos de disfraz caballeresco.

1 Ignoramos quién era este Marco ó Marcón, cuyo proverbio servía de asunto á un cuento.

2 Aiol, hijo de Elías, conde de Tolosa ó de S. Giles, hijo de Julián de S. Giles. Proscrito su padre, Aiol se ve obligado á ir en busca de aventuras, pobre y sin escudero.

3 Macario de Lauzana, consejero de Luis (hijo de Carlo Magno), enemigo de Elías, padre de Aiol, en cuya gesta es ahorcado Macario.

4 Anceís de Cartago, héroe de una canción.

5 Guillermo de Orange.

6 Milón de Pulla. Como no conocemos las aventuras de este personaje (que cuenta la canción relativa á su padre, Garín de Montglane, compuesta en el siglo XIII), no sabemos si le conviene lo de las *ganas* de que habla Cabrera. Por esto citaremos otra narración, originaria del Sendabab indio y reproducida en varias literaturas, cuyo héroe se llama Milón en la traducción en versos latinos de M. de Vendôme. Aquella palabra pudiera aludir al estado de pobreza que el héroe del cuento sufrió con gusto hasta la infidelidad de su esposa, descubierta por un objeto que se olvidó el rey, y perdonada después por aquél.

7 Garín de Lorena, principal héroe del sub-ciclo carlovingio de los Lorenos.

8 El enano del caballero Ider, pasando por el bosque donde Artús y su corte estaban cazando el ciervo blanco, se atrevió á maltratar á una de las damiselas de la reina. Erec deja la caza para perseguir á Ider y pedirle cuenta del proceder de su enano; pernocta en un castillo, donde ve por primera vez á Erida, hija de su huésped; toma luego parte en un torneo, donde vence á Ider, que todos los años había ganado el premio de un gavián; le obliga á que pida perdón á la damisela ofendida, con quien se casa Erec.

9 Amis y Amile, modelos de la amistad, héroes de composiciones poéticas de to-

con si guaric
 Ameli, lo siu compaignón;
 ni de Robert 1
 ni de Girbert 2
 ni del bon Alvernatz Uguon 3
 de Vezia 4
 non sabs co-s va,
 ni de Guondalbon lo Frizon 5,
 del duc Augier 6
 ni d' Olivier 7
 ni d' Estout ni de Salomon 8;
 ni de Loer 9
 ni de Rainier 10
 ni de Girart de Rosillon,
 ni de Davi 11
 ni de Rai 12

das clases. El segundo es yerno de Carlo Magno, y cura la lepra de su amigo con la sangre de sus propios hijos.

1 En el *Renier*, uno de los poemas relacionados con Guillermo de Orange, se halla con Roberto Ricart (Guiscar), padre de Bucimont (el Boemundo de la primera cruzada). Hubo también la famosa narración de Roberto el Diablo, duque de Normandía.

2 Girbert de Andrenas (Denia), último hijo de Aimerico de Narbona, y, por lo tanto, hermano de Guillermo de Orange, héroe de una canción. Hay también la de Girbert de Metz, ramificación de los Lorenos.

3 Hallamos Hugues Capet; Hues, rey de Hungría; Hugón de Burdeos, pero no Hugón de Alvernia.

4 Vezia, sobrino de Carlo Magno, en la vida de S. Honoratz de Lerius; es el mismo que el Vivien de la batalla de Alechans (Eliscan ó Aliscamps). Es notable que el nombre del heroico sobrino de Carlo Magno y de Guillermo se presenta en una forma distinta de la francesa en dos documentos provenzales.

5 Personaje que figura en la canción de Roncesvalles.

6 Ogier el Danés, famoso héroe de una canción cuya más antigua canción

Raymbert le fist
 a la durè courarge
 Jonglierres tut
 si vesqui son eage
 gentis hons fur
 et trestout son lignaige.

7 Oliver (Oliveros), el amigo de Rolando.

8 Estout ó Estulfo, hijo del conde Odón y su compañero Salomón, héroes carlovingios. Hubo un Salomón entre los primitivos condes gobernadores de Barcelona.

9 Lohier ó Lotario, hijo de Carlo Magno, muerto por Bueves de Aygremont en el *Reinaldos* de Montalbán.

10 Rainier de Valbetón es un consejero de Carlos Martel en el *Gerardo de Rosellón*, héroe, como sabemos, de una gran canción provenzal.

11 El profeta David. En la enumeración del Bert., *Paris de Rouerga*, leemos: «Ni non sabetz las novas... d' Absalon lo bel.»

12 ¿Deberá decir Kai (nombre céltico que las versiones francesas convirtieron en Keu), célebre mayordomo del rey Artús?

ni de Berart 1 ni de Bovon 2
 [ni] de Constantí 3
 non sabs con di
 de Roma ni de Prat Neiron 4
 de Gualopin 5
 ni de Guarín 6
 [ni de Sanguin] 7
 ni d' Olitia ni de Dovon 8;
 de Guajeta
 ni d' Aigleta

1 Berart de Mondidier ó Monleydier, famoso paladín de C. M., citado frecuentemente por los trovadores.

2 Bueve d' Antone y Bueve de Comorchis son los héroes de sendos poemas.

3 De Constantí s' emperador m' albir
 que no sabetz com él palastz major
 per sa molher pres tan gran deshonor
 si que Roma 'n voc laissar e gurpir:
 e per so fen Constantinoples mis
 en gran rictat quar li plac qu' el bastis
 que cent vin aus obret c' anc als no fe;
 e jes de aissó non cuc sapiatz re.

(Bert. de *Par. de Rouerga*: Guordó). En una gesta francesa se alude también á esta fábula.

4 En uno de los poemas relativos á Guillermo de Orange, este héroe va á Roma como peregrino y visita el sepulcro de San Pedro en el prado de Nerón. Acaso la mención de éste que hace Cabrera estaba relacionada con el anterior cuento de Constantino.

5 Galopin, nombre significativo de su mensajero en el *Ellas de San Giles*.

6 Garin de Monglane tuvo los hijos siguientes: 1.º, Hernaut de Beaulande (Arnaut lo marqués de Bellanda de B. de Born), padre de Aimerico de Narbona, padre de Garin de Anseune (padre de Vivién), de Guillermo de Orange y otros héroes; 2.º, Milón de Pulla; 3.º, Renier de Ginebra, padre de Oliveros; y 4.º, Girardo de Viena (en su origen igual al de Rosellón, cuyo padre nombra Drogón el poema provenzal). Como Cabrera ha citado ya al Loreno (probablemente Garin, aunque podría ser otro de su familia), aquí debe referirse al de Monglane ó al de Anseune, y más bien al último, pues por lo que hace al supuesto tronco de la heroica familia, sus aventuras fueron añadidas posteriormente, como solía hacerse con respecto á los ascendientes de los héroes más famosos.

7 ¿Seguín? La condesa de Dia, á mediados del siglo XII: «Ans vos am mais no fes Seguís Valensa.» La antigüedad de esta cita, unida al nombre meridional de la dama y al silencio de los documentos franceses con respecto á ésta y á Seguín, son motivos para considerar estos héroes como de origen meridional. Cítase también un Seguín entre los personajes que figuran en el G. de Rosellón como de una generación posterior á la de Rolando, Oliveros y Reinaldos.

8 Dovón, Doon ú Odón de Nanteuil, hermano de G. de Rosellón, padre de Garnier y tío de los hijos de Aimón, según las gestas francesas. Hay también un Doón de la Roche, héroe de una canción, y que será distinto del anterior; y un Doón de Maguncia, tronco de la familia de Ganelón.

ni de Folcuéis 1 ni de Guión 2;
 ni de Aimar 3
 ni de Guasmar
 ni de Fauele [ni] ni d' Orson;
 del orgoillós 4
 non sabés vos
 de Cambrais ni de Bernison;
 ni de Darnais 5
 non sabés mais
 com 'N-Aimeric en fos lo don,
 Mon-Melian 6
 vas oblidan
 On Carles fon mes en preizon.

1 Figura un Fulco en el G. de Rosellón. Hay además un Fulques de Candia, héroe de una ramificación del sub-ciclo de Guillermo.

2 En la enumeración de Bert. *Par de Ruerga* se lee: «Ni de EN Guió de Mayensa l' sabens.» Como hay varias citas de Guió, acaso en una se refiere Cabrera á éste y luego á Gui de Borgoña, que figura en el Ferabrás, ó al de Nanteuil.

3 Sin duda Aimer, sexto hijo de Aimerico de Narbona y señor de Tortosa, según la gesta; y según algunos historiadores, conforme nos dice P. Paris, fué un hijo del Aimerico histórico, llamado Aimer, y no su padre, el que murió en el sitio de Fraga.

4 Raoul de Cámbrai, á quien conviene en gran manera la calificación que le da el trovador, es un personaje histórico, héroe de una canción, cuya primera parte, compuesta por Bertolais de León, testigo ocular de los hechos, es, según P. Paris, el único poema que se ha conservado en la redacción primitiva. (Disc., Dec. 1858.)

5 No puede dudarse que el Darnais es el Andrenas (Denia) de la canción de Guibert de Andrenas. El anciano Aimerico de Narbona trata de abandonar los honores mundanos. Sus cuatro hijos mayores tienen ya sendos dominios, pero queda desprovisto el menor, llamado Guibert, á quien se cree destinada Narbona, que Aimerico, á pesar de las reclamaciones de su esposa Ermengarda, guarda para un sobrino ahijado. Yo le reservo (á G.), como la más rica herencia, la señoría de Andrenas, la ciudad de cien torres y de cien palacios de que tanto se envanece España. Muéstrase descontento Guibert; pero Aimerico acaudilla la expedición.

Passerons sur
 Laride et Balesgués
 tant que verrons
 Andrenás la cité
 dehors la ville
 fera mil cors sonner
 si que diron
 Sarrasin et Escler:
 Aimeris vient
 por païens decoler
 qui devant lui
 fet la terre tembler.

Los cristianos vencen; perece Judas, rey de Adrennas: son bautizados sus hijos Gaieta y Baudó, rey de Balaguer, y Gilbert se casa con aquella. Las ficciones relativas á Aimerico no pueden ser anteriores al histórico (1105-34) vizconde de Narbona y gran guerrreador de los infieles, cuya esposa é hija se llamaban Ermengarda.

6 ¿Monmelán equivaldrá al Montalbán, á donde trasladó á Carlo Magno el encantador Magis, primo de los Aimones, sitiados por el emperador?

Ja de Mauran 1
 om no-t deman
 ni de Daurel ni de Beton.
 Jes non saubés,
 si m' ajut fes,
 del setge qe a Troja fon 2.
 D' Antiocha
 non sab [r] es ja
 ni de Milida la faison.
 Ni de Saurel
 non sabs q'el pel,
 ni de Vallfor ni de Merlon 3;
 ni de Terric 4
 non sabs, so-t dic,
 ni de Rambaut ni d' EN Aimaon 5.
 Ni d' Esimbart 6
 ni d' Sicart 7
 ni d' Albaric lo Borguognon 8;
 ni de Bernart 9
 ni de Girart 10
 de Viviana 11 ni de Bovon 12.

1 ¿Mabrián, nieto de Maugis?

2 El interés que excitaba en la Edad-media el asunto de la destrucción de Troya, no era solamente debido á la sed de narraciones que caracteriza aquella época: todos los pueblos buscaban sus ascendientes en los famosos héroes cantados por los antiguos poetas, y además se estableció una sucesión imperial desde Eneas y César á Constantino y Carlo Magno. La guerra de Troya no era conocida por Homero, ni áun generalmente por Virgilio, sino por el pseudo Dares y otras compilaciones apócrifas, etc. Según Montfaucón (citado por Du Mer), hay un Æneas provenzal en la Laurenciana.

3 Será acaso una libertad de rima por Merlín.

4 Terric d' Asquana, guerrero del partido de Carlos Martel, en el *Gerardo de Rosellón*.

5 Aimón de Dordón, hermano de Gerardo de Rosellón, padre de los cuatro Aimones.

6 Figura un Isembardo entre los caudillos que acompañaron á Guillermo en la reconquista de Barcelona. El nombre de este personaje histórico dió sin duda origen á un Isembardo romancesco que se suponía vencedor del rey pagano Gormón en tiempo de Ludovico Pio.

7 Hallamos Ricardos, pero no Sicardos.

8 Héroe de una famosa gesta.

9 Bernardo de Brabant, hermano de G. de Orange.

10 Habiéndose ya nombrado el de Rosellón, aludirá al Girardo de Viena ó de Freta, que aunque con otros nombres y aventuras, se originan del mismo personaje histórico.

11 Hada, amiga de Merlín, y que le detiene en una prisión mágica. No parece probable que dijese:

Girart
de Viana, etc.

12 Bueves de Antona, héroe de una canción citada también por algún otro trovador. Hubo además un Bueves de Comarchis, héroe de otra canción.

Ni de Jausbert
 non sabés cert
 ni de Folquier ni de Guion;
 ni de Guormon
 qui tot lo mon
 cuidava conqerre per son;
 ni d' Aguolau 1
 ni de Captan
 ni del rei Braiman l' esclavon;
 ni del ben rei
 non sabs qe-s fei,
 d' Alixandre fil Fi lipon 2,
 d' Apoloine 3
 non sabés re
 qu estors de man de Perizou:
 de Daire ros 4
 qe tan fon pros
 qe-s defendet de traizon.
 Ni d' Olivier 5
 non sabs chantier
 ni de Verdun 6 ni Vosprezon;
 ni de Cardueill 7
 ni de Marcueill 8
 ni de Aimol ni de Guion;
 ni sabs d Ytis 9
 ni de Biblis 10
 ni de Caumús 11 nuilla faisson;
 de Piramús 12

1 Aygolant, rey de los sarracenos en África, vencido por Carlo Magno en Aspremont en la Italia meridional.

2 Los hechos reales y fabulosos de Alejandro Magno fueron de los más contados y cantados en la Edad-media en latín y en romance.

3 Apolonio de Tiro, famoso personaje romancesco. V. IV. O.

4 El rey Darío, que califica de rubio ó rojo.

5 ¿Oliveros?

6 En Verdún, sobre el Mosa, hicieron un convenio en 843 los hijos de Ludovico Pio.

7 Cardueil en Gales, una de las cortes del rey Artús.

8 Más abajo se habla de nuevo de un Marcueil «que perdió el ojo á la punta de un alfiler.»

9 Itis, hijo de Tereo, rey de Tracia y de Prognis, cuyos miembros sirvió su propia madre en un festín á Tereo, para vengarse de una infidelidad.

10 E Rodocesta ni Biblis
 Blancaflor ni Semiramis
 et R. de Marcueil.

et R. de Marcueil (Dona, génsen.) Biblis, que concibió un criminal afecto á Cacio.

11 Cadmo.

12 La muerte de Piramo y Tisbe es todavía recordada en la poesía popular, como en la canción catalana del Caballero de Málaga.

qui for los murs
 sofrí per Tibes possion;
 ni de París 1
 ni de Floris 2
 ni de Bell' Aia d' Avignon 3
 del Formanés 4
 ni del Danés 5
 ni d' Antelme ni de Frizon;
 de Rainoal 6
 ab lo tival
 non sabs ren ni del gran baston,
 ni de Marcueill
 con perdet l' oill
 a la punta d' un aguillon,
 ni de Bramar
 non sabs chantar,
 de l' auca ni d' En Aurozou;
 ni del vilan 7
 ni de Tristan
 c' amava Yceuta lairon,
 ni de Gualvaing 8
 qui ses conpaing
 fazia tanta venaison;
 ni d' Aldaer 9
 ni de Rainer 10
 ni d' Eranberg ab lo furguon;

1 *El París clásico*. G. de Cal:

E de París
 com lo saup la vachier norir.

Flam.:

L' us contet de la bell' Elena
 com París l' enquer pois l' enmena.

2 Flores y Blancaflor, asunto al parecer de origen oriental, contado en un poema francés de aventuras, cuyo original se conserva y cuya traducción forma todavía parte de las lecturas populares. Se les hizo padres de Berta, madre de Carlo Magno.

3 Heroína de una canción que formó parte de la gesta de Gerardo de Rosellón y de los cuatro Aimones.

4 No es de creer que se refiera al Fromont de Lens, personaje del *Garin* de Lorena. V. n. oo.

5 ¿El mismo Ogier el Danés antes nombrado?

6 Reynaldos y su famoso caballo Bayardo (tival por chival).

7 El villano Hervis de Metz, tronco de la ilustre familia de los Lorenos.

8 Famoso caballero de la Tabla redonda, consejero y embajador de Artús, enviado para recobrar al selvático Merlin, y según una narración latina del siglo XII, vencedor de un castillo lleno de damas aprisionadas.

9 Uno de los cuatro hijos de Aimón se llama Alard.

10 Hay un Renier, hijo de Maillefer que figura en una de las ramificaciones de la Gesta de Orange; otro, hermano de Gerardo de Viena, á quien Carlo Magno da Génova, y otro, ayo del niño Jordán, en el poema de Jordán de Blaives.

ni de Rainier
 ni de Folquier
 ni del bon vassall Aubion;
 de Lionás 1
 ja non sabrás
 ni de Tebas 2 ni de Catoa 3
 de Nersisec 4
 d' Arumalec
 ni de Calcan lo rei felon,
 de Tideús 5
 ni de Formús 6
 que sofrí tanta passion,
 del cavalier 7
 ni del liurier
 que sus en la garda mort fou;
 ni de Riqueut 8
 ni de Mareut
 ni d' arselot la contencion 9.

1. ¿Leonidas?

2. Será el mismo asunto de Cadmo.

L' us dia de Cadmús con fugí
 e de Tebas con la bastí.

(Flamenca.)

Esto probaría que el trovador cita las mismas narraciones con dos títulos.

3. Catón el censor, famoso, no menos que Séneca, en la Edad-media, como autor de máximas morales. G. de Calansón parece aludir á la ciencia agrónoma de aquel:

Apren Catón
 e del mouton
 com per maistre saup guerir.

4. El Narciso de la mitología:

Qu' aissi-m perdei comperdet se
 lo bel Narcissús en la fon.

(B. de Ventadorn.)

5. Tideo, hijo de Oeneo, padre de Diomedes, rey de Calidón, que habiendo muerto involuntariamente á un hermano, se refugió á la corte de Arges II, donde casó con Deifila, hija de Adastro. Acompañó á Polinice al sitio de Tebas, donde murió.

6. No es probable que se hable de Fromón de Sens, enemigo de los lorenos, refugiado entre los sarracenos, que luego acaudilla contra los cristianos.

7. La situación de un caballero encargado de un puesto militar que, llamado por la señora de sus pensamientos, abandona á un perro que muere víctima de su fidelidad, tal como se halla en el Talismán de Walter Scott, es la que aquí indica el trovador. No nos cabe duda en que existía en un antiguo poema y que «liurier» debe ser limier ó limier (en francés sabueso).

8. Acaso Rigaut, hijo del famoso villano Hervis en los lorenos.

9. El nombre de Lancelote proviene de Ancelot con el artículo (Villem) y significa pajecito. Así podemos suponer que hay equivocación de una letra en la copia: La contención de Lancelote sería la persecución que sufrió, después del rapto de la reina Ginebra.—Vemos que el Sr. Bartsch duda en cuanto al verso que escribe «del sai-

Non saps upar,
mont guariar
en glieiza ni dedinz maizon.
Va, Cabra boc,
quar be-t conoc
qui [e] tevia urtar al mouton.

ne cuit,» y propone: «del sai ne cuit:» de él (Carlo Magno) sé y pienso que has perdido y olvidado las palabras y el son. Parece que no hay necesidad de acudir á esta interpretación, y á pesar de que la *Chansón des Saisnes* de Juan Bodel sea más moderna, pudo haber otra anterior.

(Notas de Milá.)

GIRALDO DE CALANSÓ.

Dicen los manuscritos provenzales que Giraldo de Calansó fué un trovador de Gascuña, sabio en letras, y que componía con ingenio. Añaden de él que hizo *cansós maestras des plazens*, pero que *mal abelivols fó en Proensa e sos dits e petit ac de nom entr' els cortés*.

Efectivamente, no parece que hiciera fortuna en Provenza, donde ni por su persona, ni por sus poesías pudo hacerse lugar, siendo mal recibido en aquella corte, lo cual le obligó á venir á la de D. Alfonso VIII de Castilla *el Noble ó el de las Navas*, y también á la de D. Pedro de Aragón *el Católico ó el de Muret*, donde fué mejor acogido. Vivió, pues, y floreció nuestro trovador á últimos y principios de los siglos XII y XIII.

Debía de hallarse Giraldo de Calansó en Castilla cuando murió el infante D. Fernando, hijo de Alfonso VIII, joven esforzado en quien el reino fundaba grandes esperanzas. El infante D. Fernando, que hiciera victoriosamente sus primeras armas contra los moros, terminada su campaña sobre Baeza, se había retirado á concertar con el rey su padre nuevas empresas, cuando una muerte prematura, acaecida el 14 de Octubre de 1211, le robó á las esperanzas de los castellanos, siendo causa este acontecimiento de profundo duelo en todo el país.

El sentimiento público fué entonces interpretado por Giraldo de Calansó en un *planch* ó lamentación, canto fúnebre, sentido y candoroso, que debe ser despojado de muchas exageraciones, pero que es eco verdadero de la tristeza que la muerte del joven príncipe causó en el pueblo castellano.

Dice así este canto:

«¡Oh, buen Señor Dios, cómo puede sufrirse duelo tan singular cual es el del joven infante, del preciado hijo del rey de Castilla, de quien nadie nunca se apartó que consolado no se fuera, ni sin consejo ni mal aconsejado, pues en él se restauró toda la valía del rey Artús tan nombrado, y en él todos los necesitados hallaban consejo! Ahora ha muerto aquel que hubiera sido el mejor ejemplo y guía para los jóvenes donceles.

»Jamás hijo de rey fué visto ni oído que morase en tan rico lugar, por lo que muchos dolientes irán llorando sin descanso, pues el duelo que su muerte causa es mayor cuando debiera terminar que cuando comenzó. Gozosos le veían en tan alto puesto, y no hubo un solo desgraciado á quien él no diera buena suerte; de modo que, á mi ver, bien podía llamarse paraiso una corte en que no había quien sufriese.

»Bien debiera ser Fernando cabeza y guía, si á Dios hubiese convenido dar tal prueba de amor á éste mundo: era bello y bueno, bien dispuesto para toda hazaña, dádivo y franco, valiente y agradecido, tal que en él se creía ver reunidas y mejoradas las prendas del joven rey Enrique, del preciado Ricardo y del conde Godofredo, los tres valientes hermanos, á quienes se asemejaba de cuerpo y de aspecto; era, además, rico en corazón, así como en todos los bienes, en proeza y en dones como su padre, hoy tan afligido.

»Jamás nació ni creció joven rey desde el río Jordán hasta donde se pone el sol, de quien más duelo se hiciese desde que se ahogaron los gigantes; porque los franceses se lamentan y exclaman en gran manera, y los ingleses todos, los de uno y otro reino, los alemanes, todos sus ricos parientes, señores del mundo, y el valiente emperador, y Sansueña, España y Aragón, pues en el mundo no hay cristiano de linaje alguno que no fuese vasallo ó pariente suyo.

»Sólo él hubiera sido elegido sobre todos para el mejor lugar si hubiese vivido un año más, servidor de Dios de corazón y de buena voluntad, fuente de bellos dones, mu-

ralla contra los árabes, sol de Marzo, Abril renovado, espejo del mundo, en quien toda prez se había reunido. ¿Qué más diré de él? Sólo que nadie es capaz de expresar el daño que en el mundo ha sobrevenido por su pérdida; y Dios, que es verdadero perdonador, perdónele á él, pues nos ha castigado á nosotros. ¡Ay! ¡Cuán grande es el duelo, pues Dios ha castigado á todo el mundo, á todos los hombres de valor y de pró!»

Belh Sénher Dieus, quo pot esser sufritz
tan estranh dols cum es del jov' enfan,
del filh del rey de Castella prezan,
donec anc nulhs homs jorn no's partí marritz,
ni ses cosselh ni dezacosselhatz;
qu' en lui era tot lo prez restauratz
del rey Artús qu' om sol dir e retraire,
on trobávan cosselh tug bezonhós;
ar es mortz selh que degr' esser guizaire,
lo mielsh del mon, de totz los joves bos...

Girardo de Calansó cita con elogio al rey D. Alfonso en varias de sus poesías. En un *descort*, de que se hablará luego, dice que después de su dama pertenece en cuerpo y alma al buen rey de Castilla.

Al bon rei castelá N'Anfós
coman mon cors, don' apres vos.

En otra canción hay esta dedicatoria á Alfonso:

E donc si 'm vir
vas lo ben rei valen
de pretz manen
de Castela no 'us tir;
mas el á pres
sobre 'ls emperadors
e 'ls reis forsós
e 'ls princes e 'ls marqués
los pretz e 'ls dos
qu' assi 's perdon vencutz,
com mars rescon
los noms dels flums tug li autre que son.

También es citado en sus poesías D. Pedro de Aragón, que debió ser otro de sus protectores, y en cuya corte encontró generosa hospitalidad. En una canción le alaba por

hacerlo todo con honor, y en otra le nombra el protector de la juglaría, diciendo que «sería tan largo contar sus virtudes como las estrellas del cielo.»

Habla de él asimismo en la composición que dedica á dar consejos á los juglares.

Escribió Giraldo de Calansó algunas poesías amorosas llenas de elogios hacia la beldad adorada, pero cuyo nombre reserva. Dice en una de sus canciones que «sus pensamientos, sus alegrías, su tesoro, todo está en la hermosa de cabellos rubios que es dueña de su corazón, á quien ama más lealmente, sin obtenerla, de lo que pudiera un marido gozándola.»

«De muchas damas pudiera ser amado, añade, pero ella es la sola á quien quiero y le pido el permiso de amarla. Sus tiernas miradas, sus atractivos seductores me hacen arder en deseos de poseerla, dicha que preferiría á todos los goces del paraíso; pero esto es una locura y me basta con ser sencillamente su amante para considerarme superior á todos los mortales.»

En otra de sus poesías encarga á su canción que vaya á encontrar á la dama de Ventadorn «cuya belleza es reflejo del cielo» y le diga que es el más sumiso y adicto de sus servidores. ¿Pudiera ser la dama de Ventadorn la hermosa de rubios cabellos?

Existe de Giraldo de Calansó una canción alegórica sobre el amor, que debió obtener grande celebridad, puesto que Giraldo Riquier se tomó el trabajo de comentarla.

El poeta supone una trinidad de amor *celeste*, *natural* y *sensual*, pero sólo se ocupa de este último. Personifica el sensualismo en una mujer, que describe fantásticamente y declara todo poderosa. La deidad no es visible para todos, se oculta á las miradas de muchos, vive en regiones desconocidas, reina en todos los corazones, y aquel á quien persigue sucumbe sin remedio. Lleva por armas un carcaj con flechas de oro y un dardo de acero finísimo. Las heridas que causa con estas armas son incurables, y no hay yelmos ni mallas que resistan.

Para penetrar en su palacio hay que pasar cinco puer-

tas. El que logra abrir las dos primeras, atraviesa sin gran esfuerzo las otras, pero sólo difícilmente puede retroceder. Hay que subir entonces cuatro gradas para llegar al templo, pero no pueden nunca salvarlas los amantes groseros, quienes se ven forzados á quedarse en compañía de los infieles que están en el vestíbulo, donde se agrupa la mitad y más de los hijos de la tierra. Sobre un lecho de reposo en que la diosa descansa se halla un tablero de ajedrez con mil peones, pero que no está hecho para los jugadores torpes, pues las piezas son de vidrio y el que rompe una pierde la partida.

Todo esto es realmente poco claro, pero Giraldo Riquier se encarga de dar un rayo de luz con su comentario.

Las cinco puertas son discreción, ruego, servicios constantes, besos, abrazos amorosos; las cuatro gradas honrar, callarse, servir y esperar. El lecho de reposo es el acuerdo de dos corazones; el tablero es el favor; los peones son los dulces coloquios, las sonrisas, las miradas, etc.

En el Discurso preliminar de esta obra se ha citado como modelo un *descort* de Giraldo de Calansó.

Es el siguiente:

Bel semblan
 m' auran
 lonjamen
 donat dan
 pensan,
 qu' il turmen
 m' ausiran
 pensan (?)
 doncs valen
 cors prezan
 no man
 tan volven
 vostre clar vis
 e la fresca colors
 e 'l bel dous ris
 perque m' auci amors,
 que paradis
 no volg' aver meilhor,
 sol que m' aizis
 ab vos sotz cobertor.
 Ar dic folia
 quar tan m' enaus;
 doncs, si 'us plazia

VÍCTOR BALAGUER

qu' ieu fos amans,
 complitz auria
 totz mos talans;
 doncs dous' aimia
 no 'm sia daus,
 s' ieu ai dig outracuidamen,
 quar languit
 ai tan malamen,
 perque 'us crit
 mercé humilmen
 cum petit
 de bel chاوزimen
 acsetz de mi,
 que pos anc vi
 vostre bel cors dons e plazen,
 no 'm en parti,
 ans vos servi
 de bon coratge leialmen.
 Doncs si m' auci
 amor aissi
 per vos ja no 'us estara gen:
 c' anc non parti
 ni mon gurpi,
 de far vostre comandamen.
 Servida
 e grazida
 us ai totas sazós,
 complida
 e chاوزida
 la genser, c' anc fos.
 Ma vida
 es finida,
 si no 'm faitz joiós
 delida,
 e perida
 e no per razós.
 Ans er peccatz
 si m' aucisetz;
 qu' eu crei blasmatz
 n' er vostre pretz,
 e doncs veiatz,
 con destrenhetz,
 dona, si 'us platz,
 ni com tenetz
 pres
 e conqués,
 qu' ieu no 'm puese aillor rendre;
 ges
 gran mercés
 no vol en vos deisendre;
 fes
 mi valgués,

que per dar ni per vendre
 s' es
 mos cors mes
 en far et en atendre
 tot so que 'us plaia,
 ni us er bo,
 si tot m' esglaiia
 la greus preizó,
 voluntatz gaia
 me 'n somò,
 que que 'm n' eschaia
 c' a vos me do,
 e si 'm fauc ieu totz voluntós
 ab fin cor gai
 et amorós,
 car trop vuicill mai
 morir per vos,
 que de nuill' altra poderós.
 Al bon rei castelá N' Anfós
 coman mon cors, don' après vos.

Nada más discordante, en efecto, que este *descort* que presento como ejemplo. No se sigue en él para el verso ninguna regla, no hay en la rima ninguna unidad como no la hay en las ideas, y es de un gusto verdaderamente pueril.

La poesía de este autor más conocida y de que más se ha hablado, es una larga instrucción dada al juglar Fadet. Ya de ésta me hice cargo en el discurso preliminar de esta obra y en el artículo *De los juglares*. Es realmente una composición muy curiosa, interesante por sus detalles, importante para la historia de las artes y de las costumbres, é imitando en idea, forma y metro, aunque con ventaja, en mi sentir, la del poeta catalán Giraldo de Cabrera. Consiste, cómo la de éste, en una larga instrucción dada á su juglar sobre los instrumentos que ha de saber, sobre los juegos en que ha de ser maestro, sobre las obras que ha de estudiar y conocer á fondo, sobre los medios de que debe valerse para ser bien acogido y recibido en las cortes, etc.

Giraldo de Calansó quiere que un buen juglar sepa:

tamboreciar
e taulciar
 e far la *semfonta* brugir,

é sitolar
e manducar
 et per IV cercles salhir,
Manicorda
 una corda
 e sedra, c' om vel ben auzir
 sonetz nota,
 e fais la *vota*
 á XVII cordas garnir.
Sapchas arpar
 e ben trempar
 la *gigua* e 'l son esclarzir,
 joglar leri
 del *salteri*
 farà X cordas estrangir.
 IX esturmens
 si be 'ls aprens
 ben poirás fol esferezir:
 et *estipas*
 ab votz privas
 e las *lyras* fai retentir:
 e del *temple*
 per issemble
 fai tost los cascavels ordir...
 E pause pomels
 ab dos cotéls
 sapchas gitar é retenir,
 e chants d' auzels
 e bavastels
 e fai los castelhs asalhir.
 Tom de gossó
 sobr' un bastó
 e faile 'n II pes sostenir;
 apren mestier
 de simier,
 e fai los avols escarnir;
 de tor en tor
 sauta e cor,
 e garda que la corda tir.
 Ta rudela
 sia bela
 mas fal la camba tortezir...

Sigue la enumeración de las obras que un buen juglar debe estudiar y saber, y termina el autor dando instrucciones sobre las ordenanzas del amor, encargando al juglar que, cuando esté bien instruido, puede sin reparo presentarse en la corte del joven rey de Aragón, pues «no hay persona en el mundo que mejor aprecie el arte ni que mejor príncipe sea.»

GIRALDO EL RUBIO.

«Fué hijo de un pobre caballero de Tolosa, dicen las *Vidas de los trovadores*; vino á la corte de su señor el conde Alfonso para servir en ella; era galán, cortés y cantaba bien; se enamoró de la condesa, hija de su señor, y el amor que sentía por ella le enseñó á trovar, haciendo con este motivo muy bellas canciones.»

A esto se reduce todo lo que en los manuscritos se dice de aquel Giraldito *el Rubio* que se moría de amor:

Dona, mercé, avinen bel' e pros,
que per vos mort En Giraudet lo ros.

El conde de Tolosa, á quien pasó á servir Giraldo, no puede ser otro que el Alfonso llamado el del Jordán que nació en Palestina el año 1103, hijo de Ramón IV de Tolosa y de su mujer Elvira de Castilla, siendo bautizado en el Jordán, de lo cual provino el darle este apellido. Alfonso Jordán llegó á Tolosa en 1107 acompañado de Guillermo de Montpeller, que le había ido á buscar á Oriente, pero hasta 1120 no recobró su condado de Tolosa, que después de la muerte de Ramón IV usurpó Guillermo *el Viejo*, duque de Aquitania. Los tolosanos sacudieron el yugo del usurpador y se declararon en favor de Alfonso, á quien miraban como su príncipe legítimo.

Dejó Alfonso, al morir en 1148, dos hijos varones y tres hijas: Faidida, que fué esposa de un conde de Saboya; Laurencia, que lo fué de un conde de Cominges, y una tercera, cuyo nombre se desconoce, que fué hija natural,

y que llevada por su padre á Palestina cayó por traición en poder de los turcos pasando á ocupar una plaza en el serrallo del sultán Noradino.

¿A cuál de estas tres rindió sus homenajes Giraldo el Rubio? Esto es lo que se ignora, esto lo que no se puede deducir ni de sus mismas poesías, que sólo en número de siete ú ocho han llegado hasta nosotros.

Sus versos, que revelan sentimiento, naturalidad é ingenio, anuncian tan solo los tormentos de un amor infortunado. Giraldo prodiga las alabanzas á la joven princesa y halla reunidas en ella todas las perfecciones, menos la de tener piedad de su amante.

«Mis cantos, dice, no pueden conmovér á la beldad á quien amo. ¡Qué no haría yo para serle grato! Pero ¡ay! esta dicha no se hizo para mí. ¿Continuaré rindiéndole homenaje ó me apartaré de ella? ¡Ay! no tengo fuerzas para separarme. Yo muero si la abandono, y muero también si permanezco á su lado. Cuanto más desgraciado sea más debo esperar que dejaré de serlo, pues llega el fin para todo y ninguna estación es eterna.

»Es tan bella que cualquiera la escogería entre quinientas mujeres hermosas. Lo que hay malo en ella es la insensibilidad. Es una virtud de menos, y una virtud de menos hace perder el mérito de las demás. Yo le suplico que tenga piedad de mí. He perdido á mi señor ¹, y si es preciso que pierda también lo que mi corazón desea, no podré sobrevivir á mis males.

»¿Qué puede reprocharme? Mi crimen consiste sólo en amarla demasiado y ¿merece un exceso de amor que me castigue con sus rigores? La dicha es desconocida al que no ama. Tiempo fuera ya de que aquella á quien adoro acordara alguna recompensa á mi constante amor. Si nada siente por mí, yo la suplico que finja al menos que

¹ Parece referirse este pasaje á la muerte de Alfonso Jordán, que tuvo lugar el 1148 en Cesárea, causada por un veneno que le hizo dar en un banquete Melisenda, reina de Jerusalén. Como Alfonso se llevó consigo á su tercera hija, que cayó en poder de los turcos, se desprende de esta poesía que no era á ella, sino á otra de sus hermanas, á quien dirigía Giraldo sus homenajes.

es sensible á mis amores. Gozaré con esta dulce mentira, y valdría más que una cruel verdad.»

En otra poesía, que se trasladó íntegra como muestra de las de este trovador en la primera edición de esta obra, se queja también de amar siendo desamado y dirige toda clase de dulces y sentidas quejas á su amada, cada vez para él más insensible.

GIRALDO RIQUIER,

DE NARBONA.

I.

Este trovador sólo nos es conocido por sus poesías, que son muchas. Existen de él noventa composiciones, veinte y siete de las llamadas *versos*, veinte y siete canciones, un *planh* ó *plang*, tres *retroensas*, seis *pastorelas*, dos *albas*, una de ellas en honor de la Virgen, un *descort*, una *serena* ó *serenata*; un himno á la Virgen, y las demás de diversos géneros, algunas de gran extensión, epístolas, discursos en verso, *novas*, poesías morales y religiosas, *essenhamens*, y quince *tensiones*.

La colección completa de las poesías de Riquier se halla en el *Die werke der troubadours* del doctor Maku, publicada en Berlín el año 1855.

Todas las composiciones de Giraldo Riquier, excepción hecha de las tensiones, están fechadas, siendo el primer trovador, quizá el único, en quien se nota esta costumbre. La mayor parte no llevan más que la fecha del año, varias la del mes y algunas la del día. La más antigua es del 1254, la más moderna del 1294. Este periodo de cuarenta años encierra la vida literaria de este poeta.

El manuscrito de las poesías de Giraldo Riquier, que se ha conservado por fortuna y de donde se han sacado las copias, inserta á su frente estas líneas provenzales:

Aissi comensan los cans d' En G. Riquier, de Narbona, en aissi cun es de cansós e de verses e de pastorellas e de retroenchas e de descorts e d' albas e d' autras diversas obras, en aissi adordenadamens cum era adordenat en lo sieu libre; del cual libre, es-

crit per la sua man, fau aissi tot translata; e ditz en aissi cum de sus se conten.

Fué Giraldo Riquier uno de los trovadores más fecundos, y, conforme ha hecho juiciosamente observar Federico Díez, es tanto más digno de llamar nuestra atención cuanto que viene á cerrar ese cortejo de poetas que por espacio de dos siglos explotaron el *diletismo* de los grandes é influyeron poderosamente en el desarrollo social. Sus numerosas producciones demuestran hasta la evidencia, que todos sus esfuerzos tendían á conjurar el naufragio que amenazaba á la literatura occitánea en aquella época en que el número de los adeptos y de los amantes del arte iba de día en día disminuyendo. Riquier aspiraba á fundar con el culto de la poesía una era nueva y creía haber hallado el medio en una poesía sabia y rica de enseñanzas; en una palabra, el trovador, poeta en la alta significación de este nombre, debía ser sabio, revestir con la fuerza poética los preceptos de la filosofía y de la moral, y merecer, finalmente, en el ejercicio de esta noble vocación, el título de *doctor*.

«Tan decaída encuentro, dice en una de sus composiciones, la bella ciencia de trovar, que apenas si se atreve ya á pretender que se la tolere ó á hallar oyentes. Esto me aflige, pues yo la amo al extremo de no poder abstenerme, aún cuando no espero ni gratitud ni recompensa. Si el *bel saber*, el buen sentido, el talento de bien trovar fuesen aún considerados, yo me deleitaría en enseñar y me esforzaría en hacer buenas obras; pero la mayor parte de las gentes tienen el arte como locura, y nuestros predicadores dicen que es pecado y nos dirigen violentas reprimendas. Conozco que deben castigarse las vanidades que inducen á pecado, que incitan á la guerra, ya lo sé, y los trovadores que esto hacen debieran ser degradados porque son criminales; pero á los que con maestría elaboran bellas obras en que revelan la verdad con buen sentido y con arte, á éstos, por lo contrario, debiera prodigárseles gratitud, honores y mercedes.»

Véase en la *Supplicatió* dirigida al rey de Castilla, que

continuada queda en la introducción de esta obra (artículo *De los juglares*), de qué manera discurre Giraldo Riquier á propósito de los trovadores, y cómo aspira para ellos al título augusto de *doctor*.

No por estar en estas corrientes, no por sus pretensiones á fundar una escuela de doctores y maestros en *ciencia poética*, desdeñó Giraldo Riquier el género lírico. Lo prueban sus canciones y albas y, sobre todo, sus ingenuas *pastorelas*, notables especialmente por formar un conjunto y por el enlace que tienen entre sí.

Nuestro trovador se ejercitó en casi todos los géneros, sin exceptuar los más complicados, tales como el *descort*. Sin embargo, tuvo el buen acierto y buen gusto de no escribir ninguna *sextina*, de no emplear las *rimas cavas* cuya moda había ya pasado, y de no prestar culto al trovar *clús*. Me parece notar en esto la influencia de la escuela catalana. La sencillez, la naturalidad, la verdad que se encuentra en las obras de los trovadores catalanes, no se halla en los poetas á medida que se extienden hacia el Norte. Los trovadores de Beziers y Narbona, cercanos á Cataluña, y lazo de unión entre provenzales y catalanes, se distinguen, como Giraldo Riquier, por su verdad, y también por sus pretensiones á invadir con el terreno de la ciencia.

II.

Riquier era de Narbona y floreció en tiempo del vizconde Amalrico I ó Manrique, llamado también Aymerico IV, que gobernó desde 1236 hasta 1270. La muerte de Amalrico, que según parece era un señor noble, valiente y humano, causó gran duelo en todo el vizcondado, y dos trovadores, Giraldo Riquier y Juan Esteve, consagraron sus liras á cantar aquella muerte. Ya encontraremos el *planh* de Juan Esteve en el artículo correspondiente á este poeta. El de Giraldo Riquier nos demuestra que la pérdida de Amalrico fué muy sentida y llorada del pueblo, el cual se entregó á todo su dolor al ver muerto á su honorable señor natural, *senhor natural ab honor*.

«Si el pueblo de Narbona, dice el poeta, se fijara bien en la pérdida que acaba de hacer, no encontraría razones que bastaran á consolarle; al contrario, las hallaría muy grandes para suspirar y gemir.»

Y añade:

Doncs perdut l' a Narbonés e Narbona
don deu esser totz lo poble plorós,
quar elh era la pus noble persona
per dreg dever que d' est lenguaje fos.

El mejor elogio que de Amalrico puede hacerse, lo hace efectivamente el poeta en estos dos versos:

Ni en nulh temps ab voluntat fellona
á son poble non fos contrariós.

Y es que, en efecto, Amalrico era muy amado de sus súbditos. Tenía altas prendas, dotes militares, y fué muy protector del pueblo, llegando en su época el comercio de Narbona al más alto grado de esplendor.

No debió, sin embargo, Amalrico proteger mucho á nuestro poeta, que parecía hallarse en situación poco holgada, pues le vemos exhalar sentidas quejas y dirigirse á ciertos potentados en demanda de protección. Así se desprende de sus epístolas, discursos y composiciones morales y religiosas, género de obras entonces poco conocido y que es muy interesante en el trovador narbonés.

En uno de sus discursos trata de imbéciles á los espíritus tímidos que frecuentan las cortes, «donde, dice, los más atrevidos y desvergonzados pretendientes, los más necios, los más vanos, los más ignorantes, se llevan todos los favores y dones de los grandes, que se deshonoran á sí mismos.»

Continúa el trovador expresándose en este sentido y censurando la conducta de los grandes, pero esto no le impide otras veces aprovechar cualquier ocasión para insinuarse cerca de esos mismos potentados, á quienes condena, para ser objeto de sus liberalidades.

Las pocas ventajas que parece debió obtener de sus favores; la muerte de Alfonso de Castilla y de Amalrico de

Narbona, que visiblemente le protegieron, aunque más el primero, según hemos de ver; la aproximación de la vejez, tan propensa á cambiar los gustos y las costumbres, le inspiraron unas veces violentas invectivas contra la corrupción del siglo y contra el mal gobierno de los príncipes y del clero, y otras fervientes versos religiosos en que implora la misericordia de Dios y la protección de la Virgen. El mundo se le aparece en estos momentos tan degradado, que considera como una locura el consagrarse á cosas que antes daban consideración.

Y no obstante, este es el mismo poeta que en 1267 solicitó, sin escasear adulaciones, la protección de la corte de Francia.

Demostrado se halla esto por una epístola que en el citado año de 1267 dirigió al señor de Puilaurens para que le alcanzara el favor de la reina de Francia y le ofreciera sus servicios. La epístola es curiosa y merece que se dé una idea de ella.

He aquí el principio:

«A aquel que posee todas las más altas cualidades, saber, honor, cortesía, y todos los méritos que hacen amar á un hombre; á aquel que tiene el ingenio y la inteligencia que nos hacen agradables á las gentes; á aquel que comprende todas las buenas cosas que oye y sabe retenerlas, al honorable Sicard de Puilaurens, de parte de Giraldo Riquier salud, obediencia, honor, amor y deseo supremo de verle en la honorable corte de Francia, cuyas buenas gracias quisiera merecer.»

Después de esta campanuda introducción, entra en materia rogando á la nobleza y honorabilidad de ese señor que oiga lo que va á decirle en pocas palabras *muy sutiles*.

«Ya sabéis, le dice, lo estimado que es un hombre que tenga buen sentido y ciencia, mientras no se aparte de lo que la razón le dicte, pues si se aparta, pierde toda estimación; y la ciencia no cuenta para nada cuando no sirve á encaminarle al bien y á evitarle el mal.»

Sigue alguna digresión algo confusa sobre la manera como el hombre adquiere la ciencia por medio de los sen-

tidos. En seguida exhorta al señor de Puilaurens á servir á Dios y al rey de Francia (San Luis), «que es el mejor de los reyes y el que mejor recompensa á sus servidores,» á servir bien á la reina (Margarita de Provenza), «tan buena con Dios y con los hombres, que yo le ruego, añade, que me permita hablar de ella, pues todo hombre, para su propia gloria, debe hablar. ¡Qué de buen grado la vería, si supiese que esto pudiera complacerla!»

Al final dice:

«Vos podéis conseguirme las buenas gracias de la señora reina y de sus hijos. Si mis servicios pueden serles agradables, presentadles el testimonio de mis sentimientos, cuando se os ofrezca ocasión.»

Se ve, pues, que deseaba entrar al servicio de los reyes de Francia. Poco antes había solicitado la recomendación del vizconde de Narbona para el rey de Castilla, á cuya corte quería trasladarse.

En uno de sus discursos trata de probar lo útil que es la reflexión para endulzar las penas del alma, y de qué manera es necesaria la moderación en todo para no hacer más que lo conveniente. Insiste muy especialmente sobre los que dan palabras que luego no cumplen, que prometen más de lo que pueden, y se hacen despreciables á sus amigos por la ligereza de sus promesas. Para los poderosos, dice, *prometer y cumplir* debiera ser una cosa misma. Esta composición lleva la fecha del 1268.

En otro discurso del año 1272, después de un largo preámbulo sobre la costumbre peculiar á muchos de reprehender en otros los defectos que no se advierten cuando son propios, manifiesta que va á decir la verdad á su señor (Aymerico V, hijo de Amalrico), el cual se lo permite.

«Puesto que deseáis obrar bien siempre, no habléis demasiado de vuestros deseos ni de vuestros hechos. Al hombre que vale poco se le soporta la vanidad, pero no sucede lo propio con el que vale mucho. No olvidéis que se obra mal sumiéndose en la holganza y en la molicie cuando se tiene grandes empresas que acometer, y que peor se obra aún entregándose á la bebida, á la gula y al desorden.

Procurad ser moderado y sobrio. Reflexionad mucho antes de hacer algo. Hacedos amar de todo el mundo, sobre todo de vuestras gentes. Distinguid á los que más y mejor os sirvan, y distribuid los empleos y recompensas según los talentos y los servicios. Cerrad vuestros oídos á los adulares y maldicientes, cuyo oficio es el de engañar á todo el mundo haciendo caer sobre los demás sus propias faltas. Alejad de vuestro lado á esa raza péfida; depositad vuestra confianza en los hombres honrados, y tomad á buena parte lo que me atrevo á aconsejaros, no porque pretenda corregiros, sino con el objeto de mostraros mi celo en honra vuestra.»

A este discurso, lleno de sanos consejos, sigue otro del año siguiente, que es una pintura general de los vicios.

«Del mundo pudiera decirse: *hoy mal y feor mañana*. Desearía ver reformarse á los hombres, pero ninguna esperanza abrigo de que suceda. No sé, pues, por qué me preocupó con la pena que me dan sus faltas, pero esa pena nace del amor que siento por ellos, de mi celo por su dicha y por su gloria... Cada uno se entiende con su semejante, los locos con los locos, los cuerdos con los cuerdos. Así se ve que las cortes no están llenas más que de gentes aceptables á los gustos del señor. Si aparecen otros, no permanecen mucho tiempo. Los señores no pueden tener buenos súbditos más que dándoles buenos ejemplos. De otro modo todo decae entre ellos, y su suerte es entonces más triste que si fueran víctimas de reveses de fortuna.

Parece que el trovador narbonés, en medio de las debilidades á que su falsa posición podía obligarle, gustaba de decir la verdad, y acaso esto contribuyó á que no hiciera fortuna. Se ve que fué mal recompensado de los grandes, pero se ve también que, al solicitar los beneficios de éstos no tenía ni esa importunidad que acaba por alcanzarlos, ni esa bajeza con que se devoran humildemente los desdenes; en una palabra, no parece que su carácter era á propósito para abrirse paso en las cortes, á donde sin embargo se veía arrastrado por aspiración de medro.

En otro discurso de 1278, Giraldo Riquier se declara

defensor de la ciencia y de la poesía contra los ataques de sus enemigos. Las gentes de iglesia declamaban entonces contra los trovadores, quienes por su parte no les economizaban sus censuras, ofendidos sin duda más por sus sátiras, que por su galantería. Riquier la emprende también contra los satíricos, á los que desea que arrojen de las cortes y de toda sociedad de hombres honrados, sin embargo de que, dice sucede con las sátiras lo que con las poesías galantes, que sólo pueden corromper á los que quieren ser corrompidos.

Existe también de este trovador un extenso comentario escrito por disposición del conde Enrique de Rhodéz sobre una poesía muy oscura de Giraldo de Calansó, y de que se ha hablado en el artículo correspondiente á este poeta.

Es una de las composiciones más largas de Riquier, pues tiene 948 versos y lleva por título: *So es la expositió de la cansó del menor ters d' amor que fes En Gr. de Calansó, la qual expositió fes En Gr. Riquier de Narbona*. Lleva la fecha de 1280.

La poesía de Calansó, explicada largamente por Riquier, es aquella que comienza: *A lie ys qu' ieu am de cor e de saber*, y es realmente muy oscura, sin que acertaran á comprender su sentido los mejores ingenios de la época. Ya hablé de esta composición en el artículo sobre Calansó. Distinguíase en aquel tiempo tres clases de amor: el celeste que era relativo á Dios y á la salvación del alma; el natural, que tenía por objeto la gloria y la fortuna; y el carnal, fundado en los placeres de los sentidos, que Giraldo de Calansó llamó el menor *ters d' amor*.

El conde de Rhodéz comisionó á cuatro trovadores para que explicasen el sentido de esta poesía, y Riquier, nombrado uno de estos cuatro, compuso el largo comentario citado, quedando el señor de Rhodéz tan satisfecho, que hizo poner al pié la declaración siguiente:

«Nos Enrique, por la gracia de Dios conde de Rhodéz... oidos los pareceres arriba trascritos, declaramos que Riquier ha comprendido perfectamente el sentido de

la canción, y prestamos nuestra autoridad á su aplicación, ordenando que sea sellado con nuestro sello. Hecho en el año de MCCLXXXV, el VI día, á la entrada del mes de Julio, con gran alegría, en el castillo de Monrosier.»

III.

Veamos ahora todo lo que en las obras del trovador narbonés resulta con referencia á los reyes de Castilla y Aragón, principalmente con el primero, pues con el segundo pocas relaciones debió tener.

Existía estrecho enlace entre la casa de Castilla y la de Narbona, á consecuencia de pertenecer este vizcondado á la familia castellana de Lara, desde 1192.

La vizcondesa de Narbona Ermengarda, aquella de quien con tanto elogio hablan los trovadores, mujer galante y varonil, que no se distinguió menos por sus virtudes viriles que por las propias de su sexo y por la sabiduría de su gobierno, aquella que tenía en Narbona corte de amor, siendo la suya una de las más brillantes de Provenza, dimitió su gobierno en 1192 y traspasó el vizcondado de Narbona á un sobrino suyo, Pedro de Lara, hijo de su hermana Ermesinda que había casado en 1152 con Manrique de Lara, señor de Molina.

Pedro de Lara tomó posesión del vizcondado de Narbona el citado año de 1192, pero al poco tiempo, en 1194, abdicó en favor de Aymerico, su hijo, y se retiró á España, donde poseía grandes dignidades y haciendas. Aymerico III de este nombre, hijo de Pedro de Lara, gobernó el vizcondado hasta 1236 en que le sucedió su hijo Amalrico, que continuó la ya tradicional alianza de su casa con los reyes de Castilla.

En una época en que los habitantes de Montpellier, pudiendo sustraerse á la autoridad del rey de Aragón, hicieron entrar en sus miras al vizconde de Narbona Amalrico, éste, por un tratado que lleva la fecha de 1254, prometió valerles, ampararles y tomar su defensa contra todos cuan-

tos atacaren sus derechos, excepción hecha del rey de Castilla, al que atrajo á la confederación, y en nombre del cual desafió al monarca aragonés, públicamente, el 10 de Marzo del año 1256.

Por los años de 1265 Amalrico debía hallarse en la corte de Castilla, pues por este tiempo Giraldo Riquier, desde Narbona, dirige á su señor una carta en verso pidiéndole, entre otras cosas, que hable de él y le recomiende al rey de Castilla, á cuya corte se propone pasar.

«Al más noble, al más valiente, al máspreciado desde su juventud, á aquel que más noblemente se conduce en la noble corte de Castilla, á aquel que más quiere agradar y que de más honrado linaje procede, á Amalrico de Narbona...» Así comienza su canto el trovador.

Al pus noble, al pus valen,
al pus prezat de son joven,
á selh que pus noblamen se capdela
en la nobla cort de Castela,
á selh que mielhs vien d' agradatie,
el pus manent d' ourath linhatie,
á n' Amalric de Narbona...

«Pensad noche y día, añade, en honrar á Dios y á la Virgen Santa María y á todo lo celestial, y después, en lo terreno, pensad en honrar y servir al rey D. Alfonso porque en ninguna parte conozco rey que valga lo que él, y es deber que así sea, pues Castilla ha sostenido largo tiempo su prez con su gran virtud, y ha sido costumbre en todo tiempo que los romeros para hallar á San Jaime (Santiago) han llegado hasta Compostela y á otras inapreciables comarcas de Castilla.»

D' onrar Dieu pessatz nueg e dia
e la Vérgé Sancta Maria,
e tot quant es celestial;
e pueis, pessatz el terrenal
d' onrar e de servir lo rei
N' Anfós; car deguna lei
no sai rei que 'l puesca valer,
et es aitals per son dever;
car Castela ha sostegut
tostemps pretz ab sa gran vertut:

et enaissi es costumats
 que tostemps han romieu ce cat
 Sant Jacme tro en Compostela
 e autres sens pretz en Castela.

Llega, por fin, el poeta á mostrar sus deseos personales y á pedir que se le recomiende al monarca.

«En vos cifro gran esperanza de buenos hechos, pues debo llevarlos adelante aquí, ó allí en la corte del rey, adonde me he propuesto ir para completar la obra por mí mismo, pues nadie puede valerme tanto como él, y si os pluguiese recomendarme al rey D. Alfonso, mucho mejoraría mi estrella...

En vos ai gran esperansa
 de ben fag; car aver ó dey
 sai, ó lai en la cort del rey
 on ai prepaument d' anar
 per mi meteís ad acabar:
 car tot lo mon no 'm pot valer
 tan com selh, segon mon esper.
 E si us semblava fazedor
 que 'm fassetz far aitan d' onor,
 á tal que gent o saupes far,
 que mi fenessetz comandar
 en gran del rey N' Anfós,
 mos astres ne sería pus bos,
 si auzia de mi parlar...

Otra poesía del mismo año manifiesta los deseos que el trovador tiene de irse resueltamente á la corte donde se honra el saber, donde reside el monarca castellano que es dechado de virtud y luz resplandeciente para todo buen dicho y toda buena acción y para restaurar toda prez. «¡Ojalá, añade, que hubiese existido antes, como dice su nombre!» (*Ant-fos*, antes fuese.) Según el poeta, él solo puede aliviarle y á él encomienda su cuerpo como á Dios su alma.

Lai, on es atendutz
 sabers e car tengutz,
 me 'n iray drey tamens
 e serai erebutz,
 al rey, on es vertuts,
 castellan, d' onramens
 que 'l es lutz resplandens

per totz bes dir e far
 e per pretz restaurar,
 ayra ops, qu' enans fos,
 porque a nom Anfós...

En 1267, que es el año en que dirigió su ya citada carta á Sicart de Puilaurens pidiéndole la protección de la corte de Francia, persistía el trovador narbonés en su propósito de ir á Castilla, lo cual no había podido conseguir aún. En una poesía fechada en dicho año, á vueltas de muchos elogios á Amalrico su señor, viene á revelar su idea fija, diciendo que Amalrico debe su preponderancia al rey de Castilla, pues aún cuando vale mucho por sí, si se hubiese quedado en Narbona no hubiera tenido tantos medios de valer ni de subir tan alto.

Que mes l' à bel captal
 selh, que d' aut pretz es quis,
 ab que s' es gen t noiritz;
 so es lo rey N' Anfós
 castelas, cui Leós
 es e lháus sobitas.
 Mas pero vers es plas
 que ben deu pretz vóier
 N' Amalric per dever
 per sí eys ses lo rey.
 Pero fermemen crey
 que, s' agnés sas estat,
 non agra tan montat
 son pretz, segon ma fe,
 ni agra tan ab que.

Dos años después, en 1269, continuando en su idea fija, sin intermediario alguno, se dirige ya directamente al rey D. Alfonso por medio de esta poesía:

«Si pudo alguna vez valerme mi canto y redundar en provecho mío mis trovas y conocimientos, ahora lleva buen camino mi empresa, pues me dirijo al padre de entendimiento, de saber y de honor, y de prez y de loor, á aquel en quien tengo mi esperanza, al buen rey Alfonso.

»Al buen rey castellano, de quien es León, singular en todos los hechos ricos, buenos y bellos y nobles y de valor, debe dirigirse todo hombre sensato, pues es mejor que los

mejores, y hasta los que valen poco salen de su compañía ricos y provistos, y mejorados los que más tienen.

»Por esto debo yo temer que no valga con él mi razonamiento, pues tanto tardé en presentarme; pero sus nobles hechos me aseguran, pues tanto le agrada el saber, que todos los buenos entendedores que se dirigen á él vuelven satisfechos.

»Nada se me alcanza del júbilo de amor, pues no me vale celar, ni canto, ni ruego, ni razón, ni paciencia ni súplica, para que mi agradable *Belh Deport* (nombre simulado de su dama), me tome por servidor, sin otra esperanza alguna; por lo cual me decido á implorar el buen proceder del noble rey.

»Dios, si le place, me conceda que mi saber y mi conversación agraden al rey, de suerte que mis afanes logren de él el honor que aguardo, pues le tengo y quiero por señor; ya que fácilmente puede enriquecerme en gran manera y premiar mis talentos.

»Oh rey soberano, llenáis todo el mundo de honra, pues por vuestro gran valor valen todos los demás hombres de valía, si bien os quedan inferiores.

»Jamás me honre ni me haga agradable á los demás el saber si por él no llego á seros grato.»

Ya, después de ésta, no cesan de encontrarse poesías de Giraldo Riquier dirigidas á D. Alfonso, á cuya corte parece que pasó por fin, posteriormente á 1270, época de la muerte de Amalrico de Narbona. El trovador narbonés apura todos los elogios en alabanza de D. Alfonso. Pide á Dios que le conceda cuanto desee y le acreciente en honor; le proclama el más noble, generoso y honrado de los príncipes de la tierra; dice que hace bien cuanto hace y resuelve con gloria cuanto emprende; añade que nunca se cansará de alabarle; en una palabra, no hay talento que en él no halle, gloria que en él no vea, prenda que en él no estime, elogio de que no le crea mercedor.

En una poesía invoca al cielo para que

Dieus lo tenha pagat
de so qu'ilh pus dezira,

e'l gart de dan e ira,
e'l cresca sa honor,
et á mi do s'amor
et aquo, que'n dezire.

En otra afirma que

Del rey N'Anfós deuria
totz hom auzan ben dir
quar nulhs non pot mentir,
ans pus complidamen
val, que'l laus no perpren.

En otra vuelve á rogar á Dios para que le dé favor y vida espiritual.

Dieu prec del rey de Castella N'Anfós,
que á son cors don honramens e pros
lonc temps ab grat et espirital vida.

Unas veces dice que sabe ensalzar á sus amigos y anoadar á sus contrarios:

Reys N'Anfós, al miels chauzir
vos tanh lauzor ses temer,
que amics sabetz enantir
e'ls enemics dechacer.

Otras declara que el rey de Castilla lo hace todo en justicia y derecho, conquistando gran prez:

Bos reys castelhas N'Anfós
ab dreg faitz tot quan faisatz,
et auretz pro companhós.
El dever sia gardatz
vostres e'l rics pretz per vos.

No se cansa de pedir á Dios que le honre y le ensalce:

Senher; del onrat rey car
N'Anfós, vos prec qu'enansar
li'n vullatz son bon valer,

y que le aumente en poder y prez todo lo que ha ganado y mantenido sirviendo á Dios y combatiendo á sus enemigos:

Reis N'Anfós, Dieus per sa vertut
vos cresca poder e talan
del pretz, que avetz mantengut
luy serven, enemics sobran.

Finalmente, manifiesta que el monarca castellano le ha cautivado al ver cómo le placen el canto, la ciencia, todo lo noble y bueno, y por él espera mejorar en suerte y valor:

Lo reys N' Anfós Castelhás m'a conqués,
 quar li play chans, saber, pretz e tot bes
 porque son laus me plairá tota via
 el guazardós degutz me' n plasería.
 Per elh esper puíar en manentia
 et en valor; a Dieu plassa que sia.

Algunas de estas poesías fueron escritas en Castilla mismo, junto á D. Alfonso, que en su corte acogió y favoreció al trovador narbonés.

A pesar de todos esos elogios y alabanzas, llega un momento en que Giraldo Riquier no encuentra palabras bastante duras ni expresiones bastante fuertes para condenar á aquel monarca, poco antes tan querido, llegando hasta el punto de decir que no se esforzará jamás en alabar al rey de Castilla ó á cualquier otro que decaiga en mérito, pues de ello se le seguiría perjuicio y deshonra.

La obra en que así se expresa lleva la fecha de Setiembre de 1276 y, según todo induce á creer, fué escrita cuando D. Alfonso abandonó sus pretensiones á la corona imperial de que estaba en posesión Rodolfo de Habsburgo. Pudo, pues, un motivo político influir en el trovador para componer esta poesía que así dice:

«Quien me hubiese dicho, no hace dos años, que fueran poco agradecidas mis alabanzas del rey D. Alfonso, guía del valor, mucho me hubiera apesadumbrado; y ahora es aquí tenido tan en poco y tan censurado que ni siquiera me atrevo á hablar de él con honor, lo que tanto me entristece que por poco no dejo de cantar.

»Le oigo censurar por muchos hombres que le fueran valedores si le agradase tanto la guerra como el hacer mercedes; mas yo ¡ay! siento gran tristeza, pues se solían alabar los cantos que le dirigía, y hasta que me entierren no dejaré de serle adicto ni los dirigiré á otro alguno.

»Mal recuerdo tendría de él su hijo, si es cierto lo que

dice la mayor parte de la gente que le desposeerá en vida. Mas déme Dios antes la muerte, porque no habrá para mí alegría hasta que sus mayores enemigos le cobren tal amor que no tenga que guardarse de ellos.

»Con derecho ha querido reinar y con prez y con valor, aumentando su tierra gloriosamente el rey D. Alfonso, que Dios guarde, y ahora debe más y más querer derecho y paz, con tal que no sea escarnecido, para que Dios le proteja y no decaiga en prez.

»Mi dicho será bastante provechoso con tal que sea de él oído, pues yo hablo indignado y si me oye no será en su daño. Por lo tanto, le diré que un rey debe amar á sus amigos, mas como temo añadir otras cosas, escoja él lo que mejor le parezca para cumplir con su verdadero deber.

»Jamás me esforzaré en alabar al rey de Castilla ni á otro alguno, si su prez se convierte en error, de suerte que pudieran resultarme daño y deshonra.

»No tengo buena estrella en hallar señor que me quiera amar de corazón.»

No hubo de durar mucho el enojo del poeta contra el rey de Castilla.

En el mismo año de 1276 encontramos una graciosa pastorela de Riquier, en la que alude al monarca castellano y á sus propósitos de guerra contra los moros de Granada.

—«¿De dónde venís? pregunta el trovador á la pastora.

—»Señor, bien encaminada vengo de Compostela, que ya vos conocéis.

—»Puesto que os he encontrado, contadme nuevas de allá, si las sabéis.

—»Señor, hacia Granada va el rey de Castilla y hacia allá debéis dirigiros inmediatamente.

—»¿Qué decís, mujer? No creo que lo haga.

—»Señor, mal hacéis si no seguís sus huellas.»

—Dissi d' ont vinetz?

—Senher, tan senhada

say de Compostella,

que us o conoissetz.

—Pus vos ai trovada,
comtatzme novella
de lai, s' sabetz.
—Senher, vers Granada
va' l rey de Castella,
doncs tosts lai tenetz.
—Domna, que disetz?
Qu' ieu no crey que fàssa.
—Senher, mout falhetz
non seguen sa trassa.

Un año después, en 1277, vuelven á continuar las poesías del trovador al rey de Castilla, como si nada hubiese pasado, y tornando á sus anteriores alabanzas le dice que, si no recuerda mal, hace quince años que no ha elogiado á otro monarca y se queja de su mala situación. En 1278 repite que desde hace diez y seis años le ha consagrado todo su saber:

Perqu' ieu l' ai ben XVI ans
tot mon saber donat
et e á mi honrat
de tota ma honor...

Otras poesías existen de Riquier en aquella época consagradas á ensalzar á D. Alfonso, por lo cual se ve que continuaban las relaciones entre el rey y el poeta, hasta llegar á 1280 en que escribe una composición con alusiones á la paz con Francia y con Aragón, al enlace de los infantes D. Juan y D. Pedro con las hijas del marqués de Monferrat y del vizconde de Narbona, y á los propósitos de D. Alfonso contra los moros de Granada.

Dice así:

«Como si ya no hubiese yo trovado muy buenas razones, oigo decir en la corte del rey Alfonso que ahora sabría trovar, y me pesa. Así, pues, ya que la ciencia me guía, aunque no sea apreciado mi canto ni premiado mi amor, al buen rey corresponde tanta gloria, y debo, si puedo, hacer un buen verso.

»El buen rey tiene tantos bienes que es muy preciado su nombre, y tan grande y tan buena su alabanza que ha alcanzado en esto lo mejor del mundo; porque tanto le place la prez, que todo su saber, hechos, dichos, corazón,

sentido, riqueza, todo lo ha dirigido al logro de un buen nombre, y que esto es verdad es bien patente.

»Ahora oigo decir que le veremos en paz con el rey de Francia, á quien pensaba combatir, ya que el príncipe señor de los provenzales (Carlos de Anjou) es atendido y será escuchado, porque le agradan derecho y paz, y parece que con la ayuda de Nuestro Señor lo arregla todo fácilmente.

»Agradar debe al rey inglés su acuerdo, porque no le mira con desconfianza, y me complacería que acudiesen él y el rey aragonés que ha crecido en valor; pues todos deben desear el acuerdo de estos reyes. Entonces el rey Alfonso con esfuerzo podrá encumbrarse en Granada.

»Pláceme de que el honrado marqués de Monferrat haya sido noble y generoso para servir al rey, aún cuando éste le sirvió antes de manera tal que ha crecido en honor y en poder, de suerte que sus enemigos deben temer que en breve les dañe.

»Todos estos hechos me mueven á hacer este verso; tan bien dispuestos veo los cristianos á servir al Salvador y sólo tratan por amor suyo de recobrar la Santa Tierra.

»Buen rey D. Alfonso, mucho se oyen sonar vuestras alabanzas, mas ninguno de los alabadores puede apurarlas, antes bien quedan ellos más honrados que vos alabado.»

El trovador narbonés debió residir en Castilla, ya permanentemente, ya á temporadas, hasta la muerte de don Alfonso, á la que no se olvidó de consagrar piadosos y dolientes recuerdos, llorándola con verdadera expresión de sentimiento:

Anc plus perdei l' onrat rey plen d' amor
de Castella N' Anfós, non aic senhor
que' m conogués ni 'm saubés tant honrar,
que me' n pogués de vergonha cessar.
Greu me será si 'm cover a blasmar
un senhor mieu, que solia lauzar.

Y en otra poesía de 1287 todavía le consagra este recuerdo:

En la greu mort amara
 del bon rey es serratz
 pretz qu' en est mon no platz,
 N' Anfós, que elh saup culhir
 los faitz e 'ls mals fugir.

Pero, sin disputa, la obra realmente más importante que nació de las relaciones del poeta de Narbona con el rey de Castilla, es la suplicación ó requesta que compuso, llevado de su celo por la dignidad de profesión, acerca de qué debía entenderse por juglares y qué por trovadores.

No hay que volver sobre esta composición de que extensamente se habla en el Discurso preliminar de esta obra. Allí remito á los lectores. Sólo me permito decir en este instante que es un documento curioso y en gran manera instructivo, ya por enterarnos de muchas costumbres de la época, ya, también, porque pinta al autor y revela sus pretensiones á esa escuela de literatura sabia que intentaba fundar, al parecer.

IV.

Las relaciones de Giraldo Riquier con la casa de Aragón no fueron tan íntimas ni dieron de sí lo que las sostenidas con la casa de Castilla.

Era todavía infante D. Pedro (que fué después el tercero llamado *el Grande* de Aragón), y vivía aún su padre don Jaime *el Conquistador*, cuando en 1268 Giraldo Riquier le elogiaba en una poesía diciendo que «al infante de Aragón D. Pedro le agradan tanto el canto y el solaz que esfuerza gentilmente su poder para mantener prez.»

Al enfant d' Aragó platz
 en Peire, chans e solatz
 tantz, que per pretz mantener
 eforsa gent son poder.

Por los años de 1270 Giraldo Riquier se hallaba en Cataluña, de paso sin duda para Castilla, y fué entonces cuando compuso aquella su gentil y famosa *retroencha* que

han mencionado cuantos han tenido ocasión de hablar del trovador narbonés.

Es una graciosa canción con estribillo, verdadera *retroencha*, por consiguiente, que habla muy alto en favor de Cataluña.

En la canción comienza lamentándose el autor de sus desgraciados amores con su desconocida dama *Belh Defort*, de quien, como luego veremos, nunca consiguió que premiara su constancia.

«Pues mi estrella no me ha permitido que pueda lograr bien alguno de mi dama, ni le agrada cosa mía placentera, ni tampoco puedo olvidarla, preciso es que me entere del verdadero camino del amor, y mucho puedo aprender con respecto á él en la alegre Cataluña, entre los bravos catalanes y las amables catalanas.

»Porque festejos, prez y valor, gozo, agrado y cortesía, buen sentido, saber y honor, bello hablar, bella compañía y largueza y amor, conocimiento y gracia son mantenidos y honrados á más y mejor en Cataluña entre los bravos catalanes y las amables catalanas.

»Por esto yo me complazco en aprender de sus costumbres la manera como he de dar á mi *Belh Defort* motivo de que me oiga, pues no tengo otro consuelo que me libre de morir, y espero hallar buen puerto en Cataluña entre los bravos catalanes y las amables catalanas.

»Y si yo para mi daño no aprendo entre ellos como el amor premia á los suyos sus servicios, no hay más sino que se me desdeñe, porque tanto es mi afán que me ha arrojado de Narbona, y para hallar remedio me dirijo á Cataluña la buena, entre los bravos catalanes y las amables catalanas.

»Tan dispuesto estoy á descubrir la causa de mi mala ventura en amar, que no me anima otro pensamiento sino el que agrada á los veraces, y ya que lo ignoro, inmediatamente voy para adquirir buen entendimiento lleno de afán, á buscar y hallar auxilio en Cataluña, entre los bravos catalanes y las amables catalanas.»

Pus astres no m' es donatz
 que de mí dons bes m' eschain;
 ni nulhs mos plazers no--l platz,
 ni ay poder que-m n' es traia
 ops m' es qu' ieu sia fondat
 en via d' amor veraia
 e puese n' apenre assatz
 en Cataluenha la gaia,
 eutr' els catalás valens
 e las donas avinens.

Quar dompneys pretz e valors,
 joys e gratz e cortezia,
 sens e sabers et honors
 bels parlars, bella paria,
 e largueza et amors,
 conoyssensa e cundia;
 tróban manten e secors
 en Cataluenha a tria
 entre 'ls catalás valens
 e las donas avinens.

Per qu' ieu ai tot mon acort
 que dels lurs costums aprenda,
 per tal qu' a mon Belh Deport
 done razon que m' entenda,
 que non ai autre conort
 que de murir me defenda.
 Et ai cor per peure port,
 qu' en Cataluenha atenda
 entr' els catalás valens
 e las donas avinens.

E s' ieu entr' els non aprenc
 so per qu' amors guazardena
 servir als sieus, don dan prenc,
 no-y a mas qu' om me rebona,
 quar tan d' afau ne sostenc
 que m' a gitat de Narbona,
 e per gandar via tenc
 en Cataluenha la bona,
 entr' els catalás valens
 e las donas avinens.

Tan suy d' apenre raissós
 so que d' amar ai falhensa,
 que nulhs pesars no m' es bos,
 mas selh que 'ls verais agensa;
 e quar no 'l say ad estrós
 vau per bona entendensa
 guerre e trobar cochós
 en Cataluenha valensa,
 entr' els catalás valens
 e las donas avinens.

En una canción escrita, según la fecha, en 1282, vuelve

á hablar de D. Pedro de Aragón y le ofrece sus servicios.

Es una singular poesía, y merece fijar la atención.

Curado ya el trovador de su constante pasión por su *Belh Deport*, cansado de no recibir recompensa alguna á cambio de un amor siempre porfiado, pasa cinco años sin curar de antiguos ni de nuevos amores, pero su corazón puede más que su cabeza y más ardiente llama se apodera de él. Escribe entonces esta canción en la que hace el elogio de su nueva dama, y pinta los efectos de este otro amor que le devora y por el cual, ya es constante, ya voltario, ya llora, ya canta, ya tiene ingenio, ya lo pierde, ya alienta ilusiones seductoras, ya pierde por completo las más fundadas esperanzas. La endereza ó envío es al buen rey de Aragón Pedro III, de quien se ofrece á ser leal servidor, si este príncipe se digna protegerle.

Mas assaiar ni' ai es lans
 ab lo rei de saber paire
 Peire d' Aragó, qu' ab mans
 bos fastz comple son veiaire
 de malvodens e d' amans.
 E si 'm es degutz guirens
 ye 'l serai lials servire
 el say avutz ben dizens;
 si no cor ai que m' azire
 pus sabers no 'm val ni sens.

Esta canción, que lleva la fecha del mes de Abril de 1282, es llamada por el autor *canson redonda et encadenada de motz e de son*, y explica la manera de cantarla.

Es, en efecto, una canción de especial y difícil mecanismo, encadenándose el aire y las palabras con arte particular. La primera, tercera y quinta coplas tienen la misma tonada; la segunda, la cuarta y la sexta otra distinta, y los aires de las diversas coplas se repiten, la mitad del segundo sobre la mitad del primero, y así alternativamente.

De este mismo género es otra canción, del mes de Enero de 1287, en cuya tornada deplora la muerte de D. Alfonso de Castilla.

V.

Las composiciones más interesantes del trovador narbonés son las que designadas quedan, pues muestran en el poeta una gran facilidad, una erudición vasta y, sobre todo, un perfecto conocimiento de los usos, costumbres y gustos de la sociedad de su tiempo; pero no deben ser despreciadas, sino todo lo contrario precisamente, aquellas otras que por pertenecer á la poesía ligera y galante, han sido juzgadas por algún crítico de menos importancia.

La tienen real y efectiva y merecen fijar la atención, acaso más que las otras, pues éstas son sin disputa las que mayor nombradía dieron al poeta de Narbona.

En sus composiciones exclusivamente galantes Giraldo Riquier está á gran altura, y aún cuando algunas muestran demasiado el mecanismo del arte y la pretensión á la ciencia, en todas ó en casi todas hay originalidad, sentimiento, ternura, verdad, riqueza de pensamientos, fluidez, dominio de la lengua y espontaneidad.

Sus seis *pastorellas*, de que luego hablaré, son las mejores que en este género han compuesto los trovadores; su *retroencha*, que antes he transcrito, es un modelo y puede como tal presentarse; de sus *albadas* y *serenas* se habló en la Introducción de esta obra, y nadie que las haya leído una sola vez puede olvidar aquella deliciosa alba en que el amante, separado de su dama, ve trascurrir la noche en medio de la angustia y los dolores y *desea ver el alba* para hallar en su luz un lenitivo á sus males, ni aquella bellísima y sentida *serena* en que otro amante espera con impaciencia las primeras sombras de la noche, pues con ellas ha de llegar la hora de la cita que le dió su dama, y exclama á cada instante: *¡Oh día, cuánto te prolongas por mí desdicha! ¡Oh noche, cuánto me asesinas con tu tardanza!*

En una canción se lamenta de la decadencia del amor, al que llama *emperatriz del mundo* (el amor es femenino en el antiguo idioma provenzal), y atribuye esto á la grosera

impaciencia de los falsos amantes que no buscan más que el placer, dejando de tener en cuenta que el amor, sin el mérito, es un árbol sin fruto y sin raíces. En esta poesía recomienda á los amantes que hagan esfuerzos para *valer y merecer*, si quieren saborear los verdaderos y legítimos placeres del amor.

Ya he dicho que el nombre poético de la dama por Giraldo Riquier amada era *Belh Deport*. Se ignora quién fuese y no puede descubrirse su verdadero nombre. El trovador narbonés la celebra en muchas canciones, pero siempre lamentándose de su rigor.

Según el poeta, no hubo nunca ni más garrida dama ni más perfecta mujer. Seduce por sus atractivos, encanta por su afabilidad y cortesía; es tan bella como buena; ella es la que le inspira horror al vicio y á toda mala acción, ella la que le procura el afecto y simpatía de los hombres honrados; ella la que le mueve á componer buenos versos, en los cuales no hay nada falso.

«El amor, dice, es, pues, el único y verdadero medio de adquirir gloria, pero se entiende el amor respetuoso, tímido, honesto, aquel que así place á Dios como al mundo, semilla, flor y fruto del verdadero mérito, y sin el cual ningún hombre puede valer.»

Son varias las composiciones que Riquier tiene en este sentido, escritas todas con la expresión verdadera de un amor candoroso, si es posible expresarse así, y distintas en este punto de muchas que entonces se escribían; pero llega ya un momento en que tanto rigor le abate y tanta ingratitud le desespera. Andando el tiempo, escribe una poesía lamentándose de su constancia, que sólo ha dado lugar á falsas esperanzas, y de su misma fidelidad, que no ha conseguido de su dama la recompensa á que podían hacerle acreedor su amor y sus versos. Dice en esta poesía que ha pasado años y años esperando vencer á tan ingrata beldad, sin que de nada le hayan servido ni su paciencia ni su discreción.

Se lamenta también de haber deseado la protección y las liberalidades de los grandes y de haber concurrido á

armoniosas y poseen lo que los catalanes llamamos *el olor de la tierra*.

Gaya pastorelha
trobey l' autre dia
en una ribeira;
que per cuat la belha
sos aquels tenia
dessotz una ombreira;
un capelh fazia
de flors, e sezia
suz en la fresquiera...

Algo de esta frescura y de este encanto recuerda aquella hermosa poesía castellana:

Moza tan fermosa
non ví en la frontera
como la vaquera
de la Finojosa.

Terminaré estos apuntes sobre Giraldo Riquier con la traducción de dos de sus más graciosas pastorellas.

«Paseábame el otro día por las orillas de un río, á solas con mi pensamiento. Incitábame el amor á componer una canción, cuando ví á una pastora joven, hermosa y risueña que cuidaba de sus ovejas. Dirigí hacia ella mis pasos, y aceptó con gracia mi cumplido.

—¿Habéis amado alguna vez, pastora, le dije, y sabéis amar?

»Respondióme sin vacilar:

—»Sí por cierto, y tengo dado mi corazón.

—»Me alegro de haberos hallado si es que mi encuentro os place.

—»No me solicitéis, que no soy tan necia para ceder á vuestros deseos.

—»No, pastora, no lo sois.

—»Por esto no he vacilado en rehusaros.

—»Dulce pastora, si quisiérais mi amor, yo tengo grandes deseos de obtener el vuestro.

—»No puede ser, señor, pues vos tenéis una amiga y yo un amigo.

—»¿Y qué importa, pastora? No por esto dejaré de amaros.

—»Señor, seguid otro camino que os conducirá á mejor fin.

—»Este es el mejor que puedo escoger.

—»¡Estáis loco!

—»No por cierto, no lo estoy. Me gustáis tanto, que Amor me hace vuestro y vos seréis mía.

—«Señor, me falta ya paciencia para oiros. Acabemos de una vez.

—»Sois demasiado cruel, pastora. Me estoy muriendo y os ruego que os apiadéis de mí.

—»No soy tan tonta, señor. Os burlaríais de mí, si os creía así, tan á la ligera.

—»Pastora, el amor me obliga y me fuerza.

—»¿Qué vais á hacer, señor?

—»No temáis, pastora. Yo nada exijo por fuerza.

—»En este caso, soy vuestra amiga puesto que volvéis á ser cuerdo.

—»Iba á cometer una gran falta, pero afortunadamente he pensado en mi *Belh Deport* y me he detenido.

—»Os agradezco, señor, que así os portéis y os amo más por esto.

—»¿Qué decís, pastora?

—»Que os amo, señor.

—»Decidme, bella pastora, ¿cómo es que ahora estáis tan amable conmigo?

—»Señor, por doquiera que voy sólo oigo hablar de las canciones de Giraldo Riquier.

—»¡Ah! pues vuelvo á la súplica que antes os hacía.

—»¡Cómo! ¿ya olvidásteis á vuestra *Belh Deport*? Héla ahí que os ve, que os mira, y que os encarga ser respetuoso y cuerdo.

—»Tenéis razón, pastora. Ya no digo más.

—»Señor, reconozco que sois un amante fiel.

—»Pastora, lo sería, pero anda por ahí cierto Beltrán de Opiá que me roba el amor de mi dama.

—»Señor, no es tan dichoso como vos creéis. Id á verla y os tendré envidia.

—»Pastora, á menudo volveré á pasar por esta senda.»

Lleva la fecha de 1260 esta *pastorella*. La segunda es del 1262, del 1264 la tercera, y la cuarta del 1267. Las cuatro están enlazadas por medio de una acción, y he aquí la última, que parece más interesante que las dos que le preceden:

«Hallé el otro día á la pastora que ya otras veces había encontrado. Estaba sentada, cuidando de sus ovejas, pero no aparecía tan risueña como en épocas anteriores. Se ocupaba en hilar, y sobre sus rodillas tenía un niño dormido. Creí no serle extranjero, habiéndola ya visto tres veces, pero en la manera brusca con que me dijo: *Seguid vuestro camino*, ví que no me reconocía.

—»Pastora, le dije, vuestra amable compañía me es tan grata, que vengo expresamente para veros.

—»¿Por quién me tomáis, señor? No soy tan tonta como creéis. He dispuesto ya de mi amor.

—»Hicísteis mal, pastora, después del tiempo que hace que os amo tan sinceramente.

—»No recuerdo haberos visto nunca, señor.

—»Poca memoria tenéis.

—»No me falta.

—»Sólo vos, pastora, podéis curarme del mal que sufro; ¡tanto es lo que os amo!

—»Lo mismo me decía Giraldo Riquier, y sin embargo, no caí en el lazo.

—»Pastora, Giraldo Riquier no os olvida, pero vos me habéis olvidado.

—»Señor, me place más que vos, y prefiero verle á él.

—»Sin embargo, fuísteis con él ingrata.

—»Si volviera, creo que me entregaría á él.

—»Me dáis la vida, pastora, porque yo soy ese Giraldo Riquier que tanto os ha celebrado en sus canciones.

—»No lo creo, señor. No me pareéis el mismo.

—»Pastora, *Belh Deport*, cuya imagen os salvó tres veces de mis manos, puede saliros garante de lo que os digo.

—»Podéis decir cuanto queráis. No os creo. Es mucha soberbia la vuestra.

—»Pastora, estoy seguro que ahora ya me reconocéis.

—»No del todo.

—»Os he elogiado y ensalzado en mis versos, pastora; pero comienzo á arrepentirme de ello. No temáis ya que vuelva á solicitaros.

—»Señor, estoy contenta. Héme ya bien vengada de la última vez que os ví.

—»¿De quién es ese niño, pastora? ¿Lo habéis tenido en algún galán?

—»Lo he tenido en el que se ha casado conmigo á la faz de la iglesia y en quien espero tener otros.

—»¿Y cómo es que os deja así sola, á orillas del río?

—»Porque esta es mi vida.

—»Pastora amable, si quisiérais haríamos las paces, y nadie sabría nada.

—»Señor, no quiero más amistad con vos que la misma que tuvimos al vernos por vez primera.

—»Os he puesto á prueba y os hallo muy cuerda.

—»Si no lo hubiese sido, lindamente os habríais portado conmigo.

—»Pastora, continúo mi jornada.

—»Seguid vuestro camino, señor.»

GRANET.

Todas cuantas averiguaciones he tratado de hacer para procurarme noticias de este trovador, han sido inútiles. Ni Millot ni otros autores hablan de él. Solo por el *serventesio* dirigido á Carlos de Anjou, que merece insertarse por completo, se ve que pertenecía á la época de aquel príncipe.

He hallado un Granet que tomó parte en el sitio y asalto de Lucera llevados á cabo por Carlos de Anjou en 1269. ¿Pudiera ser éste el trovador?

En el *serventesio* á que acabo de aludir, Granet reclama de Carlos de Anjou el derecho de decir la verdad y pide que le mantenga en la posesión de este derecho para que no se le siga perjuicio. En seguida penetra á fondo en el asunto que se propone tratar, hablando á Carlos de Anjou con aquella libertad propia de los poetas provenzales.

Es muy de notar el tono zumbon y malicioso que domina en este *serventesio*, sobre todo en la cuarta estrofa, y el colorido de animación y vida que tiene la última.

Compte Karle, ie us vuelh far entenden
 un sirventés qu' es de vera razós;
 mos mestiers es qu' ieu dey lauzar los pros,
 e dei blasmar lo croys adreitamen;
 e devetz me de mont dreitz mantener,
 quar mos dreitz es que dey blasmar los tortz;
 e si d' aisso m' avenia nulh dan,
 vos per aissó en devetz far deman.

Ar chantarai de vos primeiramen
 cum del plus aut linhatge que anc fos
 etz, e foratz en totz faitz cabalós,
 si fossetz larcx; don avetz pauc talan,
 que be n' avetz la terra e'l poder;
 et en vos es guays solatz e deportz,
 e troba us hom adreyte gen parlan

et avinen, ab qu' om res no us deman.

Senher, autz hom viu say aunidamen,
quan pert lo sieu e non es rancurós;
qu' e'l Dalfis te vostras possesiós
e non avetz so que trobatz queren,
qu' em breu poyretz osteiar e jazer
per ribeiras, e per pratz, e per ortz,
tro que pensetz si al vostre eóman,
ho al Dalfín n' aiatz tout atretan.

De tal guerra mi paretz envèyós,
que us auran ops cavaliers e sirven;
e si voletz que us siervon leyalmen
los Proensals, senher coms, gardatz los
de la forsa de totz vostres bailós
que fan á tort molt greu comandamen;
mas tot es dreg sol qu'ilh ayon l' argen,
don li baró se tenon tug per mortz,
qu' hom lur sol dar, aras los vai rauban,
e denan vos non auzon, far deman.

Ar auran luec pro cavalier valen
e soudadier ardit e coratjós,
elmes e brans, tendas e papallós
escutz, ansberex e bon cabalh corren,
e fortz castelhs desrocar e cazer,
e gaug e plor mesclat ab desconort,
en batailla cazen, feren, levan
e vuelh o ben, e m play, sol qu'ieu no y an.

Existe una *tensión*, que traslada Díez, entre Granet y un llamado Beltrán, que no sé á cuál de los de este nombre puede referirse.

La poesía es incompleta por su texto y confusa y oscura por su sentido, pero hay que dar de ella un extracto, aunque sólo sea por su originalidad y rareza.

Granet comienza por preguntar á Beltrán por qué no retira su amor á una dama que no le concede el más mínimo favor. «He oido decir, añade, que el Antecristo reina al otro lado de los mares y viene hacia acá, dispuesto á matar á todos los que se nieguen á convertirse á su ley. Por esto os aconsejo que os acordéis del alma y renunciéis á aquella que no se digna amaros.»

Que outra mar, aug dir, que Antecrist re sha,
c' ap los seus ve, que tots sel's ausiran
que nos volgan covertir prezican;
perque ieu us conselh que de l' ayma us rovenha,
e partes vos de leis c' amar no us denha.

—«Amigo Granet, contesta Beltrán, yo me felicito de la venida del Antecristo, pues sé que tiene tanto poder que puede si quiere convertir en oro el barro. Estad persuadido de que puede cambiar el corazón de mi dama, si consiento en creer en él y en someterme á sus mandatos. Lo que deseo es que penetre pronto hasta Cerdeña (¿Cerdeña?) porque él es quien debe poner fin á mis tormentos.»

Lo que sigue está interrumpido.

Luego Granet observa que querer poseer su dama por violencia es á un mismo tiempo pecar contra el amor y exponerse á perder el alma, pero Beltran responde:

—«¿A qué hombre se puede acusar de hacer toda clase de esfuerzos para evitar la muerte? La verdad es que la que lleva la corona de belleza me ha colocado á dos dedos de la tumba. ¿Qué mal hay, pues, en abandonarme al Antecristo, que puede salvarme? Si he pecado, si he perdido la razón á causa de esa inhumana belleza, mal haría Dios en no perdonarme.»

Car tort er doncs, si mos cors s' abandona
ad Antecrist, pos far me-pot jauzen?
E si pequi ni perd del tot mon sen
per sa beutat tan play qui la 'm faissona
mal farà Dieus, s' aquest tort no 'm perdona.

GODOFREDO RUDEL,

PRÍNCIPE DE BLAYE.

I.

Es el trovador de quien ha dicho el Petrarca que «empleó su vida en ir á buscar la muerte á vela y remo.»

Giaufre Rudel ch' usó la vela e 'l remo
á cerca la sua morte....

Su vida es una leyenda, que la crónica provenzal de los trovadores cuenta en pocas líneas y con encantadora sencillez.

«Godofredo Rudel, príncipe de Blaye, dice, era un noble caballero, que se enamoró de la condesa de Trípoli sin haberla nunca visto, sólo por los elogios que de ella hacían los peregrinos al regreso de Antioquía, y compuso en su loor muchas canciones, de hermosa música aunque pobres de letra. El deseo de verla le hizo tomar la cruz y pasar la mar. Durante el viaje fué atacado de una enfermedad que puso en peligro su vida, y los que iban con él, al llegar á Trípoli, le condujeron casi moribundo á una posada, poniéndolo en noticia de la condesa, que corrió en seguida á la cabecera de su lecho y le abrazó. Cuando Godofredo recobró los sentidos y se vió en los brazos de la condesa, dió gracias á Dios de que le hubiese conservado bastante tiempo la vida para verla, muriendo así, en los brazos de la condesa, que le hizo sepultar honrosamente en la casa de los templarios de Trípoli y que, en seguida, aquel mismo día, entró en un convento impulsada por el dolor que le causó su muerte.»

Esta es la narración, que no debe rechazarse porque está dentro de las costumbres de aquel tiempo y porque la realidad de ella está confirmada: primero por lo que se desprende de las poesías del mismo trovador dirigidas á una dama que no conoce y de quien sólo ha oído alabanzas, y después por los relatos contemporáneos.

Hay con referencia á este hecho una bellísima poesía moderna del célebre poeta alemán Enrique Heine, que pruebo á traducir:

GODOFREDO RUDEL Y MELISENDA DE TRÍPOLI.

«Colgados de los muros véense en el castillo de Blaye los tapices que en otro tiempo bordó la condesa de Trípoli con la industria de sus manos.

»Dejó bordada allí toda su alma, en aquellos cuadros de sedas que bañó con llanto de amor y que representan esta escena:

»La condesa halla á Rudel moribundo en la playa y reconoce al punto en sus facciones el ideal de sus sueños de amores;

»A su vez, Rudel ve en ella por primera y última vez á la dama cuya imagen tantas veces se le presentara en sueños;

»La condesa se arroja sobre el caballero, le abraza con ternura y besa aquellos labios cárdenos ya por la proximidad de la muerte, aquellos labios que tan dulcemente la cantaran.

»¡Ay! El beso de bienvenida es á la vez el beso del despedido. Apuraron de una sola vez la copa de la felicidad suprema y del dolor más vivo.

»Cada noche, en el castillo de Blaye, se perciben sordos ruidos, confusos murmullos, rumores misteriosos, y, de repente, las figuras bordadas en los tapices cobran vida.

»El trovador y la dama desperezan sus miembros de fantasmas aletargados por el sueño: saltan del muro, van y vienen por los salones.

»Cuchicheos secretos, graciosos discreteos, dulces y melancólicas intimidaciones, galantería póstuma del tiempo de los cantores del amor.

—»Godofredo, mi corazón muerto resucita á tu voz. De las cenizas, há tanto tiempo apagadas, brota todavía una centella.

—»Melisenda, dicha y flor de mi vida, al mirarte vuelvo á vivir. No murieron en mí más que la tormenta humana y el sufrimiento terrestre.

—»Godofredo, un tiempo nos amamos en sueño. Hoy hasta en la muerte nos amamos. El dios Amor ha hecho este milagro.

—«Melisenda, ¿y qué es sueño? ¿qué la muerte? Palabras vanas nada más. La verdad está solo en el amor, y yo te amo eternamente, hermosa paloma mía.

—»Godofredo, ¡cuán dulce es estarse aquí á la luz de la luna! Quisiera no ver jamás el día ni los rayos del sol.

—»Melisenda, amada mía, el sol y la luz eres tú; de tus huellas nacen flores, bajo tus plantas florece siempre la primavera, y por doquier vas esparciendo delicias de amor, delicias de Mayo.

»Así discurren, hablando así van de aquí para allá los dos lindos fantasmas, mientras un rayo de la luna los contempla á través de la ventana.

»Pero llega el primer albor de la mañana y pone en fuga á la encantadora pareja, que retorna enojada á los tapices que cuelgan de las paredes.»

A esta leyenda, á estos amores, á este viaje se reducen todas las noticias que se tienen tocante á la vida de Godofredo Rudel.

De cuantos trabajos se han hecho para adquirir más detalles, resulta sólo que el trovador perteneció á la familia de los condes de Angulema, uno de cuyos miembros, llamado Godofredo Rudel, era por los años de 1050 príncipe de Blaye, en Saintonge, á orillas del Garona. Un descendiente de éste es el trovador que por los años de 1170 hubo de ser el héroe de la referida ventura. En cuanto á la condesa de Trípoli, no pudo ser otra que Melisenda, hija de

Ramón I, conde de Trípoli, según las acertadas y hasta ahora no combatidas investigaciones hechas por Millot. La primera Melisenda había sido solicitada en matrimonio por Manuel, emperador de Constantinopla, que luego la rehusó, siguiéndose de esto una guerra. Esta afrenta debió hacer hablar mucho de aquella dama, haciendo sin duda resaltar sus cualidades. Los elogios de los peregrinos cautivados por sus bondades, inflamaron la imaginación viva del trovador, que se decidió á emprender el viaje.

Estos son los fundamentos únicos en que se apoya la leyenda.

II.

Del corto número de poesías que de Godofredo Rudel nos quedan, cinco hacen alusión á otros amores, y sólo dos evidentemente se refieren á esta pasión, inspirada por su desconocida condesa de Trípoli que le llevó á la muerte.

He aquí lo que hay de más notable en la que tiene más íntima relación con el suceso.

«Amo á una dama á quien no he visto nunca, á quien no he podido explicar mis sentimientos ni pedir la explicación de los suyos: pero sé que, entre todas las bellezas sarracenas, judías ó cristianas, no hay ninguna que la iguale...

»Cada noche me duermo pensando en ella, y mis deliciosos sueños me presentan su encantadora imagen; pero ¡ay! el despertar disipa esa ilusión, y sólo abro los ojos para saber que me es imposible verla. Entonces es cuando recuerdo que habita en una tierra extranjera y que un espacio inmenso me separa de ella. Yo salvaré ese espacio...

»¿Cómo no ha de ser feliz mi viaje si Amor me guía? La que adoro me verá llegar á sus piés con un bordón de peregrino y un traje de paño burdo. ¡Ay! ¡Si por el amor de Dios se dignaba darme hospitalidad en su palacio!...

»Faltaré sólo á mi dicha ser prisionero entre los sarracenos. Estaré más cerca de los lugares que la poseen. ¡Oh

Dios mío! trasportadme á sus jardines ó á su cámara. Haced al menos que la vea...

»Estoy decidido, voy á partir. Sólo una cosa le pido á Dios: ¡que no muera sin saber que ella ha tenido noticia de mi amor y de lo que éste me ha hecho emprender por ella!

»Mi canción la instruirá de todo á mi llegada. La haré cantar mis versos por un intérprete, pues los escribo en *lengua romana*. Si después de esto, no es ella sensible á mi amor, tendré motivo para creer que me han hechizado.»

Es de notar esta alusión á los encantamientos y hechizos: el original dice *mal me faderon mey paivi*, lo cual parece que debe traducirse *me hechizaron mis padres*.

La otra composición de Rudel, que alude evidentemente á estos amores, pertenece al género aquel que con tanto artificio se complacían en hacer los trovadores.

Puede dar una idea de ella, reproduciéndola en la forma original para mostrar el artificio de la rima, la siguiente traducción que me permito hacer en castellano:

Ni mi hogar ni mi patria olvidaré,
aunque de ellos me aparte amor lejano;
á verlos ya tal vez no volveré,
que me arrastra el amor á país lejano.

Dios, que mis penas y mis goces ve
y ha dado origen á ese amor lejano,
sostenga mi valor y déme fé,
que está mi vida en ese amor lejano.

Constante en vida y muerto yo seré
á ese amor que me abrasa, aunque lejano,
y su fuego sagrado sostendré
ya esté cerca de mí, ya esté lejano.

Nunca de amor alguno gozaré
si no disfruto de ese amor lejano,
ni más bella mujer nunca hallaré
ni aquí en mi hogar, ni en otro hogar lejano.

Otras poesías de Godofredo Rudel aluden á amores antiguos, á relaciones anteriores á la época en que los relatos de los peregrinos le inspiraron su violenta pasión por la condesa de Trípoli.

En una prefiere el invierno á las demás estaciones, por-

que es cuando se le presenta ocasión de ver á su amada, sin que necesite entonces del buen tiempo, pues en torno de ella hay una primavera eterna.

En otra, la vuelta de la primavera le excita á cantar:

«La naturaleza toda me da un ejemplo que quiero seguir. Los árboles, cubriéndose de hojas y frutos, me invitan á adornarme con mis mejores vestidos. A la vista del ruiseñor, que acaricia á su fiel compañera, que halla en sus miradas tanto amor como le da, que canta tan melodiosamente sus tiernos amores, siento que pasa á mi alma toda la alegría que les anima, y siento mi corazón abrasado por los mismos fuegos que en ellos arden...

»¡Oh pájaros felices, á vosotros os está permitido decir lo que sentís, mientras que yo, obligado por leyes que vosotros no conocéis, no me atrevo á hablar á aquella á quien amo. Pero quiero por fin romper el silencio. Iré á verla y le rogaré que acepte mis servicios...

»Gracias te sean dadas, Amor. Me ha oído, ha aceptado mis votos, me llama junto á ella y no me prohíbe esperar.»

No se muestra tan esperanzado por cierto en otra composición que comienza con esta bella estrofa:

Pero ai del cant ensenhadors
entorn mi et ensenhairitz,
pratz e vergés, albres e flors,
voutas d' auzels e lais e critz
per lo dous terminis suau
qu' en un petit de jos' m' estau,
don nulh deport no 'm pot jauzir
tan cum solats d' amor valen.

«Bastantes maestros para el canto tengo á mi lado y bastantes discípulos también, pues que prados y vergeles, árboles y flores, gorjeos de aves y voces encantadoras celebran una alegre primavera que viene á reanimar mis sentidos; pero mi corazón sólo es sensible á las alegrías del amor.

»Y, sin embargo, estoy privado de sentirlos. Que los pastores se alegren con sus caramillos y los niños con sus

tamborcitos. Yo no me alegraré hasta que satisfecho se halle el amor en que mi pecho arde.

»Conozco una belleza que reúne todos los encantos imaginables; pero recompensa mal los servicios que se le hacen, los obsequios que se le rinden. Sufro mucho no pudiendo obtener lo que mi corazón desea. ¡Está tan lejos el castillo que ella habita!

»Envidio la suerte de sus vecinos más que la de elevados barones. Con sólo verla son felices sus vasallos...

»Ella conoce mis sentimientos y es sensible; he aquí lo único que sostiene mi esperanza. Noche y día mil tiernos pensamientos me arrastran hacia su plácida mansión. Cuando regrese, me dirá: Mi dulce amigo, nuestros envidiosos mueven tal ruido con nuestros amores, que será difícil imponerles silencio é impedir que turben nuestra dicha.»

Las otras composiciones de Godofredo Rudel son poco importantes, reina en ella la misma oscuridad que en la que acaba de leerse, tienen algo de verdaderamente ininteligibles, y, á juzgar por ellas, se ve que estaba en lo cierto su biógrafo provenzal al decir que la letra era de poco mérito, aunque en cambio era la música excelente.

El autor, sin embargo, estaba seguro de hacer sus obras á conciencia, pues dice en una de ellas:

«Es una dicha para mis canciones el que yo no me haya engañado en nada y que todo esté hecho con conciencia. Quien las aprenda de mí, procure no cambiar nada.»

E selh que de mí l' apenrá
guartsi que res no mi cambi.

GUIDO Ó GUIGO.

Existen varias poesías, casi todo *tensiones*, de un trovador de este nombre, de quien nada más se sabe por otra parte, siéndonos desconocidos sus antecedentes, su vida, y hasta ignoraríamos la época en que floreció, á no deducirse por dos de sus composiciones que era contemporáneo de Beltrán de Alamanón, á quien ataca duramente.

En una *tensión* entre estos dos trovadores, Guido comienza el combate diciendo:

«*Guido*.—En el Gevaudán he visto á Sauramonda, la dama de Roquefuille, y á la condesa. Ambas me preguntaron noticias vuestras y les dije que no debían pasar cuidado, pues que en la guerra de los dos condes (el de Tolosa y el de Provenza) vuestro escudo había quedado limpio y reluciente, vuestra lanza entera y vuestra persona tan ilesa, enteca y floja como jamás hubiese podido estarlo.»

A este dardo contesta Beltrán con el siguiente:

«*Beltrán*.—Guido, os agradezco en gran manera que hayáis hablado mal de mí á esas damas. Me complace esto mucho porque, entre gentes honradas, las maledicencias de un mal hombre hacen el mismo efecto que los elogios de un hombre de bien, y vos pertenecéis al número de esos villanos cuyas maledicencias son elogios.»

Guido debía tener ojeriza á Beltrán de Alamanón, ya fuese por celos de amor, ya por rivalidad de profesión, ya por otra causa desconocida, puesto que no se limita á atacarle sólo en la *tensión* citada. Tiene un *serventesio* del que su colega y compañero en el arte de hacer versos no sale mejor librado por cierto.

«Si es verdad, dice en este *serventesio*, que los nombres

de los valientes se proclaman como gritos de guerra, no seré yo ciertamente quien grite ¡*Alamán!* pues le he visto siempre huir en los combates, y le he visto en la corte de Provenza ser tacaño y ruín, no haciendo nunca regalos ni dando nunca festines, y dedicándose sólo á componer muchos, malos y pesados versos, de cuya manía no puedo corregirle.»

He aquí una *tensión*, singular por lo desvergonzada, entre Guido y un monje llamado Julio, que parece había colgado sus hábitos lanzándose á la vida airada, y á quien por maldiciente habían partido ó hendido el labio, castigo que era costumbre aplicar á los difamadores.

«*Guido.*—Julio, veo que habéis hecho un oficio de la maledicencia. Os condenaron por esto, y lleváis la marca en el labio. Decidme: ¿por qué fuisteis arrojado del claustro? He oído hablar de ello y quisiera saberlo á ciencia cierta.

»*Julio.*—Os aconsejo que no me injuriéis. Nada ganaríais en ello, puesto que puedo pagaros en la misma moneda.

»*Guido.*—Un juglar que tiene el labio partido, no vale lo que un trage mugriento que se arroja al muladar. Bien hizo el que os dijo: «Abrid la boca para que os corten el labio.» Como hablábais mucho, os quisieron tirar de la rienda, y portóse según debía el marqués, porque así debe ser corregido el insensato maldiciente, difamador y miserable.

»*Julio.*—Prefiero que me corte una navaja á que me toque la mano de un hombre tan degradado como vos, que jamás tuvisteis fé ni para vos ni para los vuestros. Habéis sido el peor enemigo de todos vuestros parientes, á quienes nunca defendisteis, á pesar de hallaros bien equipado y con espada al cinto.»

Se conserva otra *tensión* de Guido con Maynard, trovador desconocido, en la cual se debate este punto singular:

«¿Cuál es el preferible entre dos caballeros igualmente generosos y espléndidos, uno de los cuales, doblemente

poderoso que el otro, no recurre al pillaje para proveer á sus liberalidades, mientras que el segundo es espléndido á costa de los que veja y saquea?»

La cuestión está propuesta por Guido.

Maynard, al contestar, se decide en favor del segundo por una razón extravagante. Dice que este caballero demuestra mayor inclinación á la generosidad por lo mismo que se atrae la cólera de Dios con sus pillajes.

Guido sostiene lo contrario, y dice que el hombre que despoja á los demás por ser generoso no merece estimación alguna, pues por dos personas á quienes puede enriquecer habrá despojado á ciento.

GUIDO DE CAVAILLÓN.

«Guido de Cavaillon, era un noble barón de Provenza, señor de Cavaillon, hombre liberal y cortés, caballero galante muy querido de las damas y de todos, buen caballero y bravo paladín. Escribió buenas tensiones y bellas coplas de amor y de solaz, y se creyó que era el amante de la condesa Garsenda, mujer del conde de Provenza, hermano del rey de Aragón.»

A esto se reduce todo cuanto de Guido de Cavaillon dicen las *Vidas de los trovadores*.

Floreció á últimos del siglo XII y principios del siglo XIII.

Ya en esta obra se ha hecho referencia á sus amores con Garsenda de Sabrán, condesa de Provenza, en cuyos amores tuvo por rival al trovador Elías de Barjols.

En un manuscrito que tuve ocasión de ver en Aix, se dice que el caballero Guido de Cavaillon entró en la orden de Hospitalarios por los años de 1229.

Es la época misma en que Garsenda, viuda de Alfonso II de Provenza, se retiró del mundo entrando en el monasterio de Santa María de la Cella.

Puede creerse que está dirigida á la condesa de Provenza una canción del trovador Guido, en la que dice «que los altos méritos de su dama le tienen intranquilo, pues esta consideración le impide ofrecerle sus homenajes hasta que haya prestado bastantes servicios para creerse con derecho á dirigirle un ruego; que desearía que sus acciones fuesen su heraldo y que ella las mirase como un tributo que le presta, pues los buenos hechos bien valen una declaración.»

Pero Guido no era de los que se contentaban con sólo una dama, y hartó lo demuestran sus poesías. Una hay,

entre éstas, original y rara, que lleva el sello especial y característico del poeta.

Es una tensión, un diálogo con su manto, ó mejor dicho con su capa.

Esta capa debía haber causado al trovador algún desagradable pesar en sus aventuras galantes.

«Me ha avergonzado de tal suerte, dice, que aún tengo que bajar la frente. Quisiera que esta capa se hubiese quemado y reducido á cenizas antes que perder por causa de ella las buenas relaciones con la amable dama Donsalva y la bella dama Gilberga.

»Os estáis burlando de mí, contesta la capa á su dueño, sin embargo de haberos garantido del frío más de una vez. ¿Por qué olvidáis los servicios que he tenido ocasión de haceros? Si alguna dama os desdeña por mi causa, no me lo toméis en cuenta. En cambio, como la amable Donsalva estuviera menos rigurosa de buena gana os cubriría á los dos.»

Guido promete á su capa hacerla teñir de escarlata para recompensarle su buena voluntad, y la capa contesta que está muy acostumbrada á oír á su dueño muy buenas palabras, pero que no se fía.

Todas las noticias que he podido recoger relativamente á Guido de Cavaillón, esparcidas por diversos puntos, están contestes en decir que era un leal y cumplido caballero: su fidelidad á los condes de Tolosa, por ejemplo, no se desmintió jamás, y fué uno de los adalides más seguros y constantes que tuvo la causa de la nacionalidad meridional.

Guido de Cavaillón ocupó su puesto de honor en el momento mismo de comenzar la cruzada contra los albigenses. En su desgracia, en su proscripción, en su ruina, la casa de Tolosa le vió constantemente á su lado, como á su lado le viera en la época de su pujanza: cuando se trató de reconquistar el país perdido, levantando á los pueblos en favor de la causa de los condes desterrados, Guido de Cavaillón fué uno de los agentes más hábiles y uno de los más arrojados partidarios de aquella causa: cuando

ésta quedó ya reducida al joven conde de Tolosa, Guido de Cavaillon sostuvo al hijo como había sostenido al padre: cuando, en fin, perdida toda esperanza, llegó el momento de sucumbir, también entonces Guido de Cavaillon fué el embajador que tuvo la casa de Tolosa en las cortes de París y Roma para salvar sus intereses y su dignidad.

Después de la fatal rota de Muret, en 1213, el conde de Tolosa, acompañado de su joven hijo, hubo de abandonar el país á sus enemigos, condenándose al destierro. A él le siguió Guido de Cavaillon, pero sin dejar de conspirar un momento para facilitar el regreso de su señor y el triunfo de su causa. Este llegó en 1216. El conde Ramón y su hijo, acompañados de los fieles caballeros que les habían seguido al destierro, partieron de Génova para ir á desembarcar en Marsella.

Marsella formaba entonces una verdadera república. Su población era de raza provenzal, y excepto los extranjeros que habían ido á establecerse en aquella ciudad comercial y algunas familias, viejos restos de la colonia antigua de los Focios, todos sus habitantes tenían un origen común, y relaciones íntimas unían á los magistrados y al pueblo con los capítulos y jurados de Montpellier, Tolosa y Carcasona. Los vizcondes de Marsella y los condes del Languedoc se habían acercado por alianzas de familia, y como si todos los motivos mismos de unión debiesen encontrarse en aquellos hombres oriundos de una misma raza, hasta la herejía había hecho inmensos progresos en Marsella como en el resto del Languedoc.

Así es que, cuando el conde Ramón y su hijo desembarcaron en aquella ciudad, el entusiasmo llegó á su colmo. La ciudad de Aviñón, federada hacía tiempo con Marsella, envió una diputación á ofrecer sus servicios á los proscritos, y cuando los descendientes de la antigua casa de los señores del Languedoc entraron en el condado de Venaissin—donde Guido de Cavaillon tenía sus estados,—todo era locura de entusiasmo, todo era gritar: *¡Vivan Tolosa, Provenza y Aviñón! ¡Tolosa por el padre y por el hijo!*

Su llegada á Aviñón fué una fiesta nacional.

En la crónica de la guerra contra los albigenses se lee, hablando de estos sucesos, un pasaje en el que figura Guido de Cavaillon, y que no puedo resistir al placer de traducir.

«Los condes de Tolosa llegaron á Salón al caer de la tarde y quedáronse á descansar aquella noche. Por la mañana temprano, á la hora del rocío, cuando despunta el alba y comienza el gorjeo de los pájaros, cuando se dilatan las hojas y las flores al ambiente matinal, los barones cabalgaron dos á dos y paseaban por los prados departiendo de armas y armaduras. Entonces Guido de Cavaillon, ginete en su caballo bayo, se dirigió al joven conde y le dijo:

—«He aquí llegado el momento en que cortesía tiene gran necesidad de que seáis á un tiempo bueno y malo, porque, gracias al azote de ciertos barones, al conde de Montfort, á la iglesia de Roma y á los predicadores de la cruzada, cortesía está hoy humillada y abatida y toda nobleza tan rebajada, que si vos no acertáis á levantarlas están perdidas para siempre. Si valor y proeza no son por vos restauradas, perecen de seguro y el mundo entero acaba en vos; y pues que vos sois de estas cualidades el más perfecto modelo, es preciso morir ó portarse como hombre de pró.

—«Guido de Cavaillon, replicó el joven conde, me regocija el haberos oido hablar de esta suerte, y voy á daros breve respuesta. Si Jesucristo nos salva á mis compañeros y á mí, y me devuelve Tolosa, lo cual deseo con toda el alma, nobleza y cortesía no volverán jamás á verse humilladas en ella ni abatidas. Ningún hombre hubiera habido bastante poderoso en este mundo, á no ser la Iglesia, para derribarme; pero mi derecho es tan perfecto, tan buena mi causa, que puedo desafiar á los enemigos más crueles y endurecidos; de manera que si alguno se me atreve como leopardo, yo seré león.

«Pusiéronse en seguida á departir de armas, de amor y de preseas hasta que, declinando ya el día, entraron en

Aviñón, y cuando la noticia de su llegada se esparció por la ciudad, no hubo persona, joven ó viejo, que no corriera á su encuentro, teniéndose por afortunado el que llegó más pronto.

»Por todas las calles y de todas las casas se oye gritar: *¡Tolosa por el padre y por el hijo!* Otros gritan: *¡Alegría!* *¡Victoria!* *¡Dios está ya con nosotros!* Con los ojos llenos de lágrimas, pero henchidos los corazones de valor, todos acuden á arrodillarse ante el conde y exclaman todos á un tiempo: «¡Jesucristo, rey glorioso, dadnos fuerza para devolver á entrambos su herencia!»

En los sucesos que siguieron al regreso á Provenza de los dos condes, y que en otro lugar de esta obra se han referido, Guido de Cavaillon, como bueno y como noble, tomó una parte activa y principal con su palabra en el consejo, con su espada en el campo de batalla, con su ingenio y pluma también como trovador.

Era á la sazón su rival en armas, en opiniones y en poesía Guillermo de Baucio, príncipe de Orange, de quien no hemos de tardar en ocuparnos como poeta. Los cruzados tenían en el príncipe de Orange un campeón decidido, los condes de Tolosa un enemigo encarnizado. En 1214 el emperador Federico le había conferido el título de rey de Arlés y de Viena, y áun cuando este título no fuese más que honorífico, aumentó sin embargo la insolencia de Guillermo, desertor de la causa nacional, que desde entonces se calificó de príncipe *por la gracia de Dios* y pretendió el homenaje de los condes de Provenza. «Éstos, dice la crónica, se negaron á obedecerle y emprendieron contra él, como bravos caballeros que eran.»

Guillermo de Orange devastó los dominios de Robions, que pertenecían á Guido de Cavaillon, y hasta combatió personalmente y cuerpo á cuerpo con éste en la batalla de Ussón. Guillermo, por su traición á los provenzales y por haberse pasado á los franceses, era generalmente odiado en el país y lo era sobre todo por los habitantes de Aviñón, que á la postre hubieron de acabar con él, según veremos.

Durante esta época de combates y de luchas continuas fué cuando Guido de Cavaillon, á guisa de cartel de desafío, envió á Guillermo de Orange el siguiente *serventesio*:

• «Ha llegado ya el tiempo de ver flotar banderas, agruparse huestes y correr caballos armados, y este es el momento que elijo para decir al señor de Courtesón (villa del principado de Orange), áun cuando sea aliado de los franceses, que puede y debe considerar como enemigo al consulado de Aviñón.

»Yo no oculto mi alegría al ver los males que caen sobre el de Baucio, y tengo derecho á regocijarme, puesto que me arruinó Robions, de lo cual aún no me he vengado. Pero, mientras los dados estén en mi mano, yo se lo haré pagar caro.

»Conde de Tolosa, si ambicionáis la estimación pública, sed leal, generoso, espléndido. Es el medio de que os consideren como un gran señor. Sed pródigo con los extranjeros y con vuestros amigos, pues más vale ser dadivoso que avariento.

»Nuestro medio príncipe (Guillermo de Orange) ha sido proclamado rey de Viena y coronado de la manera que saben todos sus barones. Bernardón (juglar de Guido de Cavaillon), ve á decirle prontamente que no se aventure á salir de sus reinos sin buena escolta, pues que á menudo le sucede el caer preso.»

Nostre miestz princes se s' clamatz
reis de Viena coronatz:
so saben ben tuich sieis bárós.
Ar li vais dir tots, Bernardós,
que non giesca de sos regnatz
que trop sovens chai en prison.

La aventura á que se refiere esta última estrofa se explicará en el artículo correspondiente á Guillermo de Baucio.

Otra poesía existe de Guido de Cavaillon referente á sucesos de aquella guerra.

Sitiado hacía tres meses en Castelnou por los franceses, escribe unos versos á su hermano de armas Beltrán Julio de Aviñón, llamándole en su auxilio.

«Todo el día, le dice, lo pasamos armados y á caballo. La noche la ocupamos en guardar las murallas y vigilar los fosos. No hemos parlamentado todavía, pero hace tres meses que esto dura, y Beltrán Julio descansa perezosamente desde que nos dejó, sin licencia.»

Beltrán, por medio de una contestación, también en verso, parece reprochar á su vez á Guido el haberse dejado encerrar por un villano conde en Castelnou, donde ya otra vez le había socorrido, servicio del que salió mal recompensado.

Más interesante que éstas, es otra composición de Guido, dirigida al joven conde de Tolosa.

El poeta pregunta á Ramón VII qué prefiere entre devolverle el Papa sus dominios graciosamente, ó reconquistarlos con las armas en la mano.

Senher coms, saber volria
cal tenriatz per melhor,
si l' Apóstol vos rendia
vostra terra per amor,
ó si per cavalaria
la conquerez ad honor,
sufertan frei e calor,
qu' eu sai ben lu cal volria,
s' era homs de tan gran valor
que 'l maltraich torn en legor.

El conde, que era también poeta, contesta con noble arrogancia que á todo otro bien prefiere valor y honor, que no es por odio al clero por lo que combate; que no es tampoco por miedo por lo que deja de odiar al clero; finalmente, que no quiere castillos ni torres sino á título de conquista, con lo cual ganarán sus caballeros.

La respuesta dice así:

Per Deu, Gui, mais aimaria
conquerre pretz e valor,
que nulh outra manentia
que 'm tornés á desonor.
Non ho dic contra clergia,
ne men ho dich per paor,
qu' eu non vol catel ni tor
s' eu no me la conquerria:
et mei onrat valedor
saben qual yazanh es lor.

A pesar de estos levantados propósitos, la suerte no favoreció al conde de Tolosa. Ya sabemos cómo tuvo que ceder y pedir gracia, resultando de ello el tratado de Meaux en 1229. Para mejor terminación de este tratado, Guido de Cavaillon fué de embajador del conde á las cortes de Francia y de Roma, consiguiendo con sus trabajos diplomáticos que la suerte de Ramón de Tolosa fuese menos dura.

Probablemente después de estas misiones diplomáticas fué cuando Guido de Cavaillon entró en la orden de los Hospitalarios, si hay que dar crédito al manuscrito que tuve ocasión de examinar durante mi permanencia en Aix.

GUIDO DE VISEL.

El libro provenzal sobre las vidas de los trovadores dice que Guido era señor de Visel, en el Limosín, y que poseía este castillo, así como otros, en compañía de sus hermanos Ebles y Pedro.

Esta noticia no está, sin embargo, de acuerdo con lo que cuentan otros respecto á que estos tres hermanos eran pobres, y que no pudiendo vivir con lo poco que tenían, expuestos á perecer de hambre, se concertaron para irse á correr cortes haciendo de trovadores y juglares y buscando en esta profesión medio de ganarse la subsistencia. Comunicaron su proyecto á su primo Elías, caballero pobre, pero buen juglar, y le brindaron con unirse á ellos, á lo que Elías accedió.

Antes de emprender su viaje, los tres hermanos convinieron en que Pedro, que era un músico hábil, cantaríá las canciones de Guido y los serventesios de Ebles; que no se separarían jamás; que Elías sería el juglar; que Guido, por fin, sería el tesorero, recibiría el dinero y lo distribuiría con igualdad entre todos.

Hecha esta combinación, y de común acuerdo, los cuatro alegres camaradas se dieron á correr mundo.

Pero, según parece, Guido de Visel era canónigo de Brionde y Montferrand, y hubo sin duda de colgar sus hábitos, permitiéndole seguir libremente sus gustos el desarreglo de las costumbres eclesiásticas en aquel entonces.

Los asociados llegaron andando el tiempo á Montpeller, y se cuenta que Guido se enamoró allí de una dama llamada Nugidas de Mondús, de Aragón. El trovador le dedicó muchas y bellas canciones, que le dieron gran celebridad, y áun cuando desairado al principio, acabó por

recibir esperanzas. Un día que instaba vivamente á su dama para que aceptara sus homenajes, recibió esta respuesta de Nugidas de Mondús:

—«Sois un hombre notable, y áun cuando sois clérigo, merecéis ser querido y amado. Por mi parte, os estimo tanto, que no puedo menos de hacer todo cuanto os convenga. Así, pues, podéis tenerme por querida ó por mujer. Escoged.»

Según parece, la dama quería poner á prueba á su galán.

Transportado de alegría, Guido consultó á su primo Elías, y he aquí la singular *tensión* que con este motivo nos ha quedado:

»*Guido*.—Contestadme, si os place, Elías. Un amante sincero, que ama á su dama de buena fé y que es de ella amado, según leyes de amor, ¿qué debe preferir, entre ser su amante ó su marido, suponiendo que se le ha dado á escoger?

»*Elías*.—Voy á contestar con sinceridad y no con engaño. Más honor hay en poseer á una dama para siempre que en poseerla por un año, y juzgo mejor condición la del marido, que es dueño siempre de su dama, mientras que he visto muchas intrigas de amor cesar y romperse de improviso.

»*Guido*.—Yo prefiero, por encima de todo, aquello que le hace á uno mejorar, y nada desprecio tanto como lo que hace perder en crédito. Tratándose de una querida, de día en día se esfuerza uno en ser más merecedor, mientras que tratándose de la mujer propia, se descuida uno y pierde el mérito que tiene. El amor de amante es ensalzado, mientras que provoca á risa el de un marido hacia su mujer.

»*Elías*.—Por poco amor que tengáis, debéis conocer lo absurdo de lo que decís. Un falso amante sólo busca su goce, y no se cuida de aquella que sólo ama por capricho. Por lo que á mí toca, al preferir cadenas que me ligen eternamente á mi dama, pruebo que no existe otra capaz de agradarme. Si una dama me quiere, no quiero yo tener la libertad de faltarle.

»*Guido*.—No hago injuria alguna á mi dama deseándola para querida, antes que para mujer. Al contrario, así muestro el respeto y amor extremado que le tengo. La fidelidad de un amante es mucho más estimable. Cuando toma una querida, está preso por la deshonra que lleva consigo la inconstancia. ¿Tiene para con ella, procedimientos indignos é indecorosos? Pues peca contra el amor, y ofende, en desdoro suyo, todas las reglas de la caballería.

»*Elías*.—Me consideraría como un engañador, si, pudiendo poseer sin vigilancia, sin compañía y sin dueño, á aquella á quien amo, demandara otra cosa. El marido obtiene cómodamente todo cuanto desea; y el amante lo compra muy caro. Así, pues, dígame lo que se quiera, prefiero ser un marido alegre y tranquilo á ser un amante inquieto y atormentado.»

Las sanas ideas del juglar Elías no debieron llevar el convencimiento al ánimo del canónigo Guido, pues que persistió en su resolución. Entonces la dama de Mondús, que sin duda había intentado hacer sólo una prueba y que no debía ser aficionada á visiones romancescas, herida por el acuerdo del trovador, lo despidió y dió su mano á un caballero de Cataluña.

Quiso vengarse el amante desgraciado por medio de una canción, en la cual no se halla esa ardiente llama, tan pregonada antes. Después de haber dicho que su dama le abandona, pero que no por esto dejará de cantar, añade:

«Me arrepiento mucho del dolor que he sentido, y estoy muy satisfecho de su mudanza, pues que así ella me enseña á ser vario también. Sus caricias me hubieran colmado de placer, pero su inconstancia ha cambiado mis ideas, como el tiempo cambiará bien pronto sus atractivos. No debe culpárseme de haber mentido al elogiarla, pues que me apresuro á corregirme ahora que me da lugar á decir todo lo contrario.»

Esto no obstante, su amor volvió á encenderse de nuevo, pues que la siguiente canción expone los sentimientos de un corazón sensible y vivamente agitado, al propio tiempo que es de una verdadera originalidad.

«Nunca hubiese creído que el amor podía atormentarme tanto y hacerme insoportable á mí mismo. Es que no había aún sentido sus rigores. Era tan insensato que tenía á gloria amar sin falsedad y de todo corazón, pero ahora veo que en amor no hay nada peor que amar. Ceso, pues, de hacerlo.

»Amor es lo contrario de todos los demás oficios: cuanto más hábil se es en él, menos se gana. Los amantes débiles, satisfechos del favor más ligero, se consideran felices y se abandonan á la alegría, mientras que todos los frutos se quedan para los engañadores. ¡Cuán loco he sido yo que no he podido vivir un solo día sin amar, y que no he recibido del amor ningún bien, sólo grandes males!

»Amor ha degenerado de tal manera, que antes de saber si uno es bueno ó malo, las damas quieren amor á prueba: por esto cambian á menudo. Y aún hay una costumbre peor; se quiere tener queridas, sin amarlas. No digo más sobre este punto, pues quien reprende con dulzura corrige siempre mejor que quien lo hace con despecho.

»Si el amor fuese lo que ser debiera, ningún goce pudiera compararse á él. El verdadero amor aparta todos los cuidados, todas las agitaciones de que él no es causa, y adereza sus pesares con mil dulzuras. Amor es fuente de generosidad, de honor, de civilización, de cordura, de cortesía. Antes, todo lo que tendía á falsear la galantería, lo arrojaba lejos y con oprobio.

»Sin embargo, aunque amor me haya dado la muerte, no debo hablar mal de él, pues que aún debe haber por el mundo algún leal amante á quien mis invectivas causarían gran pena, y hay que compadecer al amante sincero mientras esté en buen camino.»

Cuéntase que una profunda tristeza, hija del amor desgraciado ó del humillado orgullo, se apoderó de Guido, que renunció para siempre á los versos y á las canciones. Como sus obras, sin embargo, habían adquirido gran celebridad, las damas y los caballeros deploraban semejante resolución y le instaban á abandonar su propósito. Era su amiga Ma-

ría de Ventadorn, aquella de quien se habla en varios pasajes de esta obra, y ella fué quien imaginó el medio de volverle al camino de las letras. Al efecto, propúsole una cuestión que dió lugar á la siguiente *tensión*:

»*María de Ventadorn*.—Guido de Visel, me aflige el veros apartado del canto, y quisiera volveros á la vida de los trovadores. He aquí una cuestión que es de vuestra competencia. ¿Debe una dama, siguiendo las rectas leyes de amor, hacer tanto por un leal amante, como el amante por ella?

»*Guido de Visel*.—María, yo creí haber abandonado para siempre las *tensiones* y toda clase de versos, pero no me atrevo á negarme á una invitación vuestra. Os contestaré, pues, que una dama no debe hacer por su amante menos de lo que el amante por ella. Todo debe ser igual entre amigos.

»*María de Ventadorn*.—Sin embargo, deber es del amante pedir con humildad lo que desea, mientras que la dama tiene derecho de mandar. El amante debe ejecutar las órdenes de su amiga como las de su soberana, mientras que la obligación de la dama es de tratar al amante con las consideraciones comunes, pero no con el respeto y sumisión debidos á su señor y dueño.

»*Guido*.—Nosotros pretendemos que la dama no debe tener por el amante menos respeto del que éste tenga por ella, suponiendo que sea igual entre ellos el amor.

»*María*.—No es así, sin embargo, como obran los amantes cuando comienzan sus relaciones con una dama, pues que la suplican de rodillas y cruzadas las manos para que acepte sus humildes servicios, comprometiéndose á ser eternamente sus esclavos. Según vuestra cuenta, se convertirían en verdaderos traidores si, después de haberse dado por esclavos, pretendían ser nuestros iguales.

»*Guido*.—Es vergonzoso que una dama se niegue á mirar como su igual, á su amante, á quien está de tal modo unida que sus corazones hacen uno solo. O debéis convenir, lo que sería poco cortés, en que el amante debe amar más lealmente que la dama, ó me concederéis que son iguales el uno al otro, y que si el amante cede, es por pura cortesía.»

La opinión del poeta no deja de ser nueva en aquellos tiempos.

Ya, después de esta tensión, Guido de Visiel volvió á sus antiguas costumbres, y con la vida de los versos renació para él la de los amores. Cicatrizóse la herida abierta en su corazón, y olvidado de su primera dama, nuevos amores vinieron á sonreírle, pues que le vemos suspirar primero á las plantas de la condesa Montferrand y después á las de la vizcondesa de Aubassón, con quienes no siguió ciertamente los preceptos que recomendaba á los amantes en su *tensión* con María de Ventadorn. En sus composiciones á entrambas damas se le ve con toda la humildad de la galantería propia de la época y con todos los sentimientos de un amante respetuoso.

Dice así, hablando de una de aquellas damas:

«El agrado con que me recibe, me hace conocer toda mi temeridad, y cuanto más amable está conmigo, más me arredro y más me turbo. Finjo pretextos para verla, como si otra cosa, y no ella, me impulsara. No temería tanto si amara menos.

»Siempre serán tímidos mis votos, porque demasiado atrevidas son ya las pretensiones de mi amor. Menos embarazo se siente al solicitar un pequeño don, que al pedir uno grande, que se sabe habría de envidiar todo el mundo. ¡Ah! ¡Qué feliz sería si ella quisiera concedérmelo!...

»De ella depende el que yo fuera el hombre más envidiado del mundo. Pero yo no he nacido para semejante dicha: por esto no la pido, por esto no le hablaré de ella jamás, pero como la deseo, me consuelo con hablar sólo conmigo. A falta de otra cosa, los amantes se consuelan hablando, y yo tengo á gloria hablar de mi pasión. Verdad es que es el miedo quien me hace hablar.

»Me contentaré con decir en mis canciones que no hay dama más gentil ni que mayores méritos reuna. ¡Ah! ¡Si Merced, fuente y raíz de todo bien, anidara en su corazón! Pero esto es lo que le falta y quisiera encontrar en ella. ¿Qué estoy diciendo? ¿Tendré la pena de encontrar algún

defecto en la que amo? No, nada tendría que reprobear en ella, si tuviera piedad de mis tormentos.

»Bella Adelaida, tanto os alaba todo el mundo, que es inútil que yo lo haga. Pero que Dios no me conceda ningún goce de amor, si no os amo yo más y mejor que nadie en el mundo.»

Los manuscritos provenzales refieren que la carrera de Guido de Visel vióse cortada de repente por un imprevisto incidente.

Un legado del Papa, llegado al país, llamó un día al trovador y le reprendió amargamente su conducta, amenazándole con las censuras de la Iglesia. Guido se humilló. Dejó de ser trovador aventurero para volver á ser canónigo, y se comprometió á renunciar para siempre á los versos.

Según Nostradamus, la cosa tenía más importancia. Este autor dice que Guido y sus compañeros, formando una verdadera sociedad en comandita, atacaban en sus composiciones la tiranía de los príncipes y los abusos de la autoridad pontificia. Fué, pues, una causa política lo que obligó al legado del Papa á hacer prometer, no sólo á Guido, si que también á sus compañeros, que no volverían á escribir contra el Papa ni contra ningún príncipe, abandonando la carrera poética y retirándose á sus hogares con los cuantiosos bienes que habían recogido discurriendo por las cortes.

Cuentan que Santiago Motta, que se dice ser un caballero de Arlés, trovador célebre, pero de quien no se halla noticia, en unos versos dirigidos á los malos príncipes, censura á los hermanos Visel por su facilidad en ceder á las órdenes del legado, y por otra parte, *el monje de las islas de oro* añade que aquellos trovadores, á pesar de su promesa, ni renunciaron á los versos, ni dejaron de clamar contra la tiranía.

Lo cierto es que en ninguna composición de este género de Guido de Visel ni de sus compañeros ha llegado hasta nosotros, cosa que no es de extrañar tampoco, si se atiende á que la Inquisición, causa de tantos horrores en el Me-

diodía de Francia, hizo desaparecer muchas obras políticas de los trovadores condenándolas á las llamas.

Si hay que creer á Nostradamus, Guido murió de dolor en 1230, pero sin que nos diga la causa de la pena que abrió para él las puertas del sepulcro.

Quedan de Guido quince ó veinte composiciones, casi todas amorosas, y algunas tensiones de Ebles. De Pedro no existe nada, y se supone que se limitaba á cantar y ser intérprete de los versos de sus hermanos y de su primo.

Por lo que toca á Elías, hay una versión que le da, no como mero juglar, sino como señor del castillo de Carlatz, al cual se retiró y donde tuvo corte, que celebra Deudes de Prades.

GUILLERMET.

De este trovador, completamente desconocido, sólo existe una poesía, por cierto muy original, en la cual se propone, por lo que parece, satirizar á los clérigos interesados en sacar partido de las imágenes. Una estatua de santo, desatendida por un prior, es el objeto de la *tensión* siguiente:

«*Guillemet*.—Señor Prior, el santo está muy incomodado con vos á consecuencia de que le tenéis hace tiempo en la miseria. Se me figura que no está ya inclinado á hacer milagros en vuestro favor, puesto que le desdeñáis hasta el punto de no cubrir su desnudez con un traje. Se le ven en el altar las piernas y el vientre al aire.

»*El Prior*.—Señor Guillemet, á vos y á otros se debe el que el santo no haya ganado lo suficiente para hacerle un traje. Las ofrendas de nuestros vecinos no han bastado para vestirle ni á él ni á nosotros, y los mercaderes no quieren dar paño si en el acto no se les da dinero. El santo ha ganado demasiado poco y es por esto que en el altar se le ven las carnes.

»*Guillemet*.—Hacéis mal, señor prior, en tenerle así, con gran escándalo del mundo. Prestadle hasta que haya ganado ó que Dios le favorezca con más suerte.

»*El Prior*.—¡Como si no pretendiérais nada! No, señor Guillemet, el santo se quedará sin traje mientras no procure con qué hacérselo. Hace ya dos años que predico sobre su miseria, y siempre en vano.»

GUILLERMO IX,

CONDE DE POITIERS, DUQUE DE AQUITANIA.

I.

Si en vez de seguir un orden alfabético, hubiese seguido el de antigüedad, el nombre del conde de Poitiers hubiera aparecido el primero de la lista, ya que es el trovador más antiguo de quien se tiene noticia. La historia de los trovadores empieza y termina con un príncipe.

Antes que las obras, voy á dar á conocer el autor. He aquí, pues, á grandes rasgos la vida de ese turbulento príncipe á quien Bessi, cronista de los condes de Poitiers, ha calificado de *caballero incomparable, maestro de todos los caballeros*; pero á quien otros autores censuran duramente, haciéndole severos y muchas veces merecidos cargos.

Según sea la manera de contar de los historiadores, así aparece Guillermo como el VII, el VIII ó el IX de su nombre. Fué en realidad el IX, pues hay que contar dos Guillemos que algunos dejan á un lado.

Nació el 22 de Octubre de 1071, y en 1087 sucedía ya á su padre Guillermo ó Guido Godofredo en los condados de Poitiers y en los ducados de Aquitania y Gascuña. Fué su juventud muy licenciosa, que era amigo del placer y de la disipación, y pasaba su vida haciendo el amor á las damas de sus súbditos y la guerra á sus vecinos. Gaufredo, el prior de Vigeois, no habla de él sino como de un hombre dado por completo á las aventuras galantes, y apasionado en extremo por las mujeres: Orderic Vital dice que era un hombre tan loco y tan alegre, que subrepujaba á los histriones y juglares por sus juegos y locuras: Guillermo

de Malmesbury escribe que tenía un singular talento para hacer desternillar de risa á todo el mundo por sus agudezas é ingeniosas frases, y que á esto unía el más cínico libertinaje: otro autor dice de él: «Fué buen trovador, buen caballero en armas, y corrió mucho tiempo el mundo seduciendo á las damas que hallaba á su paso:» por fin, en las *Vidas de los trovadores* se lee: «Fué el conde de Poitiers uno de los hombres más corteses del mundo y también de los más grandes libertinos que hayan existido, buen caballero y de una galantería infatigable (*larcs de dompneiar*).»

En 1098 se titulaba duque de Aquitania y conde de Tolosa, habiendo invadido este condado del que se apoderó, ínterin su señor Ramón IV estaba en la cruzada. Devastó también la Normandía, uniendo sus tropas á las de Guillermo de Inglaterra.

Cuando regresó á Poitiers, supo que los cruzados obtenían grandes triunfos. Los aquitanos contaban con orgullo las noticias de Tierra Santa, y el incentivo de aquellos hechos de armas decidió á Guillermo á tomar la cruz en Limoges, partiendo en 1201 para la Palestina, al frente de doscientos cincuenta mil guerreros ó trescientos mil, según Orderic Vital. Del número de jefes que conducían con él este prodigioso ejército ó, por mejor decir, esta confusa multitud de voluntarios sin orden ni disciplina, eran Hugo *el Grande*, hermano del rey Felipe I; Hugo de Lusignan; el conde de Blois; el de Borgoña y multitud de otros caballeros. Atravesaron la Alemania y la Hungría; en Bulgaria se indispusieron con el duque de este país y hubieron de hacer armas contra él, perdiendo mucha gente. Habiendo el conde de Poitiers pasado el Bósforo durante el tiempo de la cosecha, pronto sufrió una cruel carestía por la precaución que tuvieron los turcos de pegar fuego á las mieses y destruir los pozos y fuentes para dejarle sin subsistencias. Por fin, habiendo sido sorprendido su ejército, hubo de sufrir tan gran matanza, que quedó disperso y deshecho.

Entonces Guillermo de Poitiers se vió sin hueste, sin equipaje y despojado de todo, y continuó á pié su camino, mendigando el sustento hasta llegar á Antioquía, re-

ducida toda su poderosa hueste al número de seis hombres solamente. Allí fué recibido por el príncipe Tancredo, que le facilitó medios para embarcarse y volver á Europa; pero una furiosa tempestad le arrojó á las costas de Siria.

Parece que entonces fué á Jerusalén y estuvo en el sitio de Ascalón; pero no tardó en reembarcarse consiguiendo llegar á sus Estados en 1103, trayendo sólo vergüenza y miseria de su largo y costoso viaje.

Los desastres de esta expedición, cantados por él en un poema que se ha perdido, no contribuyeron á reformar sus costumbres; al contrario, fueron aún más disolutas que antes. Si ha de darse crédito al historiador inglés Malmesbury, á su regreso de Jerusalén se hundió por completo en el lodo de los vicios, y fué tal el exceso de su delirio, que mandó dividir en celdas el castillo de Niort, á manera de convento, poblándolo de mujeres de mala vida, á las cuales, según la celebridad que se habían adquirido en el vicio, llamaba la abadesa, la priora, las profesas, las novicias. Bien pronto, marchando desenfrenadamente por esta senda, arrojó de su palacio á la duquesa para poner en su lugar á Mauberga, esposa del vizconde de Chatellerrant, á quien robó de los brazos de su marido. Cuéntase que fueron tantas las locuras á que se entregó por su nueva querida, que no contento con tenerla en su palacio como mujer legítima, hizo grabar en su escudo el retrato de esta dama.

Al anuncio de tales desórdenes, el austero Gerardo, obispo de Angulema, se dirigió á Poitiers y amonestó al duque para que arrojara de su lado á Mauberga, pero Guillermo se limitó á contestar al obispo, que era calvo:

—Lo haré cuando te crezca el pelo.

Pedro II, obispo de Poitiers, le amonestó también inútilmente, y en 1114 se decidió á excomulgarle con toda solemnidad, convocando á los fieles y presentándose en la iglesia con este objeto. Cuando el prelado comenzaba á pronunciar el anatema ante el pueblo congregado, Guillermo apareció de repente en la iglesia y desenvainando su espada y asiéndole por los cabellos, le dijo:

—Absuélveme ó mueres.

El obispo, aparentando temor, pidió un momento para reflexionar y lo aprovechó para terminar la fórmula de excomuni6n, exclamando en seguida:

—He dicho. Hiere.

El conde, entonces, en vez de herir, envainó su espada y dijo:

—No te estimo bastante para enviarte al paraíso.

Y se sali6 de la iglesia, contentándose con mandarle desterrado á Chauvigny, donde muri6.

Aquel mismo a6o invadi6 por segunda vez el condado de Tolosa. Los reyes de Arag6n y Castilla imploraron su auxilio contra los sarracenos, y en 1119 Guillermo gui6 á Espa6a un ej6rcito que tuvo mucha parte en la victoria alcanzada cerca de C6rdoba contra los infieles en 1120.

Durante su ausencia, los tolosanos arrojaron á Godofredo de Montmaurel, á quien Guillermo haba dejado de gobernador, y volvieron á recobrar su independencia.

Todavía tom6 parte en nuevas luchas, y no dej6 de estar mezclado en guerras y contiendas hasta llegar el momento de su muerte, que fu6 el 10 de Febrero de 1127.

Guillermo tuvo tres mujeres, á las cuales repudi6 una tras otra. La primera fu6 Emengarda, hija de Fulco conde de Anjou, á quien repudi6 en 1094 para casarse con Matilde, hija 6nica del conde de Tolosa y viuda de Sancho de Arag6n, en nombre de cuya princesa pretendi6 el condado de Tolosa. Matilde se separ6 de Guillermo para entrar en la abadía de Fonterrauld. Su tercera mujer fu6 Hildegarda, á la cual acab6 tambi6n por arrojar de su tálamo, al objeto de vivir mäs libremente con Mauberga.

Sucedióle uno de los hijos que tuvo con Matilde de Tolosa, Guillermo X, que fu6 padre de aquella Leonor de Aquitania, reina de Francia primero y de Inglaterra despu6s, que tanto di6 que hablar y de la cual me ocup6 mäs extensamente en otro lugar de este libro.

Conocido el hombre, vamos al poeta.

II.

Si las costumbres de un autor se pintan en sus obras, la gran parte de las que nos quedan del conde de Poitiers justifican lo que de él se ha dicho. Es un verdadero poeta licencioso, y el autor del *Decamerón* tomó de sus poesías uno de sus cuentos más libres, el de *Mazzeto di Lamporecchio*.

La poesía del conde Poitiers, imitada por Bocacio, es aquella que comienza:

Trobey la moller d' En Guabi
e de 'N Bernart:
saluderonme francamen
per sant Launart.

Es la relación de una aventura imposible que supone le aconteció, y la decencia no permite sino hacer de ella un extracto.

Viajando de Limoges á Auvernia, Guillermo encuentra dos damas que seguían el mismo camino, Inés y Ermaleta, mujeres de Gavia y de Bernardo, las cuales le saludan en nombre de San Leonardo. Acércase á ellas fingiéndose mudo, y por medio de signos y sonidos mal articulados las hace creer que lo es efectivamente.

—He aquí un hombre de quien podríamos fiarnos, dice la una á la otra. La ocasión no se presenta todos los días. ¿Por qué no aprovecharla? Convendría llevarle á casa.

La otra aprueba y consiente. Guillermo acepta la proposición con signos, y las sigue á su casa donde encuentra buen hogar, buena cena y le hacen acostar en buena cama. Pero las dos mujeres tienen algún recelo.

—Si no fuera tan mudo como creemos, dicen, ¿qué sería de nosotras? ¿Cómo podemos asegurarnos de la verdad?

Imaginan entonces coger un gato y deslizarle en la cama del pobre galán. El gató cumple con su misión y desgarrá con sus uñas las carnes del mudo, que sostiene esta prueba como un héroe, y arroja sólo algunos gritos confu-

sos, propios para disipar toda sospecha. No contentas aún, reiteran la prueba, y el mudo fingido la sufre con la misma heroica constancia. Entonces las damas se fian de él, y lo demás que sigue no es publicable.

El poeta termina el cuento encargando á su juglar que presente la poesía á las dos damas, á quienes ruega que terminen su maldito gato.

Otras dos composiciones tiene Guillermo que son, poco más ó menos, de este mismo género. En una de ellas recuerda sus buenas fortunas, por las cuales da gracias á Dios y á *San Julián*; cuenta en particular de una manera, por demás libre, cómo triunfó de una mujer del pueblo y se proclama maestro en el arte de seducir, diciendo que se sabe ganar el pan en todos los mercados.

Dieu en laus e Sant Joliá..
 Qu' ieu soi be d' est mestier sobrá:
 tan ensenhatz
 que ben sai huazanhar mon pa
 en totz mercatz.

En otra poesía habla de sus aventuras galantes, proponiéndose ser discreto, y en efecto no llega á nombrar las heroínas, pero da señales para que puedan ser conocidas, y hace descripciones que podrán no haberse escrito con rubor, pero que deben leerse con él.

Dedica también una poesía á cierta dama desconocida, á la cual se compromete á amar siempre. Jura por San Julián, que era sin duda el santo patrón de los amantes, que morirá de pena si no obtiene un beso, ó que se encerrará en un convento, si continúa con sus rigores.

Otra composición suya demuestra precisamente todo lo contrario. Se describe como hombre que no se aflige tan fácilmente, que no se preocupa de los sucesos, que no se fija mucho tiempo seguido en un objeto, y cuyo carácter vario gusta sólo de relaciones y amores fáciles.

«Las hadas me hicieron así,» dice.

Millot, al hablar de esta composición de Guillermo, observa que no se conoce cita más antigua ni más antiguo

testimonio sobre las hadas; pero sin duda hacían entonces las hadas poca sensación, puesto que no se ve á los trovadores aprovecharse de los recursos que podían ofrecer á la poesía.

Hay que confesar, con Federico Díez, que las poesías del conde de Poitiers no tienen en efecto gran profundidad, pero en cambio hay en ellas una facilidad, una elegancia y una armonía que sorprenden extraordinariamente si han de considerarse como los primeros ensayos del arte. Guillermo, no hay duda alguna, tenía conciencia de poeta y aspiraba á la nombradía de tal. En una composición se vanagloria de su habilidad, y nos elogia el taller en que se fabrican sus versos «buenos en color y flor del trabajo.»

Ben vuelh que sapchon li plusor
d'est vers si 's de bona color,
qu' ieu ai trag de mon obrador,
qu' ieu port d' ayselh mestier la flor.

Guillermo era compositor al par que poeta, y ponía sus canciones en música. «Mis versos, dice, están todos medidos por igual y me envanezco del aire que he adoptado, pues es bueno y excelente.»

Qu' els motz son faitz tug per egau
cominalmens,
e 'l sonet qu' ieu mesteis m' en lau,
bos e valens.

La poesía más célebre del conde de Poitiers es la que escribió, según parece, al partir para la cruzada.

Héla aquí, traducida lo más fielmente que me ha sido posible:

«Puesto que me entran deseos de cantar, voy á hacer un verso, no sin dolor, ya que dejo de ser habitante del Poitou y del Limosín.

»Voy á partir para el destierro y dejaré á mi hijo en guerra, en gran conflicto y en peligro por el mal que pueden hacerle sus vecinos.

»Ya que me es preciso abandonar el señorío de Poitiers,

dejo mi tierra bajo la custodia de mi primo Fulco de Angers.

»Si Fulco de Angers y el rey de quien tengo los honores no le amparan, gran daño le han de hacer los demás, pues le verán niño y débil.

»Si no es valiente, leal y de pró, resuelto, osado y cortés, le humillarán los falsos gascones y los angevinos.

»Yo tengo por él valor y resolución, pero me es forzoso abandonarle para arrojarle á los piés de aquél que perdona á todos los pecadores.

»Hasta hoy fuí aturdido y galante, pero Nuestro Señor no lo permite más, y ya ahora no puedo soportar el peso de mis culpas; tan cerca estoy del fin.

»Dejo aquí lo que tanto amé, la caballería y su esplendor, y me dirijo sin pesar á los sitios donde dan fin los pecados.

»Pido perdón á aquellos á quienes haya podido dañar y elevo mi oración á Jesús en latín y en lengua romana. Hoy abandono por completo la pompa, los bellos trages y las pieles.»

Pus de chantar m' es pres talens,
farai un vers don sui dolens:
non serai mais obedlens
de Peytau ni de Lemozi.

Ser m' en anarai en essayi,
laissarai en guerra mon filh,
en gran poor et en perilh,
e farauli mal siey vezi...

Todos los críticos desde Alteserra á Raynouard, hacen coincidir esta poesía con la partida del conde de Poitiers para Tierra Santa; pero no es así como piensa Federico Díez. Sus razones no son, sin embargo, bastante sólidas para que se pueda adquirir la convicción que él tiene.

Ya sabemos cuán desgraciada fué su expedición. De regreso en sus Estados, cantó los peligros, las fatigas y las desdichas de aquella empresa en un poema, que se ha perdido, pero que, si ha de darse crédito á Orderic Vital, pertenecía á lo que hoy llamaríamos género humorístico. El conde de Poitiers, según parece, hizo un poema bur-

lesco sobre aquella expedición que costó más de un millón de hombres á la Europa.

Existe otra poesía, que se atribuye á Guillermo, áun cuando se hayan originado dudas de si puede pertenecer á otro autor. Es notable de todas maneras, y vale la pena de insertarse íntegra.

Es una canción de amor, que dice así:

En aisi cum son plus car,
que no solón, mey cossir,
e plus honrat mey desir,
dey plus placens chansós far.
E s' ieu fau placen chansó
fas, que 'n ay plazen razó
ben er ma chansós plascens
e guaya et avinens,
qu' el dig, e 'l fag, e 'l ris, e 'l bel semblan
son avinens de vos per cuy ieu chan.

Perque 'm dey ben esforzar,
ab lauzar et ab servir,
de vostre ric pretz grazir;
e 'n dey Amors merceiar,
car de mi vos á fag do,
que be 'm ren ric guizardó
dels greus, durs malstraytz cozens,
e del plazens pessamens
qu' ieu ay de vos, cuy am e vuell e blan
e fug e sicc e dezir e soan.

Sens mi fai vos soanar,
que no 'm en mostra jauzir;
azaut vos mi fai abelhir,
dompna, e 'm fai vos dezirar
e sicc vos, car m' es tan bo,
quan remir vostra faissó,
e ni fag pel brug de las gens
e us blan, quar etz tan volens,
e us vuell, e us col per sofrir derenán,
e us am, quar rey qu' a mon cor plazetz tan.

S' ieu volia ben lauzar
vostra lauzor, ses mentir,
e l' honrar e l' aculhir,
e 'l vostre avinen parlar,
e las beutatz qu' en vos so,
e 'l vel sen e 'l placen no,
e 'l rics guays captencemens,
ben sabria 'l menys sabens
quals etz, perqu' ieu no as vuell ges lauzar tan
cum mostra vers, ni cum ai en talañ.
Neys no m' auzi cossirar

que ja us prec, ni vos aus dir
 si cum faitz jauzen morir,
 ni no 'm vuell dezesperar;
 qu' en la vostra entenció
 suy rics, pueys ai sospeyssó
 qu' Amors, qu' els rics autz cors vens,
 mi puesca, aytan leumens,
 de vos donar so qu' ieu li deman,
 fin gaug entier, qu' als no 'lh vau demandan.

Belha dompna, yes no 'm par
 qu' om deya may obezir
 outra del mon ni servir,
 en dreg d' amor, ni honrar;
 et a ben placent razó
 selh qu' es en vostra preizó,
 qu' el vostr' humils, franca parvens
 fai dels cors mortz vius jaucens;
 e 'l mal que 'm datz son ben e pro li dan,
 e l' ira jois, e repaus li afan.

No Salvatja, mont m' es gens
 vostre rics captinemens,
 qu' el dig e 'l fag son gay e benestan,
 e 'l vostre cors d' aquelh mezeys semblan.

Hallo demasiado arte y demasiado sentimiento en esta poesía para que pueda ser del conde de Poitiers, y es fácil sospechar que se le atribuye sin razón, aún cuando dicho queda más arriba que en este trovador se nota verdaderamente un arte, una facilidad y una armonía verdaderamente extraordinarias, si han de suponerse sus poesías como las que primero se compusieron.

El conde de Poitiers es efectivamente el más antiguo de los trovadores conocidos, y si en realidad fué el primero, confesarse debe que el arte nació con él perfeccionado.

No es de creer. Las poesías del conde de Poitiers no presentan ninguno de los caracteres de invención, y no hay que pensar en que su país fuera la cuna de la nueva poesía. Puede, pues, suponerse racionalmente, y todos los críticos están contextes en este punto, que Guillermo hubo de ser precedido por un gran número de poetas líricos en lengua meridional, cuyas obras desgraciadamente no han llegado hasta nosotros.

GUILLERMO ADHEMAR.

Es el mismo que otros llaman Guillermo Azemar y Guillermo Gazmar.

Vivió á mediados del siglo XIII, siendo contemporáneo del monje de Montaudón, que habla de él en su sátira, como de hombre que conoció y con quien tuvo relaciones.

De los pocos datos que dan las *Vidas de los trovadores* y de los que he podido recoger aquí y allí, resulta que Guillermo Adhemar era un caballero de Marjevols en el Gavaudán; pero, demasiado pobre para sostenerse conforme á su clase, se hizo juglar y visitó varias cortes, siendo muy considerado de las damas y de los grandes señores.

Sus composiciones obtuvieron cierta celebridad, sin embargo de que distan algo de poder figurar entre las notables.

Todo induce á creer que residió algún tiempo en Castilla y en la corte de D. Alfonso IX de León, á quien se dirige en una poesía pidiéndole que levante una hueste contra los sarracenos; pero no, como se puede creer, con el propósito de levantar el espíritu de los cristianos y servir á la causa nacional, sino para llevarse á un marido celoso que tenía encerrada á la dama del poeta, turbando así los amores de éste.

Véase esta poesía, que es por lo demás una de las mejores de Adhemar y que debió ser escrita en España, residencia de la dama á la que el trovador dirigía sus homenajes:

«No puedo resistir al deseo de cantar. Vuelve el verano, los vergeles están cubiertos de flores, los prados de verdura. La beldad á quien adoro me ha cautivado con el solo aliciente de una promesa. ¿Qué es lo que yo no haría si me hubiese otorgado el más pequeño favor?

»Me ha retenido de buen grado á su servicio, y en poco tiempo me ha conocido mejor que alguna en muchos años. ¡Cuánta verdad hay en aquel proverbio que dice: *Quien espera á que el tiempo llegue y nada hace cuando ha llegado, merece que le falte el tiempo!* Larga espera ha hecho fallar muchas cosas.

»Aquella á quien adoro me ha devuelto la dicha y la alegría, y confío que bien pronto me hará rico con su amor. Los maldicientes me hicieron un bien creyendo hacerme un mal, y les debo gracias por haberme hecho abandonar á una mujer sin mérito. Por fortuna escapé de sus hierros.

»No hay hombre en el mundo á quien haya pasado cosa igual. Por dos veces mis enemigos me hicieron más bien que el que hubieran podido hacerme siendo calurosos partidarios míos. ¿Obtuvo nadie nunca su felicidad, como á mí me ha sucedido, de unas gentes que me odian de muerte, y á quienes odio yo lo mismo, aún cuando me hayan sacado de un sitio donde hubiera perecido entre perpetuos tormentos?

»Por fortuna ya llegué ahora al puerto. He cambiado mi plomo en metal y mi plata en oro. Una de las más bellas damas del mundo ha tenido á bien concederme su amor dándome un beso en arras, y es dama tan superior que honraría á un rey...

»Si el rey Alfonso, terror de los mamelucos y el mejor conde de la cristiandad, quisiera levantar un ejército contra los sarracenos y llevarse con él al celoso marido que tiene en clausura á mi bella, no hay pecado en el mundo de que no fuera perdonado. Yo me quedaría aquí entonces y no me iría con ellos. Si me preguntáis el por qué, me guardaré bien de revelaros mi secreto.»

Tiene también otra poesía dirigida á D. Fernando III de Castilla y de León, *el Santo*, despidiéndose de su corte, de sus dones y señores, lo cual no dejaría ni por hacienda, ni por mancosos, ni por caballo, ni por bezantes...

non per aver ni per mancós
ni per cavall ni per bezans...

Alejóse, pues, de la corte de Castilla por causas que se ignoran, á las cuales acaso no sería extraña su dama española la del celoso marido, y de regreso en Provenza escribió algunas poesías, cuyo fondo de sarcasmo y amargura revela ya el estado de su alma y explica, ó parece explicar al menos, la resolución que no tardó en ejecutar de retirarse del mundo para entrar en un claustro.

He aquí una de estas poesías que merece ser citada con elogio:

«Muchas cosas ví en el mundo que aparenté no ver. He reído y jugado con personas cuya sociedad no era de mi gusto. He servido á muchos nobles señores de quienes jamás recibí recompensa; y he visto gran número de necios que, no por serlo, dejaron de hacer carrera.

»He visto á muchas damas dejar de amar á sus maridos por amantes ridículos, y á muchos estúpidos obtener de ellas lo que rehusaron á galanes llenos de ingenio y de buena fé. He visto á muchas damas arruinar á muchos hombres y odiarles á pesar de esto, mientras que otras amaban sin admitir regalos.

»He visto á no pocas mujeres, á quienes se trataba en vano de complacer á fuerza de sumisión y humildad, entregarse al primero que llegaba á decirles cualquier necesidad indigna de un hombre de mérito. He visto triunfar la osadía y sucumbir la buena fé, y me he convencido de que la locura en amor vale á veces más que la razón.

»He visto á muchas damas despedir á los hombres que no lo merecían, y atraer y colmar de favores á otros de quienes debían huir. Ví, por fin, muchas cosas que llenaron de amargura mi corazón, haciéndome conocer que de nada sirven los nobles deseos y que los más honrados sentimientos sólo ocasionan amarguras.»

Con esta poesía se despidió Guillermo Adhemar del mundo. Poco después de haberla escrito, se dirigía á llamar á las puertas de la abadía de Grammont que le abrían paso para cerrarse tras de él como la losa de una tumba.

GUILLERMO ANELIER, DE TOLOSA.

Este trovador, que otros llaman Anheler, floreció á mediados del siglo XIII. En su juventud tomó parte activa en la guerra de los albigenses. La causa nacional tuvo en él un cantor entusiasta y un guerrero decidido, y siguió la suerte de la casa de Tolosa hasta que los franceses y la Inquisición triunfantes le arrojaron de su patria, obligándole á venir en busca de hospitalidad á España.

Después de haber permanecido algún tiempo en los Pirineos, según parece, con los últimos defensores de la causa nacional, pasó á fijarse en Navarra, en cuyas guerras tomó parte activa, arrastrado por su carácter batallador y turbulento, siendo partidario del bando de Eustaquio de Bellamarca, como luego veremos por su obra más importante.

En una de sus poesías, correspondiente á su primera época, pide el auxilio del cielo en favor del joven conde Ramón VII de Tolosa y se lamenta del apoyo dado por la Iglesia á los franceses.

«Ruego á Jesucristo, dice, que le ampare (al conde de Tolosa) y le guarde, si así le place, de las falsas predicaciones llenas de espanto con que el clero pretende dañarle. La Iglesia se pierde por el empeño que tiene en querer colocar á los franceses donde no tienen derecho ni razón de estar, mientras pasa á cuchillo á los cristianos...»

Donc preg Jeshu-Crist que poder
l' y dona, e que 'l garda, s' il play,
que 'ls clergs no 'l poscon dan tener
ab fals presics tots ples d' esglay.
A la Glesia falh son saber
car vol los frances metre lay
on non an dreg per nulh deber,
et gita cristiás á glay.

Existe de este autor una poesía que dirige á D. Jaime de Aragón, siendo éste todavía joven, y al cual alaba por confirmador de la merced y el derecho y destructor de la maldad:

Al jove rey d' Aragó que conferma
mercé e dreg e malvestat desferma,

y también una poesía religiosa, muy notable, dedicada al conde de Astarac.

A este señor y á su esposa, á quienes elogia por su protección á los trovadores, su largueza y su cortesía, tiene dedicados varios sirventesios en que se lamenta de la perversidad del siglo, de la decadencia en que se han hundido la nobleza y la juglaría, de las maldades que cometen los franceses y el clero (la Inquisición), de la falta de recititud y de la ausencia de las principales virtudes.

Dará una idea de sus composiciones la siguiente:

Ara farai, sitot no 'm platz
chantar versos ni chansós,
sirventés en est son joyos,
e sai que 'n seray blasmatz;
mas del Senhor suy servire
que per nos suferc martir
et en crotz denhet morir,
per qu' ieu no 'm tensa de ver dire.
Quar vey que 'l temps s' es camjatz
e 'ls auzelets de lur sos,
e paratges que chai jos,
e vilas coutz son prezatz
clercx e Francés cuy azire;
qu' ieu per ver lur vey dregz delir,
e mercés e pretz veuzir;
Dieus me 'n do so qu' ieu 'n dezire.

Tant es gran lur cobeytatz
que dreitura n' es al jos,
et engans e traciós
es dreitz per elhs apellatz:
don pretz, dos, solatz e rire
franh, e vezem car tenir
los malvatz, que ges servir
non podon Dieu, ni ver dire.

Per qu' ieu suy al cor iratz,
quan aissi 's pert ad estrós,
per sofracha d' homes bos
aquest segles ves totz látz;

qu' ieu vey qu' hom met en azire
 drechura per fals mentir,
 e 'l tort ans qu' el drech escriu
 e 'ls mals enans qu' el bes dire.

Joglars ben 'son dezamatz,
 lus flors dels valens barós,
 cuy cortz, domneyars e dos
 plazion, joís e solatz;
 qu' er si re als voletz dire
 vos pessaran d' escarnir
 quar ja no 'ls pot abellir
 qu' aver; aver lur tolh ríre.

Lo valen coms, sens fench dire,
 mante pretz e 's fa grazir
 d' Astarac, e 'l platz servir
 e donar e joi e ríre.

Pero la obra más importante de Guillermo Anelier es un poema histórico que con el título de *La guerra civil de Pamplona* dió á conocer en 1847 un individuo de la Comisión de monumentos de Navarra, el Sr. Ilarregui, y que luego reimprimió y tradujo al francés F. Michel.

Según se lee en el prólogo de esta interesante publicación, en 1129 D. Alfonsó el Batallador concedió á los francos que fueron á habitar en el Burgo de San Saturnino de Iruña, el fuero de Jaca y otros privilegios, entre ellos el de que no poblasen el Burgo ningún navarro, clérigo, soldado ni infanzón, y que los vecinos de la otra población (la Navarrería, San Nicolás y San Miguel, que tenían sus concejos saporados) no pudiesen levantar fortaleza alguna contra el Burgo. Nótase desde el principio, así como en otros hechos posteriores, la aversión y áun el desprecio de los francos, pobladores de San Saturnino, con respecto á los pamploneses de origen navarro, lo cual fué origen de continuados disturbios. Esforzóse en apaciguarlos D. Sancho *el Fuerte*, de acuerdo con el obispo D. Asparago, consiguiendo que en 1222 las cuatro poblaciones pusiesen en sus manos las diferencias, que olvidasen sus anteriores agravios y se comprometiesen á guardar paz y concordia, y que especialmente los de San Nicolás se comprometiesen á no levantar sus casas hacia el Burgo de San Cernín más que hasta determinada altura y con ciertas condicio-

nes. Parece que se conservó la tregua durante el reinado de los duos Teobaldos, pero su sucesor D. Enrique tuvo el mal acuerdo de derogar el convenio celebrado por D. Sancho, y á su muerte en 1274 dejó este fatal legado á su hija y heredera Doña Juana, niña de dos años. A las causas intestinas de discordia se agregó luego, según observa Lista, el maquiavelismo de las cortes extranjeras. Francia, Castilla y Aragón deseaban cada una dar un esposo á la niña reina. D. Pedro Sánchez de Monteagudo, gobernador del reino, se inclinaba al casamiento en Aragón, su émulo, D. García Almoravid, al de Castilla, y la reina viuda Doña Blanca al de Francia, á cuya casa real pertenecía. Salió la reina viuda de Navarra y se refugió en la corte de Felipe *el Atrevido*, y desde entonces estalló la discordia en los campos y en la capital, donde los de la Navarrería se unieron con Almoravid. La reina y D. Felipe nombraron gobernador al famoso caballero D. Eustaquio de Bellamarca, que consiguió apaciguar el reino por algún tiempo. Mas animado después D. García por la proximidad de las tropas castellananas, se hizo fuerte en la Navarrería, asesinó á Monteagudo y puso en aprieto á D. Eustaquio. El rey de Francia envió entonces un ejército al mando del conde de Artois, padre de Doña Blanca, de lo cual resultó la fuga de los caudillos afectos á Castilla y la horrible y sangrienta destrucción de la Navarrería, que, á pesar de los deseos del conde, llevaron á cabo las tropas francesas (1276).

Tal es el asunto del poema de Guillermo Anelier. Es una crónica rimada siguiendo la forma métrica de la *Cruzada contra los albigenses*, que es la de series de número indeterminado de versos monorrimos, concluyendo con un hemistiquio que, ó bien se repite en la primera parte del verso de la serie siguiente, ó bien guarda el consonante de ésta.

Lo propio que Guillermo de Tudela, Guillermo Anelier sigue las maneras de la poesía épica, aprovechando cuantas ocasiones se le ofrecen para extenderse en la descripción de batallas y razonamientos de caudillos.

Así comienza el poema:

Jesucríit qu' es mon paire et vera Trinitatz,
 e ver Dieus e ver oms e vera unitatz
 m' a dat sen e saber qu' eu sia aprimatz
 en entendre razós e en far motz doblatz...

Habla luego de Sancho *el Fuerte* y describe la batalla de las Navas, complaciéndose muy especialmente en referir los hechos del rey de Navarra.

Habla también de la mútua adopción del rey D. Jaime de Aragón y de D. Sancho, y por un accidente de las luchas que describe, se ve que el autor tomó parte activa en aquéllas, pues así dice, colocándose sin preparación alguna en escena:

Ed adonc anecs' en la en Guillem Aneliers
 ben armat car el era de lanza esquerreis (zurdo),
 e fig aportar peyras en lo quec iij fayners.
 E pres lo escut el col e me se lot primers,
 e recordec las peyras contra 'ls trachors guerrers
 e feric l escut si que 'l fey meytaders...

GUILLERMO DE BALAUN.

Era este trovador de la comarca de Montpellier, y según algunos, se llamaba de Balazán. Su biógrafo dice: *Guillems de Balaun fo un gentils castellas de la encontrada de Monpeslier Mout adretz cavayers fon é bon trobaires*. Pero este biógrafo ni nos hace conocer el nombre de su castillo ni el lugar de su nacimiento, limitándose á contar, como única noticia sobre este trovador, los pormenores de una singular aventura.

Efectivamente, al nombre de Guillermo de Balaun va unida una de esas extrañas aventuras, como no se encuentran más que en la historia de los trovadores.

Era Guillermo compañero inseparable y hermano de armas y letras de Pedro de Barjac, noble como él y como él poeta, al cual hizo confidente de sus amores con una dama del Gevaudán, llamada Guillermita de Javiac y esposa de Pedro, señor del castillo de Javiac. «Guillermo, dice la biografía provenzal, la amaba y ensalzaba mucho en sus canciones, y la dama le quería tanto que le concedía cuanto podía desear en amor.»

Un día que Pedro de Barjac acompañaba á su amigo al castillo de Javiac, encontró con Guillermita á una dama, amiga suya, muy gentil y hermosa, llamada Vierneta. Enamoróse de ella, la requirió de amores, y no tardó en ser dueño de su corazón y de su virtud.

Desde entonces ambos caballeros, satisfechos con sus respectivos amores, iban juntos á sus excursiones galantes.

Un día, al regresar de una de estas visitas, Guillermo viendo la tristeza pintada en el rostro de su amigo le preguntó la causa. El de Barjac le contestó que á consecuen-

cia de una disputa muy viva con Vierneta, ésta le había prohibido que volviera á presentarse ante ella.

—Esto no es nada, le dijo Guillermo; cuando volvamos al castillo, yo haré las paces.

Aquella vez hubieron de tardar en volver al castillo, y Barjac, haciéndosele largo el tiempo, torturado por el despecho y también por los celos, compuso en el intervalo una poesía llena de amargura dando á su amada un eterno adios.

Le da gracias en esta composición por haberle favorecido con su amor, pero ya que quiere cambiar de amante, la deja en libertad y no le desea ningún mal. «Creeréis sin duda, continúa, que obro por despecho; no, hablo con toda lealtad, y os lo declaro, he elegido á una dama que va ganando en belleza cada día lo que cada día váis vos perdiendo. Verdad es que no os iguala en nobleza, pero os supera en hermosura. Ahora si nuestros mútuos juramentos se han de oponer á este divorcio que os propongo, entonces dirijámonos á un sacerdote, y ante él daréis vuestra absolución, recibiréis la mía, y así quedaremos libres para nuevos amores. Si alguna pena os he causado, perdonadme como yo os perdono.»

Ya en otro lugar de este libro me he hecho cargo de esta singular costumbre de recurrir á un sacerdote para desatar lazos galantes y adúlteros.

«Ingrata mujer, continúa diciendo el trovador, habéis introducido en mi pecho la serpiente de los celos. Todos mis deseos se cifraban en complaceros. Ya me figuro que habéis de decir que ni tengo derecho ni razón. ¡Ah, si conociérais todo el dolor que sufre un celoso! No sabe lo que hace ni lo que dice, no sosiega un solo instante, no duerme ni de día ni de noche. Esto es hecho, permitidme que os deje. Un leproso debe apartarse para no contagiar á los demás.»

Esta poesía fué enviada á Vierneta, á quien Barjac amaba más que merecía, protestando de no tenerla amor. Ella por su parte, sentía lo propio, y estaba arrepentida de haber dado motivo al rompimiento. La reconciliación fué

fácil, por lo mismo, para Guillermo, que pudo volver á unir á los amantes un día que llevó á su amigo á Javiac.

Hubo de decir el de Barjac á Guillermo que era tan dulce cosa la reconciliación de dos amantes, después de una riña, que no podía existir placer igual en el mundo, y esto hizo tan honda impresión en Guillermo, hombre sin duda de ideas romancescas, que decidió probarlo por medio de un ensayo peligroso. Quiso experimentar si la alegría de recobrar el amor de una dama era tan dulce como la de la primera victoria, y fingiéndose irritado con Guillermita, dejó de visitarla no enviándole cartas ni saludos ¹, negándose á recibir sus mensajes y despidiendo sin respuesta á los mensajeros.

La cosa hubo de llegar á tal extremo, que la dama de Javiac, perdiendo toda esperanza, se entregó á la desesperación y tomó el partido de olvidar al infiel.

Guillermo tembló entonces, y en su inquietud, pretextando una peregrinación, fuese secretamente á casa de unos habitantes de Javiac, que estaban en el secreto de sus amores, proponiéndose descubrir cuál era realmente la intención de su dama. Instruida esta de su llegada al pueblo, impaciente y más amante que nunca, espero á que fuera de noche, y al llegar ésta, salióse del castillo acompañada de una doncella, arrostrando por todo, y entrando en la casa donde estaba su amante, fuese á su cuarto, arrodillándose junto á su cama, y pidiéndole perdón de culpas que no había cometido.

Pero Guillermo, en lugar de entregarse á trasportes de júbilo, queriendo todavía apurar más la prueba, anonadó á su dama con severos cargos y la arrojó violentamente de su presencia.

A los pocos días el insensato estaba desesperado y voló al castillo para pedir perdón, pero entonces la dama de Javiac, lejos de recibirle, le hizo arrojar por sus criados. Un

¹ El saludo ó la salutación de amor, *salut ó salut d' amors* era una poesía que comenzaba por un saludo á la dama de la cual hacía elogios el poeta. M. Pablo Meyer ha publicado sobre este género de poesía un trabajo muy erudito y completo, que tiene por título *El saludo de amor en las literaturas provincial y francesa*.

año entero persistió Guillermita en su rigor. En vano el arrepentido amante lo intentó y probó todo. No pudo verla ni obtener de ella el menor signo de esperanza. Quiso componer unas canciones inspiradas por el amor y el arrepentimiento, pero ni siquiera pudo lograr que los versos llegaran á su dama.

Por fin, Bernardo de Anduze, que era un caballero galante y leal, supo lo que pasaba entre Guillermo y su dama, y trató de poner remedio. Al efecto, fuese á Javiac con los versos de Guillermo, se los leyó á Guillermita y le pidió que perdonara á un amante que estaba desesperado y arrepentido de su conducta, asegurándole que se sometería á cualquier castigo que ella le impusiera.

—Le perdono, pues que tanto lo deseáis, dijo la dama, pero con una condición, y es que ha de arrancarse la uña del dedo meñique, y me la ha de traer con una canción en que exprese su arrepentimiento.

Guillermo se consideró feliz de salir tan bien librado, soportó la dolorosa operación, compuso los versos que se le pedían, y obtuvo su perdón al arrojarle á los piés de su dama presentándole la canción y la uña.

Vivia Guillermo de Balaun á mediados del siglo XII. No queda de él más que una poesía, que se supone ser la que escribió á su dama para justificarse. Empieza con este verso:

Mon vers mou mercejan ves vos...

Es un *escondig*, ó sea una justificación.

A esto se reduce cuanto se sabe y cuanto existe de este poeta.

GUILLERMO DE BAUCIO,

PRÍNCIPE DE ORANGE.

Era hijo del Beltrán de Baucio que casó con Tiburga, condesa de Orange, á la cual el emperador Federico dió título de princesa con la corona real. Por herencia de su madre, á quien heredó en 1182, fué Guillermo príncipe y poseedor de la mitad del condado de Orange, sucediendo también en la baronía de Baucio á su padre Beltrán.

Si hay que creer á los trovadores sus contemporáneos, Guillermo era avaro, descortés y taimado, siendo por esta causa objeto de las más violentas sátiras. Las *Vidas de los trovadores* le tratan sin piedad, como hombre y como poeta, arrojando sobre él el ridículo; pero acaso pudo haber en estas censuras algo de saña personal y de pasión política, ya que, en efecto, Guillermo abandonó la causa de la independencia nacional, que sostenían los trovadores, para ponerse del lado de los invasores de la patria.

Fué esto cuando la corte de Roma despojó de sus títulos y honores al conde Ramón de Tolosa para dárselos á Simón de Montfort. Guillermo de Baucio aprovechó esta circunstancia para declararse conde independiente y librarse de su sujeción al conde de Tolosa, y en seguida, para conservar los derechos que se arrogara, ofreció sus servicios al Papa y desenvainó su espada contra su antiguo y legítimo soberano el conde. Desde aquel momento no tuvo la iglesia campeón más decidido, ni los albigenses enemigo más encarnizado. Valióle esta conducta el odio de todos los provenzales que defendían contra la Iglesia y los soldados del Norte, no solamente á su señor injustamente

perseguido, sino su propia nacionalidad. Tuvo por enemigos desde aquel momento á todos los partidarios de la casa de Tolosa, y principalmente á los trovadores Guido de Cavaillon y Rimbald de Vacqueiras, que escribieron contra él terribles diatribas.

Otra causa contribuyó á aumentar el orgullo y las pretensiones del príncipe de Orange, acabando por hacerle insoportable á sus compatriotas. Por cartas patentes fechadas en Metz el 13 de Enero de 1214, el emperador Federico II le concedió el título de rey de Arlés y de Viena. El reino de Arlés en Provenza estaba ya perdido para el emperador de Alemania. Un emperador que lo hubiese disfrutado, no lo hubiera dado de seguro, pero era uso común para la corte imperial, lo propio que para la pontificia, conferir títulos y derechos sin poseerlos ni tenerlos, quizá por esto mismo. Aun cuando este título era, pues, honorífico tan solo, acrecentó, sin embargo, la insolencia de Guillermo, que desde entonces, apoderándose de todos los privilegios de la soberanía, se llamó rey *por la gracia de Dios* y exigió el homenaje de los condes de Provenza.

Negáronse éstos á obedecerle, y combatieron contra él, como buenos. Guillermo peleó denodadamente en la batalla de Ussón contra Guido de Cavaillon, cuyos dominios de Robions y otros había devastado. Cuéntase que entonces, siguiendo el ejemplo de otros muchos señores, *iba á la presa*, que era la expresión consagrada para designar la acción de un noble que se emboscaba en los caminos para caer sobre los viajeros y despojar á los mercaderes que atravesaban sus tierras. Era cosa común en aquellos tiempos ver á un barón armarse á la ligera con sus servidores *é ir á la presa*.

No siempre, sin embargo, fué feliz el príncipe de Orange en estas expediciones, si ha de darse crédito á Guido de Cavaillon y á otros de sus rivales. (V. Guido de Cavaillon y Rimbald de Vacqueiras.)

Cuentan de él que había despojado á un negociante francés que pasaba por sus dominios, tomándole efectos considerables, acaso por haber defraudado los derechos de

peaje ó de aduana. Vuelto á Francia el negociante llevó su queja al rey Felipe Augusto quien, según parece, le contestó que estaba demasiado lejos para hacer justicia, y que le autorizaba para hacérsela él mismo si podía.

Entonces el negociante inventó un medio muy extraordinario de vengarse. Contrahizo el sello del rey Felipe Augusto, y escribió en su nombre una carta al príncipe de Orange invitándole á su corte para recibir los grandes bienes y honores que le destinaba. Es preciso tener en cuenta que Guillermo estaba entonces aliado con el monarca francés, haciendo causa común con él contra los albigenses.

Cayó, pues, en el lazo, y partió después de grandes preparativos. La ciudad en que residía el negociante se hallaba á su paso, y llegando á ella Guillermo se alojó sin sospechar nada. El negociante se había preparado y le sorprendió con su comitiva obligándole á reparar el perjuicio que le había ocasionado, é instruido así de la burla, Guillermo retrocedió despojado y confuso.

Aún hubo de arrostrar algún tiempo después una afrenta del mismo género. Indispuesto con Aymar II de Poitiers, conde de Valentinois y de Día, invadió una de sus tierras y la devastó; pero al regreso de la expedición por el Ródano, unos pescadores súbditos de Aymar consiguieron apoderarse de él, y no le soltaron hasta que hubo satisfecho un crecido rescate.

Guido de Cavaillon, como ya se ha visto, hacía alusión á esas aventuras, diciendo al príncipe de Orange que estaba siempre expuesto á caer prisionero. También le llamaba *medio príncipe* en alusión á que sólo tenía la mitad del principado ó condado de Orange, el cual había recibido de su madre Tiburga, quien, á su vez, lo había heredado de su hermano Rimbaldo, que figura entre los trovadores, y cuya biografía hemos de hallar más adelante.

Rimbaldo de Vacqueiras escribió también una diatriba contra Guillermo, hablando de lo mismo que Guido de Cavaillon, y el de Orange le contestó con un *serventesio* del cual sólo queda este insignificante fragmento:

«Me asombro, Rimbaldo, de veros tan airado contra mí. No tardará en saberse que sois más loco que los mismos locos; idos con el rey de Barcelona (D. Pedro de Aragón) y con los otros, como ya lo habéis hecho, y esto demostrará que preferís el dinero á la nobleza.»

A esto contestó Rimbaldo, que llamaba *Inglés* á Guillermo, con aquella poesía que comienza:

Tuy me pregon, Engles, qu' eu vos don saut...

diciéndole, entre otras cosas:

«Aimar de Poitiers ha prometido vengarse del asalto que vos, Inglés, habéis dado á su tierra de Osteilla. Uno de sus pescadores os pescó con su anzuelo. No diré tampoco que os hayan apaleado, como otros aseguran, pero sí recuerdo que por vuestra candidez en aceptar como bueno el sello de Francia, caísteis en las garras del astuto mercader.»

Existe también la respuesta que el príncipe de Orange dió á los versos de Guido de Cavaillon, citados en el artículo relativo á este trovador:

«Amarrad á vuestro *león* porque está muy furioso, y si se nos hubiese comido á todos, nada habríais ganado en ello.

»Guido, bien aconsejado fuísteis cuando vinísteis á hacer la paz con nosotros y os presentásteis en nuestro real; creo que fué en Marsella; pero el conde se os ha llevado, y no tardaréis en saber lo que esto os cuesta.

»Amigo Guido de Cavaillon, por noble y estimable que seáis, bajad un poco el orgullo, porque la fortuna cambia en un instante.»

Preciso es confesar que en las composiciones de Guillermo no se ve la saña que se halla en las de los trovadores sus contrarios.

El príncipe de Orange fué víctima de sus ideas políticas. Ya queda dicho que era generalmente odiado en el país por haber hecho armas contra la causa nacional, poniéndose del lado de los invasores.

En 1218, las gentes de Aviñón, cuya ciudad había abra-

zado la causa de los condes de Tolosa, tuvieron medio de hacer caer á Guillermo en una emboscada, y haciéndole prisionero lo descuartizaron, enviando á varios puntos, para ser expuestos, los pedazos de su cuerpo, y colocando su cabeza en una de las puertas de Aviñón dentro de una jaula de hierro, como se hacía con bandidos y traidores.

El Papa Honorio III expidió amenazadores breves para exhortar á los cruzados á castigar este atentado, y este fué uno de los motivos que determinaron á Luis VIII á poner sitio á Aviñón en 1226.

GUILLERMO DE BERGADÁ.

I.

He aquí un trovador catalán que, á ser bien conocida su historia, sería una magnífica figura para dramas, novelas y leyendas. Lo que de su vida pública se sabe, lo que de sus aventuras ha podido rastrearse, lo que de sus propias poesías se desprende, nos lo presentan, no como un tipo bueno y simpático ciertamente, sino como un hombre audaz, aventurero y turbulento, de un valor indomable, de un cinismo hasta el exceso, de una osadía sin límites, que á todo se atrevía y todo lo intentaba, á quien le sucedió alguna vez convertir su espada de caballero en puñal de asesino, y casi siempre su canción de trovador en sangrienta y asquerosa sátira, para quien no había nada seguro, nada digno de respeto, ni la santidad del hogar, ni el sagrado del templo, ni la reputación del hombre, ni el honor de las damas.

Pertenecía á una familia célebre de Cataluña, á la de los vizcondes de Berga; fué señor del castillo de Bergadá; tenía títulos y honores, ingenio y caudales; valor y nobleza, y pudiendo ser el primero, prefirió ser el último. Deshonró su nombre, lo arrastró por el lodo; disipó sus riquezas, gastó su vida en las orgías; fué caballero y bandido, estuvo preso y proscrito, fué jugador, duelista y pendenциero, noble jefe de huestes aguerridas y verdadero capitán de ladrones en camino real; fué también el D. Juan del siglo XII en Cataluña; escaló un convento para llevar á cabo el rapto de una monja; asesinó á un padre porque no quiso darle la mano de su hija; tuvo amores criminales con la mujer de su hermano para luego deshonorarla en sus

poesías; hizo de su talento poético una arma para herir á aquellos de sus enemigos que no podía alcanzar con su espada ó su puñal, y acabó su vida á manos de un oscuro soldado, quizá en algún lance de taberna ó en alguna aventura de deshonrosos amores.

Tal fué el trovador Guillermo de Bergadá, y he aquí ahora lo que, consultando autores, crónicas y manuscritos, pude rastrear de su aventurera y licenciosa vida.

Fué Guillermo hijo primogénito del vizconde de Bergadá y de su esposa Berengaria, y debió nacer á mediados del siglo XII, según todos los datos. Parece que su juventud fué muy agitada y borrascosa, no usando del crédito y del poder que había recibido de sus antepasados más que para satisfacer sus fogosas pasiones y su insaciable sed de placeres. La primera noticia que de él tenemos está relacionada con un crimen.

Guillermo de Bergadá rendía culto y tributo de amor á una dama llamada Anglesa, otros dicen Marquesa, hija de Ramón Folch VII, vizconde de Cardona; pero no parece que sus homenajes fuesen aceptados por la heredera de Cardona, más tarde condesa de Pallars. Sin duda á esta época deben remontar y á Anglesa referirse las dos únicas verdaderas canciones de amor que de Guillermo nos quedan, y que aún no acusan un corazón pervertido; antes, al contrario, revelan cualidades de ternura, pasión y sentimiento.

En la primera de estas poesías, el trovador se lamenta de no ver correspondidos sus amores y hasta indica que puede ser á causa de sus locuras. Cuando nace la primavera y se alegran las aves cantando dulces laís de amor, cuando los prados se visten de verdura y los árboles se cubren de hojas y de flores, cuando todo respira amor y dicha, el trovador no puede alegrarse, y su corazón se rasga de tristeza, pues que por su locura ha perdido el derecho al amor.

Al temps d' estiu quan s' alegron l' auzel
e d' alegrer canton dolz laís d' amor,
e il prat s' alegron que 's veston de verdor;
e carga 'l fuoill e la flor e 'l ramel,

s' alegren cels qu' au d' amor lor voill;
 mas en non ai d' amor si ben la 'm voill,
 ni pos ni dei aver nuilh alegratge
 quar en ai perdut leis per mon folatge
 e s' anc fui gais ara sui d' ira ples...

Se ha querido comparar esta canción con el soneto de Petrarca:

Zéfiro torna e 'l bel tempo rimena...

pero no hay motivo para ello. Si Guillermo inspiró el soneto del Petrarca, la inspiración no daña á la originalidad.

El que hizo más que imitar, el que tradujo la canción del trovador provenzal, fué Salvini. Júzguese si no:

Al tempo estivo che gli augei s' allegrano
 e allegrando, d' amor dolci lai cantano;
 e i prati allegran che di verdi vestonsi,
 e caricano foglie, e fiori, e rami,
 s' allegran quei ch' anno d' amor lor voglia.
 Ma io non ho d' amor si ven la voglio
 ne posso o deggio aver nulla allegranza,
 perch' ho perduto lei per mia follia...

En la segunda composición citada, Guillermo encarga á su canción que penetre en una corte, en un palacio, el de Anglesa sin duda, y le ruega que salude á su amada, maravillándose de que ésta no adivine lo que pasa en su corazón.

Quant vei lo temps camjar e refredir
 e non aug chanz d' ausels noutas ni lais
 que fason boscs ni çombas retentir
 hi foilla verts no i par ni flors no i nais,
 per que 'ls mendics trobadors e ssavais
 camja lor voz per l' iveru qu' els tahina,
 mas ieu sui cel que no-m voi ni-m biais,
 tant ai de joi, per freg ni per calina...

Chansoneta si-t saupesses formir
 d' entrar en cort o formir en palais
 et ab mi dons parlar cui tan dezir,
 preguera te, que coita m' es et ais,
 qu' a la bella cui sui fis e verais
 m' anesses dir, pois tota genz l' aclina,
 que 'l meiller es del mon e que val mais;
 be'm meraveill com mon cor no 'ndevina.

Ya fuese por no corresponder Anglesa á sus amorosas

cuitas, ya porque desagradaran á ésta los homenajes del trovador, ya por otras causas ignoradas, el vizconde de Cardona, Ramón Folch, debió de intervenir en aquellos amores, cuidando del honor y del porvenir de su hija. Hubieron sin duda de mediar escenas violentas entre el padre y el amante, y estas reyertas condujeron á la catástrofe que tuvo lugar el 6 de Marzo de 1175, según declara en su *Genealogía de la casa de Cardona* el escritor catalán Bernardo José Llobet. En este día el vizconde de Cardona, padre de Anglesa, cayendo en una emboscada fué miserablemente asesinado por una facción de hombres turbulentos, que resultó ser capitaneada por Guillermo de Bergadá.

Desde aquel momento la vida de nuestro trovador no es más que una continuada orgía de guerra, bandolerismo, crápula y desorden.

Parece ser que el monarca, en venganza de la muerte á traición de Ramon Folch de Cardona y á instancia de Anglesa, que por falta de hermano varón heredó el vizcondado, mandó perseguir á Guillermo de Bergadá, que hubo de abandonar su castillo, viéndose despojado de sus feudos y bienes. Hay indicios para creer que Guillermo se retiró entonces á los montes, llevando vida de bandolero y formando un cuerpo de bandidos, que por espacio de algún tiempo fué el terror de los habitantes de Cardona y de los vasallos de esta casa.

Es posible que fuese en esta época cuando, según tengo leído en un viejo dictario de Manresa, tuvo lugar un suceso que hizo gran ruido y causó no poca consternación en los dominios de Cardona. El monasterio de monjas que existía en Favar, de la parroquia de Olván, fué asaltado una noche por una compañía de hombres de armas y entregado al pillaje y al saqueo: llevándose los bandidos, que eran de la facción de Guillermo, á una monja de la cual no volvió nunca á tenerse noticia.

En tiempos posteriores, y continuando aún viva la sentencia real que pesaba sobre el matador del vizconde de Cardona, hubo de recurrir Guillermo á sus deudos y parientes, á quienes encontró dispuestos á dulcificar su infor-

tunio; valiéronle con su protección y ayuda, pero se hizo tan odioso á fuerza de licencia y escándalo, que debieron acabar por abandonarle.

En una composición, que pertenece sin duda á este periodo de su vida, parece vanagloriarse de haber recibido los favores de su cuñada, lo que ocasionó un duelo entre él y su hermano. Esta y otras composiciones de aquella misma época van principalmente dirigidas contra su suegro, tal vez el de su hermano, es decir, el padre de la dama con quien Guillermo se hallaba entonces en criminales relaciones. Uno de los *envíos* ó *enderezas* de estas poesías dice:

«Soy vuestro en cuerpo y alma, gallarda dama de Berga: vos sois el oro más fino, y vuestro marido es podredumbre sólo.»

Existe de Guillermo una poesía, que por desgracia sólo mutilada ha llegado hasta nosotros, y que es la que ha dado lugar principalmente á creer en sus amores con la mujer de su hermano, *la gallarda dama de Berga*. Reina en ella una extraña confusión, no enlazando bien las ideas unas con otras, debido tal vez á las mutilaciones ó á los pasajes perdidos; deja comprender que andaba acosado por las gentes del rey, perseguido aún por su antiguo crimen, y deseaba darse á partido.

Comienza por decir que, siendo llegado el mes de la nieve y el frío, se propone cantar acerca de las traiciones de suegro y amigos, añadiendo que, puesto que no le vale fé ni derecho, acudirá á la espada.

Ar' el mes que la neu e 'l frei
vei venir e 'l aurei,
chantará de las traisós...

Invoca luego al Todopoderoso, que es, dice, el único amigo que le queda, y con brusca transición se pone á hablar de su amada:

que' la meiller é la plus pros
dompna que sia de ves nos
e ment quia que m' o desautrey.

E ja non s' en combat ab mei
 uns cavalliers ni dai ni trei
 que la meiller e la plus pros
 non sias vos
 e la gensor de nuilla lei
 qu' en venseria fe qu' us dei
 dos catalans e tres gascós.

Los puntos suspensivos puestos por un autor al copiar esta poesía llenan el lugar que debió ocupar el nombre de la cuñada de Guillermo. Millot interpreta así este pasaje:

«Ni uno ni dos ni tres caballeros son, pues, bastantes á combatir contra el trovador para sostener que su cuñada no es la dama más noble y de más alta prez y ley que haya en el mundo. «Aun cuando sean dos catalanes ó tres gascones los que tal digan, estoy seguro de vencerles,» exclama el trovador.

La composición concluye diciendo:

«Arnaldo, monta en tu palafrén, ve á decir á mi señor el rey—y no seas juglar, perezoso, sino muy listo en hablar,—que no continúe haciendo guerra por falso consejo, pues estoy dispuesto á rendirme á su merced y á obedecer voluntariamente sus mandatos. Mejor será para mí el ir á defenderme yo propio en su corte, donde él es tan poderoso, y veremos entonces quien, ya sea rubio ya moreno, se atreve á dudar de mi fé.»

Arnaudon, en ton palefrei
 me vai dir a mon seingnor lo rei,
 juglar non sias temerós
 auz sias del dire coitós;
 que per fals conseil no 'm guerrei,
 quar farai dreg a sa mercei
 e mandament, voluntariós.
 E val miels qu' en sa cort pladei,
 e qu' el en sia poderós,
 e qui m' apella de non fei
 no 'l es soan nigre ni ros.

II.

Por una de sus propias poesías vemos que Guillermo fué reducido á prisión, ya fuese esto como resultado de su

presentación ante el tribunal del rey, ya por haber caído prisionero cuando andaba en bandosidades.

Dirijese en esta composición á un juglar, y le dice:

«Juglar, no te desanimes, aprieta espuelas, no hagas caso de agüeros ni presentimientos, y corre á presentarte al rey de Aragón para pedirle que me saque de prisión, pues cuando haya muerto no me servirá de daño ni de provecho.»

Joglars, no 't desconortz
e va t' en d' esperó,
no i gartz augurs ni sortz,
ves lo rey d' Aragó
que 'm trega de presó,
que ja pois serai mortz
no 'm tengra dan ni pro...

Añade que se somete al rey, que no tendrá éste mejor vasallo desde Tortosa á los Pirineos, é invoca el apoyo de varios señores para que le valgan junto al monarca.

En tres de sus otras poesías habla con grandes elogios del rey de Castilla, á quien parece dispuesto á servir.

De una de ellas se desprende que hizo un viaje á Castilla, en donde fué muy bien acogido, y manifiesta deseos de volver, pues que allí son cumplidos todos los bienes. Se regocija al pensar que pasará por Aragón donde hay generosidad é hidalguía, y desea estar en León, donde dejó en feudo su corazón á una bella dama:

Lai on hom melluyr' e revé
et on valors renovelha
m'en tornarai en Castelha
on son complit tug li be,
e veyrai enans Aragó
on son tan avinen li do,
qu entr' els cug esser a Leó
on laysey mon cor, quan sai vinc
salvan vostr' onor que y retinc,
e lais vos el cor e 'l cors per fieü,
dona, e coman vos á Dieu.

Es importante otra de las poesías que dirige al monarca castellano.

Le envía un *serventesio* para decirle que quiere despren-

derse de los lazos que le unen con su señor natural el rey de Aragón, y que esto va á hacer pronto, pues no puede permanecer por más tiempo en la situación en que se halla, sin amigos que le protejan ni barones que le valgan, sin atreverse á estar ni en llano ni en montaña.

«El de Aragón me desprecia, dice, y vóime á Asturias. No quiero sufrir más por él y no habrá otro alguno que en adelante esté más dispuesto en su daño.»

Vaum' en Asturias e no ill er mais soferm
e non aura á son dan om plus espert.

«Si no fuese por la bella que amo, continúa diciendo, y que cada día conquista y gana mayor prez, y por el bello semblante que pone siempre que la miro, que me parece que jamás me ha de faltar júbilo, cinco años harán ya por las kalendas de Mayo que estaría sirviendo al rey que es dueño de Burdeos y de Blaye (el de Inglaterra).»

E se no fos la belha cui dezir,
que chascun jorn conquiert pretz e 'l guardainga,
e 'l bel semblant que 'm fui quan la remir,
veiaire m' es jamais joi no 'm soffrainga,
cinc anz aurá á la calenda maia
que n' aigra 'l reis qui ten Bordel e Blaia.

El *serventesio* termina ofreciéndose Guillermo al monarca castellano.

Las simpatías de nuestro trovador hacia Castilla debieron ser muy vivas y duraderas, pues en otra composición, que debió escribir años más adelante, llega á expresar el deseo de que el castellano invada Aragón y Cataluña, apoderándose de este reino.

La composición en que esto se dice merece transcribirse íntegra, más que por su mérito, por su valor histórico y su color de circunstancias.

Se refiere este *serventesio* á los acontecimientos que tuvieron lugar en Cataluña por los años de 1191. Estaba el país dividido en bandos y encendida la lucha entre el conde de Urgel y Ponce de Cabrera que sostenía el derecho de su mujer Doña Marquesa, llamada por algunos la mar-

quesa de Urgel. El rey de Aragón sostenía el derecho del conde de Urgel, y varios caballeros catalanes se pusieron al lado de Ponce de Cabrera, entre ellos Arnaldo de Castellbó, con quien estaba á la sazón muy unido, y de cuyo partido era el trovador Guillermo de Bergadá.

Este, que apoyaba con su espada y con su gente la causa de Ponce de Cabrera y de Arnaldo de Castellbó, escribió en aquella ocasión el siguiente *serventesio* contra el monarca aragonés, valedor de los derechos del conde de Urgel y contrario á los de la condesa Marquesa.

«Rey, le dice, si antes fuísteis cortés y generoso... arrepentido habéis de estar ya como un pecador que ahora sois, enemigo y perseguidor de damas, y bien se vió ogaño en la primera expedición que os vimos hacer al nacer las primeras flores...

»Rey, si viviese el valiente conde vuestro padre, no hiciera por el valor de mil marcos lo de mandar perseguir con hondas y saetas á Doña Marquesa.»

Alega luego contra el rey el testimonio de un Ramón de Timor; le dice que está deshonorado hace dos años, le recuerda á la condesa de Beziers, á quien quitó torres y ciudades á pesar de sus amores con ella, y ya, luego, dirigiéndose al monarca castellano, dice:

Vostras grans ost a flocs et a milliers
 e fatz nos sal un avinen secors
 c' a Lerida vei' om dins e defor
 las fums de l' ost e no-s deman tesor.
 Coms de Tolosa párton se las amors
 s' al Marquesa non faitz era socors,
 que val e trop mais non fes Etionor,
 era 's pará si l' amatz de bon cor.

«Rey castellano, que ocupáis el lugar de emperador, puesto que sois poderoso y diestro, mandad luego por todos vuestros dominios vuestras grandes huestes en tropel y á millares, y acudid á socorrernos, de suerte que siempre os redunde prez y honor, y de modo que en Lérida se vean por dentro y por fuera las hogueras de vuestra hueste, y no os pido tesoros.»

La poesía termina con una invocación al conde de Tolosa para que acuda á socorrer á Marquesa, «que vale más de lo que valió nunca Leonor, y ahora se verá si la amáis de corazón.»

Reis, s' anc nuls temps fos frans ni larc donaire...
penedensatz vos n' es com hom pechaire
qu' eras lor es enemïes e guerrers;
e parec ben ogan al premier cors
que vos vim far a las premieras flors;
per que domna s' oïmais vos a bon cor
de vostre aver voill crèisser son tresor.

Reis, si fos vius lo pros coms vostre paire
non o feira per mil marcs de deniers
na Marquesa far fondeiar ni traire
aissi com fatz [fer?] a vostres archers;
n' a si buïda per un dels auctors
cui vos amés et el vos fetz amors
que si non men En Raimon de Timor
plus dur lor es que la la frusca del tors.

E puos vos dic planamen mon vegaire
reis descauzitz ben a dos ans entiers,
e pot vos hom be mostrar e retraire
la comptessa qu' es domna de Beders
a cui tolgués quan vos det sas amors
doas ciutatz e cen chastels ab tors:
de tot en tot ara de perdre l' or
tro 'l de Saissac i met autre demor.

Reis castellans qu' es en luec d' emperaire
aissi com es rica e de bos mestiers,
mandat viatz per tot vostre repaire.

Son hasta veinte y cuatro las composiciones que nos quedan de Guillermo de Bergadá, la mayor parte sátiras violentas contra señores de su época.

Entre éstas hay que citar las dirigidas al obispo de Urgel y al marqués de Mataplana.

Las invectivas que dirige al primero son tremendas, acusándole de toda clase de crímenes y horrores. Le acusa de haber mentido descaradamente, de ser engañador y falso, de haber dado muerte á muchos; le compara á pájaro sin pluma y á silla sin arzón; asegura que si hubiese potestad en la tierra, desde largo tiempo hubiera sido despojado de su dignidad, y dice que contra derecho tiene báculo y anillo y canta misa y sermón; y concluye por llamar-

le «Don Renegado, falso infiel, que no cree en Dios y es un malvado sarraceno.»

El obispo de Urgel, invectivado por Guillermo, era Arnaldo de Perexeus, sostenedor de la causa del conde de Urgel y enemigo por lo mismo de Ponce de Cabrera y A. de Castellbó, cuyo partido seguía el trovador.

Contra el marqués de Mataplana tiene Guillermo cuatro poesías.

En la primera dice que contaría de él mil y mil engaños, traiciones y falsedades, á no ser por Doña Juziana que le mandó callar, por lo cual, aunque con pesar, lo calla; y eso que bien daría parte de su dinero para referir cómo mató el marqués á Pons del Castellar.

Mil bausias e mil enganz
 mil traicions e mil no fes
 l'agra ditas mortals o grans
 si NA Juziana no fos
 que-m mandet, mas por leis m' o lais,
 e si tot enuois mi fai
 non aus passar son mandamen.
 E dera-m bé de mon argen
 per so que li auses com tar
 com aucis Pons del Castellar.

La Juziana ó Luciana tal vez, de que se habla en esta poesía, era la esposa de Ponce, Poncio ó Pons de Mataplana.

Es digna de ser citada y trascrita, por lo que tiene de graciosa y ligera, la siguiente canción de Guillermo contra el marqués:

«Cancioncita clara y llana, ligerita y sin ufanía, haré y será de mi marqués, del traidor de Mataplana que de engaños está henchido y lleno.

» ¡Ah, marqués, marqués, marqués, de engaños estáis henchido y lleno!

» Marqués, bien hayan las piedras de Melgor junto á Someras, donde perdísteis tres dientes. Bien es verdad que esto no daña, pues las primeras subsisten y aquellos no hacen falta.

»¡Ah, marqués, marqués, marqués, de engaños estáis henchido y lleno!

»No aprecio en una higa vuestro brazo, pues parece cabrial de viga y lo lleváis encorvado: se necesitaría una ortiga que extendiese su nervio.

»¡Ah, marqués, marqués, marqués, de engaños estáis henchido y lleno!»

Chansoneta leu e plana
leugereta, ses ufana
farai e de mon marqués
del trachor de Mataplana
qu' es d' engans frasitz e ples.
¡A marqués, marqués, marqués
d' engans es frasitz e ples!
Marqués, ben áion las peiras
a Melgurs de pres Someiras
on perdés de las denz tres;
ni ten dan que las primeiras
i 'son e no i páron ges.
¡A marqués, marqués, marqués
d' engans es frasitz e ples!
Del bratz no—us pretz una figa
que cabrella par de higa
e portatz lo mal estés,
obs i auriatz ortiga
qu el nervi vos estengués.
¡A marqués, marqués, marqués
d' engans es frasitz e ples!..

Todavía se maltrata más al de Mataplana en otras dos poesías, una de las cuales es la descripción de un combate, hecha con gallardía, en que el marqués fué vencido por el trovador. Guillermo cuenta que el combate tuvo lugar en un torneo celebrado en Vich, á presencia de los caballeros, canónigos y ciudadanos de la población. El trovador recibió un golpe en la frente, «y os confieso, dice dirigiéndose al marqués, que no fué cosa de descuidarme, pues me hubiérais muerto si la lanza no fuera bota, tan de lleno me dísteis con ella en la frente. Todos vuestros amigos gritaron: ¡Mataplana! hasta que notaron que os había faltado la mano. Amigo marqués, si hubiéseis dado el golpe con bastante empuje, muerto hubiérais á este gentil galán que hace cornudos á los maridos... y que

así como una rana no puede vivir sin agua, así él no puede pasar un día sin amor.»

La descripción del combate termina con la derrota del marqués, y el *serventesio* con estas arrogantes palabras del poeta vencedor:

«Escrito llevo en el acero de mi lanza que hombre sin fé no puede darse por guarecido, y pues así es verdad, bien es que temáis, porque otro más traidor que vos no llegó á nacer.»

A pesar de todo esto, y no obstante todas estas invectivas, el marqués de Mataplana, tan maltratado por Guillermo, arrancó á éste con su muerte un grito de profundo sentimiento y de vivísimo dolor. En efecto, una poesía, un *planh* existe de Guillermo de Bergadá consagrado á llorar la muerte de Pons de Mataplana, y pocas veces la lira provenzal se expresó con más doloridos acentos.

He aquí esta poesía, que es una verdadera y noble reparación á la memoria del tan injuriado enemigo, y que, separándose de la generalidad de las composiciones del trovador, demuestra que éste volvía á tener el corazón y el sentimiento que hay en los cantos de su primera época:

«Lleno de tristeza me lamento y lloro á causa del duelo que de mi corazón se ha apoderado, por la muerte de mi marqués Pons, el valiente de *Mataplana*; pues era franco, liberal y cortés y dotado de todos los buenos hábitos, y tenido por uno de los mejores que hubiese desde San Martín de Turs hasta Cerdaña y la tierra llana.

»Larga cuita y grave dolor ha dejado y á nuestro país sin consuelo la muerte de Pons, el valiente de *Mataplana*. Paganos le han muerto, pero Dios se lo ha llevado consigo y le perdonará los grandes delitos y también los menores, pues los ángeles fueron sus padrinos por haber defendido la ley cristiana.

»Marqués, si yo con respecto á vos cometí alguna mala acción ó dije palabras villanas y descomedidas, todo fué mentira ó error, pues desde el tiempo en que Dios construyó á *Mataplana* no hubo en este castillo caballero de tal valía, ni tan de pro ni esforzado, ni tan honrado sobre

los más altos, por mucho que valiesen vuestros antecesores, y no lo digo en manera alguna por deprimirlos.

»Marqués, vuestra enemistad y la ira que mediaba entre los dos, mucho me hubiese complacido, con el beneplácito de Dios, que se hubiera convertido en paz con buena fé antes que saliérais de *Mataplana*; de suerte que el corazón tengo triste y me duele de no haber acudido en auxilio vuestro, pues no me hubiera detenido el miedo para tratar de valeros contra la gente maldita.

»En el paraiso, allí donde se halla el rey de Francia junto á Rolando, sé que está vuestra alma, oh Marqués de *Mataplana*, y también mi juglar de Ripollés, y también mi Sabata, acompañados de las más gentiles damas, sobre alfombra cubierta de flores, junto á Oliveros de Lausana.»

Cossirós cant e plang e plor
pel dol que m' a sassit é pres
al cor, per la mort mon marqués.
En Pons lo pros de *Mataplana*,
que—z era francs larcs e cortés
et ab totz bos captenemens,
e tengutz per un dels meillors
que fos de San Martí de Tors
tro Cerdai' e la terra plana.

Loncs cossiriers ab greu dolor
a laissat, e nostre país
ses conort, que non í a ges
en Pons lo pros de *Mataplana*;
pagans l' an mort, mas Dieu l' a pres
a sa part que 'l serà garens
dels grans forfagz e dels menors,
qu' els àngels li fóron autors
quar mantenc la lei cristiana.

Marqués, s' ieu dis de vos folor
ni motz vilans ni mal après
de tot ai mentit e mesprés,
qu' anc por Dieu bastic *Mataplana*
no í ac vassal que tan valés
ni tan onratz sobre 'ls aussors:
e non o dic ges per ufana.

Marqués, la vostra desamor
e l' ira qu' e nos dos se mes
volgra ben se a Dieu plagués
ains qu' eissisetz de *Mataplana*,
fos del tot patz per bona fes:
qu' el cor n' ai trist e vauc dolen

quar no fui al vostre secors,
 que ja no m' en tengra paors
 no-us valgués de la gent trufana.

En paradís éi loç meillor
 lai o 'l bon rei de Fransa es
 prop de Rotlan sai que l' arm' es
 de vos marqués de *Matapiana*,
 e mon joglar de Ripolés
 e mon Sabata eissamens
 estan ab las donnas gensors
 sobre pali cobert de flors
 josta N' Olivier de Laussana.

III.

Tiene Guillermo algunas otras composiciones, de menor importancia, entre las cuales las hay que son casi ininteligibles. En una habla de un Bernardo de Baissell, caballero que parece quiso hacerse ó se hizo en efecto trovador; en otra escribe contra un presbítero llamado Roger, «liviano como paloma, más traidor que su padre, alevoso contra el servicio de Dios y detractor de la ley romana.»

Se conserva de él un fragmento de un *serventesio* perdido en que cuenta el caso del rey Alfonso de Aragón y unos judíos, que es lo que sirvió á Beltrán de Born para escribir una de sus terribles sátiras contra aquel monarca. Entre Guillermo de Bergadá y Beltrán de Born hay ciertos puntos de contacto, y estaban además unidos por su odio al rey D. Alfonso. Fueron grandemente amigos, según parece, y Guillermo debió residir algunas temporadas en Provenza junto á Beltrán de Born.

Por la biografía de Aimeric de Peguilhá se viene también en conocimiento de que este trovador provenzal fué protegido por Guillermo, el cual lo llevó consigo á Castilla, presentándole al monarca castellano, de quien fué honrado y distinguido.

Existe una *tensión* entre Guillermo y un Aymerich, que se supone ser el de Peguilhá. Este propone el tema y pregunta al trovador catalán qué es lo que prefiere, entre amar siendo desamado, ó desamar siendo amado. La contestación no es dudosa para Guillermo.

Siendo Guillermo de Berga un hombre turbulento y aventurero, galanteador y duelista, pronto siempre á cualquier lance donde hubiese tajos que recibir ó mandobles que dar, dispuesto á cualquier aventura de amores por peligrosa que fuera, decididor y maldiciente, rumboso y temerario, no podía menos de andar su nombre en lenguas y hasta de llegar á ser, con el tiempo, héroe de cuentos y leyendas.

Guillermo de Bergadá figura en varios sucesos, reales algunos, supuestos otros tal vez, que he recogido de diversos puntos y de que voy á dar cuenta, para reunir en este estudio todo lo que tiene relación con este trovador catalán.

Ya se ha hablado de la muerte que dió ó hizo dar traidoramente al vizconde de Cardona; también del rapto de la monja. Ambas tradiciones viven aún en el país. El monasterio de Favar fué asaltado repentinamente cierta noche por una turba de desalmados bandidos que tenía á sus órdenes Guillermo de Bergadá, y éste se llevó á las montañas donde tenía su guarida á una joven religiosa, de la cual nunca volvió á saberse nada, habiéndose también sepultado con ella en el olvido su nombre y su historia, desconocidos para todos, como desconocidas son las causas que impulsaron á Guillermo á cometer tan sacrílego atentado.

Las cien novelas antiguas refieren otra aventura suya. Cuentan que cuando estuvo Guillermo en Provenza se vanagloriaba de ser el caballero más galán y el más valiente. Según él, no había otro á quien no hubiese vencido, ni dama que resistir pudiera á su amor. Las damas de aquella corte, al saber la procacidad de lenguaje usado por Guillermo, decidieron vengarse y en su irritación llegaron á acordar la muerte del trovador. Citáronle un día con un pretexto, y cuando Guillermo creía hallarse en una reunión de bellas y amables damas, se encontró rodeado de vengadoras furias, echándole en cara sus maldades y diciéndole que se dispusiera á perecer. En mano de cada una de aquellas damas brillaba un puñal.

Guillermo pidió que antes de herirle le concediesen un favor.

—Pide, mientras no sea tu perdón, le contestaron.

—Pues bien, dijo, que me hiera primero la más impúdica y más desenvuelta.

Las damas se miraron unas á otras; no hubo quien quisiera ser la primera en herirle, y así escapó el trovador catalán á la mujeril venganza.

Existe en Cataluña una tradición que parece referirse á Guillermo de Bergadá.

Un caballero de este nombre, gallardo doncel y buen trovador, amaba á Guillermita de Solanlloch, hermosa y apuesta joven á quien pretendían también Pons de Mataplana y Ramón de Besaldá. El favorecido era sin embargo Guillermo de Bergadá, pues la hermosa doncella se inclinaba á él á causa de las coplas que le dirigía, según dice la tradición.

Pons de Mataplana y Ramón de Besaldá, despechados en sus amores, decidieron la muerte de su rival y, conviniéndose para ello, aguardáronle un día en un paraje solitario por donde debía pasar al retirarse de una cita con Guillermita, y diéronle alevosa muerte. Tuvo esto lugar en un recuesto, al N. E. de la casa solariega de Solanlloch, donde existía un campo que desde entonces se llamó y sigue llamándose todavía *lo camp del Guillemort*, corrupción de *En Guillen mort*, el campo de Guillermo muerto.

Esta tradición se apoya en documentos que parecen incontestables, y que cita Milá al hablar de la casa de Mataplana; pero no puede referirse al Guillermo de Bergadá de quien se habla en estos artículos, sino á otro del mismo apellido y tal vez de la misma familia.

El trovador catalán murió, según parece, á manos de un oscuro soldado; y he aquí reunido todo lo que de él ó á propósito de él ha llegado á mi noticia.

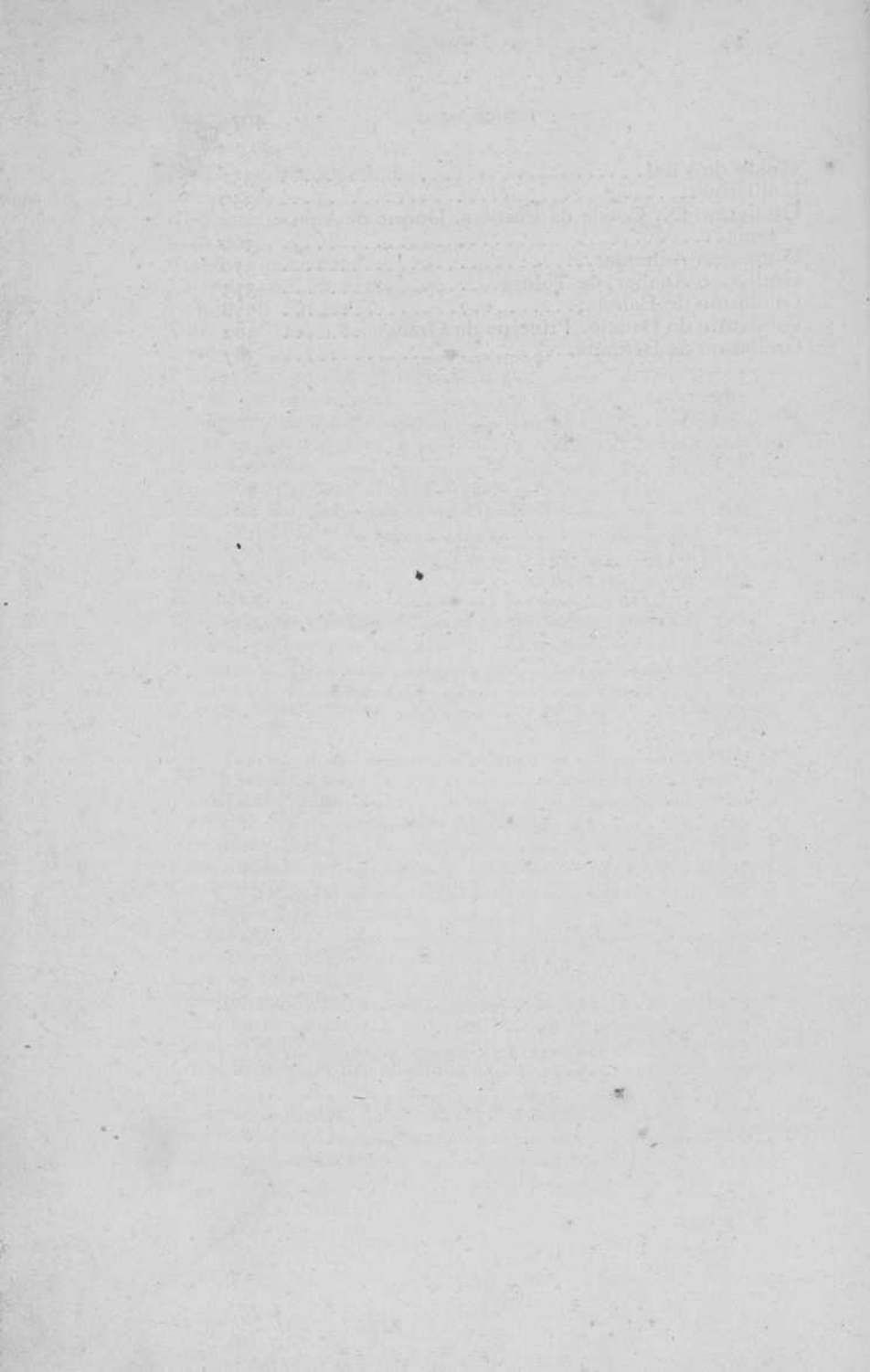
FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	Páginas.
Bernardo de Auriac.....	5
Bernardo Arnaldo de Montcuc.....	9
Bernardo de la Barda.....	17
Bernardo de Rovenhac.....	21
Bernardo Sicart de Marjevols.....	29
Bernardo de Ventadorn.....	34
Blacás.....	54
Blacasset.....	59
Bonifacio Calvo.....	61
Bonifacio de Castellane.....	75
Bazas (El Obispo de).....	79
Berenguer de Puigvert.....	79
Bernardo.....	79
Bernardo Arnaldo de Armañac.....	79
Bernardo Alahán de Narbona.....	80
Bernardo Martí.....	80
Bernardo de la Sola.....	80
Bernardo de Totlomón.....	80
Bernardo Tortés.....	80
Bernardo de Venzenac.....	81
Beltrán.....	81
Beltrán de Aviñón.....	82
Beltrán de Gordón.....	82
Beltrán de París.....	82
Beltrán del Pujet.....	82
El Caballero del Temple.....	84
Cadenet.....	87
La Dama Castelloza.....	98
Cercamons.....	100
Clara de Anduse.....	102
Clemente IV (el Papa).....	105
El Conde de Foix.....	111
El Conde y la Condesa de Provenza.....	115
La Condesa de Día y Rimbaldo de Orange.....	123

	Páginas.
Castelnou (La Dama de).....	143
Certán.....	143
Codelet.....	144
Conde de.....	144
Conde de Rhodéz.....	144
El Delfín de Auvernia.....	145
Deudes de Prades.....	155
Durán, el sastre de Paernas.....	160
Dante de Maiano.....	163
Diodes de Carlús ó Cailús.....	164
Durán de Carpentrás.....	164
Ebles de Ventadorn.....	165
Elías de Barjols.....	169
Elías Cairel.....	175
Ebles de Seignas ó de Signa.....	186
Ebles de Sancha y Ebles de Uisel.....	186
Ecuyer de l'Isle.....	187
Elías Fonsalada.....	187
Esperdut.....	187
Esquilha.....	187
Federico, Rey de Sicilia, y el conde de Ampurias.....	188
Ferrari de Ferrara.....	194
Folquet de Lunel.....	196
Folquet de Marsella.....	202
Folquet de Romans.....	223
Fromit.....	227
Fabre.....	229
Fabre de Uzés.....	229
Faidit de Belest.....	229
Federico II, emperador de Alemania.....	229
Fortuney.....	230
Gancelmo Faidit.....	231
Garín de Apchier.....	246
Garsenda de Sabrán.....	249
Gavaudán.....	253
Gilberto Amiels.....	258
Girardo de Borneil.....	259
Girardo de Cabrera.....	274
Girardo de Calansó.....	289
Girardo el Rubio.....	297
Girardo Riquier de Narboná.....	300
Granet.....	330
Godofredo Rudel, Príncipe de Blaye.....	333
Guido ó Guigo.....	340
Guido de Cavaillón.....	343

Guido de Visel.	351
Guillermet.	359
Guillermo IX, Conde de Poitiers, Duque de Aquitania.	360
Guillermo Adhemar.	370
Guillermo Anelier, de Tolosa.	373
Guillermo de Balaún.	378
Guillermo de Baucio, Príncipe de Orange.	382
Guillermo de Bergadá.	387





Este tomo se halla de venta en las principales librerías al precio de **7,50 pesetas.**

Van publicados los siguientes volúmenes de las obras de D. Víctor Balaguer:

POESÍAS (catalanas). Un tomo. . . **6** pesetas.

TRAGEDIAS (original catalán y traducción castellana). Un tomo. . **8** pesetas.

LOS TROVADORES. Tomo I. . . . **7,50** pesetas.

BALAGUER



OBRAS

LOS

PROVADORES

II

1882



8554